

KRISTEN ROUPENIAN

Lo estás deseando



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LO ESTÁS DESEANDO

KRISTEN ROUPENIAN



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
You Know You Want This

Edición en formato digital: mayo de 2019

© imagen de cubierta, Aleksandra Waliszewska

© de la traducción, Lucía Barahona, 2019

© Kristen Roupenian, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4034-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Estoy muy agradecida a las revistas en las que estas historias aparecieron por primera vez, algunas de ellas en versión editada: «Chico malo», en *Body Parts Magazine*; «Un tipo con gatos», en *The New Yorker*; «Cicatrices», en *Writer's Digest*, y «El corredor nocturno», en *The Colorado Review*. Gracias también a la Fundación Hopwood por su apoyo a «El corredor nocturno» y «El signo de la caja de cerillas».

Para mi madre, Carol Roupelian, que me enseñó a amar lo que me da miedo

He sez
There is something jerking
in your ribcage

that is not a heart

It is cow-intestine white
& fibrous & gilled

LARA GLENUM,
«Pulchritude»¹

CHICO MALO

Nuestro amigo vino la otra noche. Su horrible novia y él por fin habían roto. Era la tercera vez que lo dejaba con esa misma novia, pero insistía en que aquella iba a ser la definitiva. No paraba de dar vueltas por la cocina enumerando los diez mil tormentos y humillaciones insignificantes de los seis meses que había durado la relación, y mientras tanto nosotros asentíamos, nos mostrábamos preocupados y lo mirábamos con una expresión amistosa. Cuando se fue al baño para calmarse, nos desplomamos el uno sobre el otro con los ojos en blanco y simulando que nos ahorcábamos y nos pegábamos un tiro en la cabeza. Nos dijimos que escuchar las quejas de nuestro amigo sobre los pormenores de su ruptura era como escuchar los lamentos de un alcohólico sobre la resaca: sí, el sufrimiento era palpable, pero qué difícil es empatizar con alguien que desconoce hasta tal punto las causas de sus propios problemas. Nos preguntábamos el uno al otro cuánto tiempo iba a seguir saliendo nuestro amigo con gente horrible para luego hacerse el sorprendido cuando lo trataran de forma horrible. Entonces salió del cuarto de baño y le preparamos la cuarta copa de la noche y le dijimos que estaba demasiado borracho para conducir hasta su casa y que podía quedarse a dormir en nuestro sofá.

Esa noche, en la cama, hablamos sobre nuestro amigo. Nos quejamos de lo pequeño que era nuestro apartamento, de que no podríamos follarlo sin que nos oyera. Aunque nos dijimos que quizá deberíamos hacerlo igualmente, porque eso sería lo más cercano a echar un polvo que habría estado en meses (la privación de sexo había sido una de las estrategias manipuladoras de la horrible novia). Tal vez le gustara.

A la mañana siguiente, cuando nos levantamos para ir a trabajar, nuestro amigo aún dormía. Tenía la camisa a medio abrochar y estaba rodeado de latas

de cerveza chafadas; claramente, había seguido bebiendo él solo después de que nosotros nos fuéramos a la cama. Allí tirado, tenía una pinta tan patética que nos sentimos mal por lo mezquinos que habíamos sido al burlarnos de él la noche anterior. Preparamos más café, le dimos de desayunar y le dijimos que podía quedarse en nuestro apartamento todo el tiempo que quisiera. Cuando volvimos a casa, no obstante, nos sorprendió encontrarlo en el sofá.

Le hicimos levantarse y meterse en la ducha y luego lo llevamos a cenar fuera y le prohibimos hablar de la ruptura. Para compensar, fuimos encantadores. Nos reímos de todas sus bromas, pedimos una segunda botella de vino y le dimos consejos sobre la vida. Le dijimos que se merecía a alguien que le hiciera feliz, una relación sana con alguien que lo amara, y nos miramos el uno al otro con aprecio antes de volver a concentrar toda nuestra atención en él. Era como un perrito triste sediento de camaradería y alabanzas, y ver cómo asimilaba todo lo que le decíamos nos hacía sentirnos bien; nos daban ganas de acariciarle la suave cabecita, de rascarle detrás de las orejas y de contemplar cómo temblaba de emoción.

Al salir del restaurante, lo estábamos pasando tan bien que invitamos a nuestro amigo a subir al apartamento. Una vez allí, nos preguntó si podía quedarse otra vez en nuestro sofá, y cuando intentamos echarlo admitió que en aquel momento no quería estar solo en su apartamento porque le recordaba a la horrible novia. Por supuesto, le dijimos que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, teníamos un sofá cama que estaba para eso. Pero a sus espaldas nos miramos el uno al otro porque, a pesar de que queríamos portarnos bien con él, no estábamos dispuestos a soportar una segunda noche sin sexo (para empezar, estábamos borrachos, y además el encanto que habíamos derrochado a lo largo de toda la velada nos había puesto bastante cachondos). Así que nos fuimos a la cama. Es probable que la manera en que le dimos las buenas noches dejara claro que íbamos a follar. Al principio intentamos no hacer mucho ruido, pero enseguida nos pareció que el esfuerzo de guardar silencio para luego reírnos y hacernos callar el uno al otro probablemente estuviera llamando más la atención sobre lo que hacíamos que si simplemente actuáramos con normalidad, así que hicimos lo que nos dio la gana y tuvimos que admitir que nos excitaba bastante la idea de que él estuviera allí fuera, escuchándonos, en la oscuridad.

A la mañana siguiente nos dio algo de vergüenza, pero nos dijimos: bueno,

quizá es lo que necesita para abandonar nuestro nido y volver a su apartamento, y hasta podría motivarlo para encontrar una novia que se acueste con él más de una vez cada dos meses. Sin embargo, esa misma tarde nos envió un mensaje preguntándonos qué planes teníamos y, a partir de ese momento, rara era la noche que no se quedaba en nuestra casa.

Se venía a cenar y luego nos íbamos los tres a algún sitio en coche, nosotros delante y él siempre en el asiento trasero. Bromeábamos con que tendríamos que darle una paga y adjudicarle tareas domésticas...; también con que pasábamos tantísimo tiempo juntos que tendríamos que incluirlo en nuestro contrato telefónico. Así, además, podríamos vigilarlo mejor y evitar que le enviara mensajes a la horrible exnovia, porque, a pesar de que habían roto, aún mantenían el contacto y estaba siempre pendiente del móvil. Prometía que iba a parar, juraba que sabía que no le sentaba bien, pero entonces volvía a enredarse en la rueda de mensajes. Pero, sobre todo, disfrutábamos pasando tiempo juntos. Nos gustaba preocuparnos por él, cuidarlo y regañarle cuando hacía cosas irresponsables como enviar mensajes a la horrible exnovia o faltar al trabajo porque se había quedado despierto hasta muy tarde la noche anterior.

Seguíamos follando a pesar de que estuviera en el apartamento. De hecho, era el mejor sexo que habíamos tenido nunca. Alimentaba una fantasía compartida: lo imaginábamos fuera, con la oreja pegada a la pared, muerto de celos, excitación y vergüenza. No sabíamos si era así —tal vez se cubría la cabeza con una almohada y trataba de ignorarnos; quizá nuestras paredes estaban mejor insonorizadas de lo que pensábamos—, pero fingíamos que era así y nos retábamos el uno al otro a salir del dormitorio cuando aún estábamos ruborizados y sin aliento para ir a beber un poco de agua de la nevera y ver si estaba despierto. Si lo estaba (siempre lo estaba), intercambiábamos algunas palabras triviales con él y luego volvíamos corriendo a la cama para reírnos y echar un segundo polvo con más urgencia todavía.

Aquel juego nos excitaba tanto que empezamos a subir las apuestas: salíamos medio desnudos o envueltos en toallas, dejábamos la puerta entreabierta o más abierta que cerrada. La mañana siguiente a una noche especialmente escandalosa lo provocamos preguntándole si había dormido bien, qué había soñado, y se limitó a mirar al suelo y a decir: no me acuerdo.

La posibilidad de que quisiera unirse a nosotros en la cama no era más que

una fantasía, pero, curiosamente, pasado un tiempo empezamos a sentirnos algo molestos con nuestro amigo por ser tan remilgado. Sabíamos que para que pasara algo el primer paso lo tendríamos que dar nosotros. Para empezar, lo superábamos en número; además, era nuestro apartamento; y, en tercer lugar, así era como funcionaban las cosas entre los tres: nosotros le dábamos órdenes y él hacía lo que le pedíamos. Pero aun así nos permitíamos enojarnos con él, fastidiarlo, echarle la culpa de nuestros deseos frustrados y burlarnos de él con algo más de crueldad de la expresada hasta ese momento.

¿Cuándo vas a tener una novia nueva?, le preguntábamos. Dios, hace tanto que estás solo que debes de estar perdiendo la cabeza. No estarás masturbándote en nuestro sofá, ¿verdad? Espero que no te la estés pelando en nuestro sofá. Antes de irnos a la cama nos quedábamos de brazos cruzados, como si estuviéramos enfadados con él, y le decíamos será mejor que te comportes, es un sofá bonito, no queremos encontrarnos ninguna mancha mañana. Incluso seguíamos con las bromas, de soslayo, delante de otra gente, de chicas guapas. Cuéntaselo, decíamos. Cuéntale lo del sofá y lo mucho que te gusta, porque te gusta estar ahí, ¿a que sí? Y se avergonzaba, asentía y decía: Sí, me gusta.

Entonces llegó una noche en la que nos emborrachamos más de la cuenta y empezamos a soltar bromas cada vez más fuertes, le insistíamos para que lo admitiera: venga, ¿a que lo haces sin parar? Estás ahí, volviéndote loco, escuchándonos, pervertido, ¿crees que no lo sabemos? Y durante un segundo nos quedamos paralizados porque era la primera vez que decíamos en voz alta que sabíamos que podía oírnos, aunque lo cierto es que no habíamos tenido intención de hacerlo. Pero no dijo nada, así que volvimos a la carga con más saña todavía: te oímos, dijimos señalándolo con las cervezas, oímos cómo resuellas y los chirridos del sofá, seguro que te pasas la mitad del tiempo pegado a la puerta, mirándonos; bueno, está bien, no nos importa, sabemos que estás desesperado, pero, por Dios, deja de negarlo, por favor. Luego nos partimos de risa y nos tomamos otra ronda de chupitos y entonces empezó una nueva broma: puesto que él ya nos había visto montones de veces, lo justo era que nos dejara verlo a él. Que nos lo enseñara, que nos enseñara lo que hacía en ese sofá, en *nuestro* sofá, cuando no estábamos. Nos burlamos de él, lo chinchamos durante lo que parecieron horas, y cada vez se le veía más nervioso, pero no se iba, se quedaba clavado en el sofá, y cuando finalmente

empezó a desabrocharse los vaqueros, nos entró un subidón que no se parecía a ninguna otra cosa. Lo miramos hasta que no pudimos más y nos fuimos a trompicones a nuestra habitación y lo hicimos con la puerta abierta, pero esa primera vez no lo invitamos a que se acercara; queríamos que nos observara desde fuera, que se asomara.

La mañana siguiente fue difícil, pero la superamos proclamando a los cuatro vientos lo borrachos que estábamos, Dios, menuda cogorza. Se fue después de desayunar y estuvo tres días desaparecido, pero la cuarta noche le enviamos un mensaje y fuimos al cine juntos y la quinta noche se vino a casa. No mencionamos la broma ni lo que había ocurrido, pero el simple hecho de beber juntos, los tres solos, era reconocer en cierto modo que volvería a ocurrir. Bebimos sin tregua, a conciencia, y la tensión crecía con cada hora que pasaba, pero también nuestra certeza de que él estaba dispuesto, hasta que por fin le dijimos: vete al dormitorio y espéranos. Cuando lo hizo, tardamos un buen rato en terminarnos la copa, la saboreamos antes de soltarla e ir tras él.

Nos inventamos reglas sobre lo que podía y no podía hacer, lo que podía y no podía tocar. Básicamente, no podía hacer nada; se limitaba a observar y a veces ni siquiera se le permitía ni eso. Éramos unos tiranos; casi todo nuestro placer provenía de establecer las reglas, de cambiarlas y de ver cómo respondía. Al principio, lo que pasaba por la noche era algo extraño y tácito, una burbuja que se sostenía precariamente en los límites de la vida real, pero luego, en torno a una semana después, establecimos la primera regla que debía cumplir durante el día, y de repente un mundo desbordante de posibilidades se abrió ante nosotros.

En un primer momento, las cosas que le decíamos que hiciera eran las mismas que le habíamos estado diciendo desde el principio: que se levantara, que se duchara, que se afeitara, que dejara de enviar mensajes a esa horrible chica. Pero cada instrucción iba ahora acompañada de una chispa eléctrica, de un destello en el aire. Fuimos añadiendo otras: tenía que salir a comprar ropa más bonita, que nosotros elegiríamos. Tenía que cortarse el pelo. Tenía que prepararnos el desayuno. Tenía que recoger el rincón del salón donde estaba el sofá en el que dormía. Le hicimos un horario y lo dividimos en intervalos cada vez más reducidos hasta que terminó durmiendo, comiendo y meando solo cuando le decíamos que lo hiciera. Así dicho puede parecer cruel, y tal vez lo fuera, pero lo aceptaba sin quejarse, y, durante un tiempo, floreció bajo

nuestros cuidados.

Su afán de complacer nos encantaba, pero luego, poco a poco, empezó a aburrirnos. En lo sexual, su inquebrantable instinto de obediencia nos resultaba frustrante; una vez que nos acomodamos en aquel nuevo patrón, no volvió a repetirse la resistencia ni la incertidumbre de aquella primera noche vertiginosa. Al poco tiempo, las burlas comenzaron de nuevo; las bromas sobre que parecíamos sus padres, sobre lo infantil que era, sobre lo que le estaba permitido hacer o no en el sofá. Empezamos a crear reglas que eran imposibles de cumplir y a imponerle pequeños castigos cuando las incumplía; chico malo, le decíamos burlándonos de él. Mira lo que has hecho. Eso nos tuvo distraídos algún tiempo. Éramos diabólicamente creativos a la hora de imponer los castigos, que también empezaron a intensificarse.

Le pillamos enviando mensajes a esa horrible chica y, cuando le confiscamos el teléfono, descubrimos que había estado hablando con ella todo el tiempo, a pesar de habernos prometido —¡jurado!— que lo habían dejado. Nos agarramos tal cabreo que dejó de tener gracia; nos sentíamos profundamente traicionados. Lo sentamos a la mesa, cara a cara. Mira, le dijimos, no tienes que quedarte con nosotros, nadie te retiene aquí, vuelve a tu casa si quieres, en serio, nos importa una mierda.

Lo siento, dijo, sé que no es buena para mí, no es lo que quiero. Estaba llorando. Lo siento, volvió a decir, por favor, no me echéis.

Está bien, dijimos, pero lo que hicimos aquella noche con él fue excesivo, incluso para nosotros. A la mañana siguiente estábamos asqueados con nosotros mismos, y el mero hecho de verlo nos provocó cierto malestar. Le dijimos que se fuera a casa y que ya lo avisaríamos cuando quisiéramos volver a hablar con él.

Sin embargo, cuando se fue nos aburríamos tanto que apenas podíamos soportarlo. A duras penas aguantamos dos días, pero sin él allí para mirarnos nos sentíamos tan sosos y faltos de sentido que era casi como si no existiéramos. Pasábamos la mayor parte del tiempo hablando de él, especulando sobre cuál era su problema, sobre lo desastroso que era para tantas cosas, y entonces nos prometimos que, si íbamos a hacerlo, fuera lo que fuera lo que estuviéramos haciendo, lo haríamos con respeto, en casa y usando palabras cautelosas y citas poliamorosas. Y al tercer día le pedimos que volviera. Estábamos llenos de buenas intenciones, pero era todo tan

espantosamente cortés y nos sentíamos tan incómodos unos con otros que al final la única forma de acabar con la tensión fue volver al dormitorio para repetir todo eso que tanto nos había asqueado tres días antes.

A partir de ese momento las cosas solo fueron a peor. Era como si hubiéramos atrapado algo resbaladizo y, cuanto más fuerte lo apretábamos, más se nos escurría entre los dedos. Perseguíamos algo que había dentro de él que nos repugnaba pero cuyo olor nos volvía locos, como a los perros. Experimentábamos —con dolor y moratones, cadenas y juguetes— y después nos desplomábamos en una maraña de extremidades húmedas, arremolinados como la basura que se acumula en la playa después de una tormenta. En aquellos instantes se producía una especie de calma, la habitación quedaba en silencio, salvo por nuestra respiración, lenta y solapada. Pero luego lo echábamos para poder estar a solas y enseguida volvía a aparecer la necesidad de despedazarlo. Daba igual lo que hiciéramos, él no nos lo impedía. Daba igual lo que le pidiéramos, él nunca se negaba.

Para protegernos, lo apartábamos cuanto podíamos, a un rincón de nuestras vidas. Dejamos de salir con él, dejamos de ir a cenar juntos, dejamos de hablarle. Le devolvíamos las llamadas y lo citábamos únicamente para follar, sesiones brutales de tres, cuatro o cinco horas antes de volver a mandarlo a su casa. Le exigíamos que estuviera disponible en todo momento para nosotros y lo mareábamos de aquí para allá como a un yoyó: vete, ven, córrete, vete. El resto de nuestros amigos llevaba mucho tiempo sin saber nada de nosotros; el trabajo era un lugar al que íbamos para desconectar y echar una cabezadita. Cuando no estaba en casa, nos mirábamos el uno al otro, completamente vacíos, con la misma película pornográfica desgastada reproduciéndose en un bucle infinito en nuestras cabezas.

Hasta que llegó el día en que dejó de responder de inmediato a nuestros mensajes. Primero fue un retraso de cinco minutos, luego de diez, después de una hora, y, al final, *no estoy seguro de poder hacerlo esta noche, lo siento, ahora mismo estoy bastante confundido*.

Y entonces se nos fue. Se nos fue la puta olla. La emprendimos a golpes con el apartamento y sollozamos y rompimos vasos y gritamos *¡qué cojones se piensa!, ¡no puede hacernos esto!* Las cosas no podían volver a ser como antes: nosotros dos, el sexo corriente e insípido en el dormitorio sin testigos, sin nada que morder ni desgarrar salvo el uno al otro. Enloquecimos y lo

llamamos veinte veces, pero no respondía a nuestras llamadas y al final decidimos: no, es inaceptable, vamos allí, no puede esconderse de nosotros, vamos a averiguar qué narices está pasando. Estábamos furiosos, pero era una ira mezclada con un entusiasmo desbocado, la emoción, casi, de la caza: saber que algo explosivo e irreversible estaba a punto de ocurrir.

Vimos su coche aparcado delante de su edificio. La luz de su habitación estaba encendida. Volvimos a llamarlo una y otra vez desde la calle, pero no contestó, y como teníamos una copia de la llave de su casa de aquellos días en los que nos regábamos las plantas y nos recogíamos el correo mutuamente, entramos.

Estaban allí, en la habitación, nuestro amigo y la horrible chica. Estaban desnudos, él encima, jadeando. Nos pareció tan ridículo después de todo por lo que habíamos pasado que nuestra primera reacción fue reírnos.

Ella nos vio antes que él y soltó un gritito de sorpresa. Él se dio la vuelta y abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. La cara aterrorizada que se le quedó nos calmó un poco, pero no era más que una gota de agua en un gran incendio. Su novia se apresuró a cubrirse y sus espantosos quejidos se transformaron en un torrente de acusaciones. ¿Qué diablos estáis haciendo aquí?, chilló, ¿qué cojones es esto?, ¿que estáis haciendo aquí?, sois unos putos retorcidos, los dos, me lo ha contado todo, lo que hacéis, sois unos degenerados, largaos de una puta vez, aquí no pintáis nada, sois unos monstruos, fuera, fuera, fuera.

Cállate, le dijimos, pero nos ignoró.

Por favor, le rogó nuestro amigo, Por favor, para. No puedo pensar. Por favor.

Pero no lo hizo. Siguió hablando, diciendo cosas sobre él, sobre nosotros, sobre todo lo que había pasado. Mientras a nosotros nos había estado hablando de ella, a ella le había estado hablando de nosotros y ahora lo sabía todo, incluso las cosas sobre las que nos daba demasiada vergüenza hablar hasta entre nosotros. Creíamos que lo habíamos dejado totalmente al descubierto, y sin embargo durante todo ese tiempo nos había estado mintiendo, nos lo había ocultado todo, y al final los que habíamos quedado al descubierto éramos nosotros.

Haz que pare, gritábamos mientras sentíamos brotar una especie de pánico. Haz que deje de decir eso, hazla callar, hazla callar ya. Apretamos los puños y

lo miramos fijamente. Él se puso a temblar, tenía los ojos acuosos, y entonces la ira que nos consumía se agotó y algo pareció encajar en su sitio.

Haz que pare, volvimos a decir...

Y lo hizo.

Se tiró sobre ella con todo el peso de su cuerpo y forcejearon, sacudiéndose y arañándose, hasta que la cama tembló y la lámpara de noche se tambaleó en su mesilla. Entonces se sosegaron y alcanzaron un equilibrio, el pecho de él contra la espalda de ella, el brazo de él apretado contra el cuello de ella, la cara de ella hundida en el colchón.

Bien, dijimos. Ahora sigue. Sigue haciendo lo que estabas haciendo. No dejes que te interrumpamos. Es lo que deseas, ¿verdad? Lo estás deseando. Así que venga. Termina. Termina lo que has empezado.

Tragó saliva y bajó los ojos hacia la horrible chica que tenía debajo, que había dejado de forcejear y se había quedado quieta, con el pelo como un nido enmarañado de oro mate.

No me obliguéis a hacerlo, por favor, dijo.

Por fin: ese pequeño destello de resistencia. Sin embargo, era todo tan abyecto que no resultó ser el gran final que esperábamos después de tanta depravación: allí tumbado, tan pequeño, mientras que nosotros llenábamos el mundo entero. Pudimos habernos marchado entonces, una vez que lo encontramos, sabiendo que podíamos romperlo, que podíamos romperlo a él..., pero no lo hicimos. Nos quedamos y él hizo lo que le pedimos. La piel de la horrible chica pronto se tornó tan blanca como un pergamino, salvo por un rastro moteado de moratones que se extendía a lo largo de sus muslos, no se movía excepto cuando la movía él, aflojó los puños apretados y sus pálidos dedos se desplegaron. Pero él siguió dándole; lo mantuvimos allí mientras la habitación se oscurecía y después, cuando la luz volvía a entrar y distintos olores espesaban el aire. Hacía lo que le decíamos que hiciese. Cuando le ordenamos que parara, los ojos de ella eran canicas azules y sus labios secos e hinchados dejaban asomar los dientes. Él se quitó de encima, lloriqueando, y trató de alejarse de ella, de nosotros, pero le pusimos las manos en los hombros y le alisamos el pelo sudado, le secamos las lágrimas que corrían por sus mejillas. Lo besamos, hicimos que la rodeara con los brazos y presionamos su cara contra la de ella. Chico malo, dijimos en voz baja cuando nos íbamos.

Mira lo que has hecho.

LOOK AT YOUR GAME, GIRL

Jessica tenía doce años en septiembre de 1993: veinticuatro años después de los asesinatos de Manson, cinco años después de que Hillel Slovak muriera de una sobredosis de heroína, siete meses antes de que Kurt Cobain se pegara un tiro en la cabeza y cuando faltaban tres semanas para que un hombre armado con un cuchillo secuestrara a Polly Klaas en una fiesta de pijamas en Petaluma (California).

La familia de Jessica se había mudado desde San José —donde había sido la chica más popular en su clase de sexto curso— a Santa Rosa, donde fluctuaba inquieta entre varios grupos de amigos: sus amigas «populares», que pasaban de ella; sus amigas del grupo de música, que eran simpáticas pero aburridas; y las chicas que secretamente consideraba sus amigas «malas», que eran las más fascinantes pero también las más desagradables. Sus bromas eran como si le clavaran uñas en la piel. Solo aguantaba a las amigas malas en pequeñas dosis: descargas trepidantes antes de empezar a sentirse extenuada y dolida. Para recuperarse, buscaba refugio en la tranquilidad de sus amigas del grupo.

La familia de Jessica vivía en una casa victoriana de color amarillo brillante en Lomita Heights. Cada día, al volver a casa del entrenamiento de hockey sobre hierba, Jessica soltaba los deberes sobre la cama y llenaba otra vez la mochila con el discman, la carpeta negra con los cedés, los libros que había sacado de la biblioteca y una manzana y tres trozos de queso para merendar. Luego atravesaba corriendo los tres bloques que había entre su casa y el parque donde se juntaban los *skaters*. Allí se sentaba al final del tobogán en espiral y escogía la música que quería escuchar y el libro que quería leer. Tenía diecisiete cedés, pero solo escuchaba tres: *Blood Sugar Sex Magik*, *Use Your Illusion I* y *Nevermind*. Los libros eran en su mayoría de tapa blanda,

tenían el lomo roto y habían salido de la estantería de ciencia ficción y fantasía; iban sobre chicos que desarrollaban y aprendían a usar sus poderes.

Los *skaters* del parque eran mayores que ella, tenían unos trece o catorce años, y se gritaban unos a otros y rodaban en sus monopatines por la barandilla de hormigón con unos chirridos espantosos. A veces se subían las camisetas para limpiarse el sudor de la cara y al hacerlo revelaban fugazmente estómagos morenos y planos, y de vez en cuando a alguno se le enganchaba el monopatín en la barandilla, salía volando con las manos y las rodillas extendidas y dejaba un reguero de brillantes manchas rojas en la acera. Nunca le dirigían la palabra. Ella los observaba durante una hora mientras escuchaba música y fingía que leía un libro y después volvía a casa.

La primera vez que lo vio, estaba abriendo un cedé nuevo de Guns N' Roses. Había terminado de deslizar la uña a lo largo de la envoltura de celofán y estaba a punto de romper el plástico con los dientes cuando lo pilló mirándola fijamente desde el otro lado del parque infantil. Lo confundió con uno de los patinadores. Tenía más o menos la misma altura y la misma complexión delgada y ágil, pero llevaba el pelo más largo, por debajo de los hombros, y cuando se apartó a un lado y su silueta dejó de estar recortada por el sol de la caída de la tarde, se dio cuenta de que tenía por lo menos veinte años: un hombre joven pero hecho y derecho. Cuando vio que lo miraba, le guiñó un ojo, apuntó hacia ella con el pulgar y el índice como si fueran una pistola y disparó.

Tres días después, estaba escuchando su disco nuevo cuando el hombre apareció de repente y se sentó con las piernas cruzadas en la gravilla que había delante del tobogán donde se encontraba ella.

—¿Qué pasa, tía? —dijo—. ¿Qué estás escuchando?

Estaba demasiado sorprendida para hablar, así que apretó el botón para abrir el discman y le enseñó el cedé.

—Ah, muy bien. ¿Te gusta?

Debería haber dicho: *¿Te gustan?*, porque Guns N' Roses era una banda, no solo un cantante, pero asintió.

Los ojos del hombre eran inexpresivos y azules y al reírse desaparecían entre los pliegues de su rostro.

—Sí —dijo—. Seguro que sí.

Por la forma en que lo dijo pensó que quizá sí que lo sabía (no lo que sentía por el grupo, sino por Axl: cómo se le pegaban a los hombros las camisetas sin mangas, el manto sedoso de su pelo rubio rojizo).

—Tiene una voz bonita —dijo.

El hombre frunció el ceño, como si estuviera meditando sobre ello.

—Es verdad —reconoció. Después preguntó—: ¿Qué tal es el disco?

—Está bien. Son sobre todo versiones de canciones de otra gente.

—¿Y crees que eso es malo?

Ella se encogió de hombros. Parecía que él esperara que añadiese algo más, pero no tenía nada más que decir. Abrió la boca para decir algo tipo: *¿No eres demasiado mayor para estar hablando conmigo?*, o *¿No sabes que este es un sitio para chavales?*, pero en vez de eso se oyó decir:

—Incluye una pista oculta.

El hombre enarcó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí.

Esperaba que le preguntara si podía escucharla o incluso qué era una pista oculta, pero no lo hizo. Simplemente se quedó allí sentado de una forma que la hizo sentirse estúpida. Volvió a ponerse los auriculares, saltó a la última canción y avanzó la parte del silencio hasta que volvió a empezar la música. Le ofreció los auriculares y él asintió. Al pasárselos, las yemas de sus dedos rozaron las de ella. Apartó la mano de golpe, como si acabara de recibir una descarga eléctrica, y él esbozó una media sonrisa triste. Se ajustó bien los auriculares, que desaparecieron en su pelo enmarañado.

—¿Preparado?

—Dale.

Ella apretó el *play*. El hombre cerró los ojos, se llevó las manos a los auriculares y empezó a moverse. Se pasó la lengua por los labios y se puso a pronunciar palabras a medias mientras movía los dedos en el aire como si estuviera pulsando acordes en el mástil de una guitarra. La intensidad con la que había entrado en la canción le resultaba vergonzosa y al cabo de un rato descubrió que no podía mirarlo a la cara, así que le miró los pies. Iba descalzo, y los espacios entre los dedos de los pies estaban llenos de mugre. Tenía las uñas amarillas y largas.

Cuando la canción terminó, el hombre le devolvió los auriculares, dio un par de golpecitos al discman y dijo:

—Me gusta más la original. —La miraba fijamente y, como ella no dijo nada de inmediato, soltó—: Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—No aparece en las notas de la carátula —admitió Jessica.

—Entonces, ¿nunca has escuchado la versión original de esta canción?

Ella negó con la cabeza.

—Ay, tíaaa. No sabes lo que te pierdes, tía.

Jessica empezó a recoger sus cosas.

—No te enfades.

—No estoy enfadada.

—Yo creo que sí. Creo que estás enfadada conmigo.

—No. Tengo que irme.

—Vete, vete. —Se despidió con la mano—. Siento haberte fastidiado. Te lo compensaré, te lo prometo. La próxima vez que te vea, te traeré un regalo.

—No quiero ningún regalo.

—Este sí que lo querrás.

No volvió a verlo en toda la semana. El fin de semana fue a casa de Courtney, una de sus amigas «malas», y bebió por primera vez: tres abrasadores tragos de vodka con zumo de naranja que hicieron que los brazos y las piernas se volvieran insoportablemente pesados. El miércoles siguiente el hombre volvió a aparecer con algo en la mano.

—Tengo un regalo para ti.

—No lo quiero.

Él inclinó la cabeza, como si su grosería le hubiese agradado. Giró la palma de la mano hacia fuera para que viera que no era más que una cinta de casete. A través de la caja de plástico transparente reconoció una lista de reproducción escrita a mano con una tinta densa y oscura.

—No puedo escuchar eso —dijo—. No tengo para escuchar casetes.

—Aquí a lo mejor no. ¿Y en casa?

—En casa tampoco.

—Entonces te traeré uno.

Su camiseta estaba más sucia que la última vez que lo había visto y

llevaba el pelo hacia atrás en una descuidada coleta atada con un cordón harapiento de zapato. Se preguntó de dónde habría sacado el cordón, puesto que no llevaba zapatos. Quizá fuera un sin techo.

—No lo hagas —dijo ella—. No me traigas nada.

Él se rió. Sus ojos eran muy muy azules.

—Te lo traeré mañana.

Pensó en quedarse en casa, pero luego se dijo: ¿por qué?, también es mi parque. Además, de día el parque estaba abarrotado. Si intentaba alguna cosa rara, pediría ayuda a gritos y todos los *skaters* acudirían al rescate. En realidad no pensaba que fuera a intentar nada raro, así que fue al parque, pero aunque estuvo en el tobogán casi hasta las seis y media, él no apareció.

Tardó una semana entera en volver.

—Lo siento —se disculpó—. Dije que te encontraría un reproductor de casetes, pero me ha costado más de lo que pensaba.

Sujetaba un destartado walkman amarillo que parecía sacado de la basura. Le faltaban la mayoría de los botones y la parte inferior había estado en contacto con algo pegajoso y rojo.

—No quiero escuchar nada con eso. Es asqueroso.

Él se sentó de nuevo frente al tobogán.

—Necesito que me prestes tus auriculares. No he podido encontrar unos.

—¿Quién eres? ¿Por qué hablas conmigo?

Él sonrió. Sus dientes eran rectos y blancos.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué hablas conmigo?

Ella puso los ojos en blanco. Los auriculares estaban en su regazo y él los cogió y los conectó al walkman. Se llevó una mano al bolsillo y sacó la cinta que Jessica no había querido llevarse la semana anterior, abrió la carcasa y la introdujo por la ranura.

—¿Preparada?

—No. Te he dicho que no quiero escuchar tu estúpida cinta.

—Sí que quieres. Pero todavía no lo sabes.

Se acercó y le ajustó los auriculares. Podía notar su mal olor corporal, una mezcla de humo de cigarrillos y mal aliento. Estaba a punto de quitarse los

auriculares cuando oyó un crujido polvoriento, como la electricidad estática del principio de un disco, y después un hombre empezó a cantar acompañado de golpes bruscos de guitarra acústica. Era una voz aguda y melancólica, solo ligeramente desafinada. Le recordó la sensación que había tenido después de beber vodka, como si un planeta entero la aplastara y la mantuviera presionada contra el suelo.

Cuando la canción terminó, se quitó los auriculares y se los dejó colgados del cuello.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Eres tú el que canta?

El hombre la miró encantado.

—Tía, ese no soy yo. Es Charlie.

—¿Quién?

—Charlie. Charles Manson. ¿No conoces a Charlie?

—¿Es un cantante?

—Lo era. Hasta que mató a un montón de gente en Benedict Canyon.

Ella lo miró fijamente.

—¿Estás intentando asustarme?

—Para nada. —Le puso las manos sobre los hombros—. Charlie era un cantante y podría haber sido una estrella. Todas las chicas lo adoraban. Lo querían incluso más de lo que tú quieres a Axl, y él también las quería a ellas. Lo seguían a todas partes, Mary, Susan, Linda y las demás. Pero entonces mataron a esa mujer y a su bebé, y a mucha otra gente, y ahora está encerrado, ellas también están encerradas y toda la familia está desperdigada, pero nunca han dejado de quererse unos a otros. Ni un solo minuto, ni un solo día, y todas las canciones van de esto.

—Eso es una salvajada —dijo dándose la vuelta para alejarse de él—. No sé de qué me hablas, pero creo que deberías irte de aquí.

—Pero la canción te ha gustado. —Su voz se había vuelto juvenil, casi suplicante—. Sabía que te gustaría. Por eso te la he traído.

—¡No sabía que era de un asesino!

—Lo siento. Tienes razón. No debería haberte hablado de Charlie. No pretendía asustarte, te lo prometo.

Ella lo miró, confundida. Podía ver que tenía los brazos morenos y fuertes, cubiertos de un grueso vello negro, pero sus pestañas eran de otro color: rubio

rojizo, como las de Axl.

—Si quieres te presto la cinta —dijo mientras se levantaba para marcharse—. Escucha todas las canciones. Para mí «Look at Your Game, Girl» es la mejor, pero también me gusta «Cease to Exist» y «Sick City». Tal vez nuestros gustos coincidan. O tal vez no. No pasa nada. En realidad todas las canciones son buenísimas.

Abrió el reproductor de golpe y volvió a guardar el casete en su funda, luego se la ofreció sin levantar la vista del suelo, como si le diera demasiada vergüenza mirarla a la cara.

Ella cogió la cinta y la metió en la mochila.

—Gracias.

—¿La vas a escuchar?

—Claro.

—¡Estupendo! Tal vez consigas encontrar un reproductor en algún sitio. Si pudiera te daría este, pero no puedo. Lo siento.

—No te preocupes. Ya me las apañaré.

Pensó que el hombre estaba a punto de irse, pero entonces se inclinó sobre ella y le agarró la cara con las dos manos. Eran enormes y cálidas y hacían que su cara pareciera diminuta, como la de una muñeca. Pensó que iba a besarla, pero le acarició la boca con el pulgar. Ella abrió los labios y el pulgar de él se deslizó dentro. Sintió que las ásperas rugosidades de su huella dactilar le empujaban la lengua hacia abajo y probó la agria suciedad que había debajo de su uña. Él dijo:

—Me la tendrás que devolver, claro. Me refiero a la cinta. Me la vas a devolver, ¿verdad? ¿Me lo prometes? —Sofocó la respuesta tapándole la boca—. ¿Cuándo? —preguntó—. ¿Esta noche?

Ella sacudió la cabeza. Él sacó el pulgar y Jessica pudo ver su propia saliva brillante.

—¡No puedo! —dijo sin aliento—. Esta noche no puedo.

—¿Por qué no?

—Mi amiga... mi amiga hace una fiesta de pijamas. Tengo que ir.

Él se rió como si aquello fuera la cosa más graciosa que hubiera escuchado jamás.

—Me importa una mierda tu amiga. Ven a verme después de escuchar la

cinta y dime cuál es tu canción favorita.

—¡Te he dicho que no puedo!

—Ay, tía. —Le despeinó el pelo—. Claro que puedes. ¿Quedamos a las diez? O, mejor no, ¿qué tal a medianoche?

—No pienso venir aquí a medianoche. ¡Tengo doce años! ¿Estás loco?

—Quedamos a medianoche entonces —dijo pellizcándole la barbilla—. Hasta luego.

Por supuesto que no iba a salir para encontrarse con un andrajoso desconocido en el parque a medianoche. Era una idea completamente estúpida; era estúpido incluso permitir que se le pasara por la cabeza. No podía dejar de pensar en que él era Charlie, aunque sabía que su nombre no era ese, y no paraba de pensar en el pulgar de Charlie, en lo huesudo y asqueroso que había sido y en cómo le había arañado con la uña en la parte esponjosa de la boca, donde la garganta se junta con el paladar. Iba una y otra vez al baño para abrir la boca de par y par y asegurarse de que no sangraba. Debería haberle mordido. Debería haberle arrancado de un mordisco aquel horrible pulgar para que así él hubiera soltado un alarido y le hubiera sacado la mano de la boca y se hubiera quedado con un muñón desgarrado y chorreando sangre por todo el parque infantil.

Por supuesto que no iría a ver al horrible y espeluznante Charlie en el parque a medianoche, pero, aun así, cuando la llamaron sus amigas del grupo para que llevara su cinta de *Dirty Dancing* a la fiesta de pijamas, les dijo que no podía ir porque le dolía la barriga. Solo de pensar en tener que oír las risas de sus amigas del grupo y verlas abrazar sus ositos de peluche y jugar a «ligero como una pluma, rígido como una tabla» hacía que le entraran ganas de darle una patada a alguien, pero lo cierto es que sí que le dolía un poco la barriga. Más tarde, sin embargo, pensó que quizá debería haber ido a la fiesta de pijamas, porque ver a su madre, a su padre y a su hermano pequeño sentados alrededor de la mesa de la cocina cenando lasaña la enfureció aún más.

—Mamá, papá —dijo—. Solo por curiosidad..., ¿habéis oído hablar de Charles Manson?

Mamá y papá habían oído hablar de Charles Manson, pero no querían

hablar de él a la hora de la cena. Jessica pensó en llamar a Courtney y a Shannon para ver qué hacían, pero supuso que querrían salir a hurtadillas para fumar, y el último lugar donde quería estar era fuera, de noche, donde Charlie pudiera encontrarla. Probablemente estaría mejor en casa. Era el lugar más seguro, porque Charlie no sabía dónde vivía, e incluso si en algún momento la hubiera seguido a casa, algo que casi seguro que no había hecho, tenían un sistema de seguridad de altísimo nivel que su padre había instalado cuando se mudaron, por no hablar de su perro, Bosco, que era un cruce de pastor alemán y no le caía bien nadie que no hubiera conocido siendo cachorro. Estaba a salvo. Estaba bien. De ninguna manera iba a salir para encontrarse con Charlie en el parque a medianoche. Por supuesto que estaba bien.

Después de cenar su madre puso una película y cuando pasaban de la diez, Jessica pensó en la primera vez que había visto a Charlie, en cómo lo había confundido con un *skater*, en todas las preguntas que él le había hecho sobre el disco de Guns N' Roses y en lo mucho que le había gustado la canción. Recordó cómo se movía al ritmo de la canción que ella le había puesto, apretándose los auriculares contra las orejas, y cómo se había sentido durante esos segundos en los que él había empezado a tocarle la cara, y lo azules que eran sus ojos. Pensó en el casete, que seguía sepultado al fondo de su mochila, y se preguntó qué pasaría si él viniera a por la cinta. Pensó en lo que pasaría si fuera al parque, le devolviera el casete, le dijera cuál era su canción favorita y dejara que la llevara a donde él quisiera.

Su madre, su padre y su hermano se quedaron dormidos en el sofá antes de que terminara la película. Eso era algo que ocurría con frecuencia en su casa las noches de cine y normalmente le molestaba muchísimo, pero esa noche pensó que iba a echarse a llorar. Miró a su madre, con su ridículo peinado a capas que le hacía parecer un pájaro viejo y asustado, y a su padre, que roncaba a través del bigote, y a su hermano, con su pijama de las Tortugas Ninja. ¿Qué pensarían si supieran que se le había acercado un tío la mar de desagradable, un tío que le había metido su sucio pulgar en la boca y que pensaba que los asesinatos de Manson eran la repera? Su madre y su padre se disgustarían mucho. Se asustarían mucho. Esta idea hizo que se sintiera valiente, y cuando la película terminó, en lugar de despertarlos y decirles que

se fueran a la cama, fue a su habitación, cogió la almohada y la manta y volvió al sofá. Estuvo vigilando a su madre, a su padre, a su hermano y a ella misma hasta que, pasada la medianoche, cuando el reloj dejó de sonar, se tapó con la manta hasta la barbilla y puso fin a la vigilia entonando para sí: *Que te jodan, Charlie, que te jodan, que te jodan, que te jodan.*

A la noche siguiente, su familia estaba viendo las noticias cuando dieron paso al primer reportaje. La historia de una niña de la edad de Jessica, que tenía el mismo pelo y las mismas pecas que Jessica, y a la que un hombre armado con un cuchillo había sacado del dormitorio durante una fiesta de pijamas, un hombre cuya cara aparecía en un cartel de «se busca» y le resultaba terriblemente familiar.

Los padres de Jessica tardaron casi una hora en sonsacarle la historia a su hija y en separar los detalles relevantes de los sollozos histéricos sobre Axl Rose y Charles Manson, pero cuando al fin comprendieron lo que estaba tratando de decirles sobre aquel *hombre* y el *parque* y la *fiesta de pijamas*, llamaron a la policía. Tardaron otras dos horas en conseguir comunicarse con alguien de la comisaría, porque el secuestro de Polly se estaba convirtiendo rápidamente en el crimen más célebre que había tenido lugar en el condado de Sonoma, y se amontonaban las llamadas de los chiflados, los bromistas, los periodistas y los videntes.

Cuarenta y ocho horas más tarde, una pareja de policía visitó a Jessica en su casa, y durante esa entrevista las dos agentes se enteraron, entre otras cosas, de que, aunque Jessica no sabía el nombre real del vagabundo, este le había dado una cinta de casete que había tocado con sus sucias manos, que había metido el casete en una carcasa y se lo había dado a ella, que el casete aún seguía en el fondo de su mochila. Fueron al coche patrulla a por los guantes de goma blancos, las pinzas y la bolsa para recoger pruebas y luego le quitaron la cinta, le dieron las gracias con suma formalidad y les dijeron a sus padres que pronto volverían a ponerse en contacto con ellos.

Fueron pasando los meses, en los cuales más de cuatro mil personas acudieron en tropel a Sonoma para ayudar a explorar cada centímetro del

condado en busca de Polly, y a empapelar cada pared, cada árbol y cada poste telefónico con una copia en blanco y negro de la fotografía escolar de Polly. Parecía que en todo el país no se pudiera hablar de otra cosa que no fuese lo que le había sucedido a Polly, y Jessica estaba segura de que la policía pronto regresaría para confirmar su culpabilidad, para exponerla ante el mundo entero como la primera chica que se había cruzado con el secuestrador y para mostrar cómo, al hacerlo, había invitado al mal. Pero cuando la policía finalmente encontró a Polly enterrada a poca profundidad junto a la autopista 101, resultó que el hombre que la había matado era un viejo cuyo parecido con Charlie en el cartel no había sido más que una jugarreta de la imaginación o de la luz.

Casi un año después, un sobre de papel de manila con remite de la comisaría de Petaluma llegó a casa de Jessica. Aunque estaba segura de que el sobre contenía la cinta que Charlie le había dado, sus padres lo incautaron antes de que pudiese abrirlo y nunca volvió a ver la cinta ni el sobre.

A los catorce años, Jessica entendió que se había equivocado, que Charlie no había ido tras ella y se había llevado a Polly en su lugar, que la simultaneidad de ambos sucesos no había sido más que una coincidencia. No obstante, pasó el resto de su infancia convencida de que debía de haber alguna conexión entre lo que le había pasado a Polly y lo que le había pasado a ella (aunque no pudiera demostrarse en la práctica, había algo que conectaba ambas situaciones en su nivel más profundo).

Después de irse a la universidad, Jessica llegó a creer que este primer impulso de vincular su propia experiencia a la de Polly había surgido de un ensimismamiento infantil, de la tentación de verse a sí misma como el punto central alrededor del cual giraba el resto del universo. Tal como Jessica lo veía entonces, el hombre que había matado a Polly era una supernova, una enorme y devastadora fuerza de maldad, mientras que Charlie era una estrella enana e insignificante. Joven como era entonces, pudo parecerle que lo pequeño y lo cercano, lo inmenso y lo lejano podían ser, durante un breve instante, igual de luminosos..., pero había sido una ilusión, nada más.

Al final, se dijo Jessica, se había librado fácilmente. Al fin y al cabo, el único daño que Charlie le había causado era un pequeño rasguño en la parte posterior de la garganta que pudo o no haber imaginado. Comparado con lo

que le había pasado a Polly —comparado con la infinidad de cosas que habían sucedido en el universo—, su roce con el mal era tan solo un puntito de luz, prácticamente imperceptible en un contexto de constelaciones en movimiento formadas por otras estrellas más brillantes.

Y aun así, mucho después de casarse, de tener sus propios hijos y de mudarse muy lejos de California, a Jessica todavía le costaba dormir antes de la medianoche. Mientras sus hijas gemelas dormían tranquilamente en el dormitorio contiguo, se quedaba de pie junto a la ventana, asomada a la vasta, terrible y estrellada noche, y se sorprendía a sí misma preguntándose si Charlie seguiría ahí fuera, en el parque, esperándola.

SARDINAS EN LATA

Para Marla es la primera tarde de vinos con las madres desde el Incidente. Tilly está fuera jugando con las otras niñas, todo daño aparentemente olvidado, pero Marla hace durar su agravio junto a su Merlot. Siente cómo le rasca la ira, encajada en el espacio donde se unen las dos mitades de su tórax.

—Nos alegramos tanto de que Tilly y tú hayáis venido esta tarde —dice Carol sujetando la copa de vino con las dos manos. Tiene las uñas cortas y gruesas, cortadas al ras.

—Os he echado de menos, chicas —responde Marla—. De verdad.

—Oh, por supuesto, por supuesto —dice Babs con los ojos llorosos y enrojecidos—. Pero todas entendemos que tuvieras que tomarte un respiro.

Hay un momento de silencio en el cual todas reconocen con tristeza la gravedad del Incidente.

—Dios, ¡qué putas zorras! —exclama al fin Kezia—. Os juro que si la cabeza de balón de baloncesto de Mitzi no hubiera salido de mi maldito coño, la habría asesinado por lo que le hizo a Tilly. —Agita el vaso hacia Carol, cuya hija es adoptada—. Sin ánimo de ofender.

—El caso es que lo lamentamos mucho —dice Babs secándose los ojos con su manga de lino almidonada—. He tenido pesadillas con esto. Todas las hemos tenido.

—Es muy considerado por tu parte —dice Marla.

Ella también ha sido víctima de un sueño recurrente: Tilly en un campo amarillo dando vueltas y llorando y tirándose del pelo. La propia Marla no aparece en el sueño, simplemente es la cámara que retrocede para revelar una vasta extensión de nada: el campo, el país, el continente, el planeta, que solo contiene a Tilly, y su hija está sola, sola, sola.

—¿Cómo llevas todo esto, cariño? —le pregunta Carol.

Buena pregunta. La respuesta es: no muy bien. En el caos inmediatamente posterior al Incidente, después de que razonar, discutir, gritar y zarandear no hubieran servido de nada para sacar a Tilly de su ataque de llanto, Carol —la pacifista, portadora de una tarjeta de marihuana medicinal, Carol, la Madre Tierra— abofeteó a Tilly. La fuerza del golpe hizo que las gafas de la niña rebotaran en su nariz y Marla, que nunca ha pegado a su hija, que ni siquiera se ha planteado siquiera nada parecido, se llevó una mano a la boca para sofocar una risita. Es imposible prever algunos de los aspectos más complicados de la maternidad hasta que no nos damos de bruces con ellos. Descubrir que, en ciertas circunstancias, cuando alguien abofetea a tu hija respondes con una risa enloquecida es una nueva e inoportuna incorporación a esa lista.

—Tilly parece que está bien y eso es lo que importa —dice Marla, que de pronto repara en que tenía la mirada perdida—. Si ella puede soportarlo, yo también debería. ¿No os parece?

—Los niños son muy resilientes —dice Babs, y todas las mujeres asienten con la cabeza.

Y una mierda, piensa Marla. Quizá algunos niños sean resilientes, pero ¿acaso lo son todos? ¿Lo es Tilly? La resiliencia (la capacidad de desterrar el dolor) es algo que la propia Marla solo ha sido capaz de dominar con el tiempo, y siempre de una forma irregular e imperfecta. Las insignificantes miserias de su infancia son algunos de sus recuerdos más vívidos, incluso ahora.

—Supongo que al final tu Matilda resultó ser malvada —dice Kezia—. ¿No dice Mitzi que las dos han empezado a jugar a algo en el autobús?

Marla cede a la tentación contra la que lleva diez minutos luchando y mira de reojo por la ventana hacia el lugar donde están reunidas las niñas. Se sientan unas encima de otras, al sol, una maraña de diademas de lunares en tonos pastel, calcetines con volantes y melenas relucientes.

—No creo que realmente estén jugando al juego en el autobús —dice Marla—. Creo que allí solo lo planean. O hablan sobre él. Desconozco los detalles. Es algo que Tilly ha aprendido en casa de su padre.

—¿Lo dices como si fuera una enfermedad de transmisión sexual! —dice Babs, y en el mismo instante en que a todas les vienen a la cabeza las implicaciones más repugnantes que entraña la broma, desde el césped llega un

leve murmullo de movimientos.

—Oh —dice Marla—. Creo que van a empezar.

Se acerca a la ventana dejando que la copa de vino repiquetee en el fregadero vacío. Son más de las cinco y el aire vespertino se ha vuelto meloso, dorado y lento. En el césped recién cortado todas las niñas se han puesto de pie y se sacuden briznas de hierba de las rodillas, de las manos.

—Perdona que te parezca una tonta, Till-Bill —dice Marla—. Pero ¿podrías explicarlo de otra forma? ¿A qué te refieres exactamente con lo contrario del escondite?

En el espejo retrovisor del coche, Marla puede ver a Tilly, que sacude las piernas como si estuviese soportando un suplicio, como si su hija fuera una rana forzada a bailar mediante descargas eléctricas.

—¡No sé qué más decir! ¡Es igual que el escondite, pero al revés! ¿Entiendes?

Marla aprieta los dientes y cuenta hacia atrás desde cinco.

—No, no lo entiendo, cielo. ¿Quieres decir que nadie se esconde? ¿Que nadie busca a los demás?

—¡Por favor, deja de pedirme que te lo explique! ¡Porfa, porfa!

Tilly está literalmente tirándose del pelo para demostrar su frustración: tiene dos mechones gruesos enrollados en los dedos y tira de ellos con fuerza, hacia fuera, como si fueran alas. Su terapeuta ha llamado a este comportamiento *tricotilomanía*. Ha pedido a Marla que no le dé mucha importancia, sino que trate de reconducirlo poco a poco.

—Vale —dice—. ¡El mes que viene es tu cumpleaños! ¿Estás emocionada?

—Quiero que la fiesta sea en casa de papá. —Tilly empieza a dar patadas en la parte de atrás del asiento de Marla con un ritmo intermitente.

—Veré qué podemos hacer, nena —responde Marla pisando el acelerador para cruzar un semáforo en ámbar.

Tilly tiene un secreto.

Marla repasa mentalmente las evidencias: el brillo indiscutiblemente sospechoso en sus ojos marrón tierra; su risa atolondrada; el modo de alternar

entre la logorrea y un silencio obstinado cada vez que le pregunta sobre cierto juego.

Marla no es la única que tiene sospechas: todas las madres comparten el mismo disgusto por la forma en que han empezado a comportarse sus hijas. El juego las tiene a todas atrapadas en una tupida red de SMS, intercambio de notitas y mensajes instantáneos constantes.

—¿De qué se puede estar hablando tanto? —pregunta Babs a Marla por teléfono. Le parece una pregunta tonta, puesto que su experiencia le dice que las niñas de diez años pueden hablar sin parar sobre cualquier cosa. Pero a Marla también le resulta difícil comprender el fervor que el juego ha suscitado.

Una investigación colectiva de las madres ha desvelado el nombre del juego, «sardinas en lata», y el esquema general de las reglas, que, por lo que han podido saber, son inofensivas. Sin embargo, la forma en que Tilly ha estado actuando le recuerda sobre todo a la semana en que descubrió qué pasaba al escribir *tetas* en el navegador del ordenador familiar: el entusiasmo con el que entraba presurosa en el estudio al volver del colegio y cómo, si Marla le preguntaba qué hacía allí dentro, gritaba con una voz estridente y almibarada: «¡Nada!»

Marla preferiría culpar a las otras niñas —esas pequeñas bestias despiadadas que solo saben ir en grupito—, pero en realidad parece que la cabecilla es la propia Tilly. Eso también es raro, porque Tilly siempre ha estado un poco excluida: o se metían con ella o la dejaban de lado. Aunque el resto de las madres son demasiado educadas para decirlo, la aparente capacidad del juego para sacar a Tilly de su lugar habitual en lo más bajo de la jerarquía social es una parte importante del desagradable olorcillo que rezuma todo ese asunto. Es antinatural, pensaba Marla una noche justo antes de quedarse dormida.

Está pasando algo *antinatural*.

El padre de Tilly acepta que la fiesta se celebre en su casa, lo que quiere decir que acepta que se celebre en su casa siempre y cuando Marla se encargue de toda la organización y la ejecución. No ha accedido a la petición de Marla de tener que decirle a su novia, que vive con él, que esa tarde se vaya de casa y, por tanto, para poder cumplir los deseos de Tilly, Marla tendrá que pasar cuatro horas seguidas distribuyendo regalitos junto a una chica de

veintitrés años a la que una vez se encontró follando con su marido en el sofá de la sala de estar.

¿Acaso todo esto pone a Marla un poco nerviosa? ¿Hace que se muestre algo impaciente cada vez que Tilly se niega a ofrecer una sola pista sobre qué más le gustaría hacer en la fiesta aparte de jugar a sardinas en lata?

¿Qué tipo de tarta quieres para la fiesta, Tilly? ¿De chocolate? ¿De fresa? ¿De fideos de colores?

Me da igual.

Además de las niñas del vecindario, ¿hay alguien más en particular a quien quieras invitar?

La verdad es que no.

¿Quieres que este año hagamos una fiesta temática? ¿Piratas o payasos, por ejemplo?

Nah. Qué aburrido.

¿A qué tipo de juegos quieres que juguemos?

A sardinas en lata. Por supuesto.

Vale, claro, pero ¿qué más? ¿Quieres una piñata? ¿Una búsqueda del tesoro? ¿El juego del pañuelo?

MAMÁ, ¿PUEDES DEJAR DE SER TAN TONTA? HE DICHO QUE A SARDINAS EN LATA.

Pues sí, sí que le afecta. La verdad es que sí.

El día de la fiesta, las demás madres estarán presentes y Marla, de entrada, se alegra de contar con su apoyo. ¡Sus tropas superarán en número a las del enemigo! ¡No tendrá que entrar sola en la guarida del león! Pero la mañana del cumpleaños de Tilly, Marla yace miserablemente en la cama deseando no haber pedido a ninguna de las otras madres que viniera.

Después de descubrir a Steve y a su joven novia *in fraganti*, Marla planificó decenas de venganzas: sustituir con Super Glue el lubricante que la novia debía de guardar en algún cajón de su habitación, atarla y tatuarle ZORRA en la cara. Y aun así, por alguna razón, días tras día y poquito a poco, toda su intrépida furia se ha visto reducida a tener que pasar un día con una sonrisa forzada en la cara y ahogando su rabia mientras su némesis desfila

victoriosa, sin haber sido humillada, golpeada, marcada. ¿Cómo ha podido dejar que esto pasara? ¿Cómo ha podido resignarse con tanta mansedumbre a la derrota?

La alarma del teléfono empieza a chirriar y Marla lo mete debajo de la almohada para silenciarla. Un minuto después, Tilly entra en el dormitorio dando saltitos, como un flamenco pavoneándose con su vestido de cumpleaños rosa chillón.

—Mamá —la llama con dulzura—. ¡Mamá, dormilona! ¡Te dije que quería gofres para mi cumpleaños! ¿Te has olvidado?

La primera vez que Marla llevó a Tilly a la casa nueva de Steve, sintió náuseas: el laberíntico hogar colonial era el tipo de casa que solo merecía la pena comprar si se planeaba llenarla algún día de críos. Sin embargo, tiene que admitir que es el lugar perfecto para celebrar una fiesta de cumpleaños: techos altos, multitud de pequeñas habitaciones curiosas y rodeada de un suave manto de césped verde que desciende por una colina hasta una zona de bosque abandonado y lleno de arbustos. Aparca el coche, abre el maletero y descarga las bolsas con el material para la fiesta mientras Tilly echa a correr por el camino de entrada hacia su padre.

El plan de supervivencia de Marla para ese día implica pretender que la Novia no existe. Se embarca en elaboradas acrobacias conversacionales para evitar llamarla por su nombre, nunca mira directamente a la Novia sino que planta su mirada ligeramente a la izquierda de su cara. (También lleva un tubito de Super Glue en el bolsillo. Super Glue de una consistencia sorprendentemente parecida a la marca favorita de lubricantes con sabores de Steve. Probablemente no lo use. Casi seguro que no. Pero por si acaso.)

Marla se encarga de toda la decoración. Tilly desaparece en el bosque tras un tímido intento de colgar una pancarta de cumpleaños a lo largo de la puerta. No vuelve hasta que han llegado los primeros invitados, con las medias blancas salpicadas de barro a la altura de las pantorrillas.

Ante la insistencia de la homenajeadá, lo primero que hacen es abrir los regalos. Tilly se sienta en el sofá con las piernas cruzadas y abre mecánicamente la pila de regalos, arrancando el papel brillante a tirones y arrojando los juguetes al montón que se va formando a sus pies.

—Da las gracias, Tilly —le recuerda Marla.

—Gracias —repite Tilly con una monotonía insoportable.

Luego vienen la tarta y el helado. La noche de antes, ansiosa por retirarse a su refugio de vino y Netflix, Marla no esperó el tiempo suficiente para que la tarta se enfriara, y, como resultado, el glaseado de lata que había esparcido por encima del pastel de Duncan Hines se ha derretido y las letras azules de HAPPY BDAY TILLY han pasado a ser un borrón ilegible. Su intento de usar una espátula para transformar las palabras en una artística espiral jaspeada solo ha conseguido empeorar las cosas.

Marla está en la cocina mirando fijamente el caos que ha provocado cuando alguien se le acerca por detrás y un par de manos con las uñas cortas le rodean la cintura.

—Cariño —dice Carol—. Los invitados empiezan a estar impacientes. ¿Cómo lo llevas?

—¡Mira esto! —se exaspera Marla, y por poco no apuñala a Carol en el ojo con el cuchillo de mantequilla cubierto de glaseado—. ¡Es un desastre!

—Oh, no está tan mal —dice Carol. Hace una pausa y sigue—: Admito que no es muy bueno, pero que se aguante Tilly. Y, mira, de camino he parado a comprar comida. He tenido una intuición. —Abre una enorme bolsa de lona de Whole Foods y coloca una lata de glaseado de chocolate negro sobre la encimera de la cocina.

Al verla, Marla se hunde en una desesperación aún más profunda si cabe. ¿Qué puta mierda es eso?

—Deja —dice Carol quitándole delicadamente el cuchillo y abriendo la lata—. Podemos simplemente... ¿verdad que sí?

Marla asiente. Desde la otra habitación llegan los berridos de Tilly: *¡Deja de tocar eso! ¡Es mío!*, pero no tiene fuerzas para lidiar con ello. Todavía no.

—Yo me ocupo —dice agarrando otra vez el cuchillo que tiene Carol—. ¿Puedes ir a ver qué mosca les ha picado ahí fuera?

Después de untar una capa extra de glaseado, Marla distribuye once velitas de cumpleaños normales en el perímetro de la tarta. En el centro, para que dé buena suerte, inserta una última vela, un adorno que encontró en el arcón de las ofertas de la tienda de comestibles. La vela tiene forma de tallo de flor gordo y pétalos amarillos, y cuando Marla roza la mecha con la llama del

mechero, de golpe se despliega y empieza a dar vueltas.

—Venga —avisa—. ¡Hora de la tarta!

Levanta el plato de la tarta con ambas manos y sale de espaldas por la puerta de la cocina.

Los invitados se han reunido alrededor de la mesa del comedor. Todos van tocados con sombreros de cumpleaños puntiagudos, salvo Tilly, que luce un lazo plateado de lunares en lo alto de la cabeza. Cuando Marla aparece con la tarta, Tilly, muy asombrada, se lleva las manos a la cara al ver la vela de adorno silbando y chisporroteando como si fuese un castillito de fuegos artificiales.

—¡Es preciosa! —grita.

Los invitados se lanzan a por las primeras líneas del «Cumpleaños feliz» justo cuando la vela de adorno empieza a gorjear las notas de una melodía desconocida. Todos callan, confundidos, mientras la vela se contonea al ritmo de su didlidadlidadlidad, hasta que finalmente Kezia chilla: «¡Cumpleaños feliz!» y todos gritan por encima del sonido de la vela entonando la canción de cumpleaños.

Cuando acaban, Tilly apaga las velas normales con un solo *fffffff* explosivo y unos cuantos escupitajos, pero por mucho que sople para apagar la vela de adorno, esta no se apaga, ni deja de reproducir su exasperante melodía, así que al final, para que las babas de Tilly no empapen por completo la tarta, Marla se lleva la vela a la cocina y la pone debajo del grifo. Con eso consigue apagar la llama, pero no hacerla callar. La tira al suelo y la pisotea, pero la puta melodía sigue sonando, e incluso después de meterla en el fondo del cubo de la basura de la cocina todavía puede oír el débil y obstinado tintineo: ¡didlidadlidadlidad!

—Mamá —dice Tilly cuando Marla regresa al comedor—, aunque no haya apagado la vela de la buena suerte, ¿se me va a conceder mi deseo de cumpleaños?

—Yo creo que sí —responde Marla—. No era más que un cachivache.

—Bueno —dice Tilly, que mezcla el helado y la tarta con el tenedor y le pega un bocado gigante—. ¿Quieres saber una cosa?

—Claro que sí, cariño —dice Marla distraídamente.

Steve está haciendo carantoñas a la Novia, a quien hace botar sobre una de sus rodillas mientras le acaricia el pelo rizado. Marla jura por Dios que, como empiecen a enrollarse, la Novia va a acabar con el cuchillo de la tarta clavado en la garganta.

—Creo que te va a gustar el deseo que he pedido, mamá. —Tilly se chupa el glaseado de los dedos, se contonea alegremente y añade—: He pedido algo *malo*.

Las reglas de sardinas en lata, que pueden encontrarse en cualquier libro de juegos infantiles, son las siguientes: todo el mundo cierra los ojos, salvo uno de los participantes, que es el que se esconde. Mientras los demás cuentan hasta cien, esa persona va a esconderse. Al terminar la cuenta, la primera persona que encuentre a la que se esconde se esconde con ella. La siguiente que las encuentre se esconde con ellas. Y así una tras otra hasta que todas menos una estén apiñadas en el mismo escondite, tan apretujadas como en una lata de sardinas.

Las reglas especiales que impone Tilly por ser su cumpleaños son las siguientes:

Tilly escoge a la persona que se esconde.

No vale esconderse dentro de la casa.

Tiene que jugar todo el mundo.

Tilly conduce a los invitados fuera, se sube a una silla de jardín y los mira desde arriba. Marla piensa que actúa con la condescendencia benevolente de una reina.

—Ahora voy a elegir a la persona que se esconde —anuncia.

Levanta un dedo y va señalando a unos y a otros con el rostro ensimismado. El dedo apunta brevemente a Kezia, a Carol y a Steve, hasta que de repente se agita y se detiene:

—Tú —declara señalando a la Novia—. Te elijo a ti. Eso quiere decir que tienes que ir a esconderte.

Todo el mundo agacha la cabeza mientras Tilly cuenta de cien a cero. A través de los párpados medios cerrados, Marla observa a la Novia, que se

queda tiesa y con cara de pánico hasta que Tilly va por el número veinte, y entonces es cuando echa a correr colina abajo a toda velocidad.

—¡Tres, dos, uno, VAMOS! —grita Tilly, y todos se dispersan.

Marla se escabulle por el porche. Cuando se asegura de que nadie la está mirando, entra a hurtadillas en la casa por la puerta trasera. Lo siento, Till-Bill, pero ni de coña voy a correr el riesgo de encontrar a la Novia y tener que hacerme un ovillo a su lado en algún escondrijo mugriento del bosque. (También aprovecha la oportunidad para fisgonear. Para buscar. Y para sustituir. Oye, no es más que una broma. Una broma inofensiva. Tan solo es una pequeña muestra de venganza, dulce y pegajosa.)

Steve no es un gran bebedor de vino blanco, pero la Novia debe de serlo, porque durante su expedición Marla descubre un armario repleto de vino peleón. Agarra una botella de Sauvignon Blanc con tapón de rosca, duda si ir en busca de hielo pero decide que es lo bastante perezosa para bebérselo caliente. Una vez que termina de inspeccionar, se quita los zapatos, pone los pies en alto y se instala en el sofá con lo que queda de tarta.

Marla lleva bebida media botella de vino cuando levanta la vista y ve a su hija junto al marco de la puerta. Los brazos de Tilly caen pesadamente a los lados y el sol de la tarde se refleja en sus gafas, que se vuelven siniestramente opacas.

—¡Por Dios, Till, me has asustado! —grita Marla—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—¿Qué haces aquí, mamá? —pregunta Tilly—. ¿No me has oído cuando he dicho que tenía que jugar todo el mundo?

—Sí que te he oído. Enseguida voy, es solo que... necesitaba descansar un poco.

Tilly entra medio patinando en la sala con expresión aturdida. Entrelaza su mano con la de su madre y presiona su húmeda frente contra el cuello de Marla.

—Mamá —dice—. Me estaba preguntando... ¿Te caen bien Layla y Mitzi y Francine?

Hipnotizada por la sensación que le provocan los dedos fríos de Tilly haciendo círculos en la palma de su mano, a Marla casi se le escapa: *¿Quiénes son?*, antes de volver en sí.

—La verdad es que no mucho, Till. Sé que son tus amigas, pero creo que

son muy exclusivistas.

—¿Qué es exclusivista?

—La forma en que siempre van en grupito. Creo que es un poco cruel.

—¿Y sus mamás? ¿Te caen bien?

Marla suspira y libera la mano, luego se chupa el pulgar para limpiar un trozo de glaseado de chocolate de la barbilla de Tilly.

—No lo sé. No están mal. No tienen nada de malo. Pero si tuviera que elegir, ahora mismo, supongo que diría que no, que no me caen bien.

—¿Y qué me dices de papá y...? —Antes de que a Marla le dé tiempo a decir nada, Tilly responde por ella—: Ya lo sé. Los odias, ¿verdad?

La nariz adulta de Tilly —la nariz de Steve— ha aparecido en su cara hace pocos meses, alterando las demás facciones. A lo largo de la línea del pelo medio arrancada se extiende un nuevo brote grasiento de acné y a un lado del cuello ha aparecido un lunar marrón abultado. El desodorante deja de hacerle efecto a media tarde, incluso el prescrito para hombres deportistas que Marla le dejó la semana pasada como quien no quiere la cosa encima de la cama. A cualquier hora del día, su aliento se vuelve pesado y desagradable, y Marla se descubre abriendo la ventanilla del coche sin decir nada. Los pechos parecen crecerle a dos ritmos ligeramente diferentes, por lo que no le encaja ninguno de los sujetadores deportivos que Marla le compra. Cuanto más avanza Tilly a trompicones hacia la espantosa adolescencia, más insiste en actuar como un bebé, como si intentara recobrar una ternura que en realidad nunca tuvo. La exasperante Tilly, llena de tics, tan necesitada de amor; su querida Tilly, que, a pesar de todos sus esfuerzos por protegerla, en ocasiones no solo parece estar destinada, sino decidida, a que los afilados dientes del mundo se la coman viva.

Marla sabe qué tipo de cosas se supone que debería decir: *Claro que no, cariño* u *Odiar no es una palabra bonita* o *Siempre querré a tu padre porque gracias a él te tengo a ti*, pero todos los tópicos indispensables se marchitan en su lengua. Por eso no dice nada y Tilly asiente.

—Tienes muchos fallos, pero eres una buena madre —le suelta. La abraza con fuerza, le planta un beso mojado distraído justo en la oreja y se lleva un trozo de tarta a la boca.

—¿Tilly? —la llama Marla cuando sale de la habitación.

—¿Sí?

—¿Qué deseo has pedido antes?

La sonrisa de Tilly manchada de tarta tiene un brillo encantador.

—Ay, mamá. Enseguida lo verás.

Dejemos a Tilly con sus complots y a Marla con su vino. Imaginemos, en cambio, que somos la Novia. Allí, en la fiesta de cumpleaños de la hija de tu novio. Organizada por la madre de la hija de tu novio y a la que han asistido las amigas de la madre de la hija de tu novio. Todas han desfilado por tu casa, empeñadas en dejar claro lo mucho que les desagradas. ¡Y es tu casa! No es como si te hubieras colado en una fiesta. ¡Vives aquí! La madre que se niega a pronunciar tu nombre o a mirarte a los ojos. Tu novio que, avergonzado, evita cualquier contacto físico contigo. Y la hija clavándote un dedo afilado en la cara. *Tú. Te elijo a ti.* ¿Cómo puedes no tomarte esas palabras como una acusación? ¿Cómo puedes no sentirte, huyendo colina abajo en tus inadecuadas alpargatas de cuña, como una pequeña presa?

Esconderte demasiado bien es alargar tu infortunio. La fiesta solo puede terminar cuando el juego haya acabado. Pero esconderte demasiado mal — meterte debajo de la mesa de pícnic, agacharte tras el primer árbol grande que veas— es fracasar en el papel que te ha sido asignado. *Te elijo a ti. Eso quiere decir que tienes que ir a esconderte.* Que te encuentren demasiado pronto sería fastidiar a Tilly, decepcionar a Steve, ofrecer a las madres una nueva excusa para juzgarte. Y por eso dejas atrás el césped iluminado por el sol y te adentras en la oscuridad del bosque, los arbustos te arañan los tobillos, las espinas se enganchan en tu falda.

Subes y bajas otra colina, cruzas un pequeño cauce seco a través de una abertura entre los árboles. Encuentras un círculo de tocones lo bastante alto para guarecerte, siempre que te acurruques y te llesves las rodillas al pecho. Silencio. Canto de pájaro. Aroma a pinocha aplastada y hojas podridas.

Cuánta tranquilidad, te dices. Oyes el sonido de tu respiración irregular que poco a poco se relaja hasta hacerse uniforme. Sueñas despierta con lo que harás cuando acabe la fiesta.

Esperas a que te encuentren.

Marla cierra los ojos y vuelve a abrirlos. Al hacerlo se despierta en su sueño. El sueño en el que todos menos Tilly han desaparecido. ¿Cuánto tiempo

ha pasado? ¿Una hora, un día, una era? Imposible saberlo. Está empezando a atardecer, de eso está segura. Al otro lado del bosque arden las llamas rojas del sol y las sombras avanzan desbocadas. Enredadas, desde las negras profundidades. Se extienden en todas las direcciones.

La luz que entra da en las ventanas de la casa y las vuelve tan reflectantes como las gafas de Tilly. El letrero de cumpleaños cuelga de la puerta como una lengua desplegada. Se aventura al exterior, donde la niña del cumpleaños, con un lazo plateado a modo de corona, está de pie, abajo —¿esperando?, ¿flotando?—, donde el césped se junta con el bosque.

Sardinas en lata es un juego de cuerpos en contacto. Brazos apretujados contra huesos de cadera, culos cayendo sobre regazos. El pelo de alguien pegado a tus dientes; el dedo de otro atascado en tu oído. ¿De quién es esta pierna? ¿Quién se ha tirado un pedo? ¿Quién se está moviendo? ¿Quién habla? ¡Dejad de retorceros! ¡Quita tu pie de mi entrepierna! ¡Saca tu nariz de mi sobaco! ¡Deja de darme codazos en la teta, Francine! Mi codo ni siquiera está cerca de tu estúpida teta, imbécil, es la rodilla de Layla. ¡No es verdad! ¡Callaos ya! Shhh, niñas, ¡que viene Tilly! Oh, no, mi mano sobresale. ¡No cabemos! ¡Estamos demasiado apretados! No, podemos hacerlo. Juntaos. Juntaos. Juntaos hasta que con cada una de vuestras partes estéis tocando alguna parte de alguien. Agolpaos y estrujad y empujad y apretad y aplastad.

Tilly se escabulle entre los árboles y Marla va tras ella, un lecho de pinocha amortigua sus pisadas, el suave mantillo de la descomposición arbórea. Los labios vaginales de una orquídea se asoman detrás de unos arbustos; un pedazo de globo reventado que conserva su regordete ombligo rojo cuelga de un árbol y lo que queda de un hongo aplastado reluce triste, frío y pálido.

Esperad.

Antes de que empiece la búsqueda.

Necesitáis saber una última cosa.

La vela de la buena suerte de Tilly concede deseos.

Concede deseos a los que están solos. A los torpes. A los insultados. A los que huelen mal. A los enojados, a los torturados, a los odiados, a los

indefensos. A las hijas y a las madres. A las madres y a las hijas. A las Marlas y a las Tillies. A las Tillies y a las Marlas. A las Tarlas y a las Millies, a las tiljas y a las madles. A las mijas y a las hadres. A las Marlyalaslasyashijasyalilylosdemás.

En el bosque, junto al pozo, en la oscuridad, juntas, madre e hija, Tilly y Marla, no oyen más ruido que el viento que mueve las hojas, latidos de corazones y respiraciones.

¡Shhhh!

Escuchad.

Es el sonido de los deseos cuando están concedidos...

(Deseos malvados. Malos.)

Gritos. Muchísimos gritos...

Pero amortiguados. Como si alguien ahogara un grito en una almohada.

O tal vez en algo un poco más elástico.

Como un globo.

Como chicle.

Como piel.

¡Sorpresa! Resulta que con tan solo la ayuda de una pizca de magia de cumpleaños es posible apresar el odio, como un rayo de sol. Es posible aumentar, refractar, *dirigir* el odio. Y un grupo de invitados a una fiesta que están apiñados como las hormigas en la acera (como sardinas en lata), se ven bañados por los rayos de una fuerza misteriosa que no por el hecho de ser invisible es menos poderosa.

La suave piel colectiva de los invitados se acalora, luego se calienta y después se calienta todavía más.

Los cabellos brillantes empiezan a arder. Después a echar humo y a chamuscarse.

Los cuerpos sibilantes, agitados, palpitantes y temblorosos comienzan a sudar. Luego a abrasarse. Luego a socarrarse. Luego a cocerse. Luego a estallar. Luego a derretirse. Y después a *fusionarse*.

Los cuerpos superpuestos se convierten en uno solo. Los distintos cerebros se convierten en uno solo, aterrado y confundido. En lugar de muchas personas independientes surge una masa hirviente, un organismo aterrorizado y

enloquecido, un charco de carne consciente, en erupción, una *cosa* con decenas de ojos y numerosas extremidades.

En lo alto de una colina, bajo la deslumbrante luz de la luna, Marla y Tilly se abrazan con fuerza la una a la otra mientras, más abajo, el monstruo de cumpleaños de Tilly se agita y se sacude y rechina los dientes; aúlla y trata de desmembrarse. Y grita.

Tengo miedo no sé qué está pasando quiero a mi mami mi niña quién eres qué estás haciendo en mi cabeza en mi cuerpo no soy yo eres tú quien está en el mío no es mi mami no soy Francine no soy Carol ni Kezia cariño soy mami por favor cómo puedes hacer que esto pare por favor haz que pare no soy Steve no soy Stacey soy Mitzi soy Layla no lo entiendo estoy muy asustada esto no me gusta que alguien me ayude por favor no me puedo mover no puedo dejar de moverme oh Dios de dónde ha venido esto por qué no puedo ver lo puedo ver todo qué son esos ruidos quién es qué es esto qué soy quién ha hecho esto duele por favor haz que pare me duele oh cariño lo siento quién es este qué eres eres yo...

Tilly, estupefacta, clava la mirada en el monstruo. Le brillan los ojos como si su cráneo albergara miles de velitas de cumpleaños. Un hilito de baba le cae por la barbilla.

Entre las extremidades que se retuercen y las cabezas que chillan, la cara de la Novia se distingue fugazmente de la de los demás. Tiene los ojos desorbitados y está cubierta de barro, la coqueta nariz está aplastada y sangra y hay un espacio mellado donde solía estar la mitad de uno de sus dientes delanteros.

La fiesta de cumpleaños de Tilly se ha convertido en su regalo de cumpleaños: un monstruo que se convulsiona, palpita y balbucea en vez de reírse de la gente. Un monstruo que babea, tiene espasmos, sufre y no se burla. Un monstruo que gime y farfulla en vez de engañar y divorciarse; que se retuerce, da alaridos y se revuelve agónico en vez de abandonar a la gente a la que se supone que quiere y debería cuidar.

—¿Mamá? —susurra Tilly, asombrada, dirigiéndose a su madre—. ¿Crees que es posible dar la vuelta a los deseos de cumpleaños? ¿Por ejemplo, el año que viene en mi cumpleaños? ¿O incluso ahora?

—No lo sé, cariño.

—¿Crees que debería darle la vuelta? —Mira a su madre con ojos implorantes—. ¿Quieres que lo haga?

Marla trata de responder, pero descubre que las palabras se le han quedado pegadas a la garganta. Da vueltas al asunto mientras Tilly espera, mientras el monstruo a sus pies aúlla y ladra y ruega misericordia y mientras —bajo un montón de helado derretido, serpentinas hechas jirones y migas de tarta pastosa— la vela amarilla gira, chisporrotea y gorjea: *¡didlidlidlidlidliDÁ!*

EL CORREDOR NOCTURNO

Las chicas de sexto curso eran malas y eso lo sabía todo el mundo. Todas las profesoras de la Escuela Femenina de Educación Primaria de Butula tenían alguna anécdota sobre el sexto curso: la vez que las chicas encerraron toda la noche a una profesora en el cuarto de baño de los chicos; la vez que llevaron a la escuela a una huelga de brazos cruzados después de que les dieran de comer *githeri*, elaborado con maíz y legumbres, durante diez días seguidos; el incidente con la cabra en el armario de suministros... Al enterarse de que le habían asignado el sexto curso a un voluntario del Cuerpo de Paz estadounidense llamado Aaron, todas las profesoras lo miraban con compasión cuando se cruzaban con él por el pasillo, y a una de las más jóvenes le daba tanta lástima que se había puesto a llorar en el comedor mientras analizaba la situación junto al resto de sus compañeras.

Sin embargo, cuando Aaron le rogó a esta misma profesora que le diera pistas para lidiar con las chicas, se limitó a decir con un suspiro fatalista: «No hay forma de lidiar con estas. Llevan el diablo dentro y no se puede hacer nada salvo...» Lo único que hizo fue agitar la mano en el aire.

¡Zasca!

En la escuela todos habían cumplido su condena con el sexto curso. De todos los profesores que habían pasado por allí, no obstante, solo a Aaron le asustaba llevarlas al patio para pegarles con una vara en las tiernas pantorrillas. Con lo cual, ni siquiera podía darse media vuelta para escribir en la pizarra (*El virus del sida se transmite de las siguientes formas...*) sin que las interminables burlas y el bullicio de las chicas dieran paso a un desmadre en toda regla.

Las niñas imitaban su voz cuando hablaba, le chillaban en tonos agudos y nasales. Le lanzaban cosas: no solo tiza, sino trozos de papel empapado en

saliva, granos de maíz, horquillas y pelotitas verdosas de mocos. En cierta ocasión, después de devolverles unos ejercicios, Roda Kudondo fue hasta su mesa, le plantó el cuaderno en la cara y empezó a farfullar un balbuceo inconexo que pretendía ser una imitación de su acento de Texas. La clase estalló en carcajadas y Aaron, incapaz de comprender lo que le estaba diciendo, le ordenó que volviera a su sitio. Pero ella repitió lo mismo y se metió el índice en la boca para empujar la parte interior de la mejilla y que se le inflara la cara. Le estaba provocando, y el hecho de que bromeara sobre salir de la clase y chupársela a cambio de una nota más alta lo dejó atónito y rojo de vergüenza. Ella, por su parte, volvió a su pupitre entre vítores.

Una tarde húmeda de diciembre, Linnet Oduori siguió a Aaron desde la puerta de la escuela hasta su casa y durante todo el camino se dedicó a maullar como un gato. Linnet era la alumna más pequeña de sexto curso y era tan bonita y de huesos tan finos como el pájaro que le daba nombre, el pardillo común. Hasta ese momento, Aaron la había tratado como a una especie de mascota: la ensalzaba a la menor oportunidad y exhibía la mediocridad de sus trabajos como un ejemplo para las demás; un favoritismo innmerecido y no meditado que ella, aquella tarde, convirtió en una venganza extraña pero efectiva.

—Son tus ojos —le aclaró esa noche su amiga Grace después de que le describiera el episodio con Linnet y el entusiasmo con el que se habían unido todos los niños y niñas con los que se habían ido cruzando por el camino hasta verse rodeado por una manada de críos que gritaban *miau miau* con voces agudas y burlonas—. Tus ojos se parecen a los de un gato, es por el color —insistió, como si se tratara de una obviedad.

Aaron consideraba que los ojos de Grace eran más felinos que los suyos, que simplemente eran de un azul normal y corriente. Grace era una chica de la etnia luhya cuyos ojos eran, por supuesto, marrones, pero se curvaban hacia arriba en los extremos, como los de una bruja, y sobresalían un poquito, de modo que al mirarla de perfil podía ver el nítido menisco lagrimal de su globo ocular, como un dedal de agua a punto de rebosar.

Grace había adoptado a Aaron durante su primera semana en el pueblo. Un día, a la caída de la tarde, se había presentado en la puerta de su casa con una Coca-Cola caliente y un pan chapati quemado a modo de obsequio. Con su

frente grasienta y llena de granos, su alegre sonrisa de encías oscuras y dientes separados y un aire de libre displicencia, Grace habría pasado sin ningún problema por una de las chicas de sexto curso, aunque tenía diecinueve años y era mayor que todas ellas. Muy al principio, le había preguntado de qué parte de América procedía exactamente y, cuando se lo dijo, ella contestó fríamente: «Pensaba que todos los texanos eran gente grande con aspecto de *cowboy*, pero tú no eres grande. No eres más que... de tamaño normal.» Grace había estudiado en Butula algunos años antes y al escuchar sus historias sobre lo que ocurría en la escuela, se negaba tercamente a creer que Aaron pudiera contarle algo que ella no supiera.

Cuando se hacía de noche, Grace escudriñaba la casa estrecha y pestilente de Aaron y con cada ligera respiración daba a entender que estaba allí de mala gana y que pasar tiempo en semejante casucha era algo que no estaba a la altura de ninguno de los dos. En cierta ocasión le preguntó a bocajarro: «¿Por qué has venido desde Texas para vivir en esta casa tan pequeña? ¿No sabes que hasta el cocinero de tu escuela tiene una casa mejor?»

Aaron le había explicado que era voluntario, que era la escuela la que le había proporcionado la casa y que, por tanto, no podía hacer nada al respecto, aunque, en realidad, nada más llegar se había quejado a viva voz de las condiciones de la vivienda a sus supervisores del Cuerpo de Paz. En efecto, al cruzar por primera vez el umbral de aquella casa, desde el marco de la puerta le llovió un reguero de excrementos de murciélago y más tarde encontró el cuerpo disecado de uno de los responsables; le recordó más que a ninguna otra cosa a un zurullo marrón chamuscado, atrapado en el interior de la estufa sin conectar.

A pesar del evidente desagrado que aquel entorno le producía, Grace a menudo se quedaba en su casa hasta pasada la medianoche chupándose los nudillos y observándolo desde el otro lado de la mesa iluminada con un farol. Aaron sospechaba que terminaría por insinuársele y pasaba mucho tiempo pensando en cómo le respondería. Pero hasta el momento no lo había hecho. Al terminar la visita, simplemente se ponía de pie, bostezaba y como si nada se recolocaba la tira del sujetador que se le había ido deslizando por debajo del vestido.

La noche del incidente de los maullidos, sin embargo, Aaron acompañó a Grace hasta el límite de su parcela, donde se detuvo. De forma impulsiva,

alargó la mano para agarrarla, pero ella, en lugar de ceder, le retiró la mano de la cintura, la puso en el costado de él y se rió en su cara.

—Muy mal —se burló moviendo un dedo de lado a lado bajo su nariz.

Aaron ya podía añadir este nuevo bochorno a la letanía de humillaciones que lo mantenían despierto por la noche mirando al techo y temiendo la llegada de la mañana.

Poco después de que Aaron por fin consiguiera dormirse, lo despertaron unos golpes en la puerta. El farol se había apagado, así que se liberó a ciegas de la mosquitera y atravesó la oscuridad a trompicones hasta la parte delantera de la casa.

—¡Ya va! —gritó, pero los golpes no cesaron. Quienquiera que lo visitara, resultaba tan insistente que incluso se preguntó si se habría producido algún tipo de situación de emergencia, un ataque terrorista o una invasión rebelde, si la gente del Cuerpo de Paz habría llegado para transportarlo en helicóptero a algún lugar seguro. Esta posibilidad le resultaba al mismo tiempo aterradora y un tanto emocionante, pero cuando al fin descorrió el cerrojo de la puerta, no había nadie.

Confundido, se aventuró a salir al exterior. El aire nocturno olía a carbón vegetal y a estiércol y el frío hizo que se le pusiera la piel de gallina. El último golpeteo se había producido tan solo unos segundos antes de que abriera la puerta. Parecía imposible que una persona hubiera tenido tiempo de echar a correr. Pero a la tenue luz de la luna pudo distinguir el patio vacío y la verja cerrada, y a su alrededor todo estaba en calma.

—¿Hola? —llamó, pero por toda respuesta solo oyó su propia respiración agitada.

Regresó al interior, volvió a cerrar la puerta y reajustó la mosquitera metiéndola con cuidado por debajo de las esquinas del colchón..., pero en cuanto se tapó con las sábanas, volvieron a empezar los golpes. Corrió a abrir la puerta hasta en tres ocasiones y en ninguna vio nada. Una de las veces se escabulló por la parte de atrás y trató de deslizarse sigilosamente pegado a la casa para sorprender a su atormentador en plena acción, pero en cuanto salió los golpeteos se interrumpieron y todo quedó en silencio. Volvió a la casa y se sentó con la espalda apoyada en la pared mientras trataba de no sucumbir al pánico. En ese momento los golpes se reanudaron una vez más, un martilleo

ensordecedor aporreaba la puerta metálica.

—¡Fuera! ¡Vete! —gritó tapándose los oídos con las manos—. ¡Vete! *Toka hapa!* ¡Vete!

Sin embargo, por demencial, imposible e increíble que pueda parecer, los golpes se prolongaron durante toda la noche.

Al amanecer, cuando le ardían los ojos y en su cabeza se agolpaban pensamientos alterados por la falta de sueño, la puerta por fin quedó en silencio. Se le ocurrió que su acosador podría haber dejado alguna pista reconocible a la luz del día y salió trastabillando solo para encontrar un montón de mierda humeante perfectamente enroscada en mitad del porche.

Su hedor fresco e íntimo le provocó arcadas, se tapó la nariz con el brazo, volvió a entrar a toda velocidad y cerró dando un portazo, pero, aun así, estaba seguro de que podía olerlo. Se bebió dos botellas de cerveza Tusker caliente que le ayudaron a reunir el coraje suficiente para salir a recoger las heces envolviéndolas en papel de periódico; su calor escurridizo se filtraba a través de las finas hojas. Luego cruzó el patio corriendo con los brazos bien estirados y lanzó la bola arrugada a la calle por encima de la tapia.

Aaron sabía que si ese día no acudía a la escuela perdería cualquier oportunidad de llegar a controlar al sexto curso, pero no fue capaz de hacerlo. Se tumbó en el sofá, sudando, la cara tapada con mantas, mientras trataba de identificar a la sospechosa con más probabilidades de ser la responsable de aquel ataque nocturno. ¿La delicada Linnet que maullaba como un gato? ¿La vulgar Roda Kudondo? ¿O alguien menos obvio como la guapa Mercy Akinyi, que una vez había entregado un examen que consistía exclusivamente en la repetición de las palabras *Amo a Moses Ojou*? Tal vez se tratara de Milcent Nabwire, que la semana anterior había levantado la mano en clase para preguntar: «*Mwalimu*, es... es... es cierto que... que *wazungu*... es cierto que...» y acto seguido le había preguntado tartamudeando a viva voz: «*Mwalimu, ni kweli wazungu hutomba wanyama?*» Para tratar de ocultar lo lento que era traduciendo, Aaron fingió considerar la pregunta con gran atención, frunciendo y arrugando el ceño, por lo que solo cuando finalmente descifró lo que quería decir (*Profesor, ¿es cierto que la gente blanca se folla animales?*), se dio cuenta de lo fácil que se lo había puesto para convertirse en el blanco de la broma.

O quizá fuera Anastenzia Odenyo, una de las muchas huérfanas de la clase,

que hacía las veces de cabeza de familia para cinco hermanos menores. Asistía a la escuela con tan poca asiduidad que le costaba recordar su cara, aunque a veces se cruzaba con ella en el pueblo y podía ver su rostro cansado y atormentado, con la cesta de la compra en equilibrio sobre la cabeza y un niño aferrado a la cadera. Una vez, en el mercado, se había ofrecido a pagarle el manojo de cebollas que ella quería comprar, y le había dicho que esperaba volver a verla pronto en el colegio. Ella aceptó el puñado de chelines que le tendía y a continuación señaló su Ipod y dijo algo en suajili que él no entendió.

—Para escuchar música —dijo en inglés, pronunciando con sumo cuidado cada una de las palabras—. Me gusta escuchar música.

A pesar de la frecuencia con la que le pedían sus pertenencias, siempre se sentía incómodo.

—No, Anastenzia. Lo siento.

—Vale —repuso ella. Hizo callar al bebé con el que cargaba, que había empezado a llorar—. Quizá más tarde. Gracias por cebollas, *Mwalimu*. Adiós.

Había recorrido la mitad del camino de vuelta a casa cuando de pronto se le ocurrió la enojosa posibilidad de que tal vez no le hubiese pedido el Ipod como regalo, sino simplemente para escuchar una canción.

Sí, podían haber sido Linnet, Roda, Mercy, Milcent, Anastenzia..., pero también Stella Khasenye, Saraphene Wechuli, Veronica Barasa, Anjeline Atieno, Brigit Taabu, Purity Anyango o Violeta Adhiambo. Lo cierto es que podía haber sido cualquiera de ellas, porque todas lo detestaban, todas y cada una de ellas.

A media tarde, el director fue a visitarlo a su casa y Aaron le dijo que estaba enfermo. El director le advirtió de los peligros de la malaria y se ofreció a enviarle a alguno de los niños con Panadol, pero Aaron rechazó educadamente el ofrecimiento y volvió a arrastrarse hasta la cama. Más tarde, Grace llegó a la hora habitual y Aaron, que sentía muy solo y no dejaba de temblar, la invitó a entrar.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó nada más verlo.

Le contó una versión abreviada de su calvario nocturno, aunque no se atrevió a admitir que alguien había cagado en el porche. Igual que la vulgar sugerencia de Roda, la insolencia de aquel acto por alguna razón lo

avergonzaba más a él, a la víctima, que al transgresor. Había dado por sentado que Grace no lo creería si le contaba que los golpes lo habían mantenido despierto hasta el amanecer, ya que incluso a él mismo le costaba creerlo, pero al terminar su historia, en lugar de ridiculizarlo, simplemente asintió y le dijo muy segura:

—Ah. Es un corredor nocturno.

—¿Un corredor nocturno?

—¿No te enseñaron nada sobre los corredores nocturnos en la escuela del Cuerpo de Paz?

Nada más conocerse, Aaron le había hablado de las ocho semanas de formación con el Cuerpo de Paz que había completado antes de su llegada a Butula, y desde entonces tenía la sensación de que Grace creía que había asistido durante meses a alguna clase donde le habían enseñado hasta el más mínimo detalle relacionado con la vida en Kenia, desde cómo se saluda a un abuelo a cómo trocear correctamente un mango. Se sorprendía incluso de los errores más nimios y a veces parecía verdaderamente ofendida por el alcance del fracaso de estos profesores imaginarios.

—Los corredores nocturnos son muy comunes entre el pueblo luhya —le dijo—. Causan muchos problemas, corren desnudos y a lo loco por todas partes. —Y, tal vez inspirada por la cara de perplejidad de Aaron, bajó la voz hasta un registro masculino, arrugó las cejas y elevó su explicación a la categoría de representación—. Se acercan, *bum bum bum*, haciendo este tipo de ruido —hizo una demostración golpeando el aire con los puños— y restriegan su *ninis* contra la pared —sacó el culo hacia fuera, como señalando— y, si tienes muy mala suerte, te dejan un regalito. —Se rió y concluyó con gran énfasis—: ¡Eso es! Así es un corredor nocturno.

Aaron pasó el resto de la tarde intentando que Grace confesara que se lo había inventado. No era la primera vez que le contaba historias descabelladas relacionadas con lo sobrenatural —como la de un hombre sobre el que había caído una maldición que lo hacía cacarear como un gallo cada vez que orinaba; o la de una bruja que había echado una maldición a una pareja adúltera para que se quedaran pegados si tenían relaciones sexuales y tuvieron que ser trasladados al hospital para ser separados por medios quirúrgicos—, pero siempre parecía una burla, como si supiera que no la iba a creer y lo retara a desafiarla. En cuanto a la autenticidad de los corredores nocturnos, no

obstante, parecía totalmente convencida. No, no eran espíritus, eran personas reales a las que una especie de enfermedad mental demoniaca las hacía correr. Sus identidades eran secretas, porque si la comunidad descubría que eras un corredor nocturno... ¡Ay! ¡Estabas perdido! En cierta ocasión, tres pueblos más allá, habían pillado a un corredor nocturno y habían estado a punto de lincharlo antes de descubrir que durante el día era la respetada esposa de un reverendo.

El escepticismo de Aaron fue reduciéndose poco a poco ante la convicción de ella y le preguntó cómo era posible librarse del acoso de un corredor nocturno. Grace empezó a relatarle entonces una enrevesada historia sobre cómo los mejores corredores nocturnos trabajan en pareja y los elaborados rituales conjuntos que llevan a cabo para evitar que los atrapen, pero de repente se interrumpió y, exasperada, sacudió la cabeza:

—¡No! El verdadero problema es que es muy difícil detener a estos corredores nocturnos porque cuando se va tras ellos pueden convertirse en otra cosa, en un gato o en un pájaro o incluso en un leopardo, así que ¿cómo va a poder alcanzarlos una persona?

—¡Grace! —gritó Aaron mientras ella estallaba en carcajadas—. ¡No tiene gracia!

Grace dio un golpe en la mesa con la mano y gritó:

—¡Mentira! Sí que tiene gracia. Tu problema es que eres demasiado serio. ¡Oh, no! ¡Una chiquilla me maúlla! ¡Oh, no! ¡Alguien llama a mi puerta por la noche! En este mundo hay cosas peores que el que te maúllen. De acuerdo, tienes problemas..., ¿pero eso quiere decir que nadie puede reírse?

—Lo único que creo es que podías ser un poco más comprensiva —dijo Aaron de mal humor, y se terminó lo que le quedaba de Coca-Cola.

A la mañana siguiente, fortalecido tras un sueño reparador de ocho horas, Aaron se atrevió a volver a la escuela. Sin embargo, en lugar de dirigirse a su clase, se presentó en el despacho del director y lo encontró con los pies apoyados en el escritorio; la suela de uno de los zapatos estaba ennegrecida por un manchurrón de chicle.

—¡*Mwalimu*, Aaron! —exclamó el director—. ¿Cómo vas hoy con tu malaria?

—No era malaria —dijo Aaron—. Estoy mucho mejor. Pero necesito

hablar con usted sobre las chicas de sexto curso. No hay quien las controle.

El director lo escuchaba meciéndose en su silla y Aaron le expuso la letanía de ofensas cometidas por las chicas de sexto curso. Le tiraban cosas. Lo imitaban. Le hacían preguntas obscenas. Se negaban a hacer los deberes. No lo trataban con el debido respeto. Cuando Aaron le relató la historia de los maullidos de Linnet, el director comenzó a fruncir el ceño, pero al describirle el asalto a su casa, dejó caer al suelo las patas delanteras de la silla con gran estrépito.

—¡No! —estalló—. ¡Esto es algo muy serio! ¡¿Cómo puede dormir con un acoso semejante?! ¡¿Con alguien empeñado en pasar toda la noche dando golpes en su puerta?!

Aaron iba a mostrarse de acuerdo, pero antes de que pudiera decir nada, el director añadió:

—¡Esto no es una simple molestia, claro que no! ¡Supone un auténtico problema en nuestra comunidad, este despreciable hábito de correr por la noche!

Aaron se desplomó en su asiento mientras en el rostro del director irrumpía una amplia sonrisa que dejaba entrever una boca llena de dientes húmedos y brillantes. Agarró a Aaron del hombro.

—Amigo mío, si quiere imponer disciplina en su clase, ¡debe disciplinarlas! La próxima vez que una niña, por muy pequeña que sea, le maülle... ¡bam! —Azotó el aire con el periódico como si fuera un látigo—. Si lo hace, no creo que vuelva a recibir la visita de ese corredor nocturno.

Dándose por vencido, Aaron volvió a su aula. Cualquiera otro día, las chicas habrían armado toda clase de alborotos en su ausencia, pero ese día estaban tranquilamente sentadas en sus escritorios, con los tobillos juntos y las manos entrelazadas sobre la mesa. Un centenar de ojos lo miraron mientras atravesaba el aula. Cuando se aclaró la garganta, preparándose para empezar, se permitió un momento de esperanza. *Tal vez se acabó. Tal vez por fin se den cuenta de que han ido demasiado lejos.*

—Buenas tardes, chicas —saludó a la clase.

Al ponerse en pie para recibirlo, el aire se llenó del sonido de pies arrastrándose y el chirrido de los pupitres, como si las chicas de sexto curso formaran un solo cuerpo.

—¡*MIAU!*

En la consiguiente histeria, Aaron agarró del brazo a la chica que tenía más cerca: Mercy Akinyi, la que amaba a Moses Ojou. Mercy chilló y clavó las uñas en la mano de Aaron, pero él la empujó hacia delante y la obligó a salir por la puerta. Casi habían llegado al patio y las demás todavía no se habían percatado de lo que estaba pasando. Cuando lo hicieron, fueron tras ellos en bloque y lo acorralaron en una vorágine de gritos. A su alrededor volaban escupitajos, papeles y zapatos, pero Aaron se centró en mantener el control sobre aquella única presa que se retorció.

El resto de las alumnas, atraídas por el escándalo, se agolparon en el exterior mientras que las profesoras, curiosas, no hacían ningún esfuerzo por detenerlas. Con toda la escuela mirando, Aaron arrastró a Mercy hasta el centro del patio y entonces, como dictaba la costumbre, le levantó las manos por encima de la cabeza y las colocó en el mástil de la bandera. La falda a cuadros azules y blancos de la chica se le subía por encima de la parte posterior de las rodillas y dejaba al descubierto unas piernas suaves y marrones. En el suelo, decenas de palos finos salpicaban la hierba, vestigios de antiguos castigos. Aaron cogió uno y lo presionó contra la pierna de Mercy; un músculo de la rolliza pantorrilla tembló debajo de la piel.

El estómago de Aaron se había vuelto frío y pegajoso. Temió perder el control de sus intestinos, pero levantó la vara para golpearla y, al hacerlo, Mercy ladeó la cabeza y le sonrió con languidez.

—¡*Miau!*—susurró.

No podía hacerlo. Tiró la vara al suelo y volvió caminando a casa.

Grace no apareció aquella noche, pero el corredor nocturno sí lo hizo. A la mañana siguiente, Aaron abrió la puerta y durante un instante se sorprendió al descubrir el porche impoluto, hasta que lo golpeó el hedor y, al girarse, vio las manchas marrones apelmazadas a la altura de la cadera formando un círculo en las blancas paredes de su casa.

Entró y llamó a su supervisora del Cuerpo de Paz. Le explicó que había sido objeto de acoso en el pueblo, que ya no sentía que tuviera nada que ofrecer a aquella comunidad y que quería volver a casa. Esperaba que tratara de convencerlo de que no lo hiciera, que lo tranquilizara diciéndole que lo que estaba haciendo era muy valioso, pero la supervisora no lo hizo. El Cuerpo de

Paz le había dejado casi completamente solo en aquel lugar, pero en cuanto quiso marcharse, fue como si hubiera tirado de una palanca y activado el funcionamiento de una compleja máquina. La única pregunta que le hizo la supervisora fue si se sentía inseguro en el pueblo o si había considerado la posibilidad de autolesionarse. Cuando le aseguró que ese no había sido el caso, la supervisora le dijo que se presentara en la oficina al día siguiente para rellenar el papeleo necesario para su partida. Y eso fue todo. No podía haber sido más fácil. Ya estaba hecho.

Tras colgar el teléfono, Aaron llenó un cubo con agua tibia y jabonosa. Le hizo un nudo a una vieja camiseta, salió al porche, se puso de rodillas y frotó las paredes hasta que les sacó brillo. No sentía asco ni repulsión, tan solo una especie de desprecio sofocado. Eran ellos los que habían elegido echarlo de allí. Igual que pegar a los niños era una elección. Igual que mantener relaciones sexuales sin protección era una elección. *Ellos habían elegido esto*, se dijo a sí mismo, y las palabras le supieron a sangre.

Durante la puesta de sol de su último día en el pueblo, Aaron caminó hasta la ciudad por última vez y se compró un chapati y una Coca-Cola, y luego, tras dudar un instante, compró un segundo chapati y otra Coca-Cola para Grace. Se preguntaba qué diría cuando supiera que se marchaba, y en su cabeza volvió a escuchar su voz llena de asombro: *¿No te enseñaron nada sobre los corredores nocturnos en la escuela del Cuerpo de Paz?*

No, Grace, pensó. No me enseñaron ninguna de las cosas que necesitaba saber.

Grace no apareció esa noche, y, en un primer momento, tampoco apareció ningún corredor nocturno. Solo podía sentir un calor sofocante que avanzaba lentamente por la casa y se negaba obstinadamente a salir. Respirar suponía un esfuerzo, pero Aaron tenía miedo de abrir las ventanas. Se desnudó hasta quedarse en ropa interior, se secó la frente empapada con un pañuelo de papel y se sentó en cuclillas en el colchón. En su regazo descansaba una herramienta que había tomado prestada del cobertizo de su parcela, una de esas cuchillas largas y planas a las que los lugareños llamaban cortacéspedes. Había sido sincero al decirle a su supervisora que no se sentía seguro en el pueblo. En cambio, sí estaba asustado, humillado e indefenso, y se había cansado de sentirse así.

Los golpes empezaron justo después de la medianoche. *Toc, toc, toc*, llamaba el visitante, primero en la puerta y después en la ventana. *Toc, toc, toc*. Puerta, ventana, ventana, puerta, hasta que un golpeteo trémulo y como de niña rodeó toda la casa. A buen seguro nadie podría moverse tan rápido. Quizá el sexto curso al completo había ido a visitarlo, una sádica excursión escolar. Aaron volvió a pensar en Mercy, de pie y con las manos agarradas al mástil de la bandera, mirándolo con los ojos entrecerrados. Incluso cuando su enfado lo había llevado a querer golpearla hasta hacerla sangrar, ella no le había temido, y ahí estaba él ahora, agazapado en su propia casa, como un cobarde. *Vine aquí para ayudarlos*, pensó. Se puso de pie, se colgó el cortacésped al hombro como si fuera un bate de béisbol y se arrastró hacia la puerta a medida que los golpes se extendían por toda la casa, como unas alas desplegándose.

Espera.

Espera.

Toc, toc, toc.

Ahora.

Aaron abrió la puerta de par en par. Dos desnudas piernas marrones flotaron delante de él, los dedos de los pies se movieron y de pronto uno de ellos le lanzó una patada en la cara y sintió cómo cinco uñas pintadas le arañaban la mejilla. Se puso a gritar y a agitar el cortacésped como si hubiese enloquecido..., pero las piernas se deslizaron hacia arriba y desaparecieron, dejándolo con la mirada clavada en una puerta vacía y en la fría oscuridad de la noche; el filo de metal del cortacésped había quedado incrustado en la desvencijada madera del marco.

Aaron se encorvó y sintió náuseas. Escupió bilis sobre el lugar donde, de haberse encontrado la cuchilla con la carne, una pierna cercenada de niña habría caído al suelo. La conmoción por lo cerca que había estado de suceder lo fustigó como un látigo y le atravesó la columna vertebral como una descarga eléctrica. Si la hubiera golpeado... El crujido del hueso. Los gritos. Los borbotones de oscura sangre roja.

Pero se le había escapado. Ahora estaba en el tejado; una llovizna de *tap, tap, tap* que parecían susurros había reemplazado a los golpes. Salió tropezando al patio justo a tiempo para ver una sombra pequeña y oscura que

se arrastraba por el tejado a dos aguas. No podía verla, pero sabía que estaba atrapada: la tapia de ese lado de la parcela era demasiado alta para que la trepara una niña.

—¿Mercy? —suplicó—. ¿Linnet? ¿Roda? Ven y habla conmigo. Por favor.

Desde el otro lado de la casa se oyó el golpe mullido y seco que quienquiera que hubiera estado en el tejado hizo al caer al suelo. Aaron se dirigió con grandes zancadas hacia el lugar de donde provenía el ruido, de manera que cortaba el paso de cualquier huida. Era imposible que la chica pudiera escabullirse sin que él la viera..., pero aun así el siguiente sonido se produjo a su espalda, una dulce risita seguida de un susurro burlón: «¡*Miau!*!»

La ira que creía haber exorcizado volvió a bullir en su interior. Se dio la vuelta y se abalanzó para encararla, pero la chica escapó y él cruzó la cancela tras ella y se adentró en el camino, olvidándose de que iba descalzo, de que iba en ropa interior, olvidándose de todo salvo de su furia.

La chica avanzaba corriendo por el camino en la oscuridad nocturna y él no lograba distinguir nada más allá del contorno difuminado de su sombra, que primero había sido del tamaño de un niño, luego tan grande como la de un hombre, después tan pequeña como la de un gato y luego otra vez del tamaño de una chica. Corrió tras ella por calles vacías, pasando junto a casas cerradas y tiendas bajo llave, entre arbustos húmedos de rocío y a través de un bosquecillo de árboles más altos con ramas que lo enganchaban, se enredaban en su pelo y le dejaban marcas finas y sangrientas en el pecho, como si le pegaran latigazos. Corría y corría, dejaba atrás una iglesia y un depósito de chatarra. Entró en un maizal, donde las ramas tiernas y puntiagudas como navajas le rajaron las piernas, hasta que finalmente se encaramó a una pared y cayó en un espacio intensamente iluminado que refulgía a la luz de una hoguera.

Aaron tuvo que pestañear y se protegió los ojos con la mano. Inicialmente no pudo distinguir a quienes estaban en penumbra. Lo que en un primer momento tomó por un hombre alto y demacrado, empezó a ondear y resultó ser el mástil de una bandera. Volvió a pestañear y se dio cuenta de que el patio le resultaba familiar y el edificio que había detrás, todavía más. Apretujadas alrededor de la hoguera, que en ese momento ardía como siempre lo hacía en las celebraciones, estaban las chicas de sexto curso. Y junto a ellas estaban las chicas de quinto, de séptimo, de octavo. Muchas tenían Coca-Colas y Fantas

en la mano. El resplandor de la cabra que estaban asando iluminaba sus bocas.

Era una fiesta, celebraban el fin de curso. Aaron se agachó frente a ellas, jadeando, y al verlo abrieron los ojos de par en par y una de ellas, con la cara desfigurada por el terror, lo señaló y lanzó un gemido. Aaron se volvió para ver qué había a su espalda y, en ese mismo instante, creyó en todas las criaturas que poblaban las historias que contaba Grace. La pared estaba vacía, tuvo que recordarse a sí mismo que él era el perseguidor, no el perseguido.

Algunas de las niñas más pequeñas rompieron a llorar y pudo oír sus lamentos agudos y asustados, pero entonces Roda Kudondo gritó con arrojo:

—¡Eh, tú! ¡Corredor nocturno!

Y los sollozos se transformaron en un clamor de abucheos.

Aaron bajó la mirada y se vio tal como lo veían ellas: una aparición fantasmal, un extraño de ojos felinos, pálido como un hongo. Tapado con unos calzoncillos roídos y cubierto de barro, con ramitas y hojas pegadas al vello de las piernas, la piel iluminada por un rubor que parecía ir en aumento. *Chicas valientes*, pensó de repente mientras seguían abucheándolo a modo de protección. Chicas valientes: transmutar el terror en risa, bromear en lugar de llorar.

—¡Psssst! —Se oyó un susurro desde el rincón más alejado del patio—. ¡Aaron!

Miró hacia arriba y vio una figura envuelta en sombras. En un principio creyó que era una de las colegialas, pero entonces la figura sonrió y reconoció las piernas largas y la sonrisa plagada de huecos.

—¡Psssst! —le llegó de nuevo el susurro. La figura le hizo un gesto y pronunció una frase en *suajili*.

Ukimbie nami.

Corre conmigo.

Grace, la que no le tenía miedo. Grace, la que se reía de él y le contaba historias, la que se había burlado de él y le había metido el miedo en el cuerpo; Grace, la que en vez de llorar o enfurecerse... corría. Al día siguiente iniciaría el largo camino de regreso a casa, pero esa noche, Grace, desnuda, atravesaba el patio corriendo, invisible para todos menos para él.

Y esa noche, ágil como un gato, corrió tras ella.

EL ESPEJO, EL CUBO Y EL FÉMUR VIEJO

Había una vez una princesa que necesitaba casarse. Nadie pensaba que esto pudiera suponer un problema. La princesa tenía ojos vivarachos y una cara pequeña y dulce. Le encantaba sonreír y hacer bromas. Contaba con un intelecto agudo, comprometido y curioso, y si pasaba más tiempo del que en aquella época (o en cualquier otra) se consideraba normal con la nariz metida en un libro, bueno, al menos eso quería decir que siempre tenía alguna historia interesante que contar.

Los pretendientes acudían desde todos los rincones del reino para visitar a la princesa y la princesa los recibía con igual gracia. Se interesaba por ellos, les hacía preguntas y a su vez contestaba las que ellos le planteaban; caminaba de su brazo mientras paseaban por las propiedades; escuchaba, y se reía, e intercambiaba una historia por otra, y era tan encantadora y tan alegre que todos los pretendientes regresaban a su hogar convencidos de que una vida casado con la princesa no sería terriblemente desagradable, incluso dejando a un lado la alegría de algún día convertirse en rey.

Después de estas visitas, la princesa se sentaba en el salón con el rey, la reina y el consejero real, que la acribillaban a preguntas. ¿Qué pensaba del último pretendiente? ¿Lo había encontrado apuesto, cortés, inteligente, amable?

Oh, desde luego, decía la princesa con su sonrisa de hoyuelos. Por supuesto. Todas esas cosas.

¿Y qué os ha parecido este pretendiente comparado con el anterior?

El pretendiente anterior era también muy apuesto, en efecto.

¿Pero este es mejor?

Sí, probablemente. Bueno, no. Es difícil saberlo. ¡Ambos están dotados de tantas buenas cualidades!

¿Deberíamos volver a invitarlos a los dos para que podáis compararlos?

Oh, no. No creo que sea necesario.

Entonces lo que estáis diciendo es que no os ha gustado ninguno.

¡Sí que me han gustado! Es solo que...

¿Solo que qué?

No parece una buena señal que esté resultándome tan difícil elegir entre ambos, ¿no os parece? Me preguntaba..., es decir, si no es mucha molestia, si tal vez sería posible...

¿Invitar a otro?

Sí.

Otro pretendiente.

Sí. Por favor.

Si es que queda alguno.

Sí, si es que queda alguno. ¿Sería posible? ¿Por favor?

Entonces la reina apretó sus finos labios, el consejero real pareció preocupado, pero guardó silencio, y el rey suspiró y dijo: Supongo.

Así pasó un año y luego otro y luego tres más y la princesa fue conociendo a todos los príncipes del reino y a todos los duques y a todos los vizcondes y a todos los financieros sin título pero escandalosamente ricos y a todos los artesanos sin título y no muy ricos pero respetables y, por último, a todos los artistas, que ni tenían título ni dinero ni eran respetables. Fuera como fuera, a ojos de la princesa ninguno se distinguía de los demás.

Pronto se hizo imposible recorrer diez kilómetros sin tropezarse con alguno de los pretendientes de la princesa. Una cosa habría sido (y esto era algo en lo que coincidían todos) que los hubiera rechazado por alguna razón, pero que los pasara por alto por el simple hecho de no ser, no se sabe muy bien por qué, lo bastante buenos..., eso sin duda suponía un duro golpe para cualquiera.

Pasados cinco años, la princesa había rechazado a casi todos los hombres del reino susceptibles de ser elegidos y los rumores habían empezado a extenderse y, junto a ellos, el descontento: tal vez la princesa fuera egoísta. Mimada. Arrogante. O tal vez para ella todo aquello no fuera más que un

simple juego y en realidad no quería casarse.

Al finalizar el quinto año, el rey perdió la paciencia. Informó a la princesa de que al día siguiente todos los hombres rechazados volverían a ser invitados a palacio. La princesa elegiría a uno, se casaría con él y no habría más que hablar. Y la princesa, que también estaba cansada de aquella procesión de pretendientes y preocupada por su propia incapacidad para elegir, se mostró de acuerdo.

Volvieron los pretendientes y, una vez más, la princesa caminó entre ellos, charlando y riéndose, intercambiando historias, aunque quizá no de un modo tan vivaz como lo había hecho antes, y todos los pretendientes volvieron a decidir que pasar una vida casado con la princesa no sería terriblemente desagradable, sobre todo dada la alegría de algún día convertirse en rey.

La jornada concluyó sin incidentes, y al ponerse el sol, el rey, la reina y el consejero real se reunieron en el salón con la princesa y le exigieron una decisión. La princesa no contestó de inmediato. Se mordió el labio. Se royó una uña. Se pasó las manos por su melena larga y oscura. Finalmente, susurró:

¿Puedo disponer de un día más, por favor?

El rey montó en cólera y volcó la mesa, furioso. La reina se levantó de un salto y abofeteó a la princesa. La princesa escondió la cara entre las manos y lloró. El caos y la desdicha camparon a sus anchas hasta que intervino el consejero real.

Permitidle una noche más para pensarlo, recomendó el consejero real. Puede elegir marido por la mañana.

El rey y la reina no estaban nada contentos, pero el consejero real nunca los había conducido por un camino equivocado, de modo que permitieron que la princesa se fuera a la cama esa noche sin haber tomado aún una decisión.

Sola, en su habitación, la princesa yacía despierta dando vueltas entre las sábanas y escudriñando su corazón, tal como había hecho todas las noches durante los últimos cinco años. ¿Por qué ninguno la satisfacía? ¿Qué era lo que buscaba que era incapaz de encontrar? Su maltrecho corazón no le ofrecía respuestas. Se sentía exhausta y miserable, y en cuanto cayó dormida llamaron a su puerta.

La princesa se incorporó. ¿Sería la reina, dispuesta a ofrecerle un beso de

disculpa y conmiseración? ¿El rey portando una nueva amenaza o advertencia? ¿O tal vez sería el consejero real con algún desafío mágico que pudiera plantear a sus pretendientes y que le permitiría distinguir al más digno de entre todos?

Sin embargo, al abrir la puerta, la figura que aguardaba de pie en el pasillo no era el rey, ni la reina ni el consejero real. Era alguien a quien nunca había visto.

El visitante de la princesa vestía un manto negro que le caía del cuello hasta los tobillos y una caperuza negra que le cubría la cabellera. Pero al fijar su mirada en el rostro del visitante, le resultó encantador y cautivador y cálido. Tenía las mejillas redondas, labios suaves y carnosos y unos brillantes ojos azules en los que perderse.

Oh, susurró suavemente la princesa. Hola.

Hola, le susurró a su vez el visitante.

La princesa sonrió y, cuando el visitante le devolvió la sonrisa, sintió como si se hubiera quedado sin sangre en las venas y en su lugar fluyera una mezcla de pompas de jabón, luz y aire.

La princesa invitó a su visitante a entrar en la habitación y pasaron la noche juntos en la cama con dosel, besándose, bromeando y charlando hasta el amanecer. La princesa se quedó dormida al salir el sol. Se sentía más feliz que nunca. Soñó con una vida más alegre de lo que jamás se había atrevido a imaginar, una vida rebotante de risas, felicidad y amor.

Despertó con una sonrisa bailándole en los labios, la mano de su amante apoyada en la cadera, y vio al rey, a la reina y al consejero real de pie junto a su cama.

Santo cielo, dijo la princesa, ruborizándose. Ya sé lo que parece, pero escuchadme: lo he hecho. Por fin, después de todos estos años. He tomado una decisión.

Se volvió hacia su amante, que seguía escondido bajo las sábanas. Le amo, dijo. Lo demás no importa. Este es el hombre que elijo. El rey y la reina sacudieron con pesar la cabeza. El consejero real tiró de las sábanas y las arrojó al suelo, y entonces, antes de que la princesa tuviera tiempo de protestar, alzó el grueso manto negro del visitante y lo agitó. Del interior del manto cayeron sobre la cama un espejo roto, un cubo de hojalata abollado y un fémur viejo.

La princesa sintió un cosquilleo en la cadera, donde había estado apoyada la mano de su amante. Miró hacia abajo y vio que lo único que descansaba allí era su mano, que temblaba de miedo.

No lo comprendo, susurró la princesa. ¿Qué habéis hecho con él?

No hemos hecho nada con él, dijo el consejero real. Nunca ha sido nada más que esto.

La princesa abrió la boca para decir algo, pero las palabras no salieron.

Mirad, dijo el consejero real. Dejad que os lo muestre.

Levantó el fémur de la cama y lo apoyó contra la pared. Amarró el espejo a la parte superior del hueso con un trozo de cuerda, ató el cubo en la parte central y, a continuación, cubrió todo el conjunto con el manto negro.

¿Lo veis?, dijo el consejero real. Cuando mirabais a la cara de vuestro amante, lo que veíais era vuestra propia cara reflejada en este espejo roto. Cuando escuchabais su voz, lo único que escuchabais era vuestra propia voz resonando en este cubo abollado. Y cuando lo abrazabais, lo que sentíais eran vuestras propias manos acariciando vuestra espalda, aunque en realidad no sosteníais más que este fémur viejo. Sois egoísta, arrogante y mimada. Sois incapaz de amar a nadie salvo a vos misma. Nunca os satisfará ninguno de vuestros pretendientes, de modo que poned fin a esta locura y casaos.

La princesa dejó escapar un ruido como si algo la estuviera asfixiando. Se arañó los brazos y se mordió la lengua hasta que se hizo sangre y cayó de rodillas ante lo que había sido su amante. Cuando volvió a incorporarse, su semblante estaba tranquilo, su mandíbula era firme y en sus ojos ya no había lágrimas.

Sí, dijo. He aprendido la lección. Llamad a los pretendientes y reunidlos. Estoy lista para elegir.

Los pretendientes se congregaron en el patio y la princesa paseó entre ellos y se disculpó por haberlos hecho esperar durante tanto tiempo. Y entonces, sin vacilación alguna ni el más mínimo atisbo de duda, escogió marido: un joven duque que era apuesto y cortés, inteligente y amable.

Una semana más tarde, la princesa y el duque se casaron. La reina estaba complacida. El rey, satisfecho. El consejero real guardó silencio, pero no pudo disimular cierto gesto de arrogancia. El clima de descontento que se había cernido sobre el reino se desvaneció, y todos coincidieron en que las cosas habían salido bien.

En el año siguiente al casamiento de la princesa, sus padres murieron, lo que significaba que ya no era princesa, sino reina. Su marido, ahora rey, trataba a su esposa con la máxima cortesía y delicadeza. Se entendían bien y el rey gobernó sus territorios con éxito durante muchos años.

Sin embargo, después de casi una década de matrimonio, después de que la reina hubiera dado a luz a dos de sus hijos, el rey descubrió que se había enamorado de su esposa. Esto complicaba su relación, porque quería decir que ya no podía ignorar el hecho de que ella estaba muy muy triste.

El rey sabía que en torno a su elección había existido cierto misterio; no era ningún necio y era perfectamente consciente de que durante el cortejo no había causado ninguna impresión en particular en la princesa. Al pensar en ello, cosa que intentaba evitar la mayor parte del tiempo, terminó presintiendo algo que no distaba mucho de la verdad: la princesa había estado enamorada de alguien que por algún motivo no habían considerado apropiado y, después de habersele prohibido aquel hombre, en su lugar lo había escogido a él. Al rey no le importaba demasiado ser una segunda opción, pero odiaba ver lo desdichada que era su esposa y lo consumida que estaba por la pena y no podía dejar de preguntarse si su matrimonio no sería la causa de toda aquella tristeza.

De modo que, una noche, el rey, titubeante, preguntó a la reina qué le sucedía y si había algo que él pudiera hacer para ayudarla. Al principio la reina trató de negar su infelicidad, pero después de tantos años juntos entre ellos había florecido cierto grado de confianza y finalmente contó al rey aquella extraña historia.

Al concluir el relato, el rey dijo: Es una historia muy extraña. Y lo más extraño de todo es que he vivido con vos desde hace mucho tiempo, diría que os conozco muy bien, y no pienso que seáis egoísta, arrogante ni mimada.

Pero lo soy, dijo la reina. Sé que lo soy.

¿Cómo lo sabéis?

Porque lo sé, dijo la reina con un hilo de voz. Me enamoré de eso. Lo amaba como nunca he amado a nadie: ni a vos, ni a mis padres, ni siquiera a mis propios hijos. Lo único que he amado en este mundo es un grotesco artilugio hecho a partir de un espejo roto, un cubo abollado y un fémur viejo. La noche que pasé en mi cama con eso fue la única noche feliz de mi vida. Y,

aun sabiendo lo que es, lo echo de menos, lo anhele, todavía lo amo. ¿Y qué otra cosa puede significar sino que soy una mimada, una egoísta y una arrogante, y que no soy capaz de amar nada ni a nadie salvo un reflejo distorsionado de mi perverso corazón?

Tras decir esto, la reina rompió a llorar y el rey la acunó en su pecho. Lo siento, dijo, porque no se le ocurría qué otra cosa podía decir. ¿Qué puedo hacer?

No se puede hacer nada, dijo la reina. Soy vuestra esposa. Soy la madre de mis hijos. Soy la reina de este reino. Estoy tratando de ser mejor de lo que soy. Lo único que pido es que intentéis perdonarme.

Por supuesto que os perdono, dijo el rey. No hay nada que perdonar.

Pero esa noche el rey se fue a dormir profundamente preocupado y, por la mañana, al despertar, solo podía pensar en la posibilidad de aliviar la desdicha de la reina. La amaba tanto que si para hacerla feliz hubiera tenido que renunciar a ella, podría haberlo hecho..., pero ¿de qué servía liberarla si la persona de la que estaba enamorada no existía salvo en su propia mente?

El rey dio vueltas a este enigma durante días. Finalmente acudió al consejero real y juntos trazaron un plan. Ya en el mismo momento de tramarlo, el rey sabía que no era un plan muy bueno, pero la reina cada día estaba más triste y más pálida y el rey sentía que tenía que hacer algo, o arriesgarse a perderla para siempre.

Esa noche, después de que la reina se quedara dormida, el rey salió de puntillas al pasillo y se cubrió con un manto largo y negro. Llamó a la puerta y, cuando la reina abrió, se colocó un espejo roto delante de su propia cara.

El espejo que el consejero real había proporcionado al rey no era más que un pedazo de chatarra. Incluso la mujer más pobre y vanidosa del reino lo habría tirado a la basura. La parte de delante hacía ondas y estaba borrosa, como si la recubriera una fina capa de grasa, y una fisura pronunciada lo recorría de arriba abajo, como si un pelo largo atravesara el cristal. Y sin embargo, en cuanto la reina se miró en aquel espejo, su cara adoptó un gesto de tal ternura que al rey estuvo a punto de partírsele el corazón. La reina se tambaleó, cerró los ojos y apretó los labios contra su reflejo. Oh, susurró. Oh, os he echado tanto de menos. He pensado en vos cada día. He soñado con vos cada noche. Sé que es imposible y, sin embargo, lo único que he querido

siempre es que estemos juntos.

Yo también os he echado de menos, murmuró el rey. Pero, nada más hablar, la reina abrió los ojos y retrocedió de un salto.

¡No!, exclamó. ¡No! Así no es. Vos no sois él. No tenéis su voz. ¡Esto no es lo que quiero! Por favor, solo estáis empeorando las cosas.

La reina se arrojó sobre la cama y, cuando el rey fue a tumbarse a su lado, se negó a mirarle.

La reina no se levantó de la cama en tres días. Cuando al fin lo hizo, sus hijos corrieron a su encuentro y treparon a su regazo. La reina los abrazó, pero no sonrió cuando ellos la besaron, y cuando ellos le contaron alegremente los pequeños acontecimientos de su día, ella tardó mucho en contestar, como si les hablara desde muy lejos.

Al principio, el rey intentó respetar los deseos de la reina y dejarla sola con su tristeza, pero después de haberla visto feliz una vez, por breve que hubiera sido, ser testigo de su miseria le resultaba aún más difícil. A medida que pasaban los días y la reina seguía triste, pálida y callada, el rey se convenció de que si tan solo pudiera hacer que la ilusión resultara un poco más convincente, su disfraz quizá pudiera brindar alegría en vez de tristeza a la reina.

Y, así, poco tiempo después el rey se detuvo ante la puerta del dormitorio de la reina sujetando un espejo roto en una mano y un cubo de hojalata abollado en la otra. El cubo estaba en peor estado si cabe que el espejo: oxidado y sucio, desprendía un olor agrio, y un parche de moho blanquecino se había extendido por el fondo, como leche derramada.

El rey llamó a la puerta y la reina abrió y, de nuevo, se miró en el espejo y, de nuevo, su semblante se suavizó, y a punto estuvo de partírsele el corazón al rey. La reina besó el cristal y susurró dulces palabras a su amante imaginario. Pero esa vez el rey permaneció en silencio y el único sonido que podía oírse en el dormitorio era la voz de la propia reina y su eco. Sollozando de alegría, la reina se desplomó sobre el ancho pecho del rey..., pero en cuanto la rodeó con sus brazos, la reina abrió los ojos y se apartó de él.

No, dijo ella. No podéis engañarme así como así. Vuestras caricias no se parecen en absoluto a las de él. ¿Por qué os empeñáis en hacer que sufra?

Sorda a las disculpas del rey, la reina regresó a la cama y no volvió a

levantarse a pesar de las súplicas del rey, de los ruegos de su hija, y ni siquiera cuando se presentó el consejero real y le exigió que dejara de actuar de una forma tan necia y que por una vez pensara en alguien que no fuera ella misma. La reina yacía inmóvil, se negaba a comer y a beber, hasta que al final el rey decidió que debía tomar medidas o su esposa sin duda moriría.

Aquella vez, el rey abandonó toda esperanza de engaño. Llevó el fémur viejo al dormitorio de la reina en pleno día. El fémur era largo y amarillo, trozos de tendón colgaban aún de él y a los lados varios agujeros indicaban por dónde lo habían roído los perros. El hueso olía a carne podrida, a basura y a bilis y el rey apenas podía tocarlo sin que le sobrevinieran arcadas. No obstante, con trozos de cuerda ató el espejo y el cubo al hueso, lo cubrió con el manto negro y lo dejó apoyado en un rincón. Una vez confeccionado, la reina abrió los ojos y gimió.

¿Por qué?, le suplicó. ¿Por qué me hacéis esto cuando pongo tanto empeño en ser buena?

Porque amáis lo que amáis, repuso el rey. Si eso significa que sois egoísta, arrogante o mimada, entonces que así sea. Os quiero, vuestros hijos os quieren y vuestros súbditos os quieren, y no queremos veros sufrir más.

La reina se levantó de la cama con piernas temblorosas. Mientras el rey la observaba, se miró con detenimiento en el espejo, susurró algo dentro del cubo, rodeó con los brazos el fémur viejo y sonrió.

En los días que siguieron, los sirvientes llevaron comida para que la reina escogiera y vino para que bebiera y muy pronto hasta la más oscura sombra debajo de sus ojos había desaparecido y los huecos de las mejillas se volvieron menos pronunciados. A pesar de que el rey se alegraba de que la reina hubiera salido de las profundidades de su desesperación, la imagen de ella arrullando felizmente aquel conjunto de basura le resultaba insoportable, de modo que la dejó a solas y, cuando regresó al día siguiente, descubrió que había metido aquella cosa asquerosa en la cama que ambos compartían. Trató de protestar, pero, en cuanto se acercó, la reina le bufó con tanta furia que salió de espaldas y dando traspies de la habitación.

Al cabo de una semana, los hijos de la reina empezaron a preguntar de nuevo por su madre. El rey volvió al dormitorio de la reina, donde yacía desnuda entre la ropa de cama acariciando el espejo, susurrándole al cubo y

acunando el fémur viejo en los brazos.

¿Qué queréis?, le preguntó, sin dejar de mirarse en el espejo, al ver que se acercaba.

Vuestros hijos os echan de menos, dijo el rey. ¿No podríais salir a jugar un rato con ellos?

Decidles que vengan. Pueden jugar aquí.

De ninguna manera, repuso asqueado el rey. Id a cuidar de vuestra familia. Esta... cosa os estará esperando a vuestro regreso.

La reina dijo algo en voz baja y acto seguido ladeó la cabeza para escuchar su propio eco. Su rostro adoptó una expresión terrible y maliciosa.

Oh, dijo, astuta. Ya veo.

Veo, susurró el cubo.

Sí, le contestó ella. Ya veo.

¿De qué estáis hablando?, preguntó el rey.

Queréis engañarme para que salga, dijo la reina. Estáis celoso. En cuanto salga de esta habitación vendréis a hurtadillas y me robaréis mi espejo, mi cubo y mi fémur viejo y otra vez volveré a estar sola.

Sola, suspiró el cubo.

Sí, dijo sombría la reina. Sola.

Por favor..., le rogó el rey. Escuchadme. Eso no es lo que...

¡Fuera de aquí!, gritó la reina, y sus chillidos resonaron en el cubo de hojalata abollado hasta que la habitación retumbó con una cacofonía de alaridos:

¡Dejadnos en paz! ¡Dejadnos en paz! ¡Dejadnos en paz!

Después de eso, el mismo rey se volvió loco. Ordenó que cortaran la lengua a los sirvientes para que no pudieran contar a nadie el estado en que se encontraba la reina, destituyó al consejero real y contrató a un asesino para asegurarse de que no divulgara el secreto. Mintió a sus hijos y les dijo que su madre era una inválida y promulgó una ley que prohibía hablar de lo que le había sucedido. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, las habladurías no dejaron de extenderse. Se rumoreaba que la reina salía del dormitorio a altas horas de la noche y paseaba por las almenas arrastrando a su monstruoso amante, que rechinaba y repiqueteaba a su lado.

El rey gobernó el reino lo mejor que pudo e intentó considerarse viudo.

Había dejado de visitar a la reina, aunque algunas noches vagaba en sueños y, al despertarse, se encontraba en el pasillo, frente a la habitación de ella, a punto de llamar a la puerta.

Pasó un año, luego cinco, después diez, hasta que finalmente, incapaz de seguir soportando el peso de su dolor, el rey regresó al dormitorio de su esposa dispuesto a hablar una última vez con ella y acto seguido poner fin a su vida.

Solo la luz de una vela en un rincón iluminaba el dormitorio de la reina. Cegado por las sombras, en un primer instante el rey pensó que en la habitación no había nadie, pero a medida que sus ojos se fueron habituando a la oscuridad, distinguió una forma pálida que se retorció en la penumbra. Desde la cama le llegó una oleada de susurros melódicos, como el sonido que hacen las larvas al quedar al descubierto cuando se retira la roca que las cubre. Era un sonido tan desconcertante que el rey se disponía a salir huyendo cuando un rayo plateado de luz de luna atravesó la ventana e iluminó lo que yacía enmarañado entre las sábanas.

La criatura que alzó su cara hacia él era algo horrible y esquelético, con el cabello enredado, la piel blanca como la de un cadáver y unos enormes ojos ciegos que llevaban mucho tiempo acostumbrados a la oscuridad. Enseñó los dientes y gruñó sin decir nada; los omóplatos desnudos se arqueaban bajo la piel como amorfos alas rechonchas. El monstruo que una vez había sido la reina se deslizó de la cama con una lentitud onírica y empezó a gatear hacia el rey arrastrando el espejo, el cubo y el fémur viejo tras ella.

El rey chilló y corrió hacia la puerta, pero antes de alcanzarla le vino a la mente la imagen de su mujer tal como era la primera vez que la vio —una joven sonriente de rostro delicado— y la pena ahogó cualquier miedo.

Reunió el valor suficiente, volvió al dormitorio y se arrodilló junto a la mujer que amaba. Lo siento mucho, susurró, y, en el silencio, el cubo de hojalata le devolvió sus propias palabras.

Lo siento.

El rey trató de desasir con gran dulzura las manos que se aferraban al fémur. La reina, temblando, se asía con todo su empeño, pero su fuerza no era comparable a la de él. Se soltó inesperadamente y la mano del rey resbaló. El fémur y el cubo abollado cayeron en el suelo de piedra haciendo un ruido

atronador, como de campanas, y el espejo se rompió en mil pedazos.

La reina, confusa, frunció el ceño y, durante un breve instante, volvió a parecer ella misma. Entonces se desplomó como si sus tendones hubieran sido cercenados, y cuando el rey intentó tomarla del brazo para levantarla, giró la mano y le clavó un trozo de espejo roto en el cuello.

A la mañana siguiente, la reina abandonó su habitación. Seguía tan pálida como un cadáver y estaba en los huesos, pero sus palabras eran suaves y claras. Contó a la gente la tragedia que había tenido lugar la noche anterior, cómo el rey, enloquecido tras años de dolor, había ido a visitarla a su dormitorio y él mismo se había rebanado el cuello. Contó que había estado enferma durante mucho tiempo, pero que se encontraba mejor y se sentía preparada para gobernar en el lugar de su esposo. La historia era absolutamente increíble y mientras la contaba sus ojos brillaban dementes, pero seguía siendo la reina y nadie, ni siquiera sus propios hijos, se atrevió a contradecirla.

La reina ascendió al trono y poco después una figura vestida con un viejo manto de color negro apareció a su lado. Aunque a nadie le estaba permitido acercarse lo suficiente para verla bien, desprendía un desagradable hedor, y, en ocasiones, cuando la reina se inclinaba hacia la figura para escuchar su consejo, quienes se arrodillaban delante creían percibir, a través de los pliegues de la caperuza, una imagen del propio rostro de la reina rota en mil pedazos afilados. Así vivió la reina el resto de sus días y a su muerte fue enterrada según su voluntad: la figura cubierta con el manto negro yacía en el ataúd a su lado.

Los hijos de la reina crecieron, y envejecieron, y murieron a su debida hora, y en poco tiempo el reino se hundió y fue invadido por extranjeros. En las profundidades de la tierra, el cubo de hojalata resonaba con el roer de las larvas y el espejo reflejaba una danza de lúgubre putrefacción. La triste historia de la reina no tardó en caer en el más completo olvido. Se derrumbó su lápida, el transcurrir del tiempo desgastó su nombre y, pasado un siglo, el fémur viejo no era sino uno de tantos, el cubo de hojalata abollado llevaba mucho tiempo en silencio y el espejo roto en mil pedazos no reflejaba más que un intacto cráneo blanco.

UN TIPO CON GATOS

Margot conoció a Robert un miércoles por la noche a finales del semestre de otoño. Ella trabajaba vendiendo palomitas en el cine de arte y ensayo del centro de la ciudad. Él entró y compró una caja de palomitas grande y un paquete de regaliz rojo Red Vines.

—Es una elección... poco habitual —dijo ella—. Creo que es la primera vez que vendo un paquete de Red Vines.

Tontear con los clientes era una costumbre que había adquirido cuando trabajaba en una cafetería, y era útil a la hora de las propinas. En el cine no tenía derecho a propinas, pero si no tonteaba el trabajo resultaba aburrido y, además, Robert le había parecido guapo. No tanto como para, pongamos por caso, acercarse a él en una fiesta, pero lo suficiente como para fomentar un enamoramiento imaginario si él hubiera estado sentado delante de ella en alguna clase aburrida..., aunque estaba bastante segura de que ya había terminado la universidad; debía de tener unos veintitantos como mínimo. Era alto, eso le gustaba, y podía ver el extremo de un tatuaje asomando por debajo de la camisa arremangada. Pero era tirando a fofo, llevaba la barba demasiado larga y tenía los hombros ligeramente inclinados hacia delante, como si estuviera protegiendo algo.

Robert no se dio por aludido con el coqueteo. O, si lo hizo, solo lo demostró dando un paso atrás, como para hacer que ella se inclinara hacia él y se esforzara un poco más.

—Vale —dijo él—. Pues muy bien. —Se guardó el cambio en el bolsillo.

Pero a la semana siguiente volvió al cine y compró otro paquete del mismo regaliz rojo.

—Se te va dando mejor este trabajo —le dijo—. Esta vez has conseguido

no meterte conmigo.

Margot se encogió de hombros.

—Entonces es hora de que me asciendan.

Después de la película, volvió a donde estaba ella.

—Chica de las palomitas, dame tu número de teléfono —dijo. Y ella, sorprendiéndose a sí misma, lo hizo.

A partir de ese pequeño intercambio sobre Red Vines, durante las siguientes semanas construyeron un elaborado entramado de bromas vía móvil por medio de mensajes de texto, y era tal la rapidez con que surgían y evolucionaban que a veces le costaba seguir el ritmo. Él era muy ingenioso y ella se dio cuenta de que iba a tener que currárselo para impresionarlo. Pronto reparó en que cuando le enviaba un mensaje, él por lo general respondía de inmediato, pero si ella tardaba unas pocas horas en responder, su siguiente mensaje era siempre breve y sin preguntas, por lo que retomar la conversación dependía enteramente de ella, algo que siempre acababa haciendo. Un par de veces se distrajo uno o dos días y se preguntó si el intercambio habría llegado a su fin, pero entonces se le ocurría algo gracioso que decirle o veía en internet alguna foto relevante para la conversación que mantenían y volvían a empezar. Aún no sabía gran cosa sobre él, porque nunca hablaban de temas personales, pero cuando conseguían encadenar dos o tres buenas bromas seguidas se desataba una especie de euforia, como si bailasen. Una noche, durante la época previa a los exámenes finales, ella se quejó de que todos los comedores universitarios estaban cerrados y de que en su habitación no había nada que comer porque su compañera había arramblado con su caja de provisiones, y él se ofreció a comprarle un paquete de regaliz rojo para que así pudiera comer algo. Al principio esquivó el ofrecimiento con otra broma, porque realmente tenía que estudiar, pero él dijo: *No, lo digo en serio, deja de hacer el tonto y ven ya*, así que se puso una chaqueta por encima del pijama y quedó con él en el 7-Eleven.

Eran alrededor de las once. La saludó sin ningún tipo de ceremonia, como si se vieses todos los días, y entró con ella para que eligiera varios tentempiés. En la tienda no había Red Vines, así que le compró un sorbete de Cherry Coke, una bolsa de Doritos y un mechero de adorno con forma de rana con un cigarrillo en la boca.

—Gracias por los regalos —le dijo al salir.

Robert llevaba un gorro de piel de conejo que le tapaba las orejas y una chaqueta de plumas gruesa y anticuada. Pensó que era un buen *look* para él, aunque un poco estúpido; el gorro agudizaba su aura de leñador y el pesado abrigo ocultaba su tripa y los hombros ligeramente caídos y tristes.

—De nada, chica de las palomitas —dijo, aunque por supuesto para entonces ya sabía cómo se llamaba.

Margot pensó que la iba a besar y se preparó para esquivarlo y ofrecerle la mejilla, pero en vez de besarla en la boca la tomó del brazo y la besó suavemente en la frente, como si fuera algo muypreciado.

—Estudia mucho, cariño —le dijo—. Hasta pronto.

En el camino de vuelta a su dormitorio se sintió invadida por una intensa ligereza que reconoció como la señal inequívoca de un enamoramiento inminente.

Cuando volvió a casa para pasar las vacaciones, se enviaron mensajes casi sin descanso, no solo bromas, sino pequeñas actualizaciones de su día a día. Empezaron a decirse buenos días y buenas noches, y cuando ella le hacía alguna pregunta y él no respondía de inmediato, sentía una punzada de ansiedad. Supo que Robert tenía dos gatos que se llamaban Mu y Yan y juntos inventaron una complicada trama en la que Pita, el gato que ella había tenido de pequeña, coqueteaba por el móvil con Yan, pero siempre que Pita hablaba con Mu se mostraba fría y prudente porque estaba celosa de la relación que había entre Mu y Yan.

—¿Por qué estás todo el rato enviando mensajes? —le preguntó su padrastro a la hora de la cena—. ¿Sales con alguien?

—Sí —dijo Margot—. Se llama Robert y lo conocí en el cine. Estamos enamorados y posiblemente nos casemos.

—Hum —dijo su padrastro—. Dile que queremos hacerle unas cuantas preguntas.

Le envió un mensaje a Robert: *Mis padres preguntan por ti*. Robert le contestó con el emoticono de una carita sonriente con corazones en los ojos.

Cuando Margot regresó al campus, estaba impaciente por volver a ver a

Robert, pero se quedó muy sorprendida de lo difícil que era hacer algún plan concreto con él. *Lo siento, semana intensa en el trabajo* —contestó—. *T prometo q t llamaré pronto*. A Margot esto no le gustó nada. Sentía como si la dinámica hubiera cambiado para mal y ella hubiera salido perdiendo, y cuando al fin él le preguntó si quería ir al cine, le faltó tiempo para aceptar.

La película que él quería ver la proyectaban en el cine donde ella trabajaba, y por eso Margot le sugirió que fueran a verla al multicine de las afueras de la ciudad. Los estudiantes raras veces iban allí porque para llegar hacía falta coche. Robert pasó a recogerla en un Civic blanco embarrado; de los portavasos sobresalían numerosos envoltorios de chucherías. Al volante se mostró más callado de lo que ella hubiera esperado, apenas la miraba. No habían pasado ni cinco minutos cuando empezó a sentirse muy incómoda y, cuando entraron en la autopista, se le ocurrió que quizá la estuviera llevando a algún lugar para violarla y asesinarla. Al fin y al cabo, casi no lo conocía.

Justo cuando pensaba esto, él dijo:

—No te preocupes, no voy a matarte.

Y se preguntó si la incomodidad que se palpaba en el ambiente sería culpa de ella por comportarse con tanto nerviosismo y temor: el tipo de chica que cada vez que sale con alguien piensa que la van a asesinar.

—No pasa nada..., puedes matarme si quieres —dijo, y él se rió y le dio una palmadita en la pierna. Pero su silencio le seguía resultando desconcertante, como si se resistiera a todos sus entusiastas intentos de entablar algún tipo de conversación. En el cine, Robert hizo una broma sobre el regaliz rojo a la mujer que vendía palomitas, pero fracasó de forma estrepitosa y avergonzó a todos los presentes, especialmente a Margot.

Durante la película no le cogió la mano ni la rodeó con el brazo y por eso ya en el aparcamiento estaba bastante segura de que él había cambiado de opinión y no estaba interesado en ella. Iba vestida con unas mallas y una sudadera y es posible que el problema fuera precisamente ese. Al subir al coche, él le había dicho: «Me alegra ver que te has arreglado para mí», y había dado por hecho que era una broma, pero tal vez lo hubiera ofendido al dar la impresión de que no se tomaba la cita lo suficientemente en serio o algo así. Él llevaba unos chinos y una camisa de vestir.

—Entonces, ¿quieres ir a tomar algo? —le preguntó cuando volvieron a entrar en el coche, como si le hubieran impuesto la obligación de ser educado.

A Margot le parecía evidente que él esperaba que dijera que no y que cuando lo hiciera no volverían a hablar nunca más. Eso la entristeció, no tanto por el hecho de que quisiera seguir pasando más tiempo con él, sino porque durante las vacaciones se había creado tantas expectativas sobre él que no le parecía justo que las cosas se desinflaran con tanta rapidez.

—Supongo que podríamos ir a tomar algo —dijo ella.

—Si quieres... —«Si quieres» era una respuesta tan desagradable que se quedó sentada en silencio en el coche hasta que él la pellizcó en la pierna y preguntó—: ¿Por qué estás enfurruñada?

—No estoy enfurruñada. Solo un poco cansada.

—Puedo llevarte a casa.

—No. Después de esta película me vendrá bien tomar algo.

A pesar de que la daban en un cine convencional, la película que él había elegido era un drama de lo más deprimente sobre el Holocausto, tan poco apropiado para una primera cita que, nada más proponérsela, su respuesta había sido: *Jaja n serio?*, y él había dicho medio en broma que lamentaba haber juzgado tan mal sus gustos y que podía llevarla a ver una comedia romántica. Pero ahora, al hacer ese comentario sobre la película, él dio un pequeño respingo y a ella se le ocurrió una interpretación totalmente diferente de los acontecimientos de la noche. Se preguntó si tal vez él no habría tratado de impresionarla al sugerir una película sobre el Holocausto, sin darse cuenta de que una película sobre el Holocausto era la clase de película «seria» pero equivocada con la que impresionar al tipo de persona que trabaja en un cine de arte y ensayo, el tipo de persona que probablemente él había asumido que ella era. Pensó que quizá le había molestado que le mandara el mensaje de *Jaja n serio?*, que lo había intimidado y le había hecho sentir incómodo. La idea de esta posible vulnerabilidad la enterneció y sintió hacia él una mayor simpatía de la que había sentido en toda la noche.

Cuando le preguntó adónde quería ir a tomar algo, propuso el nombre del lugar donde solía ir, pero él torció el gesto y dijo que eso estaba en el barrio estudiantil y que la iba a llevar a un sitio mejor. Fueron a un bar al que ella nunca había ido, un lugar subterráneo, de tipo clandestino, sin letrero que anunciara su presencia. Había cola para entrar y mientras esperaban se puso muy nerviosa buscando la manera de decirle lo que necesitaba decirle, pero no sabía cómo hacerlo, de modo que cuando el portero le pidió el carnet de

identidad, se limitó a enseñárselo. El portero casi ni lo miró, sonrió y dijo: «Vale, no», y le indicó que se apartara mientras señalaba al siguiente grupo de personas que esperaba en la fila.

Robert había entrado antes que ella y no se percató de lo que sucedía a sus espaldas.

—Robert —dijo ella en voz baja.

Pero él no se dio la vuelta. Por fin, alguno de los que estaban en la cola que sí había prestado atención le tocó en el hombro y señaló a Margot, que aguardaba desamparada en la acera.

Ella se quedó de pie, avergonzada, y él fue hacia ella.

—Lo siento —dijo—. ¡Qué vergüenza!

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veinte.

—Oh —dijo—. Creí que habías dicho que eras más mayor.

—¡Te dije que estaba en segundo! —repuso. Ya era bastante humillante estar de pie ahí fuera después de que le hubieran denegado la entrada delante de todo el mundo, y encima Robert la miraba como si hubiera hecho algo mal.

—Pero hiciste lo de... ¿cómo se llama? Eso del año sabático —objetó, como si aquello fuera un argumento definitivo con el que él pudiera ganar.

—No sé qué decirte —respondió, indefensa—. Tengo veinte años. —Y en ese momento, por absurdo que fuera, empezó a sentir un escozor en los ojos a causa de las lágrimas, porque de alguna forma todo se había echado a perder y no entendía por qué todo tenía que ser tan difícil.

Sin embargo, cuando Robert vio que arrugaba la cara, ocurrió algo que le pareció mágico. La postura de él abandonó toda tensión, se irguió y le dio un abrazo de oso.

—Ay, cariño —dijo—. Cielo, no pasa nada, todo está bien. Por favor, no te sientas mal.

Ella se dejó arrastrar hacia él y la invadió la misma sensación que había tenido cuando habían estado fuera del 7-Eleven: como si ella fuera algo precioso y delicado que él temiera romper. La besó en la frente y ella se rió y se enjugó las lágrimas.

—No me puedo creer que esté llorando porque no me hayan dejado entrar en un bar —dijo—. Debes de pensar que soy idiota.

Pero por la forma en que la miraba sabía que no pensaba eso; en sus ojos podía ver lo bonita que la encontraba, sonriendo entre lágrimas bajo el resplandor blancuzco de las farolas, con unos pocos copos de nieve cayendo como telón de fondo.

Entonces la besó en los labios, sin contemplaciones. Se arrimó a ella con una especie de embestida y prácticamente le metió la lengua hasta la campanilla. Fue un beso horrible, malo a rabiar. A Margot le costó creer que un hombre adulto pudiera besar tan mal. Era espantoso, pero de alguna manera también le devolvió ese sentimiento de ternura hacia él, la sensación de que, aunque él fuera más mayor que ella, ella sabía algo que él desconocía. Cuando terminó de besarla, la agarró de la mano con firmeza y la condujo a otro bar distinto donde había mesas de billar, máquinas de *pinball* y serrín en el suelo y nadie comprobaba los carnets en la entrada. En uno de los reservados vio al estudiante de posgrado que había sido ayudante del profesor de Literatura Inglesa en su primer año de universidad.

—¿Te traigo un vodka con soda? —le preguntó Robert.

Margot pensó que quizá lo decía de broma, porque ese era el tipo de bebida que solía gustarles a las universitarias, aunque ella nunca había probado el vodka con soda. De hecho, no sabía qué pedir y eso la hacía estar nerviosa; a los sitios a los que iba solo cobraban en la barra, así que lo habitual era que los chavales que ya habían cumplido veintiún años o que tenían un carnet falso decente compraran jarras de cerveza PBR o Bud Light para todos. No sabía si Robert se burlaría de esas marcas y, por eso, en lugar de especificar, se limitó a decir:

—Tomaré una cerveza.

Con las bebidas por delante y el beso a sus espaldas, y tal vez también porque había llorado, Robert se relajó visiblemente y volvió a parecerse más a la persona ingeniosa que ella había conocido durante el intercambio de mensajes. Cuanto más hablaban, más se convencía de que lo que había interpretado como enojo o insatisfacción hacia ella en realidad había sido nerviosismo, miedo a que ella no se lo estuviera pasando bien. Sacaba a relucir una y otra vez su rechazo inicial a la película, hacía bromas sobre ello y estaba muy pendiente de cómo se las tomaba. Se burlaba de sus gustos intelectuales y comentó lo difícil que era impresionarla después de todas las clases de cine a las que había ido, aunque sabía de sobra que solo había

asistido a una clase de cine durante un verano. Dijo que seguro que ella y todos sus compañeros del cine de arte y ensayo se dedicaban a burlarse de la gente que iba a las salas convencionales, donde ni siquiera se servía vino y algunas de las películas se proyectaban en formato IMAX-3D. Margot le reía todas las bromas a costa de esa versión imaginaria de cinéfila esnob que él se había hecho de ella, aunque nada de lo que decía le parecía justo, puesto que realmente había sido ella la que había sugerido ver la película en el multicine Quality 16. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que esta sugerencia quizá también había herido los sentimientos de Robert. Había supuesto que sería obvio que, simplemente, no quería tener una cita en el mismo sitio donde trabajaba, pero tal vez él se lo hubiera tomado como algo más personal que eso; tal vez había creído que se avergonzaba de que la vieran con él. Estaba empezando a pensar que lo entendía —lo sensible que era, lo fácil que era hacerle daño—, y eso hizo que se sintiera más cercana a él, pero también poderosa, porque si sabía cómo hacerle daño, también sabría cómo calmar sus inseguridades. Le hizo muchas preguntas sobre las películas que le gustaban y menospreció las películas que proyectaban en el cine de arte y ensayo que le parecían aburridas o incomprensibles. Le contó lo mucho que la intimidaban los compañeros mayores que ella y que a veces le preocupaba no ser lo bastante inteligente para formarse una opinión propia sobre las cosas. El efecto que estas palabras tuvieron en él fue palpable e inmediato, y Margot se sintió como si estuviera acariciando a un animal grande y temeroso, como un caballo o un oso, persuadiéndolo hábilmente para que comiera de su mano.

Con la tercera cerveza empezó a pensar cómo sería acostarse con él. Probablemente tan malo como había sido el beso: torpe, excesivo, pero al imaginarse lo excitado que estaría, ávido y ansioso por impresionarla, sintió una punzada de deseo en el vientre, tan nítida y dolorosa como el latigazo de una goma elástica en la piel.

Después de terminar aquella ronda, preguntó decidida:

—¿Nos vamos de aquí?

Y durante un instante él pareció dolido, como si pensara que estaba acortando la cita, pero entonces lo tomó de la mano, le hizo ponerse en pie y la expresión en su rostro al darse cuenta de lo que ella estaba sugiriendo y la obediencia con la que salió del bar tras ella volvieron a provocarle esa sensación de latigazo de goma elástica, lo mismo que, por extraño que pudiera

parecer, el hecho de que le sudara la mano.

Una vez fuera se le insinuó para que volviera a besarla, pero, para su sorpresa, tan solo le dio un pico.

—Estás borracha —le dijo en tono acusador.

—No es verdad —repuso ella, aunque lo estaba. Apretó su cuerpo contra el de él y a su lado se sintió minúscula. Él se estremeció y dejó escapar un fuerte suspiro, como si fuera algo demasiado reluciente y mirarla le resultara doloroso. Eso también le pareció sexy, hacer sentir a alguien una especie de tentación irresistible.

—Te llevaré a casa, flacucha —anunció mientras la conducía al coche.

Pero una vez dentro, volvió a abalanzarse sobre él y, pasado un rato, a fuerza de echarse ligeramente hacia atrás cada vez que le metía demasiado la lengua en la garganta, logró que la besara con más suavidad, como a ella le gustaba, y poco después se sentó a horcajadas sobre él y pudo sentir su pequeña erección presionándole los pantalones. Al frotarse con ella, excitado, soltaba unos gemidos agudos que a ella le resultaban excesivamente melodramáticos, hasta que de repente la apartó a un lado y puso el coche en marcha.

—Enrollándonos en el coche como un par de adolescentes —dijo con fingida indignación. Y añadió—: Pensaba que ahora que ya tienes veinte años serías demasiado mayor para hacer estas cosas.

Ella le sacó la lengua.

—Entonces, ¿adónde quieres ir?

—¿A tu casa?

—Hum, la verdad es que eso no es buena idea. Por mi compañera de habitación.

—Ah, es verdad, vives en una residencia universitaria —dijo como si fuera algo por lo que tuviera que disculparse.

—¿Tú dónde vives? —preguntó ella.

—Vivo en una casa.

—¿Y puedo... ir?

—Puedes.

La casa estaba en un barrio bonito y lleno de árboles no muy alejado del

campus y en la puerta de entrada colgaba una ristra de alegres lucecitas blancas. Antes de bajar del coche, él le dijo en tono inquietante, como de advertencia:

—Solo para que lo sepas, tengo gatos.

—Lo sé —dijo—. Hemos hablado de ellos por mensaje, ¿no te acuerdas?

En la puerta principal, se las vio y se las deseó con las llaves durante un buen rato, mientras maldecía por lo bajo. Ella le frotaba la espalda para tratar de mantener los ánimos a flote, pero parecía que eso lo ponía aún más nervioso, así que dejó de hacerlo.

—Bien. Esta es mi casa —informó sin entusiasmo al abrir la puerta de un empujón.

La estancia estaba escasamente iluminada y llena de objetos, todos los cuales, a medida que sus ojos se adaptaban a la poca luz, le fueron resultando familiares. Había dos grandes estanterías llenas de libros, una repisa con vinilos, una colección de juegos de mesa y un montón de cuadros, o, al menos, pósters que habían sido enmarcados y colgados en lugar de fijados con chinchetas o pegados con celo a la pared.

—Me gusta —dijo ella, y lo decía de verdad, y al decirlo identificó que la emoción que sentía era alivio.

Se le pasó por la cabeza que nunca había ido a casa de alguien para echar un polvo; como solo había salido con tíos de su edad, siempre había sido necesario escabullirse de una manera u otra para evitar a los compañeros de habitación. Estar hasta tal punto en el territorio de otra persona era algo nuevo y ligeramente aterrador, pero se quedó más tranquila al pensar que el hecho de descubrir que la casa de Robert ponía de manifiesto que compartían ciertos intereses, aunque solo fuera *grosso modo* —arte, juegos, libros, música—, de alguna manera respaldaba su decisión de haber ido con él.

Mientras daba vueltas a esto, vio que Robert la miraba con gran atención, pendiente de la impresión que le causaba aquel espacio. Y, como si el miedo no estuviera del todo listo para desaparecer, tuvo la fugaz y descabellada idea de que tal vez donde estaban no era ninguna estancia sino una trampa para guiarla a la falsa creencia de que Robert era una persona normal, una persona como ella, cuando en realidad el resto de las habitaciones de la casa estaban vacías o repletas de horrores: cadáveres, víctimas secuestradas, cadenas. Pero para entonces él había vuelto a besarla, había tirado su bolso y los abrigos de

ambos al sofá y la había llevado al dormitorio. Le manoseaba el culo y el pecho con la torpeza ansiosa que había demostrado en el primer beso.

La habitación no estaba vacía, aunque sí más que el salón. La cama no tenía somier, no era más que un colchón y un canapé. Sobre la cómoda había una botella de whisky. Le dio un trago y después se la pasó a ella. Se puso de rodillas y abrió el portátil, lo que la confundió, hasta que comprendió que lo que hacía era poner algo de música.

Margot se sentó en la cama mientras Robert se quitaba la camisa y se desabrochaba los pantalones; se los bajó hasta los tobillos antes de darse cuenta de que aún llevaba los zapatos puestos y se agachó para desatarse los cordones. Al verlo así, torpemente inclinado sobre su barriga fofa y blanda y cubierta de pelo, Margot pensó: Oh, no. Pero se abrumó solo de pensar en todo el esfuerzo que se necesitaría para detener lo que había puesto en marcha. Requeriría una cantidad de tacto y dulzura que se veía incapaz de reunir. No es que le asustara que él intentara forzarla a hacer algo en contra de su voluntad, sino que empeñarse en que echaran el freno en ese momento, después de todo lo que ella había hecho para que llegaran hasta allí, la haría parecer caprichosa, malcriada, como si hubiese pedido algo en un restaurante y, una vez que se lo hubieran servido, hubiese cambiado de parecer y lo hubiese devuelto.

Dio un trago al whisky para tratar de transformar su rechazo en sumisión, pero cuando él se le echó encima con esos besos babosos —¿por qué tenía que abrir tanto la boca?—, con la mano que se movía mecánicamente por sus pechos y que bajaba hasta su entrepierna, como si estuviera haciendo una perversa señal de la cruz, empezó a tener dificultades para respirar y a sentir que, después de todo, quizá no se viera capaz de seguir adelante con ello.

Logró zafarse del peso de su cuerpo y ponerse a horcajadas sobre él, y eso ayudó, igual que también ayudó cerrar los ojos y recordar el beso en la frente en el 7-Eleven. Estos progresos la animaron a sacarse la camiseta por la cabeza. Robert alargó el brazo y le sacó un pecho del sujetador, dejándolo mitad por dentro y mitad por fuera de la copa. Le apretaba el pezón entre los dedos pulgar e índice. No era nada cómodo, así que se inclinó hacia delante para aplastarse contra su mano. Él pilló la indirecta y trató de desabrocharle el sujetador, pero no conseguía soltar el cierre. Su evidente frustración le recordó a la pelea que había mantenido con las llaves, hasta que al final dijo a

modo de orden:

—¡Quítate esta cosa!

Y ella obedeció.

El modo en que la miraba era una versión exagerada de la expresión que había visto en las caras de todos los tíos con los que había estado desnuda, y tampoco es que fueran tantos: en total seis; con Robert, siete. Se le veía aturdido, con cara de tonto de tanto placer como sentía, como un bebé embriagado de leche, y pensó que tal vez eso era lo que más le gustaba del sexo: que un tío pudiera llegar a exponerse de esa manera. Robert manifestaba una necesidad más palpable que cualquiera de los otros, a pesar de que tenía más años y de que debía de haber visto más pechos, más cuerpos... Pero quizá para él lo importante era precisamente eso, el hecho de que ella fuera más joven.

Mientras se besaban, descubrió que se había dejado llevar por una fantasía tan ególatra que le costaba incluso admitírsela a sí misma. Mira qué chica más guapa, se lo imaginó pensando. Es perfecta, tiene un cuerpo perfecto, toda ella es perfecta, solo tiene veinte años, su piel es inmaculada, la deseo muchísimo, la deseo más de lo que nunca he deseado a nadie, la deseo tanto que me daría igual morirme en este instante.

Cuanto más se imaginaba la excitación de él, más se excitaba ella, y pronto se estuvieron moviendo el uno contra el otro hasta que alcanzaron el mismo ritmo y ella metió la mano en la ropa interior de él, le agarró el pene y sintió una gotita en la punta. Él volvió a hacer ese sonido, el gemido agudo y femenino, y ella deseó que hubiera algún modo de pedirle que dejara de hacerlo, pero no se le ocurría ninguno. Cuando la mano de él estuvo metida en su ropa interior y vio que estaba húmeda, se quedó visiblemente relajado. Le metió un poco un dedo, muy suave, y ella se mordió el labio y le hizo el numerito, pero entonces se lo metió con demasiada fuerza y ella se encogió de dolor y él apartó la mano de golpe.

—¡Perdón! —dijo. Y luego preguntó, apurado—: Espera, ¿has hecho esto antes?

Ciertamente estaba siendo una noche tan extraña e inaudita que su primer impulso fue decir que no, pero entonces se dio cuenta de lo que quería decir y se echó a reír a carcajadas.

No había tenido intención de reírse. Llegados a ese punto ya sabía

perfectamente que, si bien a Robert podían gustarle las bromas hechas de una forma dulce y coqueta, no era para nada alguien a quien le gustara que se rieran de él. Pero no pudo evitarlo. La pérdida de su virginidad había sido un asunto interminablemente largo precedido de varios meses de intensas discusiones con su novio, con el que salía desde hacía dos años, además de una visita al ginecólogo y de una conversación espantosamente incómoda pero, en última instancia, increíblemente significativa con su madre, que al final no solo le reservó una habitación en un hotelito, sino que después del acontecimiento le había escrito una tarjeta. La sola idea de que, en lugar de todo ese proceso emocional en el que se había visto implicada tanta gente, la realidad hubiera consistido en ver una película pretenciosa sobre el Holocausto, tomar tres cervezas y después ir a una casa cualquiera para perder la virginidad con un tipo que había conocido en un cine, le parecía tan absurda que de repente no podía parar de reír, aunque fuera una risa un tanto histérica.

—Lo siento —dijo Robert con frialdad—. No lo sabía.

Dejó de reírse de inmediato.

—No, no. Ha sido... muy amable por tu parte que quisieras verificarlo. Pero sí que he mantenido relaciones sexuales antes. Siento haberme reído.

—No tienes que disculparte —le dijo, pero tanto por su cara como por el hecho de que se le estaba bajando la erección, sabía que sí tenía que hacerlo.

—Lo siento —repitió como un acto reflejo, y entonces, en un arranque de inspiración, añadió—: supongo que simplemente estoy nerviosa o algo así.

La miró con los ojos entrecerrados, como si no se fiara de ella, pero esta afirmación pareció tranquilizarlo.

—No estés nerviosa —dijo—. Iremos despacio.

Sí, venga, pensó ella, y entonces volvió a ponerse encima, a besarla y a aplastarla, y supo que había desaparecido hasta la última oportunidad de disfrutar de aquel encuentro, pero también supo que lo llevaría a término. Cuando Robert, ya desnudo, se estaba poniendo el condón en una polla que su voluminosa barriga peluda solo dejaba vislumbrar, sintió tal oleada de repulsión que se planteó seriamente poner fin a aquella sensación de estasis e inmovilización, pero entonces volvió a meterle un dedo, esa vez sin ningún miramiento, y se imaginó a sí misma desde arriba, desnuda y abierta de piernas y brazos con el dedo de aquel gordo metido dentro, y la repulsión dio paso al desprecio y a una humillación que era algo así como una prima

perversa de la excitación.

Durante el polvo, Robert fue colocándola en diversas posturas con brusca eficacia, le daba la vuelta, la zarandeaba, y Margot volvió a sentirse como una muñeca, igual que en el 7-Eleven, solo que en vez de ser una muñeca preciosa, esa vez estaba hecha de goma, flexible y resistente, un simple accesorio para la película que se estaba montando en su cabeza. Cuando ella se puso encima, él le dio una cachetada en el muslo y dijo: «Sí, sí, así es como te gusta», con una entonación que hacía imposible saber si lo decía como pregunta, observación u orden, y al girarla le gruñó al oído: «Siempre he querido follarme a una tía con buenas tetas»; ella tuvo que esconder la cara en la almohada para no volver a reírse. Al final, cuando él estaba encima de ella en la postura del misionero, la erección no hacía más que bajársele, y cada vez que ocurría repetía de forma agresiva: «Me la pones durísima», como si al mentir pudiera hacerlo realidad. Por fin, después de un estallido frenético, como de conejo, se estremeció, se corrió y se desplomó sobre ella igual que si le hubiera caído encima un árbol. Aplastada bajo su peso, pensó con lucidez: *¡Esta es la peor decisión que he tomado en mi vida!* Y se quedó un buen rato maravillada de sí misma, del misterio que le provocaba esta persona que acababa de hacer algo tan extraño e inexplicable.

Poco después, Robert se levantó y fue corriendo al baño con andares de pato y las piernas arqueadas. Agarraba el condón para que no se le cayera. Margot se quedó tumbada en la cama con la mirada clavada en el techo y por primera vez se dio cuenta de que tenía pegatinas, lunas y estrellitas de esas que se supone que brillan en la oscuridad. Robert volvió del baño y su silueta quedó perfilada contra el marco de la puerta.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó.

Se imaginó diciendo: «Probablemente deberíamos suicidarnos», y entonces fantaseó con que en algún lugar del universo habría un chico que consideraría aquel momento tan horrible y a la vez tan tronchante como ella y que en algún momento, en un futuro lejano, le contaría esta historia a ese chico. Le diría: «Y entonces él dijo: “Me la pones durísima”», y el chico la agarraría de la pierna y gritaría agónico: «¡Oh, Dios mío, para, por favor, no lo aguanto más!», y se desplomarían uno en los brazos del otro y no podrían dejar de reírse... Pero, por supuesto, tal futuro no existía, porque tal chico no existía y nunca existiría.

Así que, en vez de eso, se encogió de hombros, y Robert dijo: «Podríamos ver una peli», y fue al ordenador y descargó algo a lo que ella no prestó atención. Por alguna razón, había elegido una película con subtítulos y ella no dejaba de cerrar los ojos, así que no tenía ni idea de lo que pasaba. Él se empeñaba en acariciarle el pelo y en dejarle un rastro de besitos por el hombro, como si hubiera olvidado que hacía tan solo diez minutos se había dedicado a maltratarla como si estuvieran en una peli porno y a gruñirle al oído: «Siempre he querido follarme a una tía con buenas tetas.»

Y entonces, sin venir a cuento, empezó a hablarle de lo que sentía por ella. Le contó lo duro que había sido para él el tiempo que había estado de vacaciones, sin saber si existía algún antiguo novio de instituto con el que podía producirse algún tipo de reencuentro amoroso. Resultó que durante esas dos semanas en su cabeza se había desarrollado todo un drama secreto, uno en el que ella se había ido del campus debiéndose a él, a Robert, pero al volver a casa se había sentido atraída por algún tío del instituto, que, en la mente de Robert, era una especie de atleta guapo y tosco que no la merecía pero que, aun así, resultaba seductor gracias a su estatus social en lo más alto de la jerarquía de Saline, que era como se llamaba su ciudad. «Me preocupaba que pudieras tomar alguna mala decisión y que cuando volvieras las cosas entre nosotros fueran diferentes», le confesó. «Pero debería haber confiado en ti.» Margot imaginó que le decía: Mi novio del instituto es gay. En el instituto ya estábamos bastante seguros, pero después de tirarse un año follando a diestro y siniestro en la universidad, no tiene ninguna duda al respecto. De hecho, ya ni siquiera está cien por cien seguro de seguir identificándose como hombre; nos pasamos gran parte de las vacaciones hablando sobre lo que significaría para él salir del armario como no binario, por lo que acostarme con él era algo impensable. Y si tanto te preocupaba me lo podrías haber preguntado; me podías haber preguntado muchas cosas.

Pero no le dijo nada de esto. Simplemente se quedó ahí tumbada, en silencio, irradiando un aura negra y llena de odio, hasta que por fin Robert fue enmudeciendo.

—¿Todavía estás despierta? —le preguntó. Ella dijo que sí y él añadió—: ¿Va todo bien?

—¿Cuántos años tienes exactamente?

—Tengo treinta y cuatro —dijo—. ¿Te supone esto un problema?

En la oscuridad, junto a ella, notaba que temblaba de miedo.

—No —dijo—. Está bien.

—De acuerdo —dijo—. Es algo de lo que quería hablarte, pero no sabía cómo te lo ibas a tomar. —Se dio la vuelta y la besó en la frente, y, como una babosa sobre la que hubieran vertido sal, Margot sintió que se desintegraba con aquel beso.

Miró el reloj, eran casi las tres de la mañana.

—Creo que debería irme a casa —anunció.

—¿De verdad? —dijo él—. Pensé que te quedarías. ¡Hago unos huevos revueltos estupendos!

—Gracias —repuso ella poniéndose las mallas—. Pero no puedo. Mi compañera se preocuparía. Así que...

—Hay que volver a la resi —dijo él con sarcasmo.

—Sí. Dado que vivo allí.

La vuelta se le hizo interminable. La nieve se había convertido en lluvia. No hablaron. Robert terminó encendiendo la radio pública nocturna. Margot se acordó de que, al entrar en la autopista de camino al cine, se le había pasado por la cabeza que Robert podía asesinarla, y pensó: *Puede que me asesine ahora.*

No la asesinó. La llevó en coche hasta su residencia.

—Ha sido una noche estupenda, me lo he pasado muy bien —dijo él quitándose el cinturón de seguridad.

—Gracias —contestó ella agarrando el bolso con las dos manos—. Para mí también.

—Estoy tan contento de que por fin hayamos tenido una cita...

«Una cita», le dijo a su novio imaginario. «Llamó a eso una cita.» Y entonces volvía a darles un ataque de risa.

—De nada —dijo. Iba a abrir la puerta del coche—. Gracias por la peli y tal.

—Espera —le dijo, y la sujetó del brazo—. Ven aquí. —Tiró de ella hacia dentro, la rodeó con los brazos y le metió la lengua hasta el fondo una última vez. «Oh, Dios mío, ¿cuándo acabará todo esto?», preguntó al novio imaginario, pero el novio imaginario no respondió.

—Buenas noches —dijo, y acto seguido abrió la puerta y escapó. Cuando

llegó a su habitación, ya tenía un mensaje de él: sin palabras, solo corazones y caras con corazones en los ojos y, a saber por qué, un delfín.

Durmió doce horas y para desayunar tomó gofres en el comedor, se dio un atracón de series policiacas en Netflix y trató de imaginar la optimista posibilidad de que él desapareciera sin que ella tuviera que hacer nada, de que de alguna manera desapareciera con solo deseárselo. El siguiente mensaje le llegó justo cuando terminaba de comer; era una broma inofensiva sobre Red Vines, pero lo eliminó inmediatamente. Un asco abrumador le recorrió la piel, a pesar de que era una sensación enormemente desproporcionada con respecto a lo que en realidad le había hecho. Se convenció a sí misma de que al menos le debía algún mensaje que indicara alguna especie de ruptura, que no era de recibo desaparecer del mapa sin ofrecer ninguna explicación, que eso sería infantil y cruel. Y, en el caso de que sí intentara desaparecer del mapa sin dar explicaciones, quién sabe cuánto tardaría en darse por aludido. Tal vez no dejara de enviarle mensajes; tal vez nunca desistiera.

Empezó a redactar un mensaje —*Gracias por los buenos ratos, pero ahora mismo no estoy interesada en tener una relación*—, pero una y otra vez se escudaba y se disculpaba tratando de cerrar cualquier fisura que, en su imaginación, él sin duda procuraría atravesar («No pasa nada, yo tampoco tengo ningún interés en una relación, ¡algo informal está bien!»), por lo que el mensaje era cada vez más largo y cada vez era más imposible enviarlo. Mientras tanto, no paraban de llegarle mensajes de él. Ninguno decía nada importante, pero cada uno era más serio que el anterior. Lo imaginó tumbado en aquella cama que no era más que un colchón escribiendo un mensaje tras otro con sumo cuidado. Se acordó de lo mucho que le había hablado de sus gatos y, sin embargo, en su casa no había visto ninguno. Se preguntó si se lo habría inventado.

A lo largo del día siguiente, a ratos se descubría sumida en un estado de ánimo gris y ensimismado, echaba en falta algo, y se dio cuenta de que echaba de menos a Robert, no al de verdad sino al Robert que había imaginado al otro lado de todos esos mensajes durante las vacaciones.

Robert al final escribió: *Oye, parece que estás muy ocupada, ¿no?* Lo hizo tres días después de que hubiesen follado y supo que era la oportunidad perfecta para enviarle su mensaje para cortar que tenía a medio escribir, pero,

en vez de eso, le contestó: *Jaja perdona sí y Te digo algo pronto*, y luego pensó: ¿Por qué lo he hecho? Y realmente no lo sabía.

—Dile simplemente que no estás interesada —gritó Tamara, su compañera de habitación, con evidente frustración después de que Margot hubiera pasado una hora en la cama dando vueltas a qué contestarle.

—Tengo que decirle algo más. Nos hemos acostado —dijo Margot.

—¿Ah, sí? —repuso Tamara—. Quiero decir, ¿de verdad?

—Es un buen tío, más o menos —dijo Margot, y se preguntó hasta qué punto sería cierto.

Entonces, de repente, Tamara se abalanzó sobre ella, le arrebató el teléfono de las manos y se alejó mientras sus pulgares volaban a toda prisa por la pantalla. A continuación, lanzó el teléfono sobre la cama y Margot fue de inmediato a por él. Y leyó lo que Tamara acababa de escribir: *Hola no me interesas deja de escribirme*.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Margot. De pronto le costaba respirar.

—¿Qué? —se atrevió a decir Tamara—. ¿Cuál es el problema? Es la verdad.

Pero las dos sabían que sí había un problema y en el estómago de Margot se formó un nudo de miedo tan sólido que pensó que iba a vomitar. Imaginó a Robert cogiendo el teléfono, leyendo aquel mensaje, convirtiéndose en un ser de cristal y rompiéndose en mil pedazos.

—Tranquilízate. Vamos a tomar algo —propuso Tamara.

Se fueron al bar y compartieron una jarra de cerveza. El teléfono de Margot estuvo en todo momento encima de la mesa y, aunque trataban de ignorarlo, cuando oyeron la notificación de mensaje entrante soltaron un grito y se abrazaron la una a la otra.

—No puedo hacerlo..., léelo tú —le pidió Margot. Empujó el teléfono hacia Tamara—. Tú has provocado esto. Es tu culpa.

Pero el mensaje solo decía: *Vale, Margot, siento oír eso. Espero no haber hecho nada que te molestara. Eres una chica dulce y me lo he pasado muy bien el tiempo que hemos pasado juntos. Si cambias de idea, por favor, avísame*.

Margot se desplomó sobre la mesa con la cabeza apoyada en las manos. Sentía como si una sanguijuela que hubiera estado alimentándose e

hinchándose con su sangre por fin se hubiera desprendido de su piel y al hacerlo hubiera dejado una zona dolorida y magullada. Pero ¿por qué tenía que sentirse así? Tal vez estaba siendo injusta con Robert, que realmente no había hecho nada mal, salvo sentirse atraído por ella y ser penoso en la cama y puede que mentir sobre tener gatos, aunque lo más probable es que simplemente estuvieran en otra habitación. Sin embargo, al cabo de un mes lo vio en el bar, en el de ella, el que estaba en el barrio estudiantil, donde había sugerido ir el día de la cita. Estaba solo, en una de las mesas del fondo, y no estaba leyendo ni mirando el teléfono. Estaba sentado en silencio, encorvado sobre una cerveza.

Margot se agarró al amigo que iba con ella, un tío que se llamaba Albert. «Ay, Dios mío, es él», susurró. «¡El tío del cine!» Para entonces Albert ya había escuchado una versión de aquella historia, aunque no una cien por cien verdadera; casi todos sus amigos conocían la historia. Albert se colocó delante de ella para que Robert no pudiera verla mientras volvían corriendo a la mesa donde estaban sentados sus amigos. Cuando Margot anunció que Robert estaba allí, todos se quedaron de piedra y luego la rodearon y la sacaron del bar como si fuera la presidenta y ellos, el servicio secreto. Fue todo tan exagerado que se preguntó si no estaría comportándose como una niñaata, pero lo cierto es que estaba realmente asustada y al mismo tiempo sentía náuseas. Acurrucada aquella noche en la cama con Tamara, con la luz del teléfono iluminando sus rostros como una hoguera, Margot leía los mensajes a medida que le iban llegando: *Hola Margot, te he visto esta noche en el bar. Sé que dijiste que no te enviara mensajes, pero solo quería decirte que estabas muy guapa. ¡Espero que te vaya muy bien!*

Sé que no debería decir esto pero te echo mucho de menos

Ey tal vez no tenga derecho a preguntar pero ojalá me dijeras qué hice mal

**hice*

Sentí que habíamos tenido una conexión muy especial tú no lo sentiste o...

Puede q fuera demasiado mayor para ti o q t guste otra persona

El tío con el q estabas esta noche es tu novio

???

O es solo un tío al q t follas

Perdona

Cuando t reitise al preguntart si eras virgen era pq t hs follado a un montón d tíos

T estás follando a ese tío ahora mismo?

Eh?

Eh?

Eh?

Contesta

Putá.

UN BUEN TÍO

Con treinta y cinco años, la única forma de que a Ted se le pusiera dura y se le mantuviera así durante todo un polvo era fantasear con que su polla era un cuchillo y que la mujer a la que se follaba se apuñalaba con él.

No es que fuera una especie de asesino en serie ni nada parecido. Para él la sangre no tenía ninguna carga erótica, ni como fantasía ni en la vida real. Es más, lo fundamental del asunto radicaba en que eran ellas las que *elegían* apuñalarse: lo deseaban tanto, el deseo físico que sentían por su polla era tan obsesivo, que enloquecían hasta el punto de que eran ellas mismas las que se empalaban a pesar del tormento que les causaba. Eran ellas las que tomaban el papel activo. Mientras arremetían desde lo alto, él se quedaba tumbado y hacía todo lo posible por interpretar los gemidos y las muecas como señales de que un agonizante tira y afloja entre el placer y el dolor las estaba reventando.

Sabía que como fantasía no era gran cosa. La escena que imaginaba era a todas luces consensuada, pero no era posible ignorar la temática agresiva subyacente. Tampoco era muy tranquilizador que su dependencia de la fantasía hubiera ido en aumento a la par que la calidad de sus relaciones disminuía. Mientras Ted estuvo en la veintena, las rupturas habían sido razonablemente llevaderas. Ninguno de sus amoríos había durado más que unos cuantos meses y las mujeres con las que salía parecían creerle cuando les decía que no buscaba nada serio, o, al menos, entendía que el haberlo dicho significaba que no podían acusarlo de maldad cuando, en última instancia, resultaba ser cierto. Una vez que alcanzó la treintena, no obstante, esta estrategia dejó de funcionar. La mayoría de las veces tenía lo que él pensaba que sería la última conversación sobre la ruptura con una mujer, pero poco después ella le enviaba un mensaje diciéndole que lo echaba de menos, que seguía sin

entender qué había pasado entre ellos y que quería hablar.

Así fue como, una noche de noviembre, dos semanas antes de su trigésimo sexto cumpleaños, Ted se encontró sentado frente a una mujer lacrimosa llamada Angela. Angela era una agente inmobiliaria, guapa y refinada, con brillantes aretes con forma de candelabro y mechones caros. Como todas las mujeres con las que había salido en los últimos años, Angela estaba, se mirara por donde se mirara, muy fuera de su alcance: le sacaba cinco centímetros; tenía casa propia; preparaba unos *fettuccine* increíbles con salsa de almejas; sabía dar masajes en la espalda con aceites esenciales que le juró que le cambiarían la vida, y así había sido... Había roto con ella hacía más de dos meses, pero desde entonces los mensajes y las llamadas telefónicas se habían vuelto tan insistentes que había accedido a un nuevo encuentro cara a cara con la esperanza de recuperar algo de paz.

Angela primero se puso a charlar alegremente sobre sus planes para las vacaciones, sus dramas laborales y sus aventuras con «las chicas», pero la felicidad que pretendía transmitir iba tan evidentemente encaminada a hacerle ver lo que se estaba perdiendo que a Ted le embargó un fuerte sentimiento de vergüenza ajena. Hasta que, pasados veinte minutos, Angela estalló en lágrimas.

—Es solo que *no lo entiendo* —gimoteó.

A esto siguió una conversación absurda e inútil en la que ella insistía en que él sentía algo por ella pero que lo escondía, mientras que él insistía, de la forma más amable posible, en que no era así. Entre sollozos, Angela fue reuniendo las pruebas de su afecto por ella: la vez que le había llevado el desayuno a la cama, la vez que había dicho: «Creo que mi hermana te caería muy bien», la delicadeza que había mostrado al cuidar de su perro, Nube, cuando se había puesto enfermo. El problema parecía residir en que, por mucho que Ted le hubiera dicho desde el principio de su relación que no buscaba nada serio, al mismo tiempo —y de forma totalmente desconcertante — también había sido amable, cuando lo que tendría que haber hecho, al parecer, era decirle que se podía preparar ella misma su puto desayuno, informarla de que era muy improbable que llegara a conocer a su hermana y portarse como un cabrón con Nube cuando Nube vomitara, y así tanto Nube como Angela hubieran sabido a qué atenerse.

—Lo siento —repetía una y otra vez.

Pero daba lo mismo. Como no iba a admitir que estaba secretamente enamorado de ella, Angela terminaría enfadándose. Lo acusaría de ser un narcisista inmaduro y emocionalmente atrofiado. Le diría cosas como: «Me haces mucho daño» y «La verdad es que me das pena». Anunciaría que «Me estaba *enamorando* de ti» y él se quedaría allí sentado, avergonzado, como si aquellas afirmaciones lo condenaran, a pesar de que era obvio que Angela no le quería, pues pensaba que era un inmaduro y que estaba emocionalmente atrofiado y en realidad ni siquiera le gustaba tanto. No era fácil sentirse del todo buena gente, por supuesto, sobre todo teniendo en cuenta que la razón por la que sabía todo lo que se le venía encima era que no era la primera vez que mantenía este tipo de conversación con una mujer. Ni siquiera era la tercera. Ni la quinta. Ni la décima.

Angela seguía llorando, era la viva imagen de la tristeza más absoluta: los ojos enrojecidos, el pecho que le subía y le bajaba, el rímel corrido... Mientras la observaba, Ted comprendió que no podía hacerlo más. No podía volver a disculparse, no podía seguir con aquel ritual de humillaciones. Iba a decirle la verdad.

En cuanto Angela se detuvo a coger aire, Ted la interrumpió:

—Sabes que nada de esto es mi culpa.

Se hizo una pausa.

—¿Perdona?

—Siempre he sido honesto contigo. Siempre. Te dije lo que quería de esta relación desde el principio. Podías haber confiado en mí, pero en vez de eso decidiste que sabías mejor que yo lo que sentía. Cuando te dije que quería algo informal, mentiste y dijiste que tú querías lo mismo, y luego inmediatamente empezaste a hacer todo lo posible para convertirlo en otra cosa. Y cuando no pudiste convertir lo que teníamos en una relación seria, que era lo que de verdad querías y yo no, te sentiste dolida. Y puedo entenderlo. Pero no soy yo la persona que te hace daño. Te lo haces tú, no yo. ¡Yo no soy más que la herramienta que estás usando para hacerte daño!

A Angela se le escapó una pequeña tos, como si hubiera recibido un puñetazo.

—Que te jodan, Ted —dijo.

Se echó el pelo hacia atrás preparándose para salir del restaurante echa una furia y al marcharse agarró un vaso de agua con hielo y se lo arrojó, no

solo el agua, sino todo el vaso, que estaba lleno. El cristal —en realidad era un vaso más bien chato— se estrelló en la frente de Ted y luego le cayó sobre el regazo.

Ted bajó los ojos hacia el vaso roto. Vale. Tal vez debería haberlo visto venir, porque, ¿a quién quería engañar? No era posible que tantas mujeres lacrimosas estuvieran equivocadas, por muy injustas que le parecieran todas esas acusaciones. Se llevó la mano a la frente. Los dedos se le tiñeron de rojo. Estaba sangrando. Estupendo. A todo esto, su entrepierna estaba muy pero que muy fría. De hecho, a medida que el agua helada le iba empapando los pantalones, la polla empezó a dolerle todavía más que la cabeza. Tal vez debería haber un límite legal a lo fría que puede estar el agua en un restaurante, de la misma manera que hay un límite con respecto a lo caliente que puede estar el café en el McDonald's. Tal vez la polla se le congelara, se le arrugara y se le cayera. Y entonces todas las chicas con las que había salido se juntarían y celebrarían una fiesta en honor de Angela, la intrépida heroína que había puesto fin a su reinado de terror entre las solteras de Nueva York.

Guau. Sangraba más de lo que en un principio había creído. De hecho, le chorreaba tanta sangre de la frente que el agua de la entrepierna se estaba volviendo rosa. La gente corría hacia él atropelladamente, pero el sonido le llegaba un tanto confuso y no entendía lo que decían. Probablemente algo del estilo de: Te lo mereces, gilipollas. Recordó lo que había dicho justo antes de que Angela le lanzara el vaso —*Yo no soy más que la herramienta que estás usando para hacerte daño*— y se preguntó si de alguna manera aquello estaría relacionado con la fantasía de la puñalada, pero estaba sangrando, congelándose y posiblemente sufría algún tipo de conmoción cerebral. No era el momento de ponerse a elucubrar sobre ello.

No siempre había sido así.

Mientras crecía, Ted había sido la clase de niño aficionado a la lectura al que las profesoras describían como «dulce». Y lo era, al menos respecto a las mujeres. Pasó su infancia y la adolescencia temprana fluctuando a través de una serie de enamoramientos de chicas mayores e inalcanzables: su prima, una niñera, la mejor amiga de su hermana mayor. Estos enamoramientos siempre eran el resultado de alguna pequeña atención —un cumplido de poca monta, una risa genuina tras soltar alguna de sus bromas, que se acordaran de su

nombre— y no albergaban ningún tipo de agresión abierta ni sublimada. Todo lo contrario: al mirar atrás, eran sorprendentemente castos. En una ensoñación recurrente que tenía con su prima, por ejemplo, se imaginaba siendo su marido y dando vueltas por la cocina preparando el desayuno. Ataviado con un delantal, tarareaba mientras exprimía zumo de naranja en una jarra, batía la masa de las tortitas, freía los huevos y colocaba una margarita en un pequeño jarrón blanco. Subía las escaleras con la bandeja y se sentaba en el borde de la cama donde su prima dormía bajo una colcha cosida a mano. «¡Despierta y empieza el día con energía!», le decía. Su prima abría los ojos de golpe, le sonreía soñolienta y, a medida que se incorporaba, la colcha se deslizaba y dejaba al descubierto sus pechos desnudos.

¡Y ya está! Esa era toda la fantasía. Pero, aun así, la cultivó durante tanto tiempo planificando hasta el último detalle (¿Tenían trocitos de chocolate las tortitas? ¿De qué color debería ser la colcha? ¿Dónde debía colocar la bandeja para que no se resbalara de la cama?), que la casa de sus tíos quedó imbuida de un aura sexual incluso ya de adulto, a pesar de que su prima se había vuelto lesbiana hacía tiempo, había emigrado a los Países Bajos y llevaba años sin verla.

El joven Ted jamás, ni siquiera en sus fantasías más descabelladas, se había permitido creer que sus enamoramientos pudieran ser correspondidos. No era estúpido. Podía ser muchas cosas, pero estúpido nunca había sido. Lo único que siempre había querido era que tolerasen su amor, tal vez incluso que lo apreciaran: quería que se le permitiera estar cerca de sus amores, poder reverenciarlos, encontrarse con ellas de vez en cuando como quien no quiere la cosa, de la misma manera que una abeja puede rozar una flor.

En vez de eso, lo que ocurría era que en cuanto Ted se obsesionaba con un nuevo amor, empezaba a fantasear con ella y la miraba fijamente y le sonreía como un tonto e inventaba razones para tocarle el pelo, la mano. Y entonces, inevitablemente, la chica reculaba: porque por algún motivo impenetrable, la afectuosidad de Ted provocaba en sus destinatarias una reacción de asco intenso y visceral.

No eran crueles con él estos amores. Ted se sentía atraído por el tipo de chicas soñadoras que aborrecían la crueldad en cualquiera de sus manifestaciones. En lugar de eso, tal vez comprendiendo que sus pequeñas atenciones previas habían sido la puerta de entrada por la que Ted había

accedido sin que nadie lo hubiera invitado, las chicas se apresuraban a echar el cerrojo. Instauraban algún protocolo de emergencia femenino universalmente implícito y se negaban a establecer contacto visual con él, le hablaban solo cuando era necesario y se apartaban de él tanto como era posible, al otro lado de la habitación. Se atrincheraban en fortalezas de fría amabilidad y se acomodaban allí dentro dispuestas a esperar todo el tiempo que fuese necesario hasta que él se marchara.

Dios, era espantoso. Décadas más tarde, el recuerdo de todos esos enamoramientos hacía que Ted quisiera morir de la vergüenza. Porque la peor parte era que, incluso después de que fuera obvio que las chicas a las que adoraba no soportaban sus atenciones, aún deseaba desesperadamente estar cerca de ellas y hacerlas felices. Luchó por encontrar una solución a este dilema tratando de aplicar un autocontrol en forma de brutal castigo (frente a un espejo, de pie, desnudo, obligándose a contemplar las piernas delgadas, el pecho cóncavo, el pene pequeño: *Te odia, Ted, acéptalo, todas las chicas te odian, eres feo, das asco, eres repugnante*) y luego se le iba de las manos y se despertaba a las tres de la mañana llorando de frustración y tecleando *estados en los que es legal casarte con tu prima* en la barra de búsqueda de internet, como en una partida interminable de ese juego que consiste en matar topos, pero en vez de topos lo que machacaba era sus esperanzas.

El verano antes de empezar el instituto, tras un episodio especialmente humillante con una monitora del campamento, Ted fue a dar un largo paseo en solitario y reflexionó sobre su futuro. Realidad: era bajito y feo, tenía el pelo grasiento y nunca iba a gustarle a ninguna chica. Realidad: el mero hecho de saberse admiradas por alguien tan asqueroso como Ted ahuyentaba a las chicas. Conclusión: si no quería pasar toda su vida haciendo desgraciadas a las mujeres, necesitaba encontrar una manera de guardarse sus enamoramientos para sí mismo.

Así que eso fue lo que hizo.

En su primer año de instituto, Ted se creó una nueva personalidad: felizmente asexuado, completamente inofensivo, exento de cualquier rastro de necesidad. Este Ted era un cómico de sesenta años encerrado en el cuerpo de un chico de catorce: divertidísimo, autocrítico y demasiado neurótico para mantener relaciones sexuales. Bajo presión, Ted aseguraba estar coladito por Cynthia Krazewski, una animadora tan inalcanzable que era como si afirmara

estar enamorado del mismísimo Dios.

Aquel disfraz le permitía ser libre para hacerse amigo de las chicas que de verdad le gustaban y canalizar toda su energía en ser simpático con ellas sin insinuar en ningún momento que buscara algo más. Lo cierto es que en realidad no quería nada más. No confiaba en la capacidad del amor para provocarle otra cosa que no fuera dolor. Ser amigo de las chicas era mucho más fácil y mucho más agradable: charlar con ellas, escuchar sus historias, llevarlas en coche, contarles chistes que las hacían reír... Luego volvía a casa y se masturbaba hasta el delirio, desterraba sus deseos al reino de la imaginación, donde no podían hacer ningún daño a nadie.

En el penúltimo año de la secundaria, toda la energía romántica de Ted se había fusionado en torno a un solo objetivo: Anna Travis, que no solo lo toleraba, sino que lo consideraba un amigo. Tal era la magia de su nueva personalidad: mientras Ted mantuviera ocultos sus sentimientos, las chicas — por lo menos algunas de ellas — sentían un gran aprecio por él.

A pesar de que era mucho más popular que él, en el terreno del amor Anna era un caso tan perdido como Ted. En noveno curso había salido durante tres semanas con Marco, un jugador de fútbol que la dejó cuando lo ascendieron del equipo del primer año al equipo universitario júnior, y ella nunca lo había superado. Años después, Anna aún conservaba un deseo insaciable de hablar sobre Marco con cualquiera que se prestara a escucharla y, como todos los demás estaban hartos del tema (y, tal vez, algo desconcertados con los ojos de loca que ponía cada vez que el nombre de Marco salía a relucir), su único compañero para estas conversaciones era Ted.

Obviamente, Ted no es que quisiera pasar horas ayudando a Anna a analizar qué significaba que Marco le hubiera dicho: «Te echo de menos, tía» y le hubiera dado un golpecito en el hombro al cruzarse con ella en el pasillo la semana anterior..., pero al mismo tiempo sí quería. Porque decirle a Anna lo estúpido que era Marco por haber roto con ella y lo infinitamente superior que era a la nueva novia de Marco, que cada semana tenía una distinta, era lo más cerca que había estado nunca de confesarle lo que sentía por ella. Además, ver cómo Anna suspiraba por Marco le proporcionaba el combustible perfecto para sus propias fantasías, en las que Anna suspiraba por él.

Fantasía: Bien entrada la noche. Suena el teléfono de Ted. Es Anna.

—Anna. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

—Estoy fuera —dice ella—. ¿Puedes bajar?

Ted se pone el albornoz y abre la puerta. Anna está en la escalera de entrada de su casa y parece muy triste: pelo revuelto, camisa mal abrochada.

—¿Anna?

Anna se lanza hacia Ted y empieza a llorar. Él la rodea con los brazos y le da palmaditas en la espalda. El pecho de ella se estremece contra el suyo.

—No pasa nada, Anna —le asegura—. Sea lo que sea, no pasa nada, te lo prometo. Shhhh, shhhh.

—¡No! —grita ella—. No lo entiendes. Yo...

Y entonces trata de besarlo. Sus labios se rozan cálidamente con los de él, pero Ted se aparta. Se queda estupefacta, con el corazón roto.

—Por favor —dice—. Por favor, solo...

Él se queda ahí tieso y permite que Anna deslice la lengua dentro de su boca y, tras un momento de vacilación, también la besa con ternura, pero luego, una vez más, vuelve a apartarse.

—Lo siento, Anna —dice—. No lo entiendo. Pensaba que éramos solo amigos.

—Lo sé... Es decir..., lo he intentado, pero no puedo esconderlo más. Siempre has sido tú, todo este tiempo. Sé que tú no sientes lo mismo por mí, que estás enamorado de Cynthia. Pero yo..., si tan solo me dieras una oportunidad. Por favor. Por favor.

Y entonces vuelve a besarlo y lo empuja hacia la habitación y él trata de resistirse y dice cosas como: «Es solo que no quiero echar a perder nuestra amistad», pero ella no deja de insistir, de rogarle, le desabrocha los pantalones, repta por encima de él y le lleva una mano a un pecho. Cuando los dos están desnudos, Anna lo mira con una cara que es al mismo tiempo de adoración y de ansia, y dice:

—Dime en qué piensas.

A él se le escapa un gran suspiro y dice:

—En nada... —Y se queda con la mirada perdida.

—Estás pensando en Cynthia, ¿a que sí?

—No.

Pero ambos saben que sí.

Anna dice:

—Ted, te prometo que si me das una sola oportunidad, haré que te olvides de Cynthia. —Y entonces comienza a deslizar la cabeza hacia abajo, entre sus piernas.

Cada cierto tiempo, Ted se preguntaba si habría alguna posibilidad de gustarle a Anna algo más que como amigo. De ser así, obviamente no le gustaría tanto como a él le gustaba ella y nunca iba a presentarse en la puerta de su casa sollozando por una pasión frustrada, pero... ¿tal veeeeeeez? A veces, en el sofá, se sentaba a su lado, y siempre intentaba convencerlo de que invitara a las chicas a salir con él, algo que, en sí mismo, probablemente no era una buena señal, pero cuando lo hacía, decía cosas como: «Eres mucho más mono de lo que te piensas, Ted» y «Cualquier chica tendría suerte de salir con un tío como tú». Por eso, aunque no le gustara de esa manera, quizá sí existiera alguna posibilidad latente que estaba en su mano activar con solo decirle cómo se sentía. Pero también había una especie de principio de incertidumbre de Heisenberg según el cual cualquier intento serio de determinar el estado de la relación invariablemente la alteraría. Y como el cambio era aterrador, y estaba en un noventa y nueve por ciento seguro de que no le gustaba a Anna de esa forma y nunca sucedería, dejaba que las cosas siguieran como estaban: el buen amigo Ted, totalmente insincero.

Anna iba un año por delante en el instituto y el siguiente paso en su educación sería la Universidad de Tulane. La semana antes de que se marchara a Nueva Orleans, convenció a sus padres para que organizaran una fiesta de despedida por todo lo alto. En realidad, la fiesta no era más que un espectáculo con un único destinatario: Marco; un sofisticado decorado diseñado para que Anna se luciera y resplandeciera al máximo..., y eso fue exactamente lo que hizo: brillar de forma deslumbrante. Llevaba un vestido corto de encaje con un llamativo escote, tacones altos, los ojos maquilladísimos y el pelo rubio oscuro recogido en lo alto de la cabeza. Un grupito de chicas guapas la rodeaba en todo momento y todas gritaban y lloraban y chillaban y posaban para que les sacaran fotos. Exteriorizaban sus sentimientos con tanta intensidad que, a su lado, el resto del mundo parecía tenue.

Ted deambulaba por la periferia de la fiesta sin llegar a entrar en ella. Se odiaba. La mayor parte del tiempo que Anna y él habían pasado juntos había sido cara a cara, cuando ella se sentía mal por Marco y no tenía suficiente energía para salir. En esas ocasiones, se quedaban sentados en el sofá comiendo pizza y hablando. Anna solía ir con pantalones de chándal. Ted casi nunca la había visto así: expresando su carisma con vehemencia. Era dolorosamente consciente de que su papel específico en aquella fiesta era el de cortesano adulador, pero no le apetecía ejercer como tal. Quizá llevara todo ese tiempo engañándose, convencido de que había mantenido ocultos sus sentimientos, cuando en realidad había estado yendo por ahí con la polla asomando por la bragueta, expuesto, sin saberlo. Quizá todas las personas que estaban en aquella habitación pensaban: Ay, mirad a Ted, está enamorado de Anna, ¿no es bochornoso?, ¿no es mono? Tal vez Anna también lo supiera.

Claro que Anna lo sabía.

El orgullo de Ted se encrespó en su interior y fue penetrando en las zonas blandas. Por primera vez estaba enfadado con Anna, por haber permitido que una distribución aleatoria de los recursos físicos —altura, simetría facial, capacidad para jugar al fútbol— determinara el destino de la vida de los dos. Él era más listo que Marco, y más amable que Marco, y tenía más cosas en común con Anna que Marco, y podía hacer que Anna se riera más fuerte de lo que Marco jamás sabría..., pero nada de eso importaba, porque quién era él no importaba, ni a ella ni a nadie.

La noche no terminaba nunca, y cuando la fiesta empezó a decaer, los invitados que quedaban decidieron ir paseando hasta la playa. Ted podría haber vuelto a casa, pero en vez de eso se quedó y se puso de mal humor. Alguien encendió una hoguera y Ted se sentó en las sombras, literalmente, mientras contemplaba el brillo de las llamas en la cara de Anna. Sentía que algo se había roto en lo más profundo de su ser. Nunca había pedido nada. Había tratado de contentarse con querer lo mínimo posible. Y sin embargo, ahí estaba, sintiéndose una vez más humillado y pequeño.

Anna estaba tostando nubes de azúcar. Las hacía girar sobre las brasas con gesto pensativo. Llevaba una sudadera de chico encima del minivestido y las piernas desnudas estaban llenas de arena. El viento cambió de dirección y una columna de humo se abalanzó sobre ella. Tosió, se puso de pie, dio la vuelta a la hoguera y se tiró al lado de Ted.

—Ahí no se puede respirar —dijo.

—¿Te lo has pasado bien en tu fiesta?

—No ha estado mal.

Lanzó un suspiro, probablemente porque Marco se había ido hacía mucho tiempo. Solo se había quedado una hora. Cuando miró a Anna, cuya expresión desolada era un reflejo de la de él, Ted se sintió mal por lo enfadado que había estado tan solo unos minutos antes. Su amor por Anna no era correspondido; el amor de Anna por Marco no era correspondido; probablemente Marco amaba a alguien que ninguno de los dos conocía, y seguro que también era un amor no correspondido. El mundo era despiadado. Nadie tenía poder sobre nadie.

—Estás muy guapa —le dijo—. Marco es un gilipollas y un estúpido.

—Gracias —dijo Anna.

Parecía estar a punto de decir algo más pero, en lugar de eso, apoyó la cabeza en su hombro y él la rodeó con el brazo. Anna cerró los ojos y se acomodó sobre él. Cuando Ted estuvo bien seguro de que se había quedado dormida, se permitió besarla en la frente. Su piel sabía a sal y a humo. Tal vez me equivocaba, pensó Ted. Tal vez podría contentarme con esto.

Por desgracia, no podía.

Ted había tenido la esperanza de que cuando Anna se marchara a la universidad, lo que sentía por ella tal vez pasara a ser un tormento menor, pero no fue así. De hecho, la presencia física de Anna en su vida había disminuido tanto que Ted podía apreciar con una mayor claridad la asombrosa cantidad de espacio que Anna ocupaba en su cabeza. Por la mañana, mientras esperaba a que sonara el despertador, imaginaba que la abrazaba y que le acariciaba el cuello. Lo primero que hacía al levantarse era comprobar el correo electrónico para ver si durante la noche le había enviado algún mensaje. Pasaba los días filtrando sus experiencias en busca de momentos divertidos susceptibles de ser convertidos en historias sobre las que escribirle. Cuando estaba aburrido o ansioso, su cerebro se distraía preocupándose con la idea de si alguna vez podría llegar a gustarle a Anna, como un perro empeñado en roer los últimos restos de tuétano de un hueso. Y por la noche, su habitación se convertía durante horas en el escenario de una película porno imaginaria protagonizada por los dos, con la participación ocasional de alguna estrella de

cine o compañera de clase como invitada especial. Dado el poco contacto que Ted tenía en ese momento con la verdadera Anna, era como mantener una relación con una amiga imaginaria.

Ted hubiera preferido no vivir de esa forma, pero no sabía muy bien qué hacer al respecto. Suponía que la respuesta era enamorarse de otra persona, de alguien a quien sí pudiera gustarle. Y resultó que no era una idea tan descabellada como lo podía haber parecido tan solo un año antes, y es que, a pesar de que Ted seguía siendo bajito y un empollón, ya no llevaba aparato, se había hecho un corte de pelo decente y no era tan ignorante como para pasar por alto que Rachel, la chica de segundo a la que daba clases particulares de biología, estaba coladita por él.

A Ted no le atraía Rachel ni lo más mínimo. Era delgada, con el pelo encrespado y áspero, pero él ya había cumplido los diecisiete años y ni siquiera había cogido de la mano a ninguna chica, así que ¿quién se creía que era para poner el listón tan alto? Tal vez si Rachel y él se enrollaran, empezaría a sentir algo por ella. Cosas más raras habían sucedido. Además, tenía que admitir que salir con Rachel no podía *perjudicar* sus opciones con Anna. Al fin y al cabo, ¿no estaba aburrido de oír historias sobre chicas que no habían sido conscientes de que el amor de sus vidas estaba delante de sus propias narices hasta el momento en que el chico en cuestión se había enamorado de otra persona?

Así que, una tarde, después de la clase, Ted, farfullando, preguntó a Rachel qué planes tenía para ese fin de semana y si quería salir con él. Nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió, pero era demasiado tarde. Rachel inmediatamente tomó las riendas: se hizo con su número de teléfono y le dio el suyo; le dijo a qué hora exacta estaría esperando su llamada, y cuando muy diligentemente la llamó, ella le hizo saber qué película quería ver ese fin de semana, a qué hora la ponían y dónde debían ir a cenar antes, y luego le indicó cómo llegar a su casa cuando fuera a buscarla.

A la salida del cine ya estaba haciendo planes para futuros encuentros, le decía por ejemplo lo mucho que quería probar el nuevo tailandés de la Séptima y que no podían olvidarse de ir a ver esa comedia romántica cuyo tráiler acababan de ver; también le preguntó si tenía planes para Halloween, porque sus amigos y ella iban a disfrazarse en grupo y, si quería, podía apuntarse.

Ted estaba muy incómodo. No tenía muy claro con quién había salido Rachel, pero desde luego no parecía que fuera con él. No había contribuido en nada a la cita. Hasta donde él sabía, ella podía haber ido al cine con una muñeca hinchable y se lo habría pasado igual de bien. Mientras la llevaba a casa en coche, estaba resuelto a dejar bien claro que no habría una segunda cita. Rachel lo odiaría por dejarla, obviamente, y eso significaba que quizá tendría que abandonar el programa de tutorías, pero supuso que así evitaría la incomodidad que de otro modo acabaría por estallar. No tenían ninguna otra actividad en común, así que si jugaba bien sus cartas tal vez nunca tuviera que volver a verla.

Cuando llegaron a casa de Rachel, aparcó el coche pero no apagó el motor. Rachel se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Buenas noches —dijo, pero no se movió.

—Buenas noches —dijo él, y fue a darle un abrazo.

¿Cuáles eran exactamente sus responsabilidades en todo esto? ¿Acaso tenía que romper de forma explícita con ella teniendo en cuenta que solo habían salido juntos esa vez? ¿No podía dejar de darle clase sin más y esperar a que ella captara la indirecta? Estaba acariciando la espalda de Rachel de una forma que esperaba que diera a entender: *Por favor, no me odies, siento mucho lo que estoy a punto de hacerte*, cuando de pronto ella le atrapó las mejillas entre las palmas de las manos, le sujetó la cara con firmeza y lo besó en la boca.

¡El primer beso de Ted! La conmoción expulsó cualquier otro pensamiento de su cabeza. Se quedó paralizado, boquiabierto, y Rachel le metió la lengua y empezó a retorcerla. Justo cuando su cerebro por fin daba alcance a su cuerpo y recordaba que supuestamente él también debía besarla a ella, Rachel se echó para atrás y le empezó a cubrir los labios con besitos suaves. «Así», le decía respirando de forma entrecortada, y él se percató de que lo que ella hacía era encargarse de enseñarle a besar, porque era evidente que no sabía hacerlo. El peso de la vergüenza cayó sobre él como un martillo y lo aplastó. La estúpida y sabelotodo de Rachel ¡dignándose a enseñarle a besar!

Bueno, como ya era demasiado tarde para humillarse a sí mismo, no estaría de más aprovechar la oportunidad para aprender. Pasados unos minutos, llegó a la conclusión de que besar tampoco era tan difícil, aunque desde luego no era todo lo que la gente aseguraba. En líneas generales, como

sensación no era desagradable, pero tampoco tenía nada de especialmente erótico. Las gafas de Rachel chocaban una y otra vez contra el puente de su nariz y se le hacía raro verla desde tan cerca. Parecía otra persona, diferente, más pálida, más... borrosa, no sabría decir por qué, como un cuadro. Trató de cerrar los ojos, pero al hacerlo se sintió incómodo, como si alguien fuera a atacarlo por la espalda y a clavarle un cuchillo.

Así que besar era eso. Tenía que reconocer que a Rachel parecía gustarle. Seguía dando vueltas a la lengua y suspirando. ¿Disfrutaría más si en lugar de a Rachel estuviera besando a Anna? A decir verdad, era difícil imaginar que esa actividad pudiera llegar a excitarlo. Dos pedazos de carne exenta de huesos que se batían como un par de babosas apareándose en la caverna de la boca. *Qué asco*, Ted. ¿Qué le pasaba? El aliento de Rachel olía a palomitas con mantequilla: ligeramente metálico, con una pizca de la grasa quemada que se queda pegada en el fondo de la máquina. ¿O era su propio aliento? No tenía forma de saberlo.

Rachel había pasado a estar básicamente encima de él y movía la mano de una forma exploratoria, como si tratara de averiguar si estaba empalmado. Ni que decir tiene que no tenía una erección; de hecho, sentía como si la polla se le hubiera metido hacia dentro, como queriendo esconderse. ¿Heriría los sentimientos de Rachel por no tener una erección? ¿Debería ponerse a fantasear con Anna para poder tener una erección y que así Rachel no se sintiera mal por el hecho de que con ella no había tenido una? No, ese no podía ser el rumbo correcto de los acontecimientos. Pero ¿qué quería Rachel? Ahora estaba sentada a horcajadas sobre él, apretaba las caderas contra su rodilla y gemía. ¿Quería que follaran? Seguramente no. Estaban aparcados en la puerta de la casa de sus padres y no era más que una alumna de segundo. Además, él era *Ted*. Una cosa era aceptar que, durante las clases de biología, Rachel tal vez se hubiera colado un poco por él, y otra pensar que la ponía tan cachonda que estaba dispuesta a tirárselo en el asiento delantero de su coche.

En cualquier caso, parecía estar metida de lleno, hasta límites absurdos. Era casi existencialmente desconcertante que dos personas que estuvieran tan próximas en el plano físico pudieran estar experimentando el mismo momento de una forma tan diferente.

A menos que... ¿estaría fingiendo el entusiasmo? En cualquier caso, aunque no lo fingiera del todo, seguro que lo estaba exagerando. Y mucho.

Pero ¿por qué fingiría que la estaba excitando con los torpes tanteos de su lengua cuando en realidad no era así?

Oh.

En cuanto pensó en esta posibilidad, se dio cuenta de que la respuesta era obvia. Ella sabía que estaba nervioso y trataba de persuadirlo para que lo hiciera. Su ineptitud e incomodidad seguramente serían visibles desde el espacio. Ella hacía como que se divertía para que él se relajara y dejara de ser tan malo besando. Fingía excitación sexual porque le daba *lástima*.

Si antes había sentido como si la polla se le hubiera metido hacia dentro, ahora era como si una losa de plomo de dos toneladas le hubiera caído en la entrepierna desde el cielo dejándolo paralizado de por vida.

Suicídate, Ted, dijo una voz en su cabeza. En serio.

Y lo cierto es que podría haberlo hecho —con solo saltar del coche y abalanzarse sobre el primer vehículo que apareciera de frente—, pero entonces Rachel le cogió la mano y la apretó contra su pecho. Volvió a sentir el shock de no pensar. Rachel tenía los pechos pequeños, pero llevaba una camiseta escotada, por lo que podía palpar mucha piel, piel suave. Lo apretó tímidamente y luego frotó el punto donde estaba bastante seguro de que estaría el pezón. Joder, sí que estaba ahí, y después de frotarlo durante un instante, el pezón surgió debajo de su pulgar.

¡Hala!

Cerró los ojos como si estuviera saltando desde lo alto de un trampolín, metió la mano entera debajo de la camiseta y del sujetador y ya no tuvo que preocuparse por el problema de la erección, porque el pezón desnudo que estaba pellizcando era la cosa más sucia y sexy del mundo, y en cierto modo era todavía más sucia y sexy por pertenecer a alguien a quien apenas conocía, cuyo aliento olía a palomitas y cuya evidente parodia de excitación era un insulto para ambos.

Volvió a pellizcarlo. Un poco más fuerte. Ella soltó un grito, pero se recuperó enseguida.

—Oh, Dios mío —gimió simuladamente.

Salieron durante los cuatro meses siguientes.

Echando la vista atrás, Ted pensó que Rachel era la primera mujer a la que realmente había tratado mal. Es cierto que sin querer había espantado a alguna

de las chicas de las que había estado encaprichado, pero por aquel entonces no había sido más que un chaval, y se había esforzado muchísimo en aprender a controlarse. Seguramente, el modo en que había actuado con Anna cuando estaban juntos en el colegio era discutible —debería haber sido sincero con ella con respecto a sus sentimientos en lugar de merodear por la zona de la amistad—, pero, aunque con Anna pudiera haberse comportado como un cobarde, también había hecho todo lo posible por ser amable. Con Rachel, en cambio... Si había un infierno y él acababa allí, estaba bastante seguro de que el diablo sujetaría una foto de Rachel, se la restregaría por la cara y le diría: «Oye, amigo, ¿qué problema tenías con esta?»

¡Pero la cuestión es que no lo sabía! Realmente no tenía ni idea.

En los cuatro meses que estuvieron juntos, Rachel nunca le gustó especialmente, igual que había sucedido en la primera cita. Todo lo que tenía que ver con ella le molestaba: su estúpido pelo, la voz nasal, la manía de estar siempre dando órdenes. Solo pensar que la gente dijera: «Ahí está Rachel, la novia de Ted», le hacía estremecerse. En ella advertía todas las partes de sí mismo que tanto se esforzaba en reprimir: sus insinuaciones aduladoras a la gente que la trataba como a una mierda, su falsa condescendencia aristocrática hacia el puñado de personas que estaban por debajo de ella en la jerarquía de la popularidad y las ocurrencias sarcásticas que soltaba para distanciarse del resto de los perdedores que pertenecían a su mismo plano social.

Al igual que él, era propensa a sufrir vergonzosos percances corporales —manchas de regla, mal aliento, sentarse de tal modo que se le veía la ropa interior sin que se diera cuenta—, pero, a diferencia de él, estos episodios no parecían provocarle una vergüenza desmedida. Era él el que se sentía avergonzado: cuando la veía en el pasillo paseándose con una mancha de óxido en la parte trasera de la falda vaquera, o cuando Jennifer Roberts abanicaba el aire con aspavientos de asco después de que Rachel, que había estado demasiado cerca, por fin se hubiera marchado. En esos momentos, Rachel no solo le desagradaba: la *odiaba*, más de lo que nunca había odiado a nadie en su vida.

Entonces, ¿por qué no rompía con ella?

En casa, a solas, Ted sabía que Rachel no le gustaba y que no quería salir con ella. Por lo tanto, romper con ella parecía algo sencillo, era lo que había que hacer. Pero entonces quedaban y, en cuanto Rachel lo veía, a la menor

duda, alejamiento o señal por parte de él que mínimamente expresara que algo no andaba bien, la cara de Rachel se ensombrecía. Al primer indicio de rabia, sentía una fría oleada de culpa y miedo. Se dejaba arrastrar por la convicción de que era un imbécil integral, un gilipollas, basura; se podía seguir la pista de sus pecados ininterrumpidamente hasta la decisión inicial de aceptar una sola cita con ella cuando en realidad todo ese tiempo había estado enamorado de Anna. Entonces, empujado por la culpa, decidía que en lugar de enfrentarse a Rachel directamente y añadir nuevos males a la cantidad inconmensurable de agravios ya perpetrados, era *mucho mejor* esperar otro momento más oportuno, como, por ejemplo, uno en el que la que rompiera con él fuese ella. Después de todo, tampoco es que él fuera ningún chollo; estaba seguro de que si se limitaba a esperar, Rachel más pronto que tarde se sacudiría la ilusión de que él fuera remotamente deseable y lo dejaría por su propia voluntad. Con esta idea en mente, aceptaba todo lo que ella sugería con una profunda sensación de alivio..., y, de repente, pasaban diez minutos, luego quince o una hora, hasta que de pronto emergía de esta ensoñación y pensaba: Un momento, yo iba a cortar con ella, ¿qué hacemos almorzando en este Olive Garden?

Con el parloteo incesante de Rachel y la oscura nube de ira inminente fuera del mapa, la idea de poner fin a la relación que hacía tan solo unos segundos había sentido imposible, le parecía absurda, igual de absurdo que romper con ella sin venir a cuento, después de haber estado ahí sentado actuando como si todo estuviera bien y diciendo cosas como: «Claro, el domingo te acompaño a ver a tu prima.» Porque si intentaba romper con Rachel en ese instante, cuando tenía un palito de pan en la mano a medio comer, sin duda la primera cosa que diría sería: «Si sabías que ibas a romper conmigo, ¿por qué acabas de decir, literalmente, que me vas a acompañar a ver a mi prima el domingo?», y él no podría responder de ninguna forma.

Bueno, ¿y qué si lo decía, Ted? *Y qué si lo decía.* ¿No podía simplemente encogerse de hombros y decir: «Mira, tía, que le den a tu prima, he cambiado de opinión»? No. No podía hacer eso porque era algo que solo un gilipollas haría, y él, Ted, no era un gilipollas. Él era un... tío majo.

Sí, vale, todo el mundo está de acuerdo en que los tíos majos son lo peor, pero eso era diferente. Sentirse incapaz de interrumpir a Rachel en mitad de un almuerzo y romper con ella sin previo aviso..., eso no formaba parte del síndrome del tío majo, simplemente era ser humano y compasivo. Nunca había

empatizado con Rachel más de lo que lo había hecho en esos momentos, imaginándose cómo sería estar almorzando inocentemente con una persona que a ojos de todo el mundo había estado actuando como si le gustaras y que no te había dado ninguna pista de que nada la molestara en absoluto y, de repente, de la nada, *pam*, resulta que estabas completamente equivocado sobre esa persona y todo lo que te había contado era mentira.

Ted se había aferrado toda su vida a la idea de que era un incomprendido, de que las chicas que lo rechazaban se equivocaban al tratarlo como si en él hubiera algo intrínsecamente espeluznante. Puede que no fuera el tipo más atractivo de los alrededores, pero no era malo. Y sin embargo, a veces se quedaba despierto por la noche y se imaginaba a Rachel contando su historia ante un tribunal compuesto por todas las chicas que alguna vez le habían rechazado; les relataba sus engaños, cómo había fingido que le gustaban cuando en realidad no había sido así, las máscaras de «amabilidad» que había llevado puestas cuando en verdad era un egoísta, un pedazo de mierda mentiroso..., y él veía que todas esas chicas, con Anna en el centro, estaban sorprendidas pero al mismo tiempo no lo estaban, asentían con la cabeza y coincidían en que sí, por supuesto, siempre habían sabido que algo no marchaba bien en él.

Y de esta forma, en su cabeza, Anna adoptó un nuevo papel: el de portavoz de un jurado listo para imponer su condena. Cuanto más duraba su relación con Rachel, más necesitaba regresar ante aquel tribunal imaginario con una historia que lo vindicara. Necesitaba que su primera novia no solo dijera, sino que creyera, que aunque las cosas entre ellos podían no haber funcionado, él no era espeluznante, aterrador ni malo; él era, en esencia, un buen tío.

Para aplacar esta versión imaginada de Anna, seguía con Rachel. Y mentía. Terminó su almuerzo en el Olive Garden, fue a visitar a la prima y trató de sentar las bases para su huida. Hacía todo lo posible por mantener las distancias con Rachel, no lo bastante para hacerla enfadar, solo lo suficiente para impedir que la relación se volviera más seria de lo que ya era. No la llamaba muy a menudo y muchas veces le decía que estaba ocupado, pero siempre se disculpaba por ello. Hacía exactamente lo que de él se requería, pero nada más. Se sentía un poco como si se estuviera haciendo el muerto, inerte y maleable con la esperanza de que ella terminara perdiendo el interés y se alejara. Muy bien, concluiría el tribunal. No es la mejor persona. No es

ningún santo. Pero no es Marco, no manipula a las chicas solo porque sí. Podría haber sido peor. Se merece otra oportunidad. Encontramos al acusado... razonablemente aceptable.

Pero esperad, dice una voz justo antes de que el martillo descienda.

¿Sí?

Solo una cosa. Tengo una pregunta.

Adelante.

¿Y qué hay del sexo?

Eeh... ¿qué pasa con eso? Ted y Rachel no tenían relaciones sexuales. Quería ser muy claro con el tribunal al respecto. Rachel no perdió la virginidad con Ted. (Y Ted no la perdió con Rachel.)

¿Se enrollaban?

Claro, obviamente. Salieron durante cuatro meses.

Cuando se enrollaban, ¿Ted «hacía exactamente lo que de él se requería, pero nada más»? ¿Se «hacía el muerto» con Rachel, por así decirlo? ¿Era la persona educada, ligeramente distante y retraída que el resto del tiempo era con ella?

Hum. Bueno..., a ver... No.

¿Cómo era?

...

¿Cómo eras, Ted?

Era...

¿Eras...?

Era... un poco...

¿Sí?

... malo.

¿Malo?

Malo.

Antes de que Ted se hiciera mayor y se convirtiera en un hombre sexualmente experimentado, antes de que dominara una amplia variedad de palabras clave fetiche en la página web Pornhub y se abonara a una suscripción anual en Kink.com, «malo» era la palabra que empleaba en su

cabeza para las cosas que le hacía (¿que hacía con?) Rachel: aquella dinámica retorcida y absorbente. La palabra era anterior a Rachel. De niño la había usado para describir ciertos tipos de cómics, dibujos animados, películas y libros en los que la gente era «mala» con las chicas. Wonder Woman encadenada a las vías del tren. En la portada de uno de los misterios de Nancy Drew que tenía su hermana, Nancy salía amordazada y atada a una silla.

Al joven Ted le gustaban las historias en las que la gente era «mala» con las chicas, pero eso no implicaba que él quisiera hacerles cosas malas. Cuando se imaginaba a sí mismo dentro de estas historias, algo que rara vez hacía —la mayoría de las veces se contentaba con verlas evolucionar—, él, Ted, nunca era el que ataba a estas chicas. No, él era el que las rescataba. Desataba las cuerdas y les frotaba las muñecas para que volviera a correr la sangre, les quitaba delicadamente la mordaza y les acariciaba el pelo mientras ellas lloraban apoyadas en su pecho. ¿Ser el villano, el que ata, el que infligía dolor? No, no, no, no y no. La maldad no tenía cabida en la vida amorosa de Ted ni en sus fantasías. Hasta que apareció Rachel.

En la medida de lo posible, Ted evitaba enrollarse con Rachel. Raras veces la tocaba de un modo afectuoso y cuando se besaban, lo hacía con la boca cerrada. Aunque se daba cuenta de que eso le molestaba, al hacerlo sentía que estaba siendo buena persona: como ella no le gustaba, no tenía ningún derecho a presionarla para que hicieran cosas sexuales. Después de todo, si hiciera el esfuerzo de que se enrollaran y más tarde rompiera con ella, estaría justificado que volviera a presentarse ante el tribunal y este lo acusara de utilizarla para follar. Según esta lógica, por tanto, la única forma en que podía expiar su culpa era haciendo que fuera Rachel la que lo pinchara y chinchara y empujara a estar a solas con ella, que se lo pidiera dos, tres o cinco veces para que, al final, nadie pudiera decir que la culpa había sido de él.

Cuando estaban en su habitación, con la puerta cerrada, ella empezaba a besarlo de esa manera que nunca le había dejado de parecer falsa: los besitos, los suspiros melodramáticos. *Puf, Rachel*, pensaba a medida que la irritación contra la que había estado luchando durante todo el día emergía a la superficie. *¿Por qué eres tan mandona, inconsciente y prepotente? ¿Por qué te gusto? ¿Por qué no puedes darte cuenta de que tú no me gustas tanto?* Pero ella seguía arrojándose sobre él... y al final Ted terminaba rindiéndose a

la tentación y canalizaba su irritación en forma de pellizco o de mordisco, o incluso, más tarde, de un suave cachete en el culo.

Ella aseguraba que le gustaba cuando él se portaba «mal» con ella, y Ted suponía que debía de ser así, si es que lo mojada y lo ruborizada que estaba y lo mucho que se retorció servía de algún tipo de indicación. Pero, aun así, sentía, y esto era algo visceral, que una pátina de falsedad cubría todo lo que ella hacía y que al asegurarle que disfrutaba con lo que le hacía, le estaba diciendo lo que pensaba que quería oír. Una parte de lo que significaba ser «malo» con Rachel, por tanto, consistía en rascar esa falsedad, escarbar, forzarla a mostrar una reacción verdadera: quería atrapar una parte de la auténtica Rachel, pero se le escapaba de las manos, como una anguila que se sumerge bajo el agua, y la persecución de esa verdad le hacía subir por las paredes, loco de lujuria. *Te odio, te odio*, pensaba mientras le sujetaba las muñecas huesudas por encima de la cabeza, la mordía en el hombro y se frotaba sin desvestirse contra la pierna hasta que se corría.

—Ha sido *increíble* —suspiraba después ella, abrazándole, pero él no la creía.

A veces se preguntaba si más que los propios magreos lo que le gustaba era lo que venía después, porque en esos breves periodos él era diferente. Necesitaba hasta tal punto que ella apaciguara su culpa por lo que acababa de hacer que se mostraba vulnerable, abierto y crudo. La besaba, le iba a buscar agua y después se quedaba tumbado a su lado y escondía la cara en su pelo. En esos momentos era capaz de contemplar la cara de Rachel y no verla fea ni guapa ni buena ni mala ni amada ni odiada, sino simplemente como una persona que yacía a su lado, despojada de todos los juicios que continuamente le imponía, del análisis crítico obsesivo de todo lo que ella hacía. ¿Y si Rachel pudiera gustarle? Si le gustara, salir con ella no estaría tan mal. No tendría nada que expiar. Podrían ser felices. Él sería libre. Ese pensamiento le hacía sentirse maravillosamente ligero, como si dentro tuviera una esponja repleta de veneno que finalmente se hubiese secado.

Sin embargo, esta sensación nunca duraba mucho tiempo. Cuando la dicha poscoital comenzaba a desvanecerse, Anna se manifestaba a su lado como un fantasma. *Piensa en mí, piensa en mí*, susurraba en su oído, y él lo hacía. Su cerebro volvía a acelerarse, pensando, removiendo, juzgando. Menuda cagada acostarse con Rachel, dejar que lo viera así, expuesto. Ahora estaría aún más

segura de que le gustaba; ahora se quedaría aún más dolida cuando la dejara; ahora tenía aún más pecados que expiar; ahora sería aún más difícil escapar.

Entonces se sentaba en la cama y se ponía la ropa interior.

—¿Qué pasa?

—Nada. Que tengo que irme.

—¿Por qué no te tumbas un rato aquí conmigo?

—Tengo deberes.

—Es *viernes*.

—Ya te lo he dicho antes, tengo muchas cosas que hacer.

—¿Por qué siempre te pones así?

—¿Así cómo?

—*Así*. Cascarrabias. Después.

—No soy cascarrabias.

—Sí que lo eres. Don Cascarrabias Gruñón.

—Tengo un examen de cálculo de mitad de semestre, un proyecto que entregar para historia que ni siquiera he empezado, le dije a una amiga que la ayudaría a estudiar para el examen de ingreso a la universidad y el lunes tengo que entregar a mi consejero académico el borrador final de mi ensayo para la universidad. Lo siento si parezco estresado, pero la verdad es que no ayuda mucho que me incordies ni que me llames Don Cascarrabias Gruñón cuando ya he perdido casi una hora aquí.

—Ven a tumbarte un momento. Deja que te frote la espalda.

—Rachel, no quiero que me frotes la espalda. Quiero irme a hacer lo que tengo que hacer. Por eso te había dicho que no deberíamos hacer esto.

—Jo, venga ya, cascarrabias. Mi madre no volverá hasta dentro de una hora. Venga, deja solo que...

—¡Oye, déjalo ya!

—¿Qué pasa? ¿No te guuusta? Porque a mí me parece que sí que te guuusta. Oooh, claro que te gusta.

—¡He dicho que pares!

—Oblígame, amor.

—¡Joder, Rachel...!

—¡Oh, *Ted*!

Y sobre ellos, como un coro celestial, las chicas del tribunal reanudarían

sus conversaciones: *Míralos, menudo par de adefesios, haciendo sus mierdas raras de feos, oh, Dios mío, él es tan despreciable, ¿habéis visto eso?, ¿acaso ha? Creo que acaba de..., sí, lo ha hecho, lo ha hecho, oh no, creo que voy a vomitar, oh, qué asco, es lo más repugnante que he visto en mi vida, no sé cuál de los dos da más asco, si ella o él, ¿cómo puede ella?, ¿cómo puede soportarlo?, yo nunca, jamás le dejaría que me hiciera algo así...*

Mientras que la Anna imaginaria seguía siendo la compañera constante de Ted y amablemente compartía con él sus opiniones detalladas sobre la evolución de su relación con Rachel y sobre el estado de su alma, la verdadera Anna continuaba en la inopia, a lo suyo, en Tulane, y cada dos semanas recibía un amistoso correo electrónico de su buen amigo Ted, que en ninguno de ellos, por cierto, mencionaba la existencia de una Rachel verdadera.

Frente a Anna Ted se presentaba con el mismo cuidado con el que se organiza una exposición en un museo, y se enfrentaba sin éxito a la cuestión de cómo incorporar a Rachel a dicha exhibición. El problema era que, mientras que para Anna una «estudiante de segundo curso» indeterminada sí podría ser una rival sexy, capaz de elevar a sus ojos el estatus de Ted, la *propia* Rachel no podía ser más que una desventaja. En el supuesto de que Anna le hiciera preguntas que él no pudiera evitar, temía que el descubrimiento de que había estado románticamente vinculado a Rachel Derwin-Finkel podría ser lo bastante potente como para contaminarlo para siempre con su tufo de perdedora.

Rachel, por otro lado, lo sabía todo sobre Anna. Anda que no. A veces Ted sospechaba que Rachel era una vidente de muy bajo nivel, con unos poderes psíquicos que se limitaban a un diminuto e inútil puñado de campos. El más mínimo indicio de desasosiego en su rostro inmediatamente se enfrentaba a un «¿Ted? ¿Ted? ¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando, Ted?». Como generalmente estaba pensando en lo pesada que era Rachel y/o soñando despierto con Anna, cuando esto pasaba no le quedaba otra que mentir. Mentía más a Rachel en el día a día de lo que le había mentido a nadie en toda su vida. Y aun así, de vez en cuando ella lo interrogaba de tal modo que le provocaba espasmos y en esos momentos era incapaz de contenerse y terminaba revelando un nuevo

fragmento de la verdad.

Por ejemplo, una vez —*una sola vez*— le mencionó a Anna. Pero bien podría haberse tatuado PREGÚNTAME QUÉ SIENTO POR ANNA TRAVIS.

—Gilda Radner fue básicamente un genio infravalorado —dijo aquella noche en el Blockbuster mientras repasaban un estante con *Lo mejor del Saturday Night Live*—. Mi amiga Anna es muy fan de ella.

—¿Tu amiga Anna? —repitió Rachel como un eco.

Ted se quedó paralizado.

—Sí.

Le parecía estar caminando por encima de un lago en invierno y que a su alrededor el hielo hubiera empezado a resquebrajarse. Nada de movimientos bruscos, se dijo a sí mismo. Todavía puedes llegar a terreno seguro.

—Creo que no conozco a Anna —dijo Rachel con una voz deliberadamente informal.

—Es probable que no. Se graduó el año pasado.

—¿De qué la conoces?

—No me acuerdo. Creo que una vez fuimos a alguna clase juntos.

Hubo un silencio. Uno al lado del otro miraban las películas bajo los brillantes focos fluorescentes. Rachel cogió el estuche de *El patán*, de Steve Martin, y se puso a estudiar la parte trasera de la caja. ¿Ya se había terminado? ¿Había logrado escapar?

—¿Te refieres a Anna Zhang?

El hielo cedió, y Ted se hundió en el agua.

—No.

—¿Anna Hogan?

—No.

Mierda, ¿conocía a Anna Hogan! ¿Por qué no había dicho simplemente Anna Hogan? ERES UN PUTO IDIOTA, TED, se gritó su cerebro.

—Bueno, ¿cuál de todas las Annas es?

Ted sintió que se le empezaba a cerrar la garganta.

—Anna Travis —consiguió decir.

—¿Anna Travis! —En apariencia Rachel todavía estaba leyendo la carátula, pero por su forma de enarcar las cejas dio muestra de un dramático escepticismo ante la idea de que Ted pudiera moverse en los mismos círculos

sociales que la excelsa Anna Travis—. No sabía que conocías a Anna Travis.

—Sí.

—¿Eh?

Silencio.

—¿Cómo es que hasta ahora nunca habías hablado de ella?

—No sé. Nunca había surgido.

A Ted se le ocurrió que si Rachel perdía los estribos y le daba un ultimátum sobre Anna, tendría que romper con ella, porque obviamente si tenía que elegir entre Rachel y Anna, elegiría a Anna, y puesto que nunca había pasado nada entre Anna y él, la poco razonable sería Rachel y la ruptura ni siquiera terminaría siendo su culpa.

Sin embargo, Rachel era más espabilada que eso. Volvió a dejar *El patán* en la estantería y siguieron recorriendo el Blockbuster en silencio.

—Es guapa —soltó al cabo de un minuto.

—¿Quién?

La cara de Rachel se retorció durante un breve instante en una mueca de desprecio.

—¿*Quién*? Gilda Radner, no te digo. No, Anna Travis, tonto. Está buena.

—Supongo.

—¿Supones?

—Solo somos amigos, Rachel —dijo Ted con una paciencia exagerada.

—Eh... obviamente —dijo Rachel—. Anna Travis, ¿hola?

Rachel, pensó Ted, eres una maldita hija de puta y espero que mueras en un incendio.

—¿Fuiste a su fiesta de despedida? ¿En verano? —preguntó Rachel.

—Sí. ¿Por?

—Por nada. —Rachel cogió otra película de la estantería y leyó atentamente la descripción de la parte de atrás. Sin levantar los ojos, dijo—: Es solo que me llegó el rumor de que en esa fiesta se tiró a Marco Hernandez en el dormitorio de sus padres mientras su madre preparaba la tarta en el piso de abajo.

Imagen: Ted atado a una camilla con Rachel de pie a su lado inspeccionando una selección de cuchillos mientras decide cuál de todos clavar en sus partes más sensibles.

—Eso es ridículo —se mofó Ted—. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Shelly?

Shelly era la mejor amiga de Rachel, una chica atolondrada y odiosa. Ted pensó que tal vez podría empezar una pelea sobre Shelly que sirviera de distracción. O tal vez debería tirar al suelo la pantalla de vídeo que tuviese más cerca y huir del estado.

Rachel no mordió el anzuelo.

—No fue Shelley, para tu información. Pero todo el mundo sabe que Anna Travis está obsesionada con Marco. En plan desquiciada a más no poder. — Por primera vez Rachel lo miró directamente; sus ojos parecían inexpresivos detrás de las gafas—. He oído que se ha dedicado a mandarle un montón de mensajes desde la universidad, y a llamarlo sin parar a la residencia de estudiantes. Y que las cosas llegaron a ponerse tan feas que Marco tuvo que *bloquear* su número de teléfono y su correo electrónico.

A Ted le entraron ganas de vomitar. ¿Cuánto hacía que Rachel tenía esta información y cómo había sabido que llegaría un momento en que tendría que usarla?

—Oh, Dios mío, Rachel —empezó Ted—. Es realmente vergonzoso esto que haces de cotillear sobre gente a la que ni siquiera conoces. A los que crees que son guais los tratas como si fueran famosos o algo así. Anna no es más que una persona normal, tú ni siquiera la conoces, así que tal vez Shelly y tú deberíais dejar de obsesionaros con su vida amorosa como un par de idiotas.

—Bueno —dijo Rachel apretando los labios—. En realidad sí que la conozco. Así que...

—No la conoces.

—Sí —repuso fría y triunfante—. Fuimos a la guardería juntas y nuestras madres son amigas. Fue su madre la que le contó a la mía lo de que Marco había bloqueado su número. Le dijo que Anna ha estado tan mal por todo eso que quizá necesite tomarse un semestre libre. Supongo que *tu amiga Anna* simplemente no te lo ha contado.

El estómago de Ted se contrajo alrededor del cuchillo que Rachel le acababa de clavar en la tripa.

Rachel rodeó con su mano húmeda la mano de Ted, que estaba inerte.

—Creo que en realidad no me apetece ver una peli —dijo—. Mis padres no van a volver hasta medianoche y mi hermano duerme en casa de un amigo.

Vámonos.

Varias noches después, Ted estaba sentado delante del ordenador tratando de componer un correo electrónico para Anna. Había escrito y borrado veinte variaciones sobre la cuestión *¿Estás segura de que todo va bien?*, pero no le había gustado cómo le había quedado ninguna. Ya le había enviado dos correos electrónicos que no habían recibido respuesta, y sabía que lo que debería hacer era relajarse. El problema era que no solamente quería descubrir si la historia que le había contado Rachel era cierta; necesitaba descubrirlo: su ansia por saber era como si tuviera bichos arrastrándose debajo de la piel.

La ansiedad lo llevó a cotas imprevistas de valentía y Ted se descubrió cogiendo el teléfono. Había memorizado el número de Anna en el instituto, a pesar de que solo la había llamado una vez: en su cumpleaños, cuando le había cantado todo el «Cumpleaños feliz» en el buzón de voz. Ella nunca le había devuelto la llamada, pero con el tiempo sí recibió un correo electrónico (asunto: *MUCHÍSIMAS GRACIAS!!*) que Anna había firmado con un montón de besos y abrazos que en su momento había considerado importantes.

Contestó al primer tono.

—Hola, Anna, soy Ted —dijo como si estuviera hablando directamente con el contestador.

—¡Ted! ¿Qué tal?

—Eh... Pues estaba pensando en ti. ¿Te encuentras bien?

—Supongo. ¿Por qué?

Porque mi novia, cuya existencia te estoy ocultando, me ha contado un secreto que tú me estás ocultando, porque estaba celosa de que esté enamorado de ti, algo que también te oculto, aunque por lo visto no he sido capaz de ocultárselo a ella.

—Hum..., no lo tengo muy claro. Es raro, pero tenía la... sensación... de que algo no iba bien.

Usar información adquirida de forma encubierta para fingir un misterioso vínculo psíquico era un nuevo nivel de engaño para Ted, que no entendió del todo la potencia de lo que acababa de hacer hasta que Anna se puso a llorar.

—No estoy bien —dijo—. No estoy *nada* bien.

Entre sollozos empezó a balbucear una historia de lo más enrevesada que no solo implicaba a Marco, sino a un tío de una fraternidad que la había

tratado mal, una pelea horrible con la nueva mujer de su padre, una guerra continua con su compañera de cuarto y el hecho —que mencionó casi como si fuera una idea que se le acabara de ocurrirle que estaba suspendiendo la mayoría de las asignaturas y al año siguiente tendría que estar en periodo de prueba académico.

—Lo siento —dijo Ted, anonadado—. Lo siento mucho. Suena muy duro.

—No puedo creer que me hayas llamado —dijo Anna—. Hacía muchísimo que no me llamaba nadie de Nueva Jersey. Es como si se hubieran olvidado de mí. Crees que estás muy cerca de la gente pero, a la hora de la verdad, simplemente *se han olvidado*.

—Yo no me he olvidado de ti.

—*Lo sé*. Sé que tú no te has olvidado. Tú siempre has estado ahí para mí, siempre, pero nunca lo valoré, lo daba por hecho. Era muy egoísta. Odio a la persona que era en el instituto, Dios, desearía poder cambiarlo todo de mí, pero es que... es demasiado tarde para hacer nada, ese es el problema. Está todo tan jodido que simplemente ya no sé quién soy, ¿sabes? En plan: ¿Quién es esta persona que tomó todas esas decisiones con las que tengo que vivir? Echo la vista atrás y veo a esa persona y la odio, la odio tanto por lo que me hizo que es como si esa persona fuese mi némesis, mi peor enemigo, pero el problema es que esa persona *soy yo*.

Mientras Anna se desahogaba por teléfono, el corazón de Ted se iluminó como una erupción solar. Nada quería más en el mundo que mostrar a Anna cómo la veía él: lo preciosa y perfecta que era a sus ojos. Necesitaba que ella supiera que él iba a cargar con ese recuerdo —ese conocimiento— de ella en su interior, de modo que, sin importar lo que hubiera pasado entre ellos, sin importar lo deprimida que pudiera llegar a estar, él podría hacer esto por ella: podría amarla, desinteresada e incesantemente, con un compromiso y una pureza totales, durante el resto de su vida.

Una hora más tarde, Anna se despedía lloriqueando:

—Gracias por escucharme, Ted. Significa mucho para mí, de verdad.

Moriría por ti, pensó Ted.

—¡No hay problema! —dijo Ted.

Después de aquello, Ted y Anna empezaron a hablar por teléfono casi cada noche. Ted no había experimentado en su vida nada equiparable a la emoción

de aquellas conversaciones nocturnas y se descubrió a sí mismo poniendo en marcha un elaborado sistema de rituales en torno a ellas, del mismo modo que una tribu primitiva necesitaría efectuar rituales al encender una hoguera para controlar su poder.

Una parte del ritual era mantener las conversaciones en secreto: delante de Rachel, por supuesto, pero también delante de sus padres y de todos los demás. Se llevó el teléfono del estudio, lejos de donde tenía el ordenador, y lo instaló junto a la cama. Encendía el ventilador al otro lado de la puerta para crear una pantalla de ruido blanco. Se daba una ducha, se lavaba los dientes y se metía bajo las sábanas. Antes incluso de que Anna contestara la llamada, su piel ya se habría acalorado, estaría casi febril.

—Hola.

—Hola.

Sus voces eran roncas y graves; Ted pensaba que susurraban como si estuvieran tumbados uno al lado del otro en la cama cuchicheando. Cerró los ojos y se lo imaginó.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

—Oh. Ya sabes.

—Da igual. Cuéntamelo. Quiero oírlo.

Mientras Anna empezaba a pormenorizarle su día («Bueno, pues me levanté a las cuatro de la mañana porque la puta de Charisse tenía puto entrena...»), Ted se acariciaba despacio el pecho y alrededor del tórax y se imaginaba que era la mano de Anna la que lo acariciaba y que bajo los dedos de ella se le ponía la piel de gallina.

Mientras ella hablaba, él casi no decía nada, se dedicaba fundamentalmente a soltar comprensivos «ajá» y «oh, no». En cierto momento en el que ella había sonado especialmente triste, dijo: «Lo siento...», y a continuación pronunció en silencio: «... cariño».

Entretanto, su mano había avanzado poco a poco dibujando círculos sensuales por el torso, a lo largo de la cinturilla de sus calzoncillos y bajo la banda elástica y acariciaba tímidamente el borde de su vello púbico.

—Cuéntame más cosas de Kathleen —le pidió cuando parecía que Anna se estaba quedando sin cuerda. Kathleen era la madrastra de Anna. Empezó a jugar con su polla: le daba golpecitos con las yemas de los dedos, se sacudía el pene—. ¿Crees que tu padre le parará los pies o que se pondrá de su parte?

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás de coña? —dijo Anna casi chillando.

—Shhhh, shhhh —la mandó callar Ted—. Charisse tiene entrenamiento dentro de cuatro horas.

—Que se joda Charisse —susurró Anna.

Ted se rió. Anna también. Casi podía sentir su aliento en la cara. Se estrujó la polla, arqueando la espalda de placer, y apretó los dientes para obligarse a no hacer ruido.

—¿Te estás quedando dormida? —preguntó al fin.

—Sí —dijo Anna.

—¿Quieres que nos quedemos dormidos juntos?

—Sí que quiero..., pero tú tienes que levantarte tan temprano...

—No pasa nada —le aseguró—. Dormiré en la sala de estudio.

—Qué dulce eres, Ted. Me gusta quedarme dormida contigo.

—A mí también me gusta quedarme dormido contigo. Buenas noches, Anna.

—Buenas noches, Ted.

—Dulces sueños, Anna.

—Dulces sueños, Ted.

En el silencio posterior, se imaginó que Anna lo observaba, fascinada, con cara de asco; se imaginó que lo tocaba; se imaginó que, al otro lado de la línea telefónica, en la húmeda noche de Nueva Orleans, Anna, atormentada por el deseo, se estaba tocando pensando en él. La escuchó inspirar y exhalar mientras su mano se afanaba sin descanso bajo las sábanas. Se avergonzaba de sí mismo, desde luego, pero el calor de esa vergüenza se acumulaba en su entrepierna, lo que aumentaba el placer. Se corrió a lo bestia sin hacer más ruido que el que podría haber sido interpretado como una respiración soñolienta. Solo cuando se hubo calmado por completo, cuando su pulso y su respiración se hubieron ralentizado, se atrevió a susurrar:

—Anna, ¿estás dormida?

Imaginó a Anna tumbada despierta, con los ojos bien abiertos, con la mirada clavada en el techo, con el corazón rebosante de anhelo, pero solo había silencio.

—Te quiero, Anna —dijo con un susurro, y colgó el teléfono.

Y entonces llegaron las vacaciones de invierno y Anna iba a volver a casa de visita. ¿La vería Ted? Pues claro que la vería. ¡Eran prácticamente los mejores amigos! Hablaban todas las noches. Ella le había dicho: «Tú siempre has estado ahí para mí, siempre.» La vería, obviamente. La única pregunta era cuándo.

Y dónde.

Y cómo.

En el instituto hacer planes con Anna había sido un proceso tan delicado como un procedimiento quirúrgico y en ocasiones igual de brutal. Si le preguntaba directamente si quería quedar con él, ella siempre sonreía y decía: «¡Fijo! ¡Suena genial! Llámame mañana y lo vemos.» Solo una ligera opresión alrededor de la boca y la gravedad de su exhalación sugería una imposición por parte de él. Pero, inevitablemente, en el último momento aparecía algún conflicto, o si no, cuando trataba de precisar los detalles, ella simplemente no contestaba el teléfono. Si le echaba en cara sus despistes o incluso hacía referencia a los planes echados a perder, en lugar de pretender que de entrada nunca habían existido, ella se alejaba aún más y de una forma que le hacía sentirse avergonzado de sí mismo y desesperado por haberla presionado.

Por otra parte, lo había tenido felizmente informado de los planes que hacía con otra gente, le proporcionaba un flujo constante de información sobre excursiones que estaban a punto de celebrarse, detalles sobre fechas y fiestas que siempre estaban así de cerca de coincidir. Siempre y cuando escuchara, sin quejarse, la descripción interminable de actividades que supuestamente iban a ocurrir sin él, había como mínimo un treinta por ciento de posibilidades de que Anna cambiara de parecer en el último momento, afirmara ser incapaz de asumir la carga insoportable de cualesquiera que fueran sus planes sociales de turno y decidiera pasar el rato con él. Llegaba a su casa y se derrumbaba con exagerado alivio y decía: «Estoy tan contenta de que hagamos esto, no me apetecía nada ir a otra fiesta en casa de Maria.» Como si ambos estuvieran equitativamente a merced de las circunstancias; ajena a la dinámica de poder que regía su «amistad».

¡Pero seguro que entre ellos algo tenía que haber cambiado! Seguro que ahora no lo trataría como lo había hecho antes, no después de haber pronunciado en voz alta las palabras: *Tú siempre has estado ahí para mí, siempre, pero nunca lo valoré, siempre te di por hecho.* ¿Qué otra cosa

podrían ser esas palabras más que una confesión? ¿Y qué era una confesión si no una promesa o, como mínimo, una voluntad de cambio? Le encantaba la forma en que la voz se le había quedado pillada justo antes de ese segundo «siempre». *Tú siempre has estado ahí para mí, siempre*. Cuando se casaran, ella incluiría esta frase en sus votos de boda: *Tú siempre has estado ahí para mí, siempre. Tú siempre has estado ahí para mí, siempre. Tú siempre has estado ahí para mí, siempre.*

Eran las palabras más bonitas que había oído nunca.

La noche antes de que se subiera al avión para volver a Nueva Jersey, Ted trató, con la mayor delicadeza posible, de hacer que dijera lo que él quería oír:

—¡Estoy muy contento de verte!

—¡Yo también! ¡Fijo!

—¿Has hablado con alguien más de por aquí últimamente? ¿En plan amigos o alguien? Recuerdo que comentabas que a tus amigos de casa no se les daba bien mantener el contacto.

¿Eran imaginaciones tuyas o había habido una ligera vacilación antes de responder? Aún no le había confiado nada que tuviera que ver con Marco y el otro día, Shelly, la amiga odiosa de Rachel, sin venir a cuento había anunciado que había oído que Marco Hernandez había puesto una auténtica *orden de alejamiento* contra Anna que la obligaba a guardar una distancia mínima de ciento cincuenta metros en todo momento. Obviamente, no era más que uno de los típicos rumores idiotas en los que Shelly era especialista, pero aun así deseaba que Anna dijera algo y así quedarse tranquilo... —lo ideal habría sido que rompiera a llorar y dijera: *Tú siempre has estado ahí para mí, siempre*, y le suplicara que la perdonara por todos los años de abandono—, pero se habría conformado con que dejara entrever que estaba dispuesta a hacer un esfuerzo activo para que se vieran.

En cambio, la conversación dio un giro brusco e inquietante.

—De hecho —dijo Anna—, estuve hablando con Missy Johansson, ¿la conoces? ¡Y me dijo que estás saliendo con alguien! ¿Rachel Derwin-Finkel? Y yo le dije, superconvencida: ni de coña, no es posible. ¡Pero me insistió en que era verdad!

—Jajajajajajaja —dijo Ted. Y luego, cuando el silencio de Anna indicó

que cacarear como un loco no era una respuesta suficiente, añadió—: Hum... Sí. Hemos estado pasando el rato.

—¿Pasando el rato en plan *salir*?

—Quiero decir..., no lo sé. La verdad es que no le hemos puesto ninguna etiqueta. —(Sí estaba puesta)—. Es complicado. —(No lo era)—. Ya me conoces. —(No lo conocía)—. Pero... sí.

Ted, que al empezar la conversación había estado erecto, pero sin prisa, en aquel momento sintió ganas de vomitar. Había algo profundamente feo, casi violatorio, en que Anna le hablara de Rachel; era como si sus padres lo sorprendieran en pleno acto sexual.

—¡A lo mejor podemos juntarnos los tres y salir por ahí cuando llegue! Me gustaría volver a ver a Rachel. Ha pasado muchísimo tiempo.

—Hum..., claro. Si quieres.

—¿Sabías que nuestras madres eran amigas? Solíamos vernos para jugar, en plan: todo el tiempo. Ya no nos conocemos tan bien la una a la otra, porque tomamos direcciones distintas, me refiero a socialmente, en el instituto, pero la verdad es que Rachel es muy buena chica. Sobre todo me acuerdo de lo mucho que le gustaban los caballos cuando éramos pequeñas. Mi Pequeño Poni y esas cosas. ¿Te acuerdas?

Qué lista, Anna. Muy lista. Lo que realmente había pasado era que por todo el instituto se había extendido el rumor de que Rachel Derwin-Finkel se masturbaba con los juguetes de Mi Pequeño Poni. Era uno de esos rumores que nadie creía que fuesen verdad, o no del todo, pero que no obstante se transmitían con sumo entusiasmo. El propio Ted había discutido apasionadamente con los chicos de su mesa del comedor sobre si aquello era incluso posible (¿Se lo metía ahí dentro o...?) y, luego, cuando la controversia había amenazado con morir, él mismo la había resucitado voluntariamente, porque el escándalo de Rachel había desviado la atención del escándalo que previamente había convulsionado a todo el tercer curso, que era la cuestión de si el profesor de música le había pillado o no, a él, a Ted, cagando en el armario de los instrumentos durante el recital de primavera, ALGO QUE POR SUPUESTO NO HABÍA HECHO.

¿Qué podía saber Anna de que corriera un rumor como ese sobre ti, de la vergüenza abrumadora e impotente que se sentía? Deseaba poder creer que Anna estaba celosa, pero no lo creía. Simplemente estaba marcando su

territorio, como un perro que mea en un trozo de césped. ¿Acaso existía él en la mente de ella como una persona que vivía, respiraba y pensaba? Había dedicado mucho tiempo a tratar de entender lo que pensaba ella, pero ¿qué tipo de conciencia imaginaba Anna que habitaba detrás del rostro enmascarado de Ted?

Por primera vez, Ted imaginó que se follaba a Anna de la forma en la que (casi) se follaba a Rachel: con crueldad y sin preocuparse por su comodidad, reconociendo sin ambages que, por mucho que la quisiera, también la odiaba. En su fantasía, Anna estaba debajo de él y la tenía cogida del cuello y, oh, mierda, ahí estaba Rachel: estaban haciendo un trío. Rachel estaba desnuda, a cuatro patas, y Ted estaba agarrando a Anna del pelo y la obligaba...

Haciéndola...

Los dos estaban...

—¿Has oído lo que he dicho, Ted? —preguntó Anna.

—No..., perdona..., oye, yo, esto, ¡tengo que irme!

En el cuarto día que Anna pasaba en Nueva Jersey, Ted estaba en la habitación de Rachel vistiéndose después de otra ronda de algo que no había sido exactamente sexo cuando Rachel le preguntó qué quería hacer en Nochevieja.

—No sé —dijo Ted, poniéndose un calcetín—. Lo mismo me quedo en casa.

—No puedes hacer eso —dijo Rachel—. Ellen organiza una cosa y le dije que iríamos.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Hacer planes sin preguntarme antes. ¿No crees que deberías haber hablado conmigo para ver si quería hacer algo que no fuera ir obligado a una fiesta con un puñado de estudiantes de segundo a los que ni siquiera conozco? Tengo una vida aparte de ti, ¿sabes?

—Hum. Acabas de decir, literalmente, que no tenías planes para Fin de Año y que ibas a quedarte en casa.

—He dicho que lo mismo me quedo en casa.

—Vale. ¿Y qué más puede que hagas?

—No lo sé. Estaba pensando en pasarme por la fiesta que da Cynthia Krazewski en su casa.

—En casa de *Cynthia Krazewski*.

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Cynthia Krazewski te ha invitado, a ti, a una fiesta?

—¿Y qué?

—Ted, ¿me estás diciendo que Cynthia Krazewski te ha invitado a su fiesta de Fin de Año, y que tú *estás pensando en pasarte*?

—¿Te está dando un derrame o algo?

—Solo trato de entender los hechos. ¿Cynthia Krazewski te ha llamado por teléfono en plan: «Hola, Ted, soy yo, Cynthia, me gustaría que vinieras a mi fiesta»?

—No, evidentemente.

—Entonces, ¿quién te ha invitado?

—¿Qué? ¿De qué hablas? Me ha invitado Anna. ¿Qué más da? Ni siquiera he dicho que vaya a ir seguro, sino que me lo estaba pensando.

—Ah, ahora lo entiendo. Ya veo. Ahora está todo clarísimo.

—¿Qué vas a ver! Estaba hablando por teléfono con Anna y mencionó lo de la fiesta en casa de Cynthia y hablamos de ir. Ni siquiera hemos hecho planes concretos.

Eso no era lo que había pasado. Lo que había pasado era que la noche anterior Anna se había estado quejando con todo lujo de detalles de la dolorosa obligación que para ella suponía ir a la fiesta de Cynthia Krazewski, pese a que era lo último que quería hacer, y de ahí que Ted hubiera deducido que había grandes probabilidades de que si por casualidad estaba solo en casa en Fin de Año, recibiría una llamada de Anna en el último momento y los dos terminarían pasando la Nochevieja juntos, la mayor parte de la cual la dedicarían a ver *Saturday Night Live* en el sótano de Ted, pero a medianoche pondrían algún canal de televisión para ver la caída de la bola, él «descubriría» una botella de champán frío en la nevera y, después de brindar, se volvería hacia ella con una sonrisa irónica y divertida en la cara y diría: «Sé que es una tontería, pero ¡por qué no!», y entonces la besaría de una forma casi amistosa, en los labios pero con la boca cerrada, y luego haría una pausa al apartarse y esperaría, y ella esperaría, y entonces ella se lanzaría a por el

beso y se enrollarían de verdad, magreándose en el sofá y después en el suelo, y cuando él fuera a quitarle la camisa, se la subiría pero de tal modo que se le quedara enrollada en los brazos y los tuviera inmovilizados por encima de la cabeza, un truco que había aprendido recientemente con Rachel, y Anna, sorprendida, pondría morritos sexys y estaría jadeando debajo de él y follarían y él haría que se corriera con tanta fuerza que después estarían juntos para toda la vida.

Era un *plan infalible*.

Ah, un momento. No, no lo era. Era una fantasía sexual y él era un idiota.

Entonces, justo cuando se estaba reconociendo esto a sí mismo, Rachel — su novia, su espejo— empezó a bailar. No llevaba puesta más que la ropa interior y agitaba sus tetas diminutas ejecutando un baile espantoso para burlarse de Ted. Un baile que en un instante fusionó todo lo que odiaba de ella con todo lo que odiaba de sí mismo.

—¡*Hola, soy Ted!*— se mofó, meneándose—. ¡Miradme! Soy el compinche retrasado de Anna Travis. La sigo a todas partes confiando en que si hago todo lo que ella me dice, a todas horas, de alguna manera conseguiré gustarle. ¡*Miradme, miradme, miradmeeeeeeeee!*

¿Acaso podía llegar un momento en el que tu ego estuviera tan completamente aplastado que moría y ya no tenías que arrastrar tu propia carga? Debía de haber una palabra en alemán para este sentimiento, cuando las intrincadas contorsiones de tu propio pensamiento emergen a la superficie y se vuelven repentina y desagradablemente visibles. Como cuando pasas junto a un espejo en un centro comercial abarrotado y piensas: ¿Quién es ese tipo en esa postura tan horrible y por qué se encoge como si esperara que alguien le pegue? A mí me gustaría pegarle..., ah, un momento, soy yo.

—¿Y yo estoy invitada?— preguntó Rachel casi escupiendo—. ¿Puedo ir contigo a la fiesta de la gente guay?

Ted no contestó.

—Vamos, que no te ha invitado, ¿no? Simplemente te ha dicho que iba a ir y tú solo ibas a deambular a su alrededor como un gusarapo en plan: ¡Oh, Anna, te he echado tanto de menos desde que te fuiste a la universidad, ojalá pudiéramos huir juntos y ver veinte horas seguidas de *Saturday Night Live* mientras te preparo palomitas y respiro muy fuerte en tu oído.

—Sí— dijo Ted—. Más o menos ha sido así.

—Tengo una idea —dijo Rachel—. Vamos todos juntos a la fiesta de Cynthia Krazewski. ¡Eso es! ¿Por qué no? Voy a llamar a Anna. Te conté que nuestras madres son amigas, ¿verdad? Le voy a preguntar si podemos ir a casa de Cynthia. Seguro que dice que sí. Será divertido verla. Eso te gustaría, ¿verdad, Ted?

—No. No me gustaría.

Y eso fue exactamente lo que hicieron.

En la ciudad de Nueva York, en el año 2018, Ted estaba tumbado de espaldas en la camilla de un hospital, apretado en un pasillo en una abarrotada sala de urgencias. Como era incapaz de girar la cabeza, tenía los ojos clavados en una cegadora luz fluorescente. Se preguntaba si se estaría muriendo. Eso es ridículo, se dijo. Pues claro que no me estoy muriendo. Una mujer me ha tirado un vaso de agua; es una herida leve; es absurdo pensar que alguien pudiera morir por eso. Inmediatamente se imagina a Rachel diciendo con desprecio: «La gente se muere por lesiones en la cabeza *todos los días*, Ted.»

Ted pensaba: Probablemente no me estoy muriendo, pero estoy asustado y solo y esto no me gusta.

—¡Disculpen! —gritó, tenía la garganta seca y agrietada—. ¿Puede decirme alguien qué está pasando?

Nadie respondió a su súplica, pero al final unas criaturas oscuras y borrosas llegaron flotando hasta él. Le hicieron preguntas en un idioma que no tenía ningún sentido, le contestaron con un batiburrillo igual de ininteligible y lo premiaron con un hormigueo en el brazo seguido de algo que lo alivió y lo inundó de felicidad.

A medida que los fármacos fueron haciendo efecto, los recuerdos de Ted comenzaron a entrelazarse con una alucinación extraña pero al mismo tiempo perversamente encantadora. En esta alucinación, el vaso chato que Angela le había arrojado a la cabeza no había rebotado en su cráneo sino que se había hecho añicos. Un trozo de cristal se le había quedado alojado en la frente, y podía ver ese trozo de cristal en el centro de su campo de visión, alzándose como una torre, empalándolo, inmovilizándolo, refractando un círculo reluciente de arco iris en la luz. A través del cristal podía verse reflejado en todo su miserable esplendor.

Ahí estaba.

Ahí está.

Trenton, Nueva Jersey, el último día de 1998.

Ted y Rachel están de pie en el porche delantero de la casa de Cynthia Krazewski. Rachel va preparada para una batalla. Lleva un vestido negro apretado y unos lustrosos tacones altos, el pelo con espray recogido en un moño francés muy tirante. Ted llama al timbre y, después de lo que le parece un tiempo significativamente largo, Cynthia Krazewski abre la puerta.

—Hola —saluda Ted—. Soy Ted.

Rachel se sitúa entre ellos de un empujón.

—Nos ha invitado Anna.

—¿Quién? —pregunta Cynthia.

—Anna Travis —dice Rachel.

Cynthia se encoge de hombros como si nunca hubiera oído hablar de Anna Travis. Puede incluso que sea así.

—Qué más da —dice—. Hay cerveza en la nevera.

En la fiesta, Ted localiza a Anna de inmediato. Está en un rincón hablando con Ryan Creighton. Lleva un vestido de manga corta sobre unas mallas y se ha teñido el pelo de un tono rojizo que no le favorece. Comparada con Rachel, Anna parece un poco... ¿sosa? Ted está muy familiarizado con el aspecto que luce: cansada, abrumada y triste. Ted piensa: ¿Es posible que Rachel esté más buena que Anna? ¿O que estén igual de buenas? Su mundo se tambalea sobre sus cimientos, pero entonces Ted ve que Anna posa una mano en el bíceps de Ryan Creighton y se ríe, coqueteando, y una vez más siente como si acabara de recibir un tremendo patadón en el corazón.

Rachel ve a Ted, que mira a Anna, que mira a Ryan Creighton. Se pone tensa y aprieta la mano de Ted hasta que le hace daño.

Al darse cuenta de que está siendo observada, Anna toma a Ryan Creighton del brazo y lo conduce hasta donde están Rachel y Ted. Se dan un montón de abrazos superficiales y pronuncian algunos *Oh Dios mío cuánto tiempo*. Anna y Rachel se ríen de alguna pequeña costumbre bochornosa de Ted —¿Te has fijado alguna vez en cómo...? mientras que Ryan Creighton parece aburrirse soberanamente.

Ted piensa: Todos los que están en esta fiesta podrían morirse esta noche, incluido yo, y ni siquiera me importaría. Se pone pedísimo.

En algún momento de las festividades de la noche, suena el timbre y acto seguido se produce una ligera conmoción. Anna desaparece. Ted intenta ir tras ella, pero Rachel le agarra con fuerza la muñeca, casi con brutalidad. Hasta ellos llega el rumor de que Marco Hernandez ha estado brevemente en la fiesta, pero al enterarse de que Anna también estaba allí, se ha marchado. Se vuelve a hablar sobre la orden de alejamiento y sobre si es real o no y cómo podría funcionar.

Llega la medianoche.

Ted besa a Rachel con lengua y le aprieta el culo. Al hacerlo, descubre que es posible disfrutar con algo y que al mismo tiempo no te importe lo más mínimo. Le parece una sensación —sentir placer y simultáneamente sentirse desconectado del placer— bastante placentera. Se pregunta si por alguna especie de milagro se ha convertido al budismo o si ha sufrido un brote psicótico.

Cuando Ted por fin saca la lengua de la garganta de Rachel, ve que Anna los está mirando. Parece disgustada. Rachel ve que Anna los está mirando y vuelve a besar a Ted, triunfante. Ted, una vez más, se siente como un trozo de césped meado.

Anna desaparece, pero cuando Rachel va al baño, regresa.

—Ted, ¿puedo hablar contigo?

—Claro. ¿Qué ocurre?

—En privado.

Lo lleva fuera, al porche. Hace muchísimo frío y cae un poco de aguanieve, pero está tan borracho que no le importa. Anna enciende un cigarrillo. Exhala una espiral de humo gris y se rasca el muslo. Para Ted esto de que fume es nuevo.

—No te creo —le dice al fin—. No me puedo creer que hayas hecho eso.

—¿El qué?

—Enrollarte con tu novia de esa manera. Tocándola y todo eso. En mis narices.

—¿Eh? —dice Ted—. ¿Qué?

Anna se deja caer hacia delante.

—No lo sé... —dice—. Supongo que pensaba que... —Vuelve a empezar—. Supongo que llevamos semanas hablando sobre lo duro que esto iba a ser para mí y sobre lo mucho que me preocupaba cómo sería volver a ver a todo el mundo. Sabías que ni siquiera quería estar aquí, pero entonces decidiste venir con tu nueva novia y yo también tuve que hacerlo. Y luego va y se presenta Marco y ha sido como supertraumático y cuando quiero acudir a ti en busca de un poco de apoyo, resulta que estás en un rincón enrollándote con Rachel Derwin-Finkel. Es solo que... siento que nuestra relación ya no es la misma de siempre, que de alguna forma te he perdido. Te echo de menos, Ted.

Anna tiene lágrimas en los ojos. Ted nunca la ha visto tan abatida, y eso que a menudo se la ve muy triste.

—¿Por qué no dices nada? —pregunta Anna lloriqueando.

—Supongo que... —dice Ted—. No sé muy bien qué decir. —La abraza torpemente—. Estoy aquí para ti Anna. Ya lo sabes.

—Lo sé —dice ella. Apoya la cabeza en su hombro y, por un segundo, todo es como en aquella otra noche estupenda, la noche de la hoguera, el breve levantamiento del yugo, la liberación del círculo: Marco haciendo daño a Anna, Anna haciendo daño a Ted, Ted haciendo daño a Rachel, las interminables rondas de dolor y celos.

Anna, llorando, reconoce:

—Estoy muy cansada de perseguir a todos esos tíos de mierda. Quiero estar con alguien en quien pueda confiar. Quiero estar con alguien que sea bueno.

Y entonces, Anna, la luminosa Anna, la bella Anna; Anna con sus hoyuelos y su piel tersa y la nariz llena de pecas y su pelo precioso; Anna, cuyo aroma le fascina; Anna, que lo ha dejado inservible para todas las demás mujeres; Anna, por la que estaría dispuesto a morir; Anna, la chica más perfecta del mundo...

Anna lo besa.

Yo seré bueno para ti, Anna, piensa Ted, abrazándola. Yo seré bueno para ti durante el resto de mi vida.

Solo dame un minutito para romper primero con Rachel.

Anna se queda esperando en el porche mientras Ted vuelve a la fiesta para decirle a Rachel que se marcha.

—Es Anna —dice—. Ella... nosotros...

No necesita terminar la frase. No tiene que hacerlo. La mirada que le lanza Rachel penetra en lo más profundo de su alma desgarrada.

Por supuesto, hay gritos.

Hay llantos.

Hay lanzamiento de cerveza. (Solo el líquido, no el vaso.)

Pero luego, cuando todo termina, Ted se va de la fiesta con Anna. Sale con Anna Travis de una fiesta a la que había llegado con Rachel Derwin-Finkel, y si de verdad existe un cielo, ese es el sentimiento en el que se le permitirá vivir por toda la eternidad; el momento más importante y triunfal de toda su vida.

Veinte años después, en la camilla del hospital, tiene que admitir que a partir de ese momento todo fue cuesta abajo.

Ted pierde la virginidad con Anna Travis el 13 de marzo de 1999, en la litera de arriba de la residencia universitaria de Anna, después de tres meses y medio saliendo a distancia. Para sorpresa de ambos, a Ted le cuesta mantener la erección. Y el motivo de que le pase esto, aunque es algo que jamás confesaría, es la forma en que lo mira Anna. Parece tan obediente... Parece como si estuviera tomando medicinas o comiendo verdura. Parece como si estuviera pensando: *Chaval, mi vida apesta tanto que, ya puestos, por qué no acostarme con Ted.*

No, eso no es justo. Anna se acuesta con él porque lo quiere. Desde que empezaron a salir le ha dicho que lo quiere muchísimas veces. Se acuesta con él porque lo quiere y porque él la quiere a ella y el sexo es una parte normal de este intercambio equitativo. Lo quiere porque es «bueno». Pero con «bueno» lo que quiere decir es «seguro». Y con «seguro» lo que quiere decir es «Me quieres tanto que nunca me harás daño, ¿verdad?».

Anna quiere a Ted, pero no lo desea de un modo que la haga sufrir; no lo desea desesperadamente, a su pesar. Y resulta que así es como Ted siempre ha deseado que lo deseen: como él siempre ha deseado a las mujeres. Como Anna deseaba a Marco y él deseaba a Anna y Rachel (o eso parece, visto en retrospectiva) lo deseaba a él.

A falta de este deseo doloroso, Ted tiene dificultades para que se le ponga dura. Al principio intenta hacer frente al problema de su erección evanescente gritándose: ¡TED, ESTÁS FOLLANDO CON ANNA TRAVIS! Pero no funciona. Lo que finalmente hace que se le levante la polla es pensar en Rachel, en lo celosa y cabreada que estaría si supiera que se está follando a Anna Travis. Mírame ahora, Rachel, piensa triunfalmente mientras se corre.

Maldita zorra, maldita zorra estúpida.

Ted sale con Anna, a distancia, durante un año y medio. El primer año se esfuerza con determinación en hacer que funcione, pero los últimos seis meses la engaña: primero con una chica en el suelo de su habitación en la universidad y después con la chica que con el tiempo se convertiría en la siguiente de una serie de novias. Y entre una y otra también la engaña con Rachel Derwin-Finkel cuando ambos vuelven a casa durante las vacaciones de Semana Santa. Siempre que Ted folla con Rachel, la Anna imaginaria revolotea a su alrededor agitando sus alas de ángel en su cara: *Soy tan guapa y tan perfecta, suspira. ¿Cómo es posible que prefieras echar un polvo espeluznante y raro con Rachel Derwin-Finkel? ¿Es esa la clase de persona que realmente eres?*

Lo cierto es que el sexo con Rachel Derwin-Finkel es un alivio. Con ella no tiene que fingir. Ella sabe exactamente quién es él.

A medida que se va haciendo mayor, va refinando la técnica que sin ser consciente empleó por primera vez con Anna; su truco secreto de seducción. Esto es lo que hay que hacer: arrastra tu corazón como si fuera un cebo delante de ellas. Pretende que eres una presa fácil mientras te mantienes en todo momento ligeramente fuera del alcance. Oh, mira, soy yo, estoy aquí, solo soy Ted, el empollón. Tú eres mucho más guapa que yo, mucho más guay que yo, eres lo más y la más lista y la mejor. Contigo, por ti, yo sería el mejor novio que jamás haya existido.

Ted el patético, Ted el empollón bajito, Ted el donjuán, Ted el que usa mil garfios diminutos para aferrarse al ego de una mujer, como una planta espinosa aferrada al dobladillo del pantalón. Lo único que tiene que hacer es sonreír y soltar unos cuantos comentarios críticos consigo mismo y las mujeres empiezan a decirse a sí mismas es tan «majo», tan «listo», tan «gracioso». Se

convencen a sí mismas de conformarse con él, de salir una vez con él. Se sienten orgullosas por darle una oportunidad.

Cuanto más mayor se hace, más se revalorizan sus acciones. Cada vez son más las mujeres que quieren dejar atrás la interminable persecución de los Marcos; anhelan caer en los brazos de sus Teds.

Ted oye a otros hombres felicitarse por esta nueva inversión del poder, por el hecho de que ahora, con treinta y pico años, ligar les resulte mucho más fácil. Tal vez haya hombres que acepten felices y de todo corazón este chollo, que puedan mirar a los ojos de sus Annas sin importarles la verdad que se esconde tras ellos..., pero ese no es el caso de Ted. Lo que Ted veía en los ojos de Anna, también lo ve en los de Sarena y Melissa y Danielle y Beth y Ayelet y Margaret y Flora y Jennifer y Jacquelyn y Maria y Tana y Liana y Angela: ese cansancio, esa voluntad de rendirse. Ve lo petulantes que se sienten al conformarse con el «buen tío», lo que quiere decir: un tío para el que secretamente piensan que son demasiado buenas. Ve que piensan que están a salvo.

Obtiene placer follándose a estas mujeres, una especie de placer entrelazado con el desprecio, tanto hacia ellas como hacia sí mismo. Se venga en sus fantasías, que cada vez se van haciendo más elaboradas, hasta que al final incluyen cuchillos y pura desesperación. Es como ese juego al que juegan los niños: *¿Por qué te pegas? ¡Deja de pegarte!* Solo que en este caso es: *¡Deja de empalarte en mi polla!*

Todas las mujeres con las que sale terminan volviéndose en su contra, por supuesto. Cuanto más sienten que han cedido para estar con él, mayor es la pasión con la que se lanzan a perseguirlo cuando inicia la retirada. Se convierte en un instrumento de castigo puro y duro: *¿Qué hay de malo en mí que ni siquiera este puto perdedor me da lo que quiero? Identifican toda clase de problemas que necesita arreglar: no está «en contacto con sus emociones» o tiene «miedo al compromiso», pero nunca cuestionan la premisa básica: en algún lugar, en lo más profundo, en el fondo, él quiere estar con ellas. Pues claro que sientes algo por mí, podría haber dicho Angela justo antes de tirarle el vaso. ¡Admítelo ya, maldita sea!*

Yo soy *yo*.

Y tú eres *Ted*.

En 2018, Ted es amigo de Facebook de Anna y de Rachel, aunque lleva

años sin ver a ninguna de las dos. Rachel está casada, es pediatra y madre de cuatro hijos; Anna vive en Seattle y es madre soltera. Ahora parece que las cosas le van bien, pero durante un tiempo atravesó una racha difícil. Ted sospecha que podría estar en algún tipo de programa de recuperación. En sus redes sociales publica citas inspiradoras que no considera que estén a su altura: *No puedo cambiar la dirección del viento, pero sí ajustar mis velas para llegar siempre a mi destino. Es en los momentos oscuros en los que debemos enfocarnos para ver la luz.*

Piensa en Anna, en ese momento, tumbado en la camilla. Es más, la ve. Viene hacia él a través del arco iris, acompañada por un coro de voces, de un batir de alas.

¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? ¿De qué año? Anna está aquí, pero no está sola. Está con todas las mujeres que componen el tribunal. Están ahí, a los pies de la cama, susurrando cosas sobre él, observándolo desde muy cerca, juzgándolo como siempre han hecho. Se pelean, no se ponen de acuerdo sobre algún tema y él siente que en realidad no es más que un malentendido, alguna confusión de base. Podría aclararlo, si no fuera porque tiene un pedazo gigante de vidrio incrustado en la frente, si tan solo la sangre dejara de acumularse en la boca.

No pretendía hacer daño a nadie, trata de decirles a todas. Solo quería que me vieran y me amaran por mí mismo. El problema es que todo fue un malentendido. Pretendía ser buena persona, y luego no pude parar.

No, *esperad*. Dejad que empiece otra vez. No es así.

Lo único que siempre he querido es que me amen. Bueno, que me adoren. Que me deseen, loca y dolorosamente, excluyendo todo lo demás. ¿Tan malo es?

No, *esperad*. Esto no es en absoluto lo que quería decir.

Escuchad, escuchad. Puedo explicarlo. Hay un Ted malo debajo del Ted bueno, sí, pero luego, debajo de ese, hay un Ted que de verdad es bueno. Pero nadie lo ha visto nunca. Nadie lo ha visto en toda su vida. En lo más profundo no soy más que un chaval que solo aspiraba a que lo quisieran y no sabía cómo conseguirlo, por mucho que lo intentara una y otra vez.

Eh, parad. Bajadme. Estoy tratando de deciros algo. ¿Podrías dejar de hablar y escucharme, por favor? La luz de ahí arriba me molesta en los ojos. ¿No puede alguien encender el aire acondicionado? Me resultaría mucho más

fácil explicarme si no hiciera este maldito calor. ¿Esas llamaradas me están lamiendo los pies?

Estoy tratando de decir algo importante. ¿Dónde me lleváis?

Escuchadme, ¿queréis...?

Soy un buen tío, os lo juro por el puto Dios.

EL CHICO DE LA PISCINA

—Vamos a verla otra vez —dice Taylor.

Está sentada tan cerca del televisor que Kath puede ver el brillo en tonos pastel reflejado en sus pómulos a medida que van apareciendo los títulos de crédito.

—Pensaba que íbamos a jugar a «ligero como una pluma» —se queja Lizzie, pero Taylor ya está gateando hacia el aparato de vídeo.

Kath sospecha que a Lizzie le ha gustado la película tanto como a Taylor, pero que le da vergüenza admitirlo.

En cambio, a Taylor no le da vergüenza nada.

—¿Cuál es vuestra parte favorita, chicas?

—Hum, ¿toda? —dice Lizzie.

Para hacer tiempo, Kath saca un puñado de granos del cuenco de palomitas casi vacío y les chupa la sal.

—A mí me ha gustado... —empieza a decir. En un momento determinado de la película, Taylor había apretado las rodillas y se había mecido suavemente con un rubor que le subía hasta el cuello. Kath se había quedado mirándola, cautivada—. Me ha gustado la parte en que la mujer hunde al chico debajo del agua y luego él sale para tomar aire...

Se hace un silencio desconcertante y Lizzie la mira sin saber de qué está hablando, pero entonces Taylor suelta una risita y Kath sabe que ha acertado.

—¡Oh, Dios mío, sí! ¡Cómo la mira! ¿Os imagináis que alguien os mirara así? Alguien como Eric Harrington o... —Taylor se gira bruscamente hacia Lizzie—. O como el señor Curtis, Lizzie, imagínate que el señor Curtis te mirara así.

—¡Cállate! —dice Lizzie, lanzándole una almohada.

Taylor, riéndose, la devuelve con las manos, como si tuviera un bate, y se deja caer sobre Kath, apoyando la cabeza inesperadamente en su regazo.

—¡Eh! ¡Esta es la parte buena! —dice, señalando el televisor, donde un chico adolescente atraviesa la pantalla nadando a mariposa marcha atrás—. Vamos a ponerla desde aquí.

Kath es la que está más cerca de la tele, pero si cambia de posición, Taylor también tendrá que moverse, así que espera para ver si Lizzie se levanta a poner la película en marcha. Eso hace.

En la pantalla, un chico nada en ropa interior ante la atenta mirada de una mujer cuyos labios tienen el mismo tono de rojo que sus uñas largas y afiladas. Taylor deja escapar un suspiro de satisfacción y se acomoda encima de Kath. La mujer emerge de las sombras y deja colgado el dedo gordo del pie en la parte honda de la piscina, a modo de cebo. Kath no tiene muy claro qué hacer con las manos. El chico llega nadando hasta la mujer y dice algo que Kath no consigue entender porque tienen el volumen muy bajo para que la madre de Taylor no las pille viendo esa película. La mujer empieza a jugar con el chico, le provoca, deja que se le acerque para luego volver a apartarlo. Kath decide apoyar una mano en el suelo y la otra en la pierna. El chico agarra el pie de la mujer, se lo lleva al pecho y a continuación besa cada uno de sus dedos. Lleva las uñas pintadas.

—Esto es ridículo —resopla Lizzie—. ¿Quién va a querer besar los pies asquerosos de nadie?

La mujer descansa el pie sobre el hombro desnudo del chico y lo hunde bajo el agua. Kath empieza a acariciar suavemente el pelo de Taylor. El chico vuelve a salir a la superficie, casi sin aire, y la mujer vuelve a hundirlo. El chico se pone a dar patadas y golpes y agarra las pantorrillas de la mujer con las manos. Es una mezcla entre River Phoenix y Leonardo DiCaprio: esa mirada tierna y lastimera. Kath recorre la sien de Taylor con las yemas de los dedos y consigue que se le ponga la piel de gallina. La mujer libera al chico, que por fin sale del agua; tiene gotitas de agua pegadas a las pestañas y en su espesa melena oscura. Abre los ojos y mira a la mujer de esa manera que Kath sabe que a Taylor le encanta, como si dijera: *Dejaría que me hicieras cualquier cosa*. El cuerpo de Taylor se tensa y se estremece de placer, lo que a su vez hace que un escalofrío recorra la columna de Kath. La mujer ríe, besa al chico y luego se desliza sobre sus hombros. El chico entierra la cabeza

entre sus muslos.

Esa noche, mientras juegan a «ligero como una pluma, rígido como una tabla», Kath y Lizzie levantan a Taylor muy por encima de sus cabezas y durante medio segundo milagroso se queda allí flotando, ingrávida, antes de caer. Juegan a predecir el futuro y descubren los nombres de sus futuros maridos, y cuando Lizzie se queda dormida, Kath y Taylor intentan que se mee encima metiéndole la mano en una taza llena de agua caliente, pero no funciona.

Durante las semanas siguientes, la película se convierte en un elemento básico en sus fiestas de pijamas, pero cuando la madre de Taylor encuentra la cinta y la confisca, cambian a *Candyman*. La obsesión de Taylor con la película dura aproximadamente un mes, pero, de repente y sin preaviso, empieza a juntarse con Greta Jorgensen, a quien Kath y Lizzie no soportan. Pasan varias semanas peleadas y cuando vuelven a ser amigas las fiestas de pijamas les parecen algo muy lejano.

Aun así, cuando en décimo curso Taylor trata de explicar a Kath por qué sale con Jason McAuliffe, lo que le dice es: «Me gusta cómo me mira», y Kath recuerda al chico de la piscina. Kath llega a la conclusión de que el chico de la piscina es un chico que te besaría los pies y estaría agradecido por ello, un chico que sufre, un chico que sufriría por ti. Utiliza este concepto para explicarse a sí misma por qué Taylor pasa la mayor parte del instituto saliendo con una sucesión de matados y alcohólicos depresivos; por qué se convierte en una práctica habitual que en las fiestas gente que no conoce de nada le pregunte qué puede ver su mejor amiga, una chica guapa, popular y con un alto rendimiento académico, en él, siendo «él» cualquiera entre una decena de chicos infelices e inútiles.

En el último año de instituto, Kath sale del armario sin mayor percance y se enamora tan profundamente de su primera novia en la vida real que no le cuesta olvidarse de todo el tiempo que ha pasado soñando con Taylor. Aunque, para ser exactos, no es tanto olvidar como recordarlo como algo un poco falso, una simple pero muy intensa amistad adolescente; y, de alguna manera, eso es precisamente lo que fue. Todo lo que le queda de aquel enamoramiento es el hábito de observar a Taylor muy de cerca, esforzándose en interpretar todo lo que hace y dice, pendiente de todas sus señales.

Una noche, cuando las dos están muy borrachas, a Taylor le da por ponerse

morbosa y quejica a causa de su enésima ruptura y Kath le dice:

—Eres un desastre. No me puedo creer que estuviera tanto tiempo enamorada de ti.

Taylor se queda tan sorprendida que hasta se olvida de su ataque de llanto.

—¿Estabas *enamorada* de mí?

—Da igual. Olvida que te lo he dicho —responde enojada Kath, y ninguna vuelve a mencionarlo una vez que se les pasa la borrachera.

Las tres amigas se desperdigán por todo el país para ir a la universidad. Taylor conoce a un chico nuevo, Gabriel, durante el fin de semana de bienvenida, y en el transcurso de los siguientes cuatro años Kath y ella se distancian. La relación con Gabriel, de la que Kath oye hablar sobre todo a través de Lizzie, es por lo visto cien por cien absorbente, una sucesión interminable de peleas y tristes propósitos: se clavan las uñas, se arañan mutuamente, y luego se curan las heridas el uno al otro. Por primera vez en su vida, la capacidad pasional de Taylor amenaza con hacerla descarrilar. Gabriel y ella rompen en el último curso y él huye a California. Ella lo sigue y deja a un lado la universidad cuando él accede a reconciliarse. Lizzie va a visitarla y descubre que las cosas no le van muy bien: ha perdido nueve kilos y, a pesar de que tal vez en Los Ángeles eso sea algo normal, también se dedica a beber un vodka con tónica tras otro, tiene unas ojeras muy pronunciadas y un anillo de moratones le rodea la parte superior del brazo.

—¿Crees que deberíamos hablar con ella? —le pregunta a Kath.

Pero Kath se niega a involucrarse.

—Ella quiere lo que quiere.

¿No es eso lo que todos queremos?

Una década más tarde, Kath y Lizzie viven en Brooklyn. Lizzie trabaja en una organización educativa sin ánimo de lucro; Kath es abogada especializada en derecho contractual. Kath sale con hombres y con mujeres, mientras que Lizzie se toma su mala fortuna en el amor con ironía y autocrítica. Taylor aún vive en California. La relación con Gabriel por fin terminó, pero antes de que lo hiciera hubo infidelidades, intentos de suicidio, intervención de la policía. Lizzie conoce más detalles que Kath. De vez en cuando, las tres hablan por Skype y en estas llamadas Kath y Taylor son las que más hablan, en arrebatos

breves pero intensos, como si nada hubiera cambiado; pero siempre es Lizzie la que organiza e instiga estas llamadas, y cuando Lizzie está demasiado ocupada para facilitarlos, Kath y Taylor pueden estar varios meses sin cruzar una sola palabra.

A Taylor las cosas parecen irle mucho mejor desde que no está con Gabriel. Ha cambiado de trabajo, ha encontrado un nuevo terapeuta, ha terminado la carrera. Y además, asegura Lizzie, ha empezado a salir con alguien, un productor o algo así, un tipo llamado Ryan que, al parecer, le sienta fenomenal.

—¡Eso es fantástico! —grita Lizzie una noche por Skype cuando Taylor anuncia que Ryan y ella se han prometido—. ¡Es la mejor noticia del mundo!

En el sofá, a su lado, Kath experimenta un momento de confusa dislocación, como si su alma se hubiera reubicado de pronto en su cuerpo desde muy lejos. ¿Ryan?, piensa. ¿Quién cojones es Ryan?..., antes de volver en sí y felicitarla haciendo todo lo posible por imitar el tono eufórico de Lizzie.

—Quiero que las dos vengáis a la boda, por supuesto —dice Taylor.

Kath asiente y Lizzie dice:

—¡No nos la perderíamos por nada del mundo!

Sin embargo, a medida que la conversación avanza hacia otros temas como dónde organizar el banquete, zapatos y vestidos, Kath detecta una ligera incomodidad, como si Taylor les quisiera decir algo pero no se atreviese. El motivo de esta incomodidad se hace evidente a la mañana siguiente, cuando Kath y Lizzie están tomando un *brunch* y Kath recibe un mensaje en el móvil. La cara de Kath adopta un gesto tan dramático que Lizzie se queda petrificada, con un tenedor lleno de huevos Benedict suspendido en el aire, entre el plato y la boca.

—¿Qué pasa?

Kath gira el móvil para enseñarle el mensaje. Lizzie enarca tanto las cejas que se le juntan.

—Oh.

—¿Lo dice en serio? —pregunta Kath como si exigiera una respuesta—. Ni siquiera *conozco* a este tío. ¿Qué pasa? ¿Que no tiene amigos en Los Ángeles?

—¡Hala la otra! ¿A qué viene eso? Qué desagradable eres.

—Eres tú la que ha estado ahí para ella todo este tiempo. Si tenía que pedirle a alguna de las dos que fuera su dama de honor, te lo debería haber pedido a ti.

—Bueno, pero no lo ha hecho. Así que nada.

—Pues yo no quiero hacerlo.

—Tienes que hacerlo —dice Lizzie, pero se equivoca.

Esa noche, Kath se bebe tres cervezas, una detrás de otra, y llama por teléfono a Taylor.

—Ey... —Y se pone a recitar un monólogo largo e inconexo, sensiblero y egoísta—. Siempre he tenido sentimientos complicados acerca de las bodas... Es que en realidad no van conmigo... Ahora mismo estoy un poco justa de dinero... Junio es el mes de más trabajo para mí... Sé que no se le nota, pero no sabes lo dolida que se quedaría Lizzie...

Taylor la escucha haciendo de tripas corazón y solo la interrumpe para intercalar «síes» y «claros» de vez en cuando. Al cabo de veinte minutos han acordado que Lizzie sea la dama de honor y Kath la «dama honoraria», aunque sus responsabilidades exactas están aún por confirmar.

—El complejo nupcial-industrial es intrínsecamente capitalista y antifeminista y no lo apoyo —le cuenta Kath a Lizzie la siguiente vez que quedan a tomar algo.

—Explicación alternativa: eres una zorra sin corazón.

—Ya leeré un poema o algo —dice Kath.

Pero no consigue irse de rositas tan fácilmente. Varios días después, Lizzie le informa de que es la encargada de planificar la despedida de soltera.

—¿Estamos hablando de tiaras y pajitas con forma de polla?

—No —dice Lizzie—. Nada de tiaras ni pajitas con forma de polla. Hazme un favor y sácate la cabeza del culo aunque solo sea dos segundos e intenta pensar en algo que le pueda gustar.

Así que Kath lo intenta. Se lo curra tanto que termina sorprendiéndose a sí misma. Envía un correo electrónico a las demás invitadas a la boda para saber si alguna es vegetariana, religiosa o está embarazada, y después abre un documento en una hoja de cálculo para coordinar las preferencias y disponibilidad de todas ellas. Reduce las posibilidades a tres opciones concretas y pone en marcha una encuesta. Tras analizar los resultados, llama a

Lizzie y le anuncia que pasarán el fin de semana de la despedida de soltera en una cabaña en la Sierra Nevada californiana.

—¡Buen trabajo! —exclama Lizzie al entrar en la página web de la cabaña: chimenea inmensa, bañera de hidromasaje de lujo, vistas preciosas.

Kath está orgullosa de lo que ha conseguido. Tiene con Taylor un par de buenas conversaciones, las dos solas. Aprende más cosas sobre Ryan: de dónde viene (Colorado), cómo se conocieron (eHarmony) y qué es lo que más le gusta a Taylor de él (su estabilidad, su honestidad, su preocupación por el medio ambiente, la relación, estrecha pero no demasiado, que tiene con su madre). Tal vez este sea el inicio de un prometedor segundo acto en su amistad, uno que incluya la reducción de la distancia y, sobre todo, permita sanar las viejas heridas.

Pero entonces llega el desastre. Lizzie está bebiendo vino en el sofá de Kath con las rodillas dobladas hacia arriba.

—Pasa una cosa. A Taylor le da vergüenza decírtelo, pero quiere que cambies el plan para su despedida de soltera.

—¿Qué? ¿No le gusta la cabaña?

—No, es decir, ya no. Sí que le gusta, pero supongo que lo que ha pasado es que Ryan ha decidido ir a Las Vegas con sus amigos y todo van a ser apuestas, lagunas mentales, alcohol y *strippers* y Taylor cree que un fin de semana de chicas en la montaña no es comparable.

—¿*Strippers*? Pensaba que Ryan era una especie de don Responsable.

—Y lo es. No le pega nada. Creo que por eso le molesta tanto.

Kath siente un escalofrío.

—¿Y ahora qué?

—Simplemente quiere algo un poco más... salvaje. Como se supone que son las despedidas de soltero para los chicos. Una última oportunidad para vivir emociones antes de sentar la cabeza.

—Si cree que casarse con este tío es como poner punto y final a todas las emociones, quizá no debería casarse —dice Kath.

—No te pongas dramática. ¿Puedes organizar algo o no?

—No se me ocurre nada que pueda gustarle.

—Por lo menos inténtalo, ¿vale? Lo necesita. Sé buena amiga.

Kath lo intenta y se le ocurren cientos de ideas, pero ninguna la satisface.

¿Cuál es el equivalente para tías del tío que se pira con todos sus amigos a Las Vegas? ¿Una panda de mujeres gritonas y borrachas embutiendo billetes de un dólar en la banana peluda de un cachas embadurnado en aceite? Eso no es salvaje, sexy ni transgresor, es un chiste. ¿Un tío disfrazado de agente de policía que llama a la puerta y luego se arranca los pantalones? Si lo piensa mucho se enfurece: Taylor, la fogosa Taylor, la que *desea* con más pasión que cualquier otra persona que Kath haya conocido, se merece algo más que esas insultantes parodias de la lujuria. Pero ¿qué quiere Taylor?

Oye, Liz, ¿hay alguna posibilidad de ser flexibles con el presupuesto para lo de Taylor?

Ni idea, puede. ¿Por?

Si pongo unos cuantos dólares extra para darle una sorpresa, ¿podrías hacer tú lo mismo?

Claro, supongo. ¿En qué estás pensando?

Ahhhhh, todavía no te lo quiero decir. Es una opción muy remota. Si lo consigo, lo sabrás.

He aquí la primera dificultad: ni siquiera se acuerda del título de la película. Taylor la había grabado por error de la televisión por cable cuando quería grabar otra cosa. Pero había programado mal el temporizador y así es como habían terminado viendo esa película barata de terror erótico de la que ninguna de ellas había oído hablar jamás; incluso con solo doce años supieron inmediatamente que era una película malísima y se habrían avergonzado de verla si el chico que la protagonizaba no hubiera vuelto loca a Taylor.

El chico. ¿Sabía cómo se llamaba? Tiene la impresión de que en algún momento lo supo. Cree que el nombre tenía una sola sílaba. Chad o Nick o Brad. Y tal vez tuviera dos nombres y un apellido, como hacían muchos actores de aquella época: Chad Michael Nickerson. Nick Bradley Chaderson. Brad Chad Daderson.

No. Se le ha escapado.

Vale. Entonces, ¿qué era lo que pasaba en la película? Bueno, había una escena de sexo. En una piscina. Entre el chico adolescente, Chad Brad Comosellame, y una mujer más mayor, que después resultaba que era una especie de vampiro; es capaz de recordar esa escena casi fotograma a fotograma. Sin embargo, como era de esperar, introducir en Google *película*

escena sexo mujer vampiro no le lleva a ningún lado. Tampoco consigue nada al añadir *años noventa* o *Cinemax*. O *sexo oral*. ¿Qué más? Se esfuerza en recordar. ¿No había algo sobre... un sepulturero? ¿Una resurrección? Tiene la imagen del chico y de la mujer tumbados juntos en un ataúd, el chico acurrucado en el pecho de la mujer. Había algo sobre un cuchillo, eso es, un cuchillo que debía esconderse. ¿O eso era en otra película? Por mucho que pueda parecer una misión imposible, sabe que no lo es. Ya no se pierde nada. Solo se necesita un detalle. Algo que se pueda buscar. Una sola cosa.

Son las tres de la mañana cuando le viene a la cabeza otra escena. La mujer, otro hombre y el chico. Para entonces los tres ya son vampiros y están tumbados juntos en la cama, bebiéndose la sangre unos de otros. ¿Qué cojones era esa película? ¿Qué hacían con doce años riéndose a carcajadas y comiendo palomitas y viendo pornoterror? Pero el hombre, que puede que fuera el marido de la mujer o el maestro o el creador de vampiros..., le hacía al chico una... cicatriz, ¿o era un tatuaje? Se acuerda de que el chico estaba de espaldas y el hombre y la mujer se inclinaban sobre él y escribían algo en su cuerpo que decía... decía..., no puede acordarse.

Pero *casi* puede acordarse, porque a la semana siguiente, en clase, Taylor lo escribió en un cuaderno. Había un corazón, un cuchillo del que goteaba sangre y una cita, y la cita decía algo sobre el amor. Kath se acuerda porque luego Taylor se olvidó el cuaderno en su casa y nunca se lo devolvió. Leyó aquella cita decenas de veces, trazando con el dedo las ensoñaciones de Taylor.

El amor es...

El amor es...

Su memoria es como un disco rayado, que salta continuamente al llegar al arañazo.

El amor es, el amor es.

Rebobina, lo vuelve a intentar...

El amor...

El amor...

El amor engaña...

El amor engendra...

Y se lanza al abismo.

El amor engendra monstruos.

Eso es.

Es suficiente.

De IMDb:

Jared Nicholas Thompson es actor, escritor y productor, más conocido por su primer papel de «El chico de la piscina» sin nombre en Pecados sangrientos (1991), una película de terror comercializada directamente en vídeo que se convirtió en un clásico de la televisión por cable de madrugada a principios de la década de 1990. También ha aparecido en las películas Sálvame (1994), Forzar los límites (1995) y Exposición fatal (2000), así como en el telefilme La promesa de una hermana (1993). Tras diez años alejado del mundo de la interpretación, durante los cuales ha trabajado como carpintero, bailarín profesional y cuidador de niños, Jared regresó a la industria para ponerse detrás de las cámaras como guionista y productor. Su trabajo más reciente es la serie web ZonaDePapá (en fase de producción), creada con la participación de su viejo amigo y colaborador Doug McIntyre. Thompson actualmente vive en Los Ángeles con su mujer y su hijo de seis años.

El chico de la piscina es ahora un hombre que ronda los cuarenta, con incipientes patas de gallo. Tiene una cuenta en Twitter y un canal de YouTube, así como un grupo minúsculo pero ferviente de admiradoras que mantienen activa su página de Facebook y que se dirigen a él por su nombre de pila como si lo conocieran de toda la vida. La mayoría de estas mujeres en realidad son fans de su papel como «El chico de la piscina», aunque fingen estar interesadas en sus proyectos más recientes. Es evidente que con esto lo que intentan es llamar su atención más que las demás: *Superemocionada por #ZonaDePapá, la nueva serie de @jnthompsn... gran admiradora desde #chicodelapiscina.* Jared retuitea fielmente todas las menciones a #ZonaDePapá e ignora las referencias más lascivas a su primer trabajo (he localizado a mi antiguo amor de #skinemax @jnthompsn... Dios mío sigue estando superbuenoooo), y Kath esboza un primer mensaje teniendo en cuenta todo esto.

Las oportunidades para un actor que alcanzó la cima de su fama interpretando a un personaje que no tiene nombre en una película de terror

erótico deben de ser limitadas: Kath le escribe a las siete de la tarde, él le responde poco después de la medianoche y al cabo de dos días conciertan una cita para hablar por Skype. Su cara aparece en la pantalla del ordenador, más nítida que su recuerdo, un alegre emisario de tiempos pasados.

Jared tiene una voz suave, un poco ronca, y su risa es inesperadamente aguda y aflautada. A pesar de que han pasado veinte años, su aspecto sigue siendo inquietantemente parecido: la misma piel pálida, el pelo oscuro y los ojos grandes e inseguros. Durante los primeros minutos, Kath esquivo los motivos específicos que la han llevado a ponerse en contacto con él, para tantearlo. Es posible que la expresividad de su rostro sea su mayor activo como actor, pero como negociador lo traiciona por completo: languidece cuando Kath le insinúa que quizá no es exactamente lo que estaba buscando; cuando lo elogia, se hincha y endereza como una planta recién regada.

Le explica en qué consiste aquella oportunidad evitando entrar en detalles y poniendo énfasis en lo mucho que le va a pagar: quinientos dólares por dos horas, más un extra de otros quinientos si todo sale bien. Duda antes de aceptar y Kath se pregunta si Jared intuye de qué va realmente la cosa. Está segura de que si hubiera dicho que se trataba de una despedida de soltera, habría rechazado la oferta: es evidente que sufre porque quiere que lo tomen en serio, que vive atormentado por lo que ella imagina como la pérdida del orgullo de un ingenuo envejecido. Pero, en cualquier caso, ¿cuál es la definición de despedida de soltera? Son un grupo de mujeres interesadas en conocerlo, nada más. Una charla educada. Un poco de coqueteo inofensivo. Ver si consiguen convencerlo para que se quite la camisa. Tal vez tratar de persuadirlo para que se meta en la piscina.

Una vez asegurada la presencia del invitado de honor sorpresa, Kath modifica la ubicación de la fiesta, que pasa de celebrarse en una cabaña en la Sierra californiana a un hotel del centro de Los Ángeles. En lugar de un plan solo para chicas con caminatas, hogueras y sacos de dormir en el sótano, habrá un día de spa para grupos, masajes de aromaterapia, karaoke, bailes y vino sin medida. Organiza, reserva, pide, reúne..., y luego vuela a LAX, donde Taylor va a recogerla. Es la primera vez que se ven en persona en... *¿cuánto tiempo?* se preguntan la una a la otra mientras se abrazan. *El tiempo pasa tan deprisa... ¿De verdad han pasado tantos años?*

El anillo de compromiso de oro rosa rematado con un diamante en forma

de bloque provoca reflejos arco iris en el techo del coche. Ella tampoco ha cambiado casi nada en todo ese tiempo; la única diferencia real que Kath detecta es cierta hinchazón alrededor de los nudillos. Su bungalow en el barrio de Echo Park, que comparte con Ryan, está hermosamente decorado, con brillantes obras de arte geométrico que destacan en las paredes blancas y lisas. Una pizarra blanca cuelga de la nevera. En ella hay una lista de las tareas relacionadas con la boda escrita con la letra cuidadosa y redondeada de Taylor. Se llama: *Cariño, haz esto*.

Lizzie llega esa noche y, al contrario que Kath, no se olvida de traer un regalito para la anfitriona. A pesar de que es la primera noche que las tres pasan bajo el mismo techo desde los años de instituto, se acuestan temprano y la despedida de soltera da comienzo a la mañana siguiente con un *brunch* perfecto para Instagram.

A medida que transcurre el día, pasan del *brunch* al spa y de ahí al *happy hour* de sangría. Kath en todo momento busca compulsivamente en la cara de Taylor cualquier señal que indique qué le tiene reservado el futuro. En diez años, ¿vivirá rodeada y en la abundancia: niños sanos, un jardín lleno de plantas, una casa alegremente desordenada? ¿Le sobrarán un par de kilos en la tripa? ¿Lucirá unas cuantas canas salvajes e indomables? ¿O será una de esas mujeres que sobreviven a base de lechuga y estrés, con el cuerpo lleno de bótox y el pelo decolorado que se matan de hambre, atrapadas en una guerra sin cuartel contra la carne?

Por Dios, Kath. Cálmate. En su cabeza, una voz más razonable, una que se parece mucho a la de una terapeuta que tuvo en la universidad, le pregunta con cariño si toda esa angustia tiene que ver verdaderamente con Taylor y sus decisiones. Como ya le han advertido muchos ex, Kath es una experta en apropiarse de cosas que no le pertenecen. Entonces, ¿qué es lo que está pasando? Rechaza la explicación más obvia: que aún está perdidamente enamorada de Taylor. No sabe cómo llamar a esta sensación de caída libre que experimenta cada vez que la mira, como si estuviera intentando agarrar una y otra vez el vacío con las manos..., pero cree que ha aprendido a no llamarlo amor.

Se hace de noche y están sentadas en la terraza de un hotel decorado con guirnaldas luminosas. Junto a ellas, una piscina infinita se desborda en el horizonte creando la ilusión de que sería posible caer por una cascada en la

rutilante noche de Los Ángeles. Las invitadas llevan ocho horas juntas y resulta que ocho horas juntas —¡buen trabajo, organizadora de la fiesta!— son demasiadas, maldita sea. Todas tienen la cara tirante y dolorida de tanto sonreír y, como la despedida empezó tan temprano, aunque sienten que cada vez están más para el arrastre, tienen que seguir bebiendo para mantener la resaca a raya. Las que no se conocen entre sí ya no saben de qué más hablar; las que se ven a menudo no tienen nada más que decirse. En algún momento de la tarde, Taylor ha empezado a enviarse mensajes con Ryan y, por la vehemencia con la que coge el teléfono y lo lejos que lo lanza a continuación, Kath se da cuenta de que se están peleando.

Jared tenía que llegar a las ocho de la tarde, pero lleva más de una hora de retraso. Está metido en un atasco y no hace más que disculparse empleando una letanía solo apta para angelinos con actualizaciones específicas de las salidas que va dejando atrás en la autopista. Las invitadas casi han terminado de cenar y más de una ha empezado a dejar caer algún que otro tímido comentario sobre la posibilidad de irse a casa (*Dios, no me puedo creer lo cansada que estoy, desde que empecé con esto del entrenamiento militar en el gimnasio mi hora de acostarme son las nueve*). Kath consigue que se queden dando pistas sobre lo que pasará a continuación, aunque todas sus indirectas parecen sugerir que la sorpresa es un *stripper*. Cuando Jared le manda un mensaje diciéndole que por fin ha encontrado aparcamiento y que está a punto de entrar por la puerta, Kath se pone la mano a modo de visera y escudriña entre la multitud, pero él entra por una puerta inesperada, así que la primera que lo ve es Lizzie.

Se detiene en mitad de una frase y entrecierra los ojos.

—Ese tío... Me resulta familiar. —Da un codazo a Taylor, que está ocupada enviando un mensaje—. ¿Lo conocemos? ¿Es famoso?

Pero Taylor no levanta la vista inmediatamente, por lo que es otra mujer, alguien que Kath ni siquiera sabe cómo se llama, la que grita lo suficientemente fuerte para captar la atención de Jared.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tías! ¡Es él! El tío de esa peli para la televisión! ¿Cómo se llamaba? ¿Os acordáis de esa peli? ¡El chico de la piscina!

En la mesa se desata el caos: una tercera parte de las mujeres reconocen a Jared, saben exactamente quién es.

¡Estaba obsesionada con esa película!

¡No conocía a nadie más que se acordara de ella!

¡Todavía es igual de mono!

¡Estaba supercoladita por él!

Jared sacude la cabeza como un caballo asustado y parece a punto de salir huyendo. Kath se levanta, agita los brazos por encima de la cabeza y le hace señas.

—Jared —dice—. Es tan emocionante que hayas podido venir. Ven por aquí.

Un burbujeo de excitación estalla entre las mujeres. Jared, como un cordero al que llevan al matadero, hace lo que se le pide.

—¿Lo has organizado tú? ¿Está aquí por nosotras? —pregunta Lizzie.

—Está aquí por Taylor —responde Kath. La edad adulta ha resultado ser un lugar fabuloso: con el poder de las redes sociales y mil dólares, ha convocado al antiguo flechazo de Taylor, lo ha sacado de una cinta de vídeo y lo ha llevado hasta allí, lo ha resucitado.

Kath toma a un receloso Jared del brazo, se vuelve hacia Taylor y le enseña su regalo:

—Jared, quiero presentarte a Taylor. Te admira desde hace mucho tiempo.

Taylor no parece tan impresionada como Kath piensa que debería estarlo, teniendo en cuenta que acaba de hacer realidad todos sus sueños de la adolescencia. Le va a dar la mano, pero Jared, comprendiendo la mirada penetrante que le lanza Kath, abre los brazos para darle un abrazo. Mientras se abrazan, Kath está muy atenta al más mínimo temblor, cualquier grieta en la prístina discreción de Taylor. ¿Se demora un poquito más de la cuenta al apoyar las manos en su espalda? ¿Ha girado la cabeza hacia el cuello a propósito para olerlo? Puede que sí. Puede que no.

Taylor da un paso hacia atrás.

—Es muy amable por tu parte que hayas venido —dice, una anfitriona adulta, no una chiquilla sin aliento—. Lo siento mucho..., sé exactamente quién eres, desde luego, pero ¿podrías recordarme tu nombre?

Jared se presenta haciendo una pequeña reverencia, lo que provoca una oleada de risitas en la mesa.

—¿Así que vas a casarte?

Taylor, con un gesto ensayado, le muestra el anillo.

—Sí. Estoy segura de que Kath te lo ha contado, pero eras la estrella de nuestras fiestas de pijamas cuando éramos niñas.

—No —dice Jared. Le enseña los dientes a Kath—. La verdad es que es curioso que no lo haya mencionado.

Se dedican grandes sonrisas unos a otros hasta que Lizzie por fin interviene.

—¡Jared! ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo? ¿Sigues actuando o...?

Jared se embarca en una explicación sinuosa de *ZonaDePapá*. Taylor mira a Kath levantando mucho las cejas. No me lo puedo creer, musita, y Kath se encoge de hombros de manera ostentosa.

—Jared —dice Kath, tratando de animar un poco el cotarro—. ¿Te pido un cóctel?

—¡No, gracias! —responde Jared alegremente—. No bebo.

—¡Jared! —interrumpe una de las mujeres—. Cuéntanos cómo fue hacer *Pecados de sangre*. ¿Cómo terminaste haciendo ese papel?

—La verdad es que es una historia graciosa... —dice Jared, y todas las mujeres de la mesa se inclinan hacia él, como flores buscando el sol.

A pesar de lo mucho que desea que lo tomen en serio, Kath tiene claro que no es la primera vez que va a cenar un plato de lujuria de hace veinte años. Actúa como experto cortesano: atento, encantador y con una asombrosa capacidad para desviar cualquier avance sexual explícito con la velocidad del jiu-jitsu. Una y otra vez las mujeres tratan de coquetear con él y, una y otra vez, las esquivo y retoma el tema de *ZonaDePapá*, hasta que Kath empieza a sentirse como si se hubieran declarado la guerra: su objetivo es encarrilar la noche hacia el sexo, el riesgo, la excitación..., mientras que él, muy educadamente, está haciendo todo lo posible por congraciarse con todas ellas.

Pasan treinta minutos, luego una hora, luego una hora y veinticinco minutos. Parece que las mujeres están disfrutando moderadamente de la noche, lanzan preguntas a su invitado, pero Kath quiere morder su copa de vino, sentir cómo se rompen los trozos y crujen entre sus dientes. ¿Está pagando *mil putos dólares* por este acto de bienvenida?

—Jared —dice, y la repentina voz pastosa le anuncia que está borracha—. Tengo una idea. ¿Quieres ir a nadar?

—¡Ja, ja! Hace un poco de frío para eso, ¿no te parece?

—La verdad es que no —responde—. Lizzie, Taylor y yo crecimos en Massachusetts. Hemos ido a nadar con temperaturas mucho más bajas que esta.

Mira a sus dos amigas en busca de apoyo. Taylor la ignora, pero Lizzie se pone a la altura de las circunstancias con una sonrisa malvada.

—Nadar podría ser divertido —dice. Agarra a Taylor de la muñeca—. ¿Te acuerdas de esa vez en el último curso que nos saltamos la clase de francés y fuimos al estanque de la caldera?

Taylor levanta los ojos del móvil, con un mensaje a medio escribir.

—Y volvimos a entrar a escondidas completamente mojadas.

—Y el señor Swan se puso en plan: «¿Por qué estáis empapadas vosotras dos?» Y nosotras le dijimos algo como: «¡Necesitábamos darnos una ducha después de la clase de gimnasia!»

Kath solo conoce esta historia porque Lizzie se empeña en contarla una y otra vez (es una de las pocas que comparten solo Taylor y ella), pero está dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad para hacer que la velada salga de ese estancamiento, así que sonrío a Lizzie como animándola.

—Venga. Hagámoslo. Vamos a nadar —dice Lizzie, y las demás mujeres se hacen eco de su entusiasmo.

Cuando Taylor dice: «No sé...», empiezan a dar pequeños golpes en la mesa y a corear su nombre para que dé su conformidad: «¡Taylor!, ¡Taylor!», hasta que finalmente accede.

Las mujeres, achispadas, se agrupan alrededor de la piscina y por el camino se van deshaciendo de zapatos y bolsos, pero Jared se queda sentado con los brazos cruzados a la altura del pecho.

Kath se acerca a él.

—¿No vienes?

—Nah —responde—. Creo que paso.

La detesta por haberlo metido en esto, es obvio, pero ¿y qué? Ella también lo detesta. No es más que un imán que atrae energías salvajes e impulsivas; el blanco del deseo, no la fuente.

—Venga, métete en la piscina.

—No, gracias. No he traído el bañador.

—Ey —le dice, inclinándose hacia delante—. Te he pagado mucho dinero para que estés aquí, así que ¿por qué no lo superas de una puta vez y te pones a

nadar con mi amiga?

Jared frunce el ceño, mantiene la mirada fija hacia delante, sin mirarla, y Kath se pregunta si bajo toda esa rigidez y sosería y orgullo lo que en realidad hay es vergüenza.

—Por favor. Significaría mucho para Taylor... —Pero cuando ve que no contesta, añade—: Te daré cien dólares más.

—Doscientos —dice Jared con tristeza.

—De acuerdo. Pero más vale que la próxima media hora sea buena.

Y con un movimiento tan fluido que hace que Kath no pueda evitar preguntarse si alguna parte de él sabía exactamente cómo se desarrollaría la noche, deja los zapatos a un lado y camina hasta la piscina sacándose la camisa.

—*Señoritas* —dice. Su voz es pegajosa y burlona. Todas las invitadas siguen amontonadas en el bordillo, sin haber reunido aún el coraje necesario para meterse en el agua. Jared tira la camisa arrugada a un lado y se queda de pie, con las piernas abiertas, frente a Taylor—. Por mucho que me gustara creer que todas estabais la mar de interesadas en la premisa de mi serie web, se me ha invitado aquí por un motivo, como vuestra amiga muy amablemente acaba de recordarme —dice Jared—. ¿Quién quiere nadar conmigo? —Al ritmo del movimiento de sus caderas, se desabrocha poco a poco el cinturón, agujero tras agujero, y le da vueltas en el aire por encima de su cabeza.

Las invitadas lanzan oohs y ahhs, pero Kath esconde la cabeza, furiosa. Está haciendo exactamente lo que ella temía que hiciera, lo que había tratado de evitar a toda costa: se está convirtiendo en un chiste andante y está arrastrando a Taylor con él. Se desprende de los vaqueros al son de una música imaginaria, se pasa las manos por los muslos. Taylor lo observa, indirectamente humillada, como cuando se es el objeto involuntario de un «Cumpleaños feliz» entonado por el personal de un restaurante temático. Que te jodan, Jared Nicholas Thompson, piensa Kath. Que te jodan y ojalá te pudras en el infierno.

Jared tiene los pantalones arrebuados en los tobillos, solo lleva puesta la ropa interior y sigue bailando como un idiota. Pero por lo menos luce el aspecto que debería lucir: ágil y sin vello, la piel tersa. A pesar de todos sus esfuerzos por parecer ridículo, es guapo, y al darse cuenta de esto, Kath ve que Taylor también es consciente; no lo manifiesta con ningún cambio evidente

en su expresión, sino como si hubiera relajado el contorno de la cara. Jared arquea la espalda y se estira mostrando dos marañas de pelo oscuro en las axilas y Taylor se lleva la mano a la cabeza para aflojarse la coleta. A continuación, sin mayor preámbulo, Jared se agacha y se zambulle en la piscina, pero no es ningún experto y empapa a las mujeres que están más cerca del borde. Una mujer saca el móvil y empieza a hacer fotos.

—¿Cuál era el *hashtag* de la boda? —susurra, pero nadie le contesta.

El chico de la piscina está nadando mariposa, igual que hace veinte años en la película. Sus brazos embisten el agua en perfecta sincronía, como en una ópera, mientras que el resto de su cuerpo vibra con pequeñas ondas que bajan por su estómago, caderas y muslos. Cada vez que termina un largo, cambia de dirección efectuando una patada dramática y va dejando una estela de burbujas de champán. Bien podrían estar en un motel de mala muerte, pasada la medianoche, porque el ruido que hace al mover el agua es el único sonido que cualquiera de los que están allí puede oír. Termina tres largos buceando la distancia final; su cuerpo es como una reluciente franja en movimiento que se estremece en el silencio de la piscina. Llega hasta Taylor, que está sentada en el bordillo con las piernas dobladas, y se mueve en el agua, esperando pacientemente hasta que ella se pone de pie. Con los ojos medio cerrados, como si estuviera soñando, se quita la sandalia y le ofrece un pie. Él lo agarra, lo acuna y luego, lanzando una mirada fugaz a Kath, le chupa un dedo y se lo mete en la boca. Las demás mujeres observan la escena y suspiran como si fueran un solo cuerpo. En la mesa, olvidado, un móvil en silencio se ilumina tres veces y la pantalla vuelve a apagarse. Taylor tira de su pie para liberarlo, lo apoya levemente en el hombro desnudo de Jared y lo empuja bruscamente hacia abajo. Él se hunde en el agua con las manos apoyadas en las pantorrillas de Taylor y, a medida que pasan los segundos, aunque sabe que no es más que un juego, una actuación pagada, Kath no puede evitar imaginarlo bajo el agua, atrapado, agitándose, a la espera de que Taylor le dé permiso para salir a tomar aire. Al fin, con un grito ahogado, regresa a la superficie y las gotitas de agua en su pelo parecen diamantes. Alza la mirada hacia Taylor, que a su vez lo mira desde arriba.

Oh, piensa Kath, lo he conseguido. Le he dado lo que quería. ¿Qué pasará ahora?

Taylor ríe.

—Creo que ya es suficiente por esta noche —dice.

Saca el pie del agua, pero en ese momento Kath aparece por detrás, apoya las manos en sus hombros y la empuja al agua.

CICATRICES

Encontré el libro en la biblioteca, encajado detrás de una estantería. En realidad, apenas se le podía llamar libro. No tenía cubiertas, por lo que no era más que un puñado de páginas fotocopiadas y grapadas. En la parte de atrás no había espacio para meter una tarjeta ni tampoco una de esas tiras pequeñas escaneadas. Lo enrollé, me lo metí en el bolsillo y me fui de allí pasando por delante de la bibliotecaria. Rebelde, rebelde.

Al llegar a casa, abrí la primera página e hice exactamente lo que indicaba. Dibujé un círculo de tiza en el suelo del sótano, trituré albahaca y moras que tenía en el armario, como si preparara un elegante cóctel de verano, y a continuación añadí un mechón de mi pelo, quemado, y una gota de sangre fresca que conseguí pinchándome en el dedo pulgar con una aguja. No lo hice porque creyera que con eso iba a conseguir el deseo de mi corazón —ni siquiera estaba segura de tener uno de esos—, sino porque a lo largo de mi vida había leído suficientes libros como para saber que cuando encuentras una colección de hechizos escondida detrás de una estantería en la biblioteca de tu barrio, por lo menos tienes que probar uno.

Para mi decepción, aunque no para mi sorpresa, no pasó nada. Hojeé el resto del libro, sentía curiosidad por saber qué otros conjuros podría haber realizado: riqueza, belleza, poder, amor... Tenía la impresión de que todos eran algo superfluos: algunos de ellos deberían haber sido incluidos en la categoría de *deseos del corazón*. Francamente, el concepto en sí era un poco demasiado New Age para mí. Me levanté para irme. Si me daba prisa, todavía podría llegar al bar a tiempo para la *happy hour*. La idea de los cócteles veraniegos me había dado sed, y en el sótano apestaba a pelo quemado.

No estaba allí, pero luego sí. Se había raspado las rodillas en el hormigón y le sangraban, y tenía las palmas de las manos extendidas como si se hubiera

caído. La cabeza agachada. Temblaba como un perro recién salido del baño.

Desnudo.

Casi me eché a reír. Esa es la parte de mi cerebro que primero volvió a funcionar, la parte que pensó: *Un hombre desnudo, ¡menuda definición más literal del deseo!* Entonces las demás partes se pusieron en marcha y subí corriendo las escaleras del sótano chillando, tropecé y caí al suelo.

Mientras lloraba a lágrima viva y pegaba zarpazos al pomo de la puerta, el hombre se puso de pie. Se tambaleó. Su tobillo giró de tal manera que me provocó un gesto de dolor. Trastabilló y volvió a enderezarse.

Levantó la cabeza y me miró.

—No tengas miedo —dijo.

Solo que tenía acento, escocés, tal vez, o irlandés, por lo que se tragó la *i* y enfatizó y prolongó la *de*: «No tengas meddo.»²

Finalmente logré forzar la puerta para que se abriera y la cerré con llave. Huí a la cocina, cogí los dos cuchillos más grandes que había en el bloque de cuchillos y me acuclillé en una posición de defensa. Esperaba que viniera a por mí, que intentara derribar la puerta a patadas —la verdad es que era bastante endeble—, pero pasaron treinta segundos y en el sótano no se oía ningún ruido.

Con los cuchillos en ristre, me acerqué en silencio hasta mi bolso y lo volqué con el codo para conseguir que el teléfono resbalara por la mesa hasta mí.

Podía llamar al 911 y ni siquiera tendría que explicar el motivo de mi llamada.

—Hay un hombre desnudo en mi casa.

—¿Cómo ha entrado?

—No lo sé.

Con eso conseguiría que acudieran de inmediato, con las sirenas aullando. Si cuando llegaran se hubiera esfumado —si todo aquello no fuera más que una alucinación—, les podría decir que había escapado por la ventana. Llamar a la policía era una solución de bajo riesgo.

Sin embargo.

Si mi sentido del absurdo había sido la primera fracción de mi cerebro que se había recuperado de la conmoción y el miedo la segunda, la curiosidad se

estaba haciendo con un lento tercer puesto.

Había hecho *magia*.

A veces, cuando en algún relato las personas protagonizan un encuentro inesperado con lo paranormal, reaccionan aterrorizadas al ver destruido el manto de la realidad y encontrarse cara a cara con la toma de conciencia de que todo lo que una vez habían creído en realidad era mentira. Tuve esa misma sensación mientras miraba la pantalla del teléfono, solo que al revés: en vez de terror sentí una alegría vertiginosa y progresiva. Aquello era lo que todos esos libros habían prometido. *Lo sabía, pensé. Sabía que el mundo era más interesante de lo que pretendía ser.*

Guardé el móvil en el bolsillo, volví a comprobar que tenía claro qué botón debía apretar para hacer una llamada de emergencia y me puse la cazadora de cuero, en parte porque era calentita, pero sobre todo por el refuerzo psicológico que proporcionaba. Con los cuchillos en alto, bajé las escaleras.

Seguía en mitad del círculo, en el mismo sitio donde lo había dejado.

Si os lo describo en términos de pelo, color de los ojos y forma de la cara, el efecto sería del todo erróneo, porque era la viva encarnación de mis deseos más profundos, no de los vuestros. Debéis imaginar a vuestro propio hombre desnudo. Y solo os diré una cosa: era más grande de lo que cabría esperar, una personificación más completa, y esto es un chiste verde solo a medias. No tenía nada de hermoso ni de afeminado. Tampoco en absoluto angelical, así que si habíais empezado a imaginároslo así, me temo que tendréis que volver a intentarlo.

Me senté en el escalón más alto de las escaleras y le apunté con el cuchillo.

—No te muevas.

—No puedo —dijo—. Mira. —Dio medio paso hacia delante y a continuación cayó hacia atrás, como si se hubiera chocado contra una puerta de cristal.

La acción había parecido lo bastante real, pero por lo que yo sabía, el universo me había enviado un mimo desnudo y embustero. Levanté el cuchillo otra vez a modo de advertencia.

El libro de hechizos estaba abierto por la mitad en el escalón

inmediatamente inferior al mío. Lo cogí de un zarpazo.

Volví a examinar la página donde aparecía el hechizo en busca de pistas, pero tan solo vi el título, en lo más alto de la hoja, en una tipografía anticuada y borrosa: *Deseos del corazón*.

—¿Quién eres? —pregunté.

Abrió la boca, la cerró y se abrazó el cuerpo.

—No lo sé —contestó—. No me acuerdo.

—¿No te acuerdas de tu nombre o no te acuerdas de nada?

Sacudió la cabeza.

—De nada —respondió con tristeza—. Absolutamente nada.

—¿Concedes deseos?

—No —dijo, y luego torció la boca en una sonrisita, como si se arrepintiera—. No que yo sepa. Supongo que podemos probar.

—Quiero un gato —dije. Me salió sin más. Estaba tratando de pensar en algo pequeño que no fuera peligroso, algo que enseguida delatara su presencia—. No. Espera. Lo retiro. No quiero un gato, eso no cuenta. Quiero cien millones de dólares. En billetes, no en monedas. En billetes de cien dólares, quiero decir. Aquí y ahora, delante de mí. Haz que aparezcan.

El hombre me miró con una expresión ligeramente divertida en el rostro y, cuando no aparecieron ni el gato ni el dinero, giró las palmas de la mano hacia arriba y sonrió.

—Lo siento —se disculpó—. Suponía que no iba a funcionar.

Su sonrisa hizo que la sangre se agolpara en mi cara, pero me obligué a no devolverle el gesto. Así era como respondía a la belleza, tanto a la de las mujeres como a la de los hombres: en un primer momento me sentía atraída, pero luego retrocedía. Gobernada por mis propios impulsos superficiales primero y a continuación enojada por el engaño.

—Aquí hace un poco de frío —dijo delicadamente—. ¿Crees que podrías darme una manta?

—Me lo pensaré —contesté.

Arriba, en la cocina, consideré la posibilidad de llevarle una manta mientras hacía girar uno de los cuchillos en mi mano. Una parte de mí pensaba: Vale, ¡dale al hombre desnudo una manta! Pero otra parte se resistía.

No era un hechizo sencillo. Si no era magia negra, como mínimo era magia resbaladiza. Porque si él hubiera dicho: «Soy oncólogo pediatra y además escribo poesía», pues muy bien, deseo del corazón, tal vez. ¿Pero de qué me servía un apuesto amnésico? Además, desde un punto de vista histórico, los círculos de tiza contienen diablos y demonios, no novios potenciales. Darle algo sería como tender un puente al círculo y dejarlo libre. Si la fastidiaba con esto, quizá no tuviera otra oportunidad de hacerlo bien. Antes de hacer nada, necesitaba echar otro vistazo al libro de hechizos.

Estaría bien. Al fin y al cabo, en el sótano no hacía tanto frío.

Cuando volví a bajar varias horas más tarde, mi invitado —sentado en el suelo, abrazándose las piernas con fuerza— tenía un aspecto bastante pálido. En el punto más alejado del círculo había una mancha húmeda y el sótano ya no olía solo a pelo quemado, sino a pis.

Oh oh.

—Perdona que te haya tenido tanto tiempo esperando —dije—. Te traigo una manta. Y enseguida subiré a por una botella vacía de Gatorade o algo así para darte.

El hombre me miró desde abajo.

—Oye. Sé que esto debe de parecerle extraño, pero te juro que para mí lo es todavía más. Haré todo lo que me pidas y no te haré daño, te lo prometo, pero, por favor, al menos inténtalo: si pudieras emborronar un poco este círculo, o enjuagarlo del todo, tal vez podría salir y podríamos subir y hablar de todo esto.

—Sí, bueno... Eso no va a pasar. Lo siento. Es que podrías ser un demonio o alguna cosa parecida y no puedo correr el riesgo. Pero creo que he encontrado la manera de resolverlo. Mira, voy a darte la manta, suponiendo que pueda atravesar el círculo. Quiero que la cojas, pero luego quiero que dejes la mano justo ahí, en el límite, donde yo pueda alcanzarla. No intentes hacer nada. ¿Entendido?

—Entendido —respondió con un suspiro.

Lancé la manta hacia donde él estaba. La cogió dejando la mano extendida, como le había pedido que hiciera, y le hice una raja en la parte de atrás del brazo con la hoja del cuchillo.

—¡Qué cojones! —gritó.

Al dar un salto hacia atrás se chocó contra el otro lado del círculo de tiza y se golpeó la cabeza. Me mareé solo de verlo, el modo en que el aire vacío parecía atraparlo mientras se deslizaba hacia abajo por la barrera invisible. Le había hecho un corte más profundo de lo que hubiera querido y una gruesa línea roja brotaba de su antebrazo. Me miraba con espanto, la espalda apretada contra el límite más alejado del círculo, como si empujando con la suficiente fuerza pudiera ser capaz de romperlo.

—Dame el brazo otra vez —le pedí.

—¡Ni de coña! —respondió, tapándose con la otra mano.

Saqué un trozo de gasa del bolsillo trasero.

—Necesito tu sangre —dije—. Lo siento. Solo necesito probar una cosa. Cuando lo haya hecho, te dejaré salir enseguida, te lo prometo.

Me *gruñó*, de verdad os lo digo.

—¡Aléjate de mí, puta loca! —dijo.

A la mañana siguiente bajé con una bandeja cargada con todas las cosas deliciosas que ofrecía la cafetería de al lado de mi casa: una taza humeante de café tostado francés con crema y azúcar; un cruasán de mantequilla; un yogur helado lleno de bayas rojas; un bagel de cebolla en rodajas y crema de queso cubierto con brillantes láminas rosadas de salmón ahumado. El sótano apestaba aún más que antes, pero, incluso en aquellas condiciones, el aroma de la comida conseguía atravesar el hedor.

Apoyé la bandeja en el suelo apartando la mirada de la peor parte de la porquería que había en el círculo. Mi invitado me observaba con cara de odio. Si estaba equivocada en lo relativo al funcionamiento del libro de hechizos y en realidad el universo sí había tratado de enviarme a mi alma gemela, sin duda había echado a perder mi oportunidad.

Estiró el brazo hacia mí con los dientes apretados. La herida se había cerrado, era negra y tenía costra.

—Dame el otro brazo —dije, sacando otra vez el cuchillo. Me miró fijamente arrugando los labios pero no se movió.

Lo sé, lo sé, pero escuchad: lo había leído mal. Lo de *Deseos del corazón* que aparecía impreso en la parte superior de la página no era el nombre del

conjuro, sino el título del libro. Aquel primer conjuro no tenía nombre, igual que el hombre al que había convocado. Pero el conjuro siguiente, *Riqueza*, incluía en su larga lista de ingredientes, además de plata y enebro, velas verdes y romero, no sangre, sino sangre de un corazón, escrito en esa misma tipografía borrosa. La noche anterior había probado el hechizo conmigo perforándome un nuevo agujerito en el pulgar, pero no había pasado nada. Necesitaba su sangre. Tenía que sacársela.

Señalé la comida, que seguía fuera de su alcance.

—Esperaré todo lo que haga falta —dije.

Realicé el hechizo en el sótano mientras el hombre del círculo engullía el desayuno. No aparecieron fajos de billetes como por arte de magia. Estaba a punto de llamar a la policía para pedirles que vinieran a arrestar al ocupante demente que había irrumpido en mi casa cuando recibí la llamada de un número desconocido.

Herederos que ríen es lo que te llaman cuando el pariente que muere dejándotelo todo es tan distante que no lo conoces lo bastante bien para llorar su muerte.

Le presté un cojín junto con la manta, unos pantalones cortos, una de esas pequeñas letrinas de camping, toda el agua y la buena comida que quisiera, siempre y cuando cooperara.

—No, por favor —dijo al verme volver, pero ¿qué habrías hecho vosotros?

Al cabo de una semana, intentó arrancarme el cuchillo de las manos y arrastrarme al interior del círculo, pero llegaba un día tarde: ya había hecho el hechizo para conseguir *Fuerza*.

Lo trataba tan bien como podía, os lo juro. Dejé de hacerle cortes en los brazos; le clavaba el cuchillo en la espalda con la máxima suavidad y cuando terminaba le vendaba las heridas. Sanaban razonablemente bien, sobre todo teniendo en cuenta la humedad del sótano: no hubo más heridas costrosas y feas, tan solo un conjunto de finas líneas rosadas que poco a poco mudaban hacia un hermoso plateado.

No era fácil, incluso después de varias semanas. Nunca nadie me había temido y cada vez que se estremecía al verme, sentía como si se me hubiera

enganchado el corazón en un clavo.

Solo después de terminar el tercer hechizo, *Inteligencia*, pude articular mi defensa. Sin nombre, sin historia, un cuerpo a la medida precisa de mi lujuria..., incluso su acento cantarín procedía de algún lugar profundo de mis sueños. No me había limitado a llamarlo, sino que lo había *creado*. Por tanto, puesto que lo había fabricado a partir de hierbas, sangre, magia y deseo, no era del todo real. Era otra parte del libro, como los propios hechizos o la lista de ingredientes que los precedían. No era una persona, sino una idea hecha realidad a partir de mis juegos mentales y de las palabras en la página.

La inteligencia era un buen don. Debería haberlo conjurado antes, porque después de hacerlo dormí muchísimo mejor.

—Se te ve diferente —me dijo una mañana.

Y era verdad. A veces solo hacían falta varias horas o días para que un hechizo esclareciera su madeja de lógica y serpenteara hacia mi herencia, o hacia mi ascenso asombrosamente rápido a directora general. Sin embargo, en otras ocasiones simplemente me despertaba diferente: eso es lo que había pasado con *Fuerza e Inteligencia*. Y ahora con *Belleza*.

—Pues sí —dije.

Dado lo convencida que había llegado a estar de su irrealidad fundamental, fue una sorpresa descubrir lo mucho que disfrutaba con el modo en que a partir de ese momento me miraba: deseaba que me mirara así; lo deseaba a él. Ahora que disponía de mi propia belleza, de mi propia colección de trucos, podía bajar un poco la guardia.

Empecé a pasar cada vez más tiempo en el sótano. Él apenas me respondía, pero al menos escuchaba. Los dos estábamos solos. Yo no podía hablar con nadie más de las cosas sorprendentes que habían empezado a ocurrirme, y él, tras pasar largos días solo, apretado en aquel pequeño círculo oscuro, no podía más que desear mi compañía. O se le daba muy bien fingirlo...

Una noche, tarde, y bastante bebida, le prometí que cuando terminara, cuando hubiera concluido el libro y no quedaran más hechizos por hacer, lo dejaría salir del círculo y lo compartiría todo con él. *Después de todo*, dije arrastrando las palabras, *es tan tuyo como mío*. No era ninguna ingenua: sabía que nunca podría confiar en él. Pero era tan encantador que no podía evitar

quererlo, y a esas alturas ya estaba acostumbrada a conseguir lo que quería. Por supuesto, sabía que él nunca sería capaz de perdonarme. No sin mi ayuda. Intentaba no adelantarme demasiado y no mirar los siguientes hechizos —me parecía extrañamente irrespetuoso, como saltar a la última página de un libro—, pero sabía que el último llevaba por título *Amor*.

Y entonces apareció un nuevo ingrediente en la lista.

Para entonces ya habíamos establecido una especie de equilibrio, de modo que cuando yo bajaba al sótano con el cuchillo en la mano, él me ofrecía la espalda. Lo miré y sentí náuseas. Aquellos músculos que alguna vez habían sido perfectos se habían ablandado y colgaban como carne insalubre; la piel era de un blanco pastoso, el resultado de pasar día tras día agachado en la oscuridad. Veía cómo, a pesar de mis cuidados, los cortes más recientes seguían estando en carne viva y supuraban a través de las vendas, y cómo proyectaba su propia sombra cada uno de los protuberantes huesos de la columna. Me sentía tan culpable que pensé en dejar de hacerlo, raspar el círculo y liberarlo. Nunca lo había deseado tanto como en ese momento en que lo vi roto, feo y necesitado de mí. Además, teniendo en cuenta todo lo que ya poseía —riqueza, éxito, suerte, inteligencia, fuerza, belleza—, ¿qué más podría ofrecerme el *Poder*?

Hice girar la punta del cuchillo en la palma de mi mano, indecisa. Solo íbamos por la mitad del libro.

—Lo siento —dije sin dejar de hacer girar el cuchillo. Dio vueltas hasta que me quemó la mano y sangró—. Hoy tenemos que hacer algo diferente.

Un hechizo y luego otro y otro. Cada noche, las lágrimas se volvían más y más difíciles de exprimir. Le chillaba, le rogaba y le suplicaba, yo misma lloraba. Incluso llegué a decir, en un momento de debilidad: *¿No te das cuenta de que estoy haciendo todo esto por nosotros?* Pero también me volví creativa. Y no solo con el cuchillo. Él lloraba de dolor, de miedo, de soledad, de agotamiento y de confusión. Y lloraba por mí. Algunas noches me colaba sigilosamente en el círculo con él, lo sostenía mientras lloraba y le susurraba cómo sería todo cuando por fin estuviéramos juntos, cuando todo aquello hubiera terminado.

Pasó un año. Él lloraba, yo recogía cada gota salada y el mundo se abría a

mis pies. No es que tuviera todo lo que quería, o lo que pensaba que quería, o lo que había imaginado que quería: tenía todo lo que se podía querer. Inventaba nuevas necesidades solo para satisfacerlas.

El día que llegué a la última página del libro, reuní todos los otros ingredientes y los llevé abajo, al sótano: hierbas del mercado de agricultores, baratijas de las tiendas de todo a un dólar.

Lo encontré acurrucado en el suelo, inmóvil, pálido y tranquilo, y al verlo solté un gritito. Sus ojos se abrieron de golpe.

—Shhhhhhh —le dije, y sonreí.

Atravesé el círculo y le acaricié el brazo. No había un solo trozo de su cuerpo que no estuviera marcado por un entramado brillante de cicatrices plateadas. Me preguntaba si aquel último hechizo las eliminaría por completo, si se presentaría ante mí con la piel fresca, como nueva.

—Mi amor, mi amor... —canturreé.

Llevaba meses sin pronunciar palabras coherentes, pero gruñía y se contraía; le apreté el hombro con suavidad y le acaricié el pelo que le quedaba.

Abrí el libro directamente por la última página doblándolo hacia atrás. Habríamos consumido el libro juntos, él y yo, una vez que hubiera hecho todos los hechizos. Mi amor me sería devuelto, renacido y entero.

Excepto..., un momento.

No. Oh, no.

Ante mis ojos, el hechizo se volvió borroso y cambió. Exigía otra cosa. De mí. De él. Podría haberme puesto a llorar, pero en vez de eso me reí. Me reí y me reí y me reí. Siempre pasa lo mismo, ¿o no? No se puede tener todo lo que tu corazón desea, pero ¿qué moraleja habría en eso?

Me quedé contemplando el hechizo, deseando que volviera a reajustarse, pero no lo hizo.

De modo que entré en el círculo y lo arrastré fuera. Me acordé de cómo, un año antes, había gritado y escapado de él. Lo alto y amenazante que me había parecido. Ahora yo era *fuerte* y él pesaba poco más que nada. Me agaché para besarlos en los labios secos y agrietados y coloqué la punta del cuchillo en su esternón. Encontraría otro amor, el verdadero deseo de mi corazón. La promesa estaba ahí mismo, en el libro.

—No tengas miedo —le susurré.
sangre del corazón
lágrimas del corazón
corazón.

EL SIGNO DE LA CAJA DE CERILLAS

Antes que nada...

Laura estudiando en un bar en Red Hook, en pleno día. Una pila de libros de la biblioteca junto al codo, un lápiz clavado en el pelo revuelto recogido en un moño negro. Vaqueros llenos de polvo, un jersey harapiento y los labios pintados de un rojo oscuro que a David, que la contempla desde el otro lado de la sala, le parece tan seductor como completamente fuera de lugar. Se arranca el lápiz para subrayar una página y al hacerlo derrama la cerveza con el codo. Al tratar de poner a salvo los libros, queda empapada desde la rodilla hasta el muslo. Esa noche, cuando David se limpia el rastro del pintalabios de la barbilla, Laura le dirá que es una estrategia: píntate los labios de rojo nada más levantarte por la mañana y da igual lo desaliñada que vayas —ropa manchada, restos de lápiz de ojos, pelo grasiento—, la gente pensará que eres glamourosa en vez de desaseada. Pero lo cierto es que Laura es al mismo tiempo glamourosa y desaseada: su desaseo es glamour, en esto no hay contradicción posible. Y David piensa que la decisión de combatir la mugre con pintalabios es sin duda una filosofía que solo los jóvenes y muy guapos pueden adoptar con seguridad; Laura es la clase de chica que resulta luminosa sin ningún esfuerzo y en quien incluso la suciedad y la ropa fea pueden servir como una especie de alarde: *¿Lo veis? Ni siquiera esto puede menoscabarme.*

Pasados seis meses, a pesar de que incluso se dicen te quiero, hacen típicas cosas de pareja, como quejarse de sus amigos o discutir sobre la hora de tomar el *brunch*, David aún no se ha sacudido de encima el miedo a que un día Laura lo mire sobresaltada y diga: *Un momento, esto es una broma, ¿verdad? ¿Quién cojones eres tú?*

Entonces, una tarde en la que han quedado para cenar, Laura llega una hora tarde. En lugar de anunciar la ruptura inminente que tanto teme, le dice que ha dejado el programa de grado que cursaba. Quiere que David acepte la oferta de trabajo a la que tantas vueltas ha dado para que puedan trasladarse al otro lado del país, «probar California», empezar de cero.

¿Quiere David dejar su trabajo y mudarse a California? La repentina pasión de Laura por esta nueva vida que ha imaginado para ambos resulta tan cegadora que verdaderamente no sabe qué pensar. Pero esa noche, Laura se está lavando los dientes con la misma energía temeraria que pone en todo lo que hace y, cuando escupe en el lavabo, la espuma blanca sale despedida junto con trozos filamentosos de color rojo. Se inclina hacia el espejo y dedica una mueca a su reflejo, fascinada, enseñando los dientes en un gruñido manchado de sangre. De resultas de lo que vendrá después, David volverá a este recuerdo como si fuese una especie de presagio: Laura absorta frente al espejo, maravillada con la imagen de su propia sangre.

Un año después, Laura aborda a David en cuanto entra por la puerta.

—Mira esto —exige antes incluso de que haya tenido tiempo de dejar el maletín en el suelo—. Mira el brazo. Tengo una picadura.

David sostiene con cuidado la muñeca en una mano y Laura le muestra la parte inferior de su brazo, suave y pecosa, para que la examine.

—Ay, mierda. ¿Qué es esto? ¿Chinches?

Numerosos rumores sobre plagas de chinches están causando estragos en el barrio de San Francisco donde viven, aunque parezca poco probable que alguna de esas criaturas tímidas y amantes de la noche pudiera sobrevivir durante mucho tiempo en su reluciente apartamento de acero y cristal.

—No —dice Laura—. Los chinches son pequeños y rojos y van en grupo. Esto no son chinches.

Para poder formarse una opinión, David necesita mirar el brazo más de cerca de lo que le gustaría —solo de pensar en el picor le entran ganas de rascarse—, pero distingue una roncha gruesa y blanca, de unos dos centímetros de largo, anidada en el codo. Está surcada por líneas de color rosa que ponen de manifiesto que se ha rascado. Demasiado grande para ser la picadura de un mosquito.

—¿Tal vez una araña? —pregunta.

—Tal vez...

—En cualquier caso, no te la toques. —Ofrece este consejo tanto en beneficio de Laura como en el suyo: no soporta el ruido de uñas en la piel. Le recuerda al chapoteo repugnante de mascar chicle o al sonido de aclararse la garganta para escupir.

Laura se deja caer de nuevo en el sofá y estira el brazo todo lo que puede, como si quisiera distanciarse de la tentación. David sabe que, a menos que le eche una mano, su determinación durará como mucho cinco minutos.

Mientras le aplica calamina en el brazo y le masajea la piel con la loción, pregunta:

—¿Qué tal el día libre?

—Con mucho picor. Aparte de eso, ninguna novedad.

—¿Has tenido ocasión de...?

Parece que lleven dando vueltas a este tema desde siempre. A su llegada a California, a Laura le costó encontrar trabajo y ahora se siente sumamente insatisfecha en su puesto de ayudante de un despótico galerista local, pero, a la vez, o esa es la impresión que tiene David, no puede resistirse al torbellino de dramas y lamentos que arrasa la galería. Odia cuando David insinúa que tal vez sería más feliz en otra parte y lo acusa de agobiarla cada vez que sugiere que busque otro trabajo.

Fiel a su costumbre, ni siquiera le permite terminar la frase. Aleja bruscamente el brazo de él, lo que provoca que un arco de loción rosada salpique el sofá.

—Eres incapaz de dejar de meterte conmigo, ¿verdad? No puedes dejarme tranquila.

Tres días. Tres picaduras más. Laura se vuelve todavía más irritable, es sensible incluso a la más mínima provocación. Cuando en su cara aparece la tercera de las picaduras, en la curva dura del pómulos, se rasca tanto que el ojo se le hincha hasta el punto de que no lo puede abrir.

—Deberías ir al médico —le dice David durante el desayuno el viernes por la mañana, incapaz de mirarla de frente. El ojo hinchado hace que parezca que se lo está guiñando.

—No puedo —responde—. Seguro médico deducible.

—Venga ya, Laura.

—Hay una clínica gratuita en Langford Street. Tengo cita el lunes, para que lo sepas.

Una clínica gratuita, cuando la última vez que salieron a cenar se gastaron doscientos dólares solo en vino. Ser testigo de la intensidad con la que Laura se castiga puede tener un impacto visceral; es como verla pillarse tozudamente los dedos con una puerta. Pero se niega a entrar al trapo y en su lugar dice:

—Si consigo que me den la tarde libre, ¿quieres que te acompañe?

Laura le ofrece una sonrisa radiante.

—Eso es muy considerado por tu parte, David. Claro.

Solo después de pasar las cuarenta y ocho horas del fin de semana en casa con ella se da cuenta David de hasta qué punto Laura se ha entregado por completo a la batalla contra su piel. La cantidad de picaduras se ha triplicado de la noche a la mañana. El día entero está construido en torno a sus intentos de aliviar el picor implacable y a tratar de no rascarse. A un baño en bicarbonato de sodio por la mañana sigue un masaje con aloe y albahaca. Se corta las uñas de forma obsesiva, lava y vuelve a lavar las sábanas, se aplica con cuidado compresas que retira inmediatamente. Dedicar el resto del tiempo a hacer búsquedas en internet, una frenética reformulación de palabras clave: *piel bulto picadura escozor; escozor picadura piel ayuda; picaduras brazos estómago cara*, junto con el análisis exhaustivo de una sucesión de imágenes espantosas y escalofriantes y la exploración íntegra de foros de mensajes escritos por compañeros en el sufrimiento: miles de hilos infructuosos, quejumbrosos e interminables.

David recorre el apartamento a cuatro patas en busca de culpables — moscas o larvas, pulgas o ácaros—, pero termina con las manos vacías. Después de pasar diez minutos haciendo su propia búsqueda en internet, las posibilidades son tan numerosas que llega a la conclusión de que las búsquedas son peores que inútiles. El picor es un síntoma tan común que obstaculiza el diagnóstico.

—Creo de verdad que deberías consultar a alguien más cualificado que la página de WebMD —le dice.

Laura se clava la uña por debajo de la roncha del brazo, que ahora es un círculo reluciente con cráteres y bordeado de piel amarilla, como la quemadura de un cigarrillo.

—Hazme un favor —le dice mientras se rasca—. Deja de intentar ayudar, ¿vale? Lo único que consigues es empeorar las cosas.

El domingo por la noche David se despierta y descubre un espacio vacío a su lado. Va al salón y la encuentra en el sofá rodeada de pañuelos de papel arrugados, cada uno manchado con una pequeña eclosión roja de sangre.

—No puedo dormir —gime—. Es como si algo estuviera *reptando* aquí dentro, debajo de la piel.

David nunca la ha visto tan mal. La besa en la raya del pelo, le coloca una manta alrededor de los hombros y le prepara un té. Están despiertos hasta que sale el sol y luego la ayuda a lavarse y a vestirse.

La sala de espera de la clínica está abarrotada de gente enferma y el aire mismo se percibe aceitoso, cargado de enfermedades. Más de una hora después de que haya pasado la hora de la cita de Laura, siguen esperando, y cuando la enfermera al fin dice su nombre, Laura levanta la barbilla e insiste en entrar sola.

Sale apenas quince minutos después con una fina hoja de papel amarillo en la mano y una expresión de incredulidad en el rostro.

—Recomienda *antihistamínicos* sin receta —anuncia sin tan siquiera detenerse al pasar a su lado de camino a la salida—. Me ha dicho que no me *rasque*.

—¿No tenía ninguna idea de qué es lo que puede estar causándolo?

—No tenía ni puta idea de nada.

Durante un breve instante coinciden en una indignación compartida, pero esa alianza temporal no tarda en derrumbarse. Una nueva zona de picor ha aparecido en lo alto de la cabeza de Laura y, a fuerza de rascarse, se ha abierto una pequeña calva del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. La piel que hay debajo es gruesa y escamosa, y está rodeada de caspa.

—¿Estás seguro de que tú no tienes ninguna picadura? ¿Ni siquiera pequeñas? No tiene ningún sentido. Lo compartimos todo. ¿Por qué iban a ir a por mí y no a por ti?

La semana previa tuvo la sensación miles de veces de que un picor fantasmal comenzaba a reptar por su piel, pero siempre le ponía fin apretándose con el dedo en lugar de rascarse, hasta que terminó desapareciendo en el reino fantasmagórico de donde había salido.

—No lo sé. Lo siento, cariño.

—¿Por qué ibas a sentirlo? —le suelta Laura con malos modos—. ¿Cómo puede ser tu culpa?

—Es solo que... quiero que sepas que estamos juntos en esto.

—Oh, claro —dice ella, sonándose la nariz con un pañuelo manchado de sangre—. Lo sé.

El martes David va a trabajar como siempre y pierde horas haciendo las mismas búsquedas en Google que tan solo dos días antes había decidido que eran una pérdida de tiempo. Vuelve a casa y encuentra a Laura examinándose el brazo con una lupa y usando un bastoncillo de algodón para escarbar más profundamente en la heridita. Está tan enfrascada en su cacería que apenas le dirige una mirada.

—Ahí hay algo. Puedo verlo. Es como una... manchita... blanca.

Se queda a su lado, horrorizado.

—¿Qué estás haciendo?

Introduce un poco más el bastoncillo en la herida y la sangre hace espuma a su alrededor. Levanta la punta de algodón con aire triunfal.

—¡Ahí! —grita—. ¿Lo ves?

En la punta misma del algodón empapado de sangre cree poder distinguir un puntito diminuto, pálido y brillante. Entrecierra los ojos tratando de reconocer la forma que tiene: ¿un bicho?, ¿un huevo?, ¿un poco de pelusa?

Laura observa detenidamente el bastoncillo.

—Oh, Dios mío. Aún se *mueve*. ¿Sabes qué? He leído sobre ellos. Se llaman éstridos. Ponen huevos dentro de ti si tienes un pequeño corte o una quemadura, creo, y luego los huevos se convierten en larvas que escarban debajo de tu piel. O, de hecho, podría ser uno de esos gusanos que se pillan al nadar en aguas contaminadas..., en cualquier caso es una especie de parásito. Por eso tú estás bien, por eso no podíamos encontrar nada. No se escondía en el apartamento. Todo el tiempo ha estado escondido dentro de mí.

—Eso es asqueroso.

—¡Ya lo sé! —dice, pero no suena disgustada, sino aliviada.

David puede entender por qué (porque por fin ha encontrado algún tipo de respuesta), pero no puede compartir su alivio porque, a pesar de la lupa, lo

único que alcanza a ver es un puntito de color blanco.

Laura desentierra otros cuatro misteriosos especímenes y los pone a salvo en una bolsita con cremallera que guarda en la nevera junto al zumo de naranja. Persiste en la idea de que no se puede permitir ir al médico y vuelve de la tienda de comestibles con un cargamento de ingredientes pseudomedicinales: aceite de coco, ajo, vinagre de sidra de manzana... Mide las dosis de este remedio casero en cucharitas, con sumo cuidado, negándose a comer o a beber otra cosa. Le explica a David que los parásitos se alimentan de azúcar. Ese régimen tiene por objeto matarlos de hambre.

David no tiene fe en nada de esto, ni en el diagnóstico ni en la cura..., pero al menos los ojos de Laura han recuperado algo de brillo, parece un poco más alegre y las marcas de uñas más violentas han empezado a desaparecer. Incluso son capaces de mantener un puñado de conversaciones cortas y tranquilas sobre algo distinto a la piel de ella. David piensa que tal vez el episodio termine por pasar sin que él llegue jamás a comprenderlo, un pequeño remolino de infelicidad en unos momentos ya de por sí difíciles.

Pero entonces se despierta con el sonido de rascadas. Se estira para apartarle la mano de la cara y sus dedos se topan con algo resbaladizo y supurante. Enciende la luz y da un respingo hacia atrás. Mientras dormía, Laura ha desgarrado la costra que tiene debajo del ojo y una máscara viscosa y roja le cubre el lado izquierdo de la cara.

Se desata una pelea que dura horas. Cuando en mitad de ella sale el sol, David llama a su trabajo y dice que está enfermo. Laura grita durante tanto rato que se queda sin voz. David le pega un puñetazo a una pared.

De entre todas las razones posibles, la pelea tiene su origen en una hoja de cálculo. David la creó cuando se mudaron a San Francisco. Se titula *David y Laura Viven Juntos* y contiene todos sus gastos compartidos: el alquiler, el coche, la comida y los viajes. Dividen estos costes mes a mes en proporción a sus ingresos. David, que es ingeniero, gana más dinero que Laura, que técnicamente todavía tiene un trabajo temporal. Por tanto, Laura paga el dieciocho por ciento de los gastos que comparten mientras que David contribuye con el ochenta y dos por ciento.

—Necesitas ir al médico —dice David mientras Laura se limpia con un trapo el desastre que le cubre la cara.

—No me lo puedo permitir.

—Lo podemos apuntar en la hoja de cálculo —sugiere David.

Laura pone los ojos en blanco.

—¿Qué? —se extraña David.

—Nada, que a veces me harto de todo esto.

—Lo siento, estaba intentando ayudar. ¿Podrías explicarme qué he hecho mal?

—Deja que te pregunte una cosa —dice Laura—. Cuando me muera, ¿vas a apuntar el ochenta y dos por ciento de los gastos de mi funeral en tu hoja de cálculo y enviar una factura por el precio restante a mis herederos?

David dice:

—¡Estás literalmente cubierta de sangre y aun así prefieres atacarme a pedir ayuda!

Y a continuación Laura dice:

—¿Sabes qué, David?

Y vuelven a la carga.

—¡La gente que se quiere se cuida mutuamente! —chilla Laura cuando la pelea se acerca al momento de máximo apogeo—. ¡No llevan un seguimiento de cada dólar que se han gastado en el otro en una puta hoja de cálculo! ¡No es así como se supone que tiene que funcionar!

—¡¿Entonces, qué?! —le grita a su vez David—. ¿Quieres que yo lo pague todo para que así puedas seguir en ese trabajo de mierda que tanto odias?

—¿Es así como ves nuestra vida? No me extraña que estés tan resentido conmigo si es así como te sientes.

—¡No me siento de ninguna manera! Creo que no es demasiado pedir que contribuyas en algo a...

—Ah, claro. No te sientes de ninguna manera. Qué imparcial por tu parte, David, gracias.

—Pues claro que siento, solo digo que...

—Tu problema —dice Laura— es que en realidad no estás implicado en esta relación, no lo estás. Siempre te estás conteniendo, tú...

—Venga ya. Claro que estoy implicado...

—¡Sí, claro que estás implicado! Estás implicado exactamente al ochenta y dos por ciento. ¿Cómo voy a olvidarlo? Pagas y haces un seguimiento de todos

y cada uno de los centavos.

—¿Se supone que no debería hacer un seguimiento de mi dinero?

Laura sacude furiosamente la cabeza, como si ese gesto ayudara a que las palabras salgan despedidas de su boca.

—No se trata de eso. ¡Se trata... de saber cómo amar a una persona!

Las palabras quedan suspendidas en el aire, hasta que David se hace eco de ellas:

—¿Me estás diciendo que no sé cómo *amar a una persona*?

—No —responde Laura endureciendo obstinadamente la barbilla—. No sabes.

Es entonces cuando se produce el pequeño instante de gracia que puede aparecer de golpe y señalar el final de una pelea. Le tiembla un poco el ceño. Laura se da cuenta de que está siendo ridícula. Y él se da cuenta de que ella se da cuenta.

—Tiene gracia —dice David bajando un poco la voz—. Porque hasta ahora estaba seguro de que llevaba amándote todo este tiempo.

—Bueno —dice ella retomando de forma casi imperceptible el papel que ha estado representando hasta ese instante—. Se te ha dado bastante mal.

—¿De verdad?

—Bastante. Sí.

—¿Incluso en tu cumpleaños?

—Supongo que en mi cumpleaños no lo hiciste tan mal.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? Dímelo. Te lo pregunto totalmente en serio.

—No se supone que debas hacer nada. Se supone que debes decir: «Laura, te quiero. Todo va a salir bien.»

—Laura —dice tomando sus manos—. Te quiero. Todo va a salir bien.

Mientras Laura duerme la siesta, despertándose una y otra vez, David concierta una cita con su médico de cabecera. Explica a la secretaria que se trata de una urgencia y consigue que los atienda esa misma tarde. Cuando Laura se despierta, le dice que tienen una cita con su médico y, antes de que pueda oponerse, le pide:

—Por favor, déjame hacerlo, ¿de acuerdo?

El doctor Lansing es un anciano al que le salen imponentes mechones de pelo de las orejas. Cuando David pasa el brazo por encima del hombro de Laura y pregunta si puede acompañarlos a la sala de reconocimiento, el médico no se opone.

El pómulo desgarrado parece preocupar, y mucho, al doctor Lansing, que se muestra tremendamente paternalista. Pide a Laura que le enseñe las ronchas y ella se las enseña una a una. El médico insiste en hacerle preguntas amables y ella responde lo mejor que puede. Al terminar, mete la mano en el bolso para sacar la bolsita de plástico, le explica su teoría sobre los éstridos y le enseña las pruebas de las que dispone.

Entonces sucede algo extraño: la cara del médico se desinfla, como si toda su curiosidad se hubiera marchitado. Acepta la bolsita, la examina como si nada, un reconocimiento meramente superficial, y a continuación la deja sobre la mesa, arrugándola.

—Más allá del picor, ¿cómo te sientes últimamente? —pregunta el doctor Lansing.

—Bien —responde Laura encogiéndose de hombros.

David se queda callado, aunque piensa que no está diciendo la verdad. El médico insiste:

—¿Cómo han sido los últimos meses para ti, emocionalmente hablando?

Laura vuelve a encogerse de hombros.

—Bien, supongo.

—¿Qué tal duermes?

—En realidad no puedo dormir porque siempre me estoy rascando — responde Laura.

En ese mismo momento interviene David:

—¡Laura! ¡Venga ya!

Laura y el doctor Lansing se vuelven hacia él, sobresaltados, y a pesar de la mirada de advertencia que le lanza Laura, David no se puede contener:

—Quiero decir, no estoy tratando de..., el picor ha sido muy intenso, lo sé. Pero, cariño, ¿no te acuerdas de que antes ya tenías problemas para dormir? Decías que era por el estrés del trabajo... Y dime si me equivoco, pero ¿verdad que desde que nos mudamos las cosas no han sido nada fáciles?

Se queda a la espera de que Laura recoja el hilo de la historia que él está

tratando de explicar, pero cuando ve que no lo hace, le explica al doctor Lansing todo lo que él cree que pasa, y lo relata con la misma desesperación confusa que si hubiera sido su propia historia, porque en realidad una parte de él siente que lo es. Al terminar, ve que Laura parece sentirse totalmente traicionada.

Solo entonces se da cuenta del auténtico impacto de lo que acaba de hacer: al intentar ayudarla, ha dejado expuestos todos sus puntos débiles sin pedirle permiso; ha utilizado sus secretos para demostrarle a una persona desconocida que su dolor está enteramente en su cabeza.

El doctor dice:

—Laura, lo que me gustaría hacer, si me lo permites, es recetarte un medicamento que podría ayudarte a tratar las causas subyacentes de una parte de tu angustia. Parece que durante los últimos meses has estado bajo mucha presión y creo que te sorprenderías, una vez que mejore tu estado de ánimo, de la rapidez con que estas cuestiones cutáneas seguirán su ejemplo.

Entonces David reacciona como queriendo compensar su error:

—Pero ¿qué hay del picor real? ¿Tiene algo para eso? Porque, si no, quizá remitirla a un dermatólogo sería lo apropiado. —Se vuelve hacia Laura—. ¿No crees?

Sin embargo, Laura está agotada, no le quedan fuerzas para pelear. Su cara herida está apagada y ausente a causa del dolor.

—Si cree que la medicación para el estado de ánimo puede ayudar, estoy dispuesta a probarla. Probaré cualquier cosa que me sugiera.

El médico escribe la receta y David, estupefacto, sale de la consulta detrás de Laura. Lo inunda la culpa.

—Cariño, ¿puedes esperar un momentito aquí?

Vuelve corriendo a la sala de reconocimiento, donde el doctor Lansing está terminando de redactar sus notas.

—¿David?

—Disculpe, doctor... Yo solo... Oiga, tengo la sensación de que le he dado la impresión equivocada. Laura no está loca. Últimamente ha estado con mucho estrés, pero motivos no le han faltado: el trabajo, el traslado... Tal vez no he sido todo lo comprensivo que debería haber sido. Y creo que... creo que si dice que el picor es real, deberíamos confiar en ella. Eso es todo lo que quería decirle. Solo eso.

El doctor Lansing se pasa la mano por la frente surcada de arrugas.

—Comprendo su preocupación, descuide. Pero déjeme que le haga una pregunta. —Coge la bolsita de plástico de la mesa de exploraciones y se la entrega a David—. ¿Qué cree usted que es esto?

David baja los ojos hacia la bolsa arrugada.

—Pues... lo que... ha encontrado Laura. En las partes donde se rasca.

—Pero ¿qué cree que hay aquí dentro exactamente?

—¿Supongo que huevos? ¿O larvas? Para mí son demasiado pequeños y no puedo verlos. ¡Pero por eso ha venido a hacerse pruebas!

—Demasiado pequeños para que usted pueda verlos —repite el doctor—. Pero no para Laura. Laura cree que ve algo. Usted no está seguro, pero Laura sí cree estarlo.

David se queda en silencio. Sabe adónde quiere ir a parar el médico y no quiere acompañarlo hasta ese lugar. El doctor Lansing prosigue.

—Esto no es simplemente estrés. Pero tampoco es ningún parásito. Es un ejemplo claro de lo que se conoce como el signo de la caja de cerillas. El término es de cuando los pacientes acudían al médico con cajas de cerillas vacías y las ofrecían como prueba de los bichos que vivían debajo de su piel. Ahora la gente utiliza bolsas de plástico o fiambreras. O saca fotografías con el móvil. Pero lo que hay dentro sigue siendo lo mismo. Trocitos de piel muerta. Mugre y pelusas. Algo casi siempre demasiado pequeño para ser visible, salvo para una persona cuya mente está dando la espalda a su cuerpo, el cual desgarrar y hurgar en busca de pruebas de algo que en realidad no está ahí.

David aplasta la bolsa en el puño. Esta inversión repentina y taimada de los acontecimientos le resulta desesperadamente injusta: que Laura haya tenido que dedicar tanto esfuerzo a reunir pruebas de lo que le está pasando solo para que ese mismo esfuerzo sirva para demostrar que está perdiendo la cabeza.

—Doctor Lansing. Si se tratara de mí, si fuera yo el que hubiera venido a verlo aquejado de fuertes picores, ¿me habría despachado con la misma rapidez?

La boca del médico adquiere un gesto de desaprobación.

—Hijo, eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte. No estoy despachando a nadie. Es posible que los bichos sean imaginarios, pero el

sufrimiento de Laura es real. El delirio de parasitosis puede ser un síntoma de la depresión, pero también puede ser una señal temprana de la psicosis... y es muy difícil de tratar, precisamente porque los pacientes muy raras veces quieren aceptar la ayuda que se les ofrece. Ahora mismo, Laura está dispuesta a probar el tratamiento que necesita. Si la quieres, no te metas en medio. Por favor.

Y así es como Laura empieza un tratamiento de medicamentos, antidepresivos combinados con lo que el psiquiatra al que ha sido derivada denomina uno de los antipsicóticos «más leves». Como en el caso del régimen del ayuno, en cierto sentido parece ayudar. Finalmente logra descansar, aunque empieza durmiendo ocho horas por la noche, luego nueve, luego diez, a las que hay que añadir largas siestas por la tarde. David a menudo regresa a casa del trabajo y la encuentra en el sofá manchado de loción. Gana peso y su precioso pelo va perdiendo fuerza. Sin embargo, ya no se rasca como lo hacía antes y la herida de la cara empieza a cicatrizar. La urticaria de su cuerpo sigue en aumento —David, a su pesar, aún piensa que son picaduras—, pero Laura se resiste a la necesidad de hurgar en ellas y al cabo de uno o dos días baja la hinchazón y desaparecen. David se dice a sí mismo que eso es suficiente, que se está curando, pero cada cierto tiempo mira a la mujer de ojos ausentes y movimientos lentos que ocupa el sofá y casi la odia por haberle robado a la persona que amaba.

Se sumergen en una especie de estasis y David se ve obligado a hacer frente a la posibilidad de que esa sea la nueva normalidad, tan buena como cualquier otra. Bien entrada la noche, mientras Laura duerme, David retoma la idea del parásito, una idea con más cuerpo que la de la infelicidad. Es cierto, al fin y al cabo, que Laura no parece estar simplemente deprimida sino vacía de algo fundamental. ¿Y si su cuerpo realmente alberga alguna especie de infestación exótica y por culpa del arrebató inoportuno de David el médico la asignó por error a la esfera de los enfermos mentales, de modo que está sometida a base de fármacos a una resistencia muda a su dolor?

A pesar de lo mucho que lo condena esta posibilidad, David no consigue sacársela de la cabeza. Ama a Laura, a la verdadera Laura, ese caos electrificante que vio por primera vez en el bar tirándose una cerveza por encima. Pero esta Laura..., no consigue recordar cuándo fue la última vez que

esta Laura se pintó los labios de rojo. Esta Laura pone mucho cuidado en acicalarse cada día para no permitir que su desorden interno se ponga de manifiesto.

Y así es como una mañana sienta a Laura, le trae su manta favorita, le prepara té. Cuando le pregunta cómo se encuentra, ella le responde igual que lo hace siempre:

—Estoy bien.

Pero la parte blanca de sus ojos presenta una tonalidad amarilla, como de huevo, poco saludable, y un borde rojo le cubre la parte inferior de las fosas nasales, como si se le hubieran chamuscado.

—He estado pensando... —dice acomodándose en el sofá junto a ella—. Estoy preocupado por ti. Y me preguntaba si tal vez no renunciemos con demasiada celeridad a la idea de que te pasaba algo verdaderamente malo. Me refiero a tu piel.

Laura sopesa la cuestión con los ojos clavados en el fondo de la taza de té y dice lentamente:

—A veces yo también me lo pregunto.

—Sé que el Depakote te está ayudando. Pero tal vez exista algo más.

—Tal vez. Supongo.

—No puede hacer ningún daño pedir una segunda opinión, ¿no crees?

—¿Te refieres a que vayamos a ver a otro psiquiatra?

—Estaba pensando más bien en un dermatólogo. Uno bueno. —Abre una carpeta y le muestra una pila de papeles meticulosamente organizados: artículos sacados de revistas, todos ellos revisados por fuentes de prestigio, que ha imprimido en el trabajo—. Hay numerosas pruebas de que existen enfermedades cutáneas reales, y me refiero a físicamente reales, que continuamente son mal diagnosticadas como problemas psiquiátricos. Sobre todo en las mujeres. El doctor Lansing es mayor. En su generación a todo lo llaman psicósomático: la fibromialgia, la fatiga crónica... Si queremos respuestas reales, necesitamos ver a buenos doctores. ¡Qué digo buenos! ¡Los mejores!

—Eso suena caro.

—Laura, me da igual.

Sus ojos centellean con una luz inesperada y tuerce la boca en una sonrisa

que le resulta familiar.

—Podríamos apuntarlo en la hoja de cálculo.

—Que le den por culo a la hoja de cálculo. Laura, te quiero. Yo te voy a cuidar. Todo va a salir bien.

Van en el coche con las ventanillas bajadas al nuevo médico que David ha encontrado; el viento fresco les acaricia la cara mientras revisan una vez más su plan. Han decidido no llevar la bolsita con las pruebas, que aún está en la nevera, sin tocar, así como evitar cualquier posible mención a los medicamentos que toma a menos que se lo pregunten directamente. Quieren entrar limpios, libres de las sospechas que ellos mismos desencadenaron de forma inadvertida cuando Laura entregó la bolsita al doctor Lansing, cuando David sacó el tema del estrés. En su lugar, empezará de nuevo: por lo demás, estoy sana. Tengo picores.

La consulta del nuevo dermatólogo es espaciosa, está pintada en tonos pastel y emana un reconfortante olor a limpio. A pesar de que David se ofrece a entrar con ellos, el médico, más profesional que el doctor Lansing, pide ver a Laura a solas. Veinte minutos se convierten en treinta, cuarenta y cinco, y cuando Laura al fin emerge, David se levanta de la silla de un brinco.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que sí, urticaria, estrés, etcétera. Ha empezado a presionarme con lo de los medicamentos y al final le he contado lo del Depakote. No tenía que haberlo hecho. Tenías razón. He podido ver cómo cambiaba de opinión en un abrir y cerrar de ojos. Me ha ofrecido una exfoliación química para la cicatriz.

David sacude la cabeza decepcionado, pero ahora es Laura la que lo consuela.

—Sabíamos que sería duro. Esto no es más que el principio.

Es cierto. Lo sabían. Y lo es. Se han puesto en contacto por internet con toda una red de personas que sufren enfermedades difíciles de diagnosticar, simpatizantes que les han proporcionado un listado de doce páginas con los nombres de médicos comprensivos. Encontrarán respuestas, aunque les lleve toda una vida. David lo cree. Y en los ojos de Laura, en su sonrisa radiante de labios pintados, puede ver que ella también.

Tantas veces como ha imaginado este momento, nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera ocurrir ahí, en el anodino aparcamiento de la

consulta de un médico, con el cielo gris plagado de nubes pasando rápidamente por encima de sus cabezas. Y, aun así, cuando las palabras empiezan a brotar dentro de él, no puede detenerlas y tampoco tiene ningún deseo de hacerlo.

—Laura —dice—. ¿Te quieres casar conmigo?

Se casan una semana más tarde, en el juzgado. No avisan a nadie, ni a sus padres, ni a sus conocidos de San Francisco, ni a sus amigos de Nueva York. Laura se compra un vestido nuevo y encuentra un bonito sombrero retro que ella misma decora con un pequeño retazo de velo. Piden a otra pareja que también se está casando en secreto que actúen como testigos y posan para un puñado de fotografías tomadas por desconocidos. Laura parece algo triste al ver las fotos y David puede adivinar el motivo: estas fotografías nunca se colocarán en la repisa de una chimenea, ningún nieto las admirará embobado. En ellas, Laura aparece alarmantemente pálida, la llamativa cicatriz del pómulo claramente visible debajo del velo. Pero pueden volver a hacerlo. Y la próxima vez lo harán mejor. Esa es la cuestión: ahora disponen de un número infinito de oportunidades para descubrir cómo amarse el uno al otro. Tienen toda la vida para hacerlo bien.

La noche de la boda, David está tumbado junto a Laura cuando de pronto un rayo de luz de luna cae sobre el brazo de ella. Hace mucho que la picadura original, la que lo empezó todo, sanó y dio paso a una cicatriz de cresta brillante. Cuesta creer que algo tan pequeño pueda haber causado tantísimo daño; una bala apenas habría dejado más dolor a su paso.

Dos centímetros y medio por encima de la cicatriz, sobre un pedazo blando de carne se ha formado una nueva roncha y David la recorre con el dedo. La roncha está caliente, casi febril, aunque el resto de la piel de Laura está frío. Al acariciarla, de pronto la siente palpar: el centelleo de un párpado, el tictac de un reloj.

David retira la mano de golpe y se frota los dedos para eliminar la sensación vertiginosa y desconcertante que acaba de invadirlo. Quiere pensar que lo ha imaginado, pero sus ojos siguen ofreciéndole nuevas evidencias: la piel tensa como un tambor por encima de la roncha está deformada y tiembla, como si en su interior algo se estuviera dando golpes contra ella, luchando por salir.

—Laura —susurra—. Laura, despierta.

Pero Laura está profundamente dormida en un sueño narcótico y no consigue despertarla. Entrecierra los ojos en la oscuridad mientras la piel del brazo de ella se ondula como un mar agitado. Y entonces, ante sus ojos, el círculo de carne se inflama y en el centro aparece un agujerito oscuro. Una pompa translúcida de sangre se eleva lentamente desde el agujero y estalla en una salpicadura de color rojo, como si el parásito que durante todos esos meses ha estado alimentándose de Laura hubiera agujereado la carne y se retorciera hasta lograr liberarse.

David lo agarra. Lo aprieta en el puño y tira de él; se desenrolla como un hilo que estuviese vivo. Lo arranca de la piel y lo arroja, húmedo y espasmódico, sobre las sábanas, entre ambos: esta cosa imposible, increíble.

El parásito da golpecitos húmedos en la cama, un tubo de carne blanca y nudosa de quince centímetros de longitud, recubierto con un millar de patas temblorosas que ondean como algas en un ambiente desconocido. Es una prueba demasiado grande para que quepa en una caja de cerillas, demasiado dura para una bolsa de plástico. Mañana volverán al médico con esta evidencia inequívoca metida en un tarro de cristal grueso. Laura había tenido razón en todo momento y él había hecho bien en creer en ella; había estado cerca, tan cerca, de perderlo todo.

Ahora están seguros. Va a dejar de ser el único que cree en ella. Puede que en el cuerpo de Laura aún vivan miles de nidos de crías, pero la madre se está muriendo y al día siguiente toda la ciencia médica se habrá puesto del lado de Laura y la ayudará a luchar contra la infestación hasta que su sangre vuelva a ser suya de verdad, hasta el día en que vuelva a ser ligera y libre y a estar limpia.

El parásito se retuerce con un último y violento espasmo, y mientras David lo mira fijamente, el gusano, ciego y hambriento, se apoya en las patas traseras y le roza la cara con una de ellas. Lo agarra, pero es demasiado tarde: se ha enganchado a él y se zambulle introduciéndose a la fuerza a través del punto sensible que hay entre el ojo y el hueso, lo que le produce una cegadora explosión blanca de dolor.

David puede sentir sus miles de patas punzantes danzando a lo largo del interior de su mejilla, rascándole el cerebro, acariciando y fastidiando los contornos cerebrales. A continuación, la sensación se atenúa y desaparece y lo

único que queda es una picazón en el lugar por donde ha entrado y una roncha inflamada del tamaño de una picadura de mosquito en la parte inferior del ojo. A su lado, Laura se da la vuelta, gime y se rasca dormida, y David se desploma mientras el monstruo nacido bajo la piel de su amante palpita a través de su torrente sanguíneo, nadando, con un instinto infalible, hacia el corazón.

DESEOS SUICIDAS

Vale, esto pasó hace tiempo, cuando vivía en Baltimore y estaba jodidamente solo. Esta es mi única excusa, si es que tengo alguna: estaba en paro y alquilaba la habitación de un motel por semanas en la otra punta del país, muy lejos de toda la gente a la que conocía; vivía de las tarjetas de crédito y trataba de «descubrirme a mí mismo». Con esto me refiero a que dedicaba la mayor parte del tiempo a estar colocado y borracho y pasaba dieciocho de las veinticuatro horas durmiendo.

En aquel momento, casi las únicas personas con las que hablaba con cierta regularidad eran las chicas que conocía en Tinder. Me quedaba en mi habitación bebiendo, viendo porno y jugando a videojuegos y de pronto me daba cuenta de que no había hablado con nadie de carne y hueso en una o dos semanas y de que, por supuesto, no había salido de la habitación ni me había cambiado de ropa ni comido algo que no viniera en una caja. Empezaba a deslizar el dedo por la pantalla en busca de una chica que me ayudara a volver a sentirme humano durante un tiempo. Cuando la encontraba, quedábamos en algún bar, hablábamos una hora o así y luego la chica se venía a mi habitación para echar un polvo. Nunca quedé con la misma chica más que un puñado de veces; no lo hacía adrede. Simplemente es lo que pasaba.

Esto de lo que os estoy hablando pasó con una de esas chicas. Era linda: pequeña, rubia, de algún lugar del Medio Oeste, creo. Por su perfil me quedó claro que no teníamos nada en común. No es que ella tuviera la culpa, lo cierto es que en aquella época yo no tenía nada en común con nadie. Mi divorcio todavía estaba en curso y no me hablaba con nadie de mi familia excepto con mi hermano, cada dos semanas aproximadamente... A ver, sabía que no estaba en condiciones de tener una relación y no intentaba imponerme a nadie a largo plazo. Por lo menos mi conciencia de mí mismo llegaba hasta ahí.

Así que esta chica y yo nos estamos mandando mensajes y yo le cuento algunas cosas sobre mí, mis circunstancias, nada muy profundo. Parece que le gusto lo suficiente, así que le pregunto si quiere quedar a tomar algo. Me dice que no bebe y le digo: Vale, podemos ir a tomar un helado u otra cosa, no hay problema. Y entonces ella dice: Si te parece bien, ¿tal vez podría ir a tu casa?

Ese nivel de franqueza es algo que a veces pasaba en Tinder. No era frecuente, pero pasaba. A mí siempre me parecía bien, pero por dentro siempre pensaba: Guau, qué valiente. Porque yo sé que no la voy a violar ni a asesinar, pero ¿cómo lo sabe ella? Obviamente no era algo que pudiera preguntarles. Tan solo lo pensaba.

Así que la chica está de camino y me doy prisa para intentar limpiar, porque mi habitación es una pocilga y yo soy el cerdo que vive en ella. Me ducho, me afeito y meto a presión las cosas en el armario para intentar que parezca que soy el tipo de tío que se cambia de ropa interior con regularidad, cuando en realidad, de no haber sido por Tinder, es probable que hubiera llevado los mismos calzoncillos incrustados de mierda durante tanto tiempo que habría terminado por pillar una infección mortal.

Sigo haciendo lo posible por parecer un poco menos asqueroso cuando oigo que alguien llama a la puerta. Antes de abrir, echo un vistazo por la mirilla, solo para asegurarme de que es ella. ¿Quién más podría ser, verdad? Pero en aquella época me dominaba una especie de vena paranoica, sin duda a causa de las drogas. Ahí está: una chica adorable, el pelo recogido en una cola alta, como las de las animadoras, y lleva puesta una camisetita rosa y unos vaqueros y lo primero que pienso es: *Claro que sí, joder*, porque nunca se sabe el aspecto que van a tener estas chicas cuando aparecen en la vida real. Hoy en día se puede hacer toda clase de magia con filtros y otras mierdas. Pero lo segundo en lo que me fijo es en que lleva una maleta. No una grande, es una de esas bolsas con ruedas, de las que se usan para viajar en avión. Raro, ¿no?

Abro la puerta y lo primero que hago es soltar una broma sobre la maleta: Guau, ¿cuánto tiempo tienes pensado quedarte? Ella se ríe y yo le digo: No, en serio, ¿qué llevas ahí dentro, maquillaje o algo así? Sonríe, como si tuviera un secreto, y entonces me guiña el ojo y dice que puede que lo descubra, si soy afortunado.

Siempre que venían chicas se producía este momento en el que se daban

cuenta de que realmente vivía en la habitación de un motel, de que no estaba simplemente de paso. Era algo que siempre les había contado de antemano — o, más bien, se lo había advertido—, pero a veces no terminaban de creérselo hasta que lo veían con sus propios ojos. Incluso cuando me lo curraba limpiando, no podía ocultar que mis circunstancias eran bastante putas y sombrías. Si se quedaban seriamente compungidas, siempre me ofrecía a llevarlas a otro sitio, pero ninguna aceptó jamás tal ofrecimiento. Creo que una vez pasado el impacto inicial, generalmente lo único que sentían era pena.

Sin embargo, con esta chica, si mis condiciones de vida le importan lo más mínimo, no lo demuestra. Entra por la puerta arrastrando la maleta como una azafata de vuelo, se dirige a la cama y se sube encima en plan: ¡Allá vamos! Ni siquiera se quita los putos zapatos. Y sé que esto puede parecer un poco ridículo, después de todo lo que he dicho antes sobre el estado de decrepitud en el que vivía, pero me toca los huevos. Nos conocemos desde hace treinta segundos como máximo y va y entra tan contenta con su maleta y planta sus sucias zapatillas malolientes en mi cama, córtate un poco, ¿no? Las zapatillas en sí no tienen nada de malo —¿unas Keds, tal vez?—, pero están algo roñosas y en la suela de una de ellas hay un manchurrón de color marrón que espero por Dios que sea barro.

Es probable que, de haber estado en un lugar mental diferente, hubiera dicho algo del tipo: Oye, ¿te importa quitarte las zapatillas antes de subirme a la cama? Y no habría pasado nada. Pero supongo que en aquel punto de mi vida mi problema era precisamente ese, mi incapacidad para hacer frente a las interacciones humanas normales. Sabía que era una reacción exagerada. Lo más probable es que la colcha hubiera visto cosas mucho peores. A veces, cuando no podía dormir pensaba en eso, en cómo brillaría el cubrecama bajo una luz negra, con todas esas manchas de porquería y sangre y pus y semen que habría por todas partes y, por extensión, por toda mi piel. Y ahora me ponía en plan: ¿Por qué nunca he llevado la colcha a la tintorería si tanto me molesta? Pero el caso es que no lo había hecho. Esa era la vida que llevaba entonces.

Pero volviendo a esta chica. Está en mi cama. Le ofrezco una copa antes de acordarme de que no le da a eso. Me gustaría beber un poco de agua, dice, y le pregunto si quiere hielo en el vaso antes de acordarme de que no tengo hielo, por lo que ha de conformarse con agua tibia del grifo en un vaso de cartón. La verdad es que esta vez me estoy superando. Sin embargo, de nuevo,

no parece importarle. Le pregunto si quiere ver una peli y dice que claro, pero de una forma como dando a entender: *Los dos sabemos que no vamos a pasarnos la noche viendo pelis*. Lo cual me parece justo. Algunas chicas saben lo que quieren y a veces lo que quieren es sexo esporádico en una habitación de motel con un tipo que no tiene mala pinta y que han conocido por internet. En mi opinión, la gente que exagera las diferencias entre lo que los hombres y las mujeres quieren en la cama no sabe de lo que está hablando. Tal vez la mujer promedio sea un poco más conservadora que el hombre promedio, pero siempre va a haber mierdas muy locas en el extremo de la curva de campana. Es pura estadística, ¿o no?

Enseguida empezamos a enrollarnos y al rato el magreo pasa a mayores y luego hago el gesto de ir a por un condón y ella dice:

—Espera.

Pienso: Vale, no quiere follar, solo quiere que nos enrollemos. Es bastante habitual. Si os soy sincero, ni siquiera me importa. Prefiero mil veces una mamada entusiasta antes que una sesión de sexo tibio.

Pero en vez de eso, dice:

—Tienes que saber una cosa sobre mí.

—¿Qué? —pregunto.

—Lo que me pasa es que tengo unas ideas muy específicas sobre lo que me gusta en la cama. Y la única forma de que yo disfrute del sexo es que hagas exactamente lo que te diga que hagas, exactamente de la forma que me gusta.

No paséis por alto el detalle de que en todo el tiempo desde que nos conocemos no ha pronunciado tantas palabras seguidas. Me ha pillado un poco desprevenido. Pero le digo:

—Vale. Claro. Sin problemas. Dime.

—Quiero que aceptes respetar mis deseos y que hagas lo que te pida, porque para mí es muy importante.

—A ver, claro. Te voy a respetar, obviamente, pero no voy a comprometerme a hacer nada hasta que no sepa lo que es.

Parece razonable, ¿verdad? Pues a ella no le sienta muy bien. Puedo verlo en su cara, como si hubiera esperado que dijera que sí directamente, sin hacer preguntas. Y la verdad es que era muy guapa y todo eso, pero venga ya.

Con una voz suave, entrecortada, como de sexo telefónico, como si

estuviera a punto de sugerir la cosa más sucia y caliente del mundo, dice:

—Quiero que nos metamos en la ducha juntos. Y quiero que empecemos a besarnos y a tocarnos y a meternos mano. Lo normal. Y luego, al cabo de un rato, y, esto es muy importante, cuando no me lo espere, quiero que me pegues un puñetazo en la cara con todas tus fuerzas. Después de pegarme, cuando me haya caído al suelo, quiero que me des una patada en el estómago. Y entonces podremos follar.

¿Qué harías vosotros en una situación como esta? Os lo pregunto en serio. Porque lo que yo hago es: reírme de ella. Me río en su cara. No porque sea gracioso, sino porque..., ni siquiera sé por qué. Me río y me río y cuando ella no se ríe, me la quedo mirando, pestañeo, hasta que al fin, despacio, dice:

—Eso es lo que quiero. Que me pegues un puñetazo, me des una patada y luego, una vez que lo hayas hecho, podremos follar.

En mi cabeza me digo: Vale, esta tía está loca.

O se está quedando conmigo.

O es una especie de prueba y estamos en un *reality* de la tele o algo así.

Pero intento ser amable y solo digo:

—Lo siento, respeto tus deseos y todo eso, pero la verdad es que a mí esto no me va.

Y ella dice:

—No importa que no te vaya. A mí me va. Y es lo que necesito que pase si quieres que follemos.

Fue el puto momento más incómodo de mi vida. Ella se queda mirándome, esperando que acepte hacer eso que obviamente no voy a hacer, y no sé qué decir, pero ella no me ofrece ninguna salida, y me parece una locura que estemos en plan: Bueno, pues supongo que ya está, nos vemos, tía. Así que al final digo:

—¿Te importa si seguimos metiéndonos mano un rato más y me lo pienso?

Dice que sí, así que eso es lo que hacemos. Todo el tiempo mi cerebro va a una velocidad de la hostia. Pienso: No, de ninguna manera, no estoy aquí para ponerme a pegar puñetazos a las chicas, eh, ni de coña. En realidad, ni siquiera debía de saber lo que estaba pidiendo. No podía saberlo. No era más que una chiquilla, diría que en torno a unos cuarenta y cinco kilos como mucho, y yo soy más fuerte de lo que parece. Si le pegara con todas mis

fuerzas, había una posibilidad real de que muriera, joder. Aunque no hubiera sido más que una trampa, como si su plan fuera denunciarme a la policía y extorsionarme una vez que le pegara o que apareciera el novio y la rescatara y me diera una paliza porque eso es lo que a él le pone. Seguía sin tener ni idea de qué hacía pidiéndome que le pegara con todas mis fuerzas.

Pero, por supuesto, como es guapa y seguimos enrollándonos y me está gustando, al final mi cerebro se pone a pensar en la forma de que esta absurda petición no parezca tan completamente demente. Tal vez se haya confundido sobre la cantidad de fuerza que me está pidiendo que use, pero, por lo demás, sabe lo que quiere. Es decir, hay niveles de puñetazos, y lo que quiere es que la golpee de tal manera que su vida no esté realmente en peligro. Puede que empeñarme en la frase *con todas tus fuerzas* no sea más que una simple confusión semántica. La chica quiere que le pegue un puñetazo porque eso es lo que le pone, y, si os paráis a pensarlo, no es muy diferente a la chica que quiere que la abofeteen o que la azoten o que la asfixien, todo lo cual ya lo he hecho antes, con distintos niveles de entusiasmo y éxito.

Vale, me digo a mí mismo, la chica tiene un fetiche, y es uno que da miedo. Quién sabe de dónde lo habrá sacado; quiero decir, me lo puedo imaginar, hay un montón de oscuras posibilidades, pero la verdad es que no quiero adentrarme mucho por ese camino. No obstante, por la razón que sea, el caso es que ahora lo tiene y no puede evitarlo; es como alguien cuyo fetiche son los pies o incluso un pedófilo: no tenemos necesariamente control sobre lo que queremos, lo único que podemos controlar es cómo actuamos al respecto. Esta chica ha actuado de acuerdo con sus deseos de una forma perfectamente responsable y madura. Te lo ha contado, desde el principio, no ha esperado a la tercera cita y a que estuvierais locos el uno por el otro. Ha sido directa y te ha dado a elegir. En cierta manera, al pedirte que hagas esta cosa por la que mucha gente la juzgaría, se está mostrando vulnerable ante ti. Sí, ha sido un poco mandona y rígida al respecto, pero lo cierto es que ha sido honesta, abierta y directa y, de alguna forma, eso es digno de admiración.

De modo que estoy en el punto en que me pregunto: *¿Puedo pegarle un puñetazo?* Desde luego no con todas mis fuerzas, sino en plan... *¿simbólico?* Y suponiendo que después esté ferozmente cachonda y que follemos como locos. *¿Por qué no, eh?* Pero sigo en plan: *¿Quién hace esto?, ¿qué tipo de persona queda con un tipo al que no conoce de nada y le pide que la golpee con todas*

sus fuerzas? Yo os lo digo: alguien con deseos suicidas. E incluso dejando a un lado mi propia aversión natural a introducir puñetazos en una situación sexual, ¿qué hago follando con una chica que tiene deseos suicidas? ¿En qué me convierte eso?

La cuestión es que ese pensamiento lo tengo ahora. Ojalá pudiera decir que no lo tuve entonces, que estaba envuelto en una neblina depresiva demasiado espesa para que se me ocurriera. Pero sí que se me ocurrió. Lo pensé en aquel momento, pero luego... lo dejé pasar. Como si mi conciencia fuera un sistema de frenos que se hubiera desgastado. No tenía ningunas ganas de pegar un puñetazo a esa chica, pero la situación tenía un impulso propio y, sí, la chica estaba bien jodida, pero la verdad es que todas esas chicas de Tinder que quedaban conmigo y follaban conmigo en mi habitación de motel estaban hasta cierto punto jodidas. Las chicas a las que les funcionaba el más mínimo instinto de conservación me veían venir desde muy lejos. Supongo que todas las chicas podían, de una forma u otra. A algunas simplemente les atraía el hedor. Porque, seamos francos, esa chica no le habría pedido a un puto agente inmobiliario que la golpeará. Ni a un estudiante universitario. En mí había reconocido a alguien capaz de proporcionarle lo que quería. Al abrir la puerta había pensado: Sí, parece un tipo que podría disfrutar pegándome un puñetazo en la cara. Que te vieran de esa manera... resultaba desconcertante. Pero lo que era todavía más desconcertante era que, por lo que yo sabía, tenía razón. Tal vez ese deseo estaba latente en mí, aunque yo lo ignorara. Y tal vez haciendo lo que me pedía podría o bien purgarlo, o bien demostrar que en verdad no estaba allí.

Así que, por última vez, le pregunto:

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Estoy segura —responde.

—¿No quieres que nos acurruquemos y veamos una peli?

Suelta una risita y dice, como burlándose:

—¿Qué pasa, tienes miedo o qué?

Estoy a punto de negarlo, pero de repente pienso: ¿Por qué no me dejo de historias y simplemente le digo la verdad? Así que le digo:

—Sí, la verdad es que sí.

Coloca su mano sobre la mía, como si me estuviera consolando.

—Sé que es raro —dice—. No pretendo asustarte.

—Creo que necesito hacerme a la idea, eso es todo —le digo—. Nunca he pegado a una chica en la cara.

De hecho, nunca he pegado a nadie en la cara, pero eso no se lo voy a decir, no quiero parecer un primerizo.

Se ríe.

—¡No hace falta tener experiencia! Para mí sería un honor ser la primera.

Al ver la forma en que me sonrío, tengo el impulso de hacerle un millón de preguntas, tipo: Por el amor de Dios ¿cómo has terminado así? y ¿de dónde eres? y ¿tienes algún hermano o hermana? y ¿en qué trabajas? y ¿qué es la primera cosa que recuerdas? y ¿cuál es tu color favorito? y, ah, por cierto, ¿qué llevas en esa maleta que has traído?

Pero antes de poder decir nada más, me aprieta la mano otra vez.

—No tienes que preocuparte por nada. Lo harás genial, te lo prometo.

—No estoy muy seguro de qué dice esto de mí.

—Quiere decir que confío en ti —dice, y me da un beso en la mejilla.

No sé si eso es verdad, pero es lo que necesitaba escuchar.

—De acuerdo. Si estás segura de que eso es lo que quieres, entonces lo haré.

Su rostro se ilumina como un puto árbol de Navidad. Vuelve a besarme, baja de la cama de un salto y corre hasta la ducha para echarle un vistazo. A ver, probablemente ni siquiera hace falta que lo diga, pero no estamos hablando de ninguna escapada romántica al baño con jabones elegantes y una ducha con efecto lluvia. Es el baño asqueroso de un motelito, con azulejos llenos de moho y manchas en las paredes de procedencia misteriosa. Reconozco que al menos una parte de mí esperaba que, al verlo, cambiara de parecer. Pero no: abre el grifo y se mete de cabeza.

Desnuda tiene un aspecto fantástico, incluso bajo las luces fluorescentes del cuarto de baño —tiene unos de esos cuerpecitos de practicar *spinning* que tanto me gustan—, pero al mismo tiempo le lanzo miradas furtivas en busca de moratones y me pregunto si seré el tercer tipo al que le ha pedido que le pegue esta semana. No veo que tenga ninguna marca, no obstante. Ni cortes ni nada. Es una chica con una pinta perfectamente normal.

Me meto en la ducha con ella, nos besamos y ella me la chupa un poco, pero yo no termino de responder a causa de la presión que siento por lo que

está a punto de suceder. Enseguida es evidente que no va a haber mamada, así que le digo: Oye, vamos a enrollarnos, y lo hacemos, pero al cabo de unos minutos ella se aparta y empieza a enjabonarse y a mirar por encima de mi hombro como si detrás de mí hubiera algo superinteresante. Imagino que esa es su forma de indicar que no está prestando atención y que ahora sería un buen momento para que le pegara el puñetazo.

Así que le pego un puñetazo. Pero en realidad no. Es un toquecito ligero y de lo más delicado. Como si le hiciera «¡tachán!» en la nariz con mi puño.

Por favor, que sea suficiente, pienso.

No lo es. Durante un segundo me mira con absoluto desprecio.

—Necesito que te lo tomes en serio, Ryan. Eso no es pegarme con todas tus fuerzas. Dame de verdad, ¿vale?

Empieza a lavarse el pelo con champú, lo que me procura algo más de tiempo, pero sé que la cuenta atrás continúa y empiezo a sentir miedo en el cuerpo, un miedo que se traduce en una debilidad en los brazos, una opresión en el pecho. Hay un umbral entre lo que es divertido y lo que es real; tengo que conseguir llegar a un punto que no sea suficiente para hacerle daño de verdad pero sí para satisfacerla, y estamos hablando de un margen peligrosamente pequeño; las probabilidades de cometer un error de cálculo son altas. Una pequeña parte de mi cerebro me está diciendo: Colega, desde luego no necesitas hacer esto, no tienes que ir por este camino. Pero hay otra parte de mí que piensa en que se ha disculpado por haberme asustado y en que le he prometido que no era tan rara por haberme pedido lo que me ha pedido. No quiero tener que retractarme. Quiero ser capaz de darle lo que me ha pedido. Quiero hacerlo.

De modo que estamos en esta situación absurda en la que ella sigue lanzándome miradas cada vez más bruscas, como diciendo: Vamos, colega, hazlo, pégame en la cara, y el agua se va enfriando y veo que empieza a enfadarse de verdad, pero puesto que para que funcione tiene que fingir que no sabe lo que va a pasar, sigue lavándose el pelo y suspirando, y yo aprieto el puño y me grito: Hazlo, hazlo, hazlo...

Y lo hago. Cojo impulso y le doy un puñetazo en serio.

Ella se derrumba y al caerse suelta un «uuuuuf» larguísimo y melodramático, y cuando golpea el suelo veo que un pequeño riachuelo de sangre va desde su nariz al desagüe. No es mucha sangre. Pero aun así.

—¡Mierda! ¡¿Estás bien?!

Inmediatamente siento náuseas. Pienso: Oh, Dios mío, ¿y si está muerta? Imagino mi arresto, mi citación en el tribunal, a mi madre llorando mientras me trasladan encadenado a la cárcel. Pienso: Voy a tener que deshacerme del cuerpo, porque nadie me creerá jamás si les cuento la verdad.

Me agacho para tomarle el pulso. Abre los ojos y, como si yo fuera el típico compañero idiota que se hubiera quedado en blanco en la obra de teatro del instituto, me dice entre dientes:

—Estoy bien, pero se supone que ahora tienes que darme una patada.

Vuelve a cerrar los ojos y, dejadme que os diga que, en ese momento, odié a esa chica y estoy bastante seguro de que ella también me odió a mí. Sabía exactamente lo que estaba pensando: había ido buscando un tipo duro que le siguiera el rollo y la acompañara a ese lugar oscuro en el que estuviera atrapada, pero en lugar de eso se había topado con un cobarde de mierda, un tío que estaba demasiado jodido para decirle piérdete, pero también demasiado asustado para hacer lo que había dicho que iba a hacer.

Hasta ese momento ni siquiera me había parado a pensar mucho en lo de la patada porque había estado totalmente pendiente del puñetazo, pero aquello era todavía peor, darle una patada mientras estaba ahí tumbada con los ojos cerrados, indefensa, acurrucada en posición fetal, como si tratara de protegerse de mí. Incluso hay un dicho sobre lo feo que es patear a alguien cuando ya está en el suelo. Estoy de pie sobre ella en la bañera helada y llena de moho de un motel, intento mover la pierna pero no puedo, no puedo hacerlo. Sin embargo, sé que aquello no acabará hasta que lo haga. Tal vez, en un universo alternativo, otra versión de mí la levanta y la envuelve con una toalla y le dice: «Cariño, te respeto, pero te mereces algo mejor, los dos merecemos algo mejor», o alguna soplapollez parecida. Pero si yo viviera en ese universo, ella no estaría allí, yo no viviría en ese motel; esa otra versión de mí como mínimo habría llevado la colcha a la tintorería, le habría dicho que se quitara las zapatillas antes de subirse a la cama. Ese mundo habría tenido sentido. Pero en este mundo me quedo mirando a la chica que está a mis pies y pienso: Guau, que te jodan, tía, ya sabía que mi vida era una puta mierda, pero no sabía hasta qué punto era una mierda hasta que te he conocido.

En rehabilitación se habla de lo que se siente al tocar fondo y os aseguro que ahí es donde yo toqué fondo, con esa chica desnuda, preparándome para

patearle el estómago. Esa combinación de responsabilidad e impotencia; allí, a su lado, vi con absoluta claridad que no podía echarle la culpa a nadie, que era yo el que había dejado que mi vida perdiera cualquier tipo de rumbo. Todo lo que alguna vez había hecho me había llevado a aquel punto; todas mis decisiones me habían conducido precisamente hasta ahí, a eso.

Pero si esa hubiese sido mi forma de tocar fondo, habría cambiado, ¿no es cierto? Ver la luz me habría provocado algo, me habría ayudado de alguna manera. Pero no fue así. Solo me hizo sentirme peor.

Así que al final lo hice. Le di una patada en el estómago tal como ella había pedido. Y fue entonces cuando me di cuenta de por qué todo eso tenía que suceder en la bañera: porque vomita. Un vómito beis de copos de avena sale por su boca y se mezcla con el agua y se arremolina en mis tobillos y en ese momento mis recuerdos se desvanecen, como un televisor estropeado, pero lo que sí os puedo decir es que fue mucho peor de lo que pensé que sería, muchísimo.

A continuación, apenas se enjuaga. Ni siquiera hace ademán de tocar el jabón. Simplemente sale de la ducha, me hace un gesto y en mi cabeza oigo una vocecita que prácticamente se desgañita en plan: Ryan, para, para, para, por favor, pero no lo hago, me la follo, justo allí, sobre esa colcha de aquel motel, y tengo que aguantar la respiración para no oler la peste a vómito, y por dentro de sus fosas nasales hay una capa de sangre con costra, entre la nariz y el labio superior, y es la peor puta cosa que he visto en mi vida.

No sé.

Cuando intento reconstruir la situación en la que estaba en aquel punto de mi vida, para comprender cómo llegué hasta allí, hasta aquel puñetazo, hasta aquella chica..., no puedo. Puedo ver en qué momento algunas malas decisiones condujeron a otras malas decisiones, pero no consigo llegar hasta ahí; es como si imaginara una curva en la que cada vez estoy cayendo más y más bajo, de repente desaparezco de la pantalla del radar, soy invisible, y luego, pasado un tiempo, la línea se eleva y vuelve a ser visible, pero no sé qué ha sucedido entre medias. Porque lo peor de todo no fue pegarle, ni follármela después, ni arrodillarme en el cuarto de baño para vomitar en el váter al terminar. Fue cómo me sentí después, cuando ya se había ido y estaba solo.

Nunca descubrí qué había en aquella maleta. Puede que fueran juguetes sexuales o lencería. Puede que fueran aparatos fetichistas. Puede que fueran guantes de boxeo. Puede que fuera una bomba: que algún psicópata le hubiera dicho: Entra en esa habitación y pídele al colega que te pegue, porque si no lo haces os haré saltar por los aires a los dos y os iréis directos al otro mundo. Puede que estuviera vacía. Puede que fuera una vagabunda y que eso fuera todo lo que tenía. Me borró de Tinder nada más irse —en serio, fue tan rápido que creo que debió de hacerlo en el aparcamiento—, así que nunca lo sabré.

Es evidente que era una chica con un montón de problemas. Los dos teníamos nuestras movidas, pero honestamente puedo decir que ella es la única persona que he conocido en mi vida que sin lugar a dudas estaba tan jodida como yo, así que supongo que por lo menos teníamos eso en común, ¿no?

Poco después de que todo eso ocurriera, mi hermano se presentó en Baltimore y me hizo frente. Mi divorcio se tramitó y al cabo de un tiempo conseguí un trabajo y me fui de la ciudad, empecé a acudir a reuniones ocasionales, aunque en realidad nunca me comprometí a dar los pasos necesarios. La línea de mi vida no empezó a mostrar una tendencia ascendente hasta que volví a tener sentido para mí mismo. Podía hacer una gráfica de mis decisiones: incluso cuando tomaba malas decisiones, podía explicar por qué motivo las había tomado. Podía decir: Hice x porque y .

Han pasado los años, pero todavía pienso en ella. Se llamaba Jacquelyn. Me hago preguntas sobre ella, sobre cómo terminó de esa forma, sobre el contenido de su puta maleta, sobre qué estará haciendo en este momento. Al final siempre llego a la misma conclusión, que es esta: debe de estar muerta, ¿no creéis? La manera de hablarme, el cuidado con el que me explicó lo que necesitaba... Yo no era la primera persona a la que le pedía que le pegara de ese modo. Sé que no lo fui. Y este tipo de decisiones tienen una consecuencia lógica. Si se inserta x , se consigue y . No se puede seguir quedando con chicos en habitaciones de motel y pedirles que te peguen sin acabar muerta tarde o temprano, ¿verdad?

Pero quién sabe.

Tal vez sí se pueda.

UNA CHICA DE LAS QUE MUERDEN

Ellie era de las que mordían. En la guardería mordía a los otros niños. Mordía a sus primos. Mordía a su madre. Con cuatro años iba a un médico especial dos veces por semana para «trabajar» en su afán canino. En la consulta del médico, Ellie hacía que dos muñecas se mordieran la una a la otra y después las muñecas hablaban de sus sensaciones al morder y al ser mordidas. («Ay», decía una. «Lo siento», decía la otra. «Eso me pone triste», decía la una. «Yo me siento feliz», decía la otra. «Pero... lo siento de veras».) Hacía lluvias de ideas con listas de cosas que podía hacer en lugar de dar bocados, como levantar la mano y pedir ayuda o respirar hondo y contar hasta diez. Por sugerencia del médico, los padres de Ellie instalaron un tablón en su cuarto y por cada día que no mordiera su madre lo decoraba con una estrellita dorada.

Pero a Ellie le encantaba morder, incluso más que las estrellitas doradas, y siguió mordiendo alegre y ferozmente hasta que un día, a la salida de preescolar, la bonita Katie Davis señaló a Ellie y susurró en voz alta a su padre:

—Esa es Ellie. A nadie le cae bien. Muerde a la gente.

Ellie se murió de vergüenza y no volvió a morder a nadie en más de veinte años.

Ya adulta, a pesar de que había dejado atrás los días en los que mordía, Ellie aún se entregaba a fantasías en las que acechaba a sus compañeros de trabajo en la oficina y los mordía. Por ejemplo, imaginaba que entraba a hurtadillas en la sala de la fotocopidora donde Thomas Widdicomb cotejaba informes. Tan absorto estaba en aquella tarea que no se percataba de que Ellie se acercaba a él por detrás, a gatas. ¡*Ellie, pero qué demonios!*, chillaría Thomas Widdicomb en los instantes previos a que Ellie le clavara los dientes

en la pantorrilla peluda y regordeta.

Y es que aunque el mundo hubiera logrado que Ellie se avergonzara de morder, no podía hacerle olvidar la alegría de acercarse de puntillas a Robbie Kettrick mientras el muy engreído apilaba bloques en la mesa de las manualidades. Todo está como siempre, tranquilo, aburrido, y de repente Ellie ataca: ¡ÑAC! Y Robbie Kettrick se pone a berrear como un bebé y todo el mundo revolotea a su alrededor gritando y Ellie ya no es una niñita sino una criatura salvaje que deambula por los pasillos de preescolar y va sembrando el caos y la destrucción a su paso.

La diferencia entre los niños y los adultos es que los adultos comprenden las consecuencias de sus actos, y Ellie, como adulta que era, comprendía que si quería pagar el alquiler y mantener su seguro médico no podía ir por ahí mordiendo a la gente en el trabajo. Por eso, durante mucho tiempo no consideró seriamente la idea de morder a sus compañeros, o al menos no hasta que el director de la oficina murió de un ataque al corazón durante el almuerzo, delante de todo el mundo, y la agencia de trabajo temporal mandó a Corey Allen a sustituirlo.

¡Corey Allen! Los compañeros de trabajo de Ellie después se preguntarían unos a otros: ¿Qué diablos se les pudo haber pasado por la cabeza a los de la agencia para enviarnoslo? Ojos verdes, pelo rubio, mejillas sonrosadas... Corey Allen no pertenecía a un ambiente de oficina. Corey Allen, igual que un fauno o un sátiro, pertenecía a un campo bañado por el sol, rodeado de ninfas desnudas y alegres, haciendo el amor y bebiendo vino. En palabras de Michelle, la de contabilidad, daba la impresión de que en cualquier momento Corey Allen podría decidir dejar de ser director de oficina y salir corriendo para irse a vivir a un árbol. Ellie, que en el trabajo estaba un poco marginada, a menudo interrumpía conversaciones en voz baja sobre Corey Allen que presuntamente versaban sobre lo mucho que las demás mujeres de la oficina deseaban acostarse con él. Corey Allen era hermoso y místico.

Ellie no quería acostarse con Corey Allen. Ellie quería morderlo, con todas sus fuerzas.

Lo había descubierto al verlo colocar rosquillas glaseadas en una bandeja antes de la reunión del lunes por la mañana. Cuando terminó de organizar las rosquillas, se dio media vuelta y, al ver que Ellie lo miraba fijamente, le guiñó

un ojo.

—Se te ve con hambre, Ellie —dijo mirándola de soslayo.

Ellie en realidad no había estado fijándose en Corey Allen de la manera que él daba a entender. Su mente ni siquiera había registrado las rosquillas. Pero de repente empezó a imaginarse cómo sería cerrar sus mandíbulas sobre la parte blanda del cuello de Corey Allen. Corey Allen aullaría, caería de rodillas y esa mirada como de creerse con derecho a todo se le borraría inmediatamente de la cara. Le soltaría una bofetada sin apenas fuerza y gritaría: «¡Oh, no! ¡Ellie, para! ¡Por favor! ¿Pero qué pasa?» Pero Ellie no contestaría porque su boca estaría demasiado llena de la dulce carne con sabor a caza de Corey Allen. Aunque no tenía por qué ser la de su cuello. No era quisquillosa en ese sentido. Podía morder a Corey Allen en la mano o en la cara. O en el codo. O en el culo. Cada una de estas partes tendría un sabor diferente, una textura en la boca diferente; una proporción de hueso, grasa y piel diferente; cada una, a su manera, sería exquisita.

Quizá muerda a Corey Allen, pensó Ellie después de la reunión. Ellie trabajaba en el área de comunicación, lo que quiere decir que pasaba el noventa por ciento del tiempo escribiendo correos electrónicos que nadie leía jamás. Tenía una cuenta de ahorros y un seguro de vida, pero no tenía amante, ambición ni amigos cercanos. A veces sentía que toda su existencia se basaba en la idea de que perseguir el placer era menos importante que evitar el dolor. Tal vez el problema de la edad adulta consistiera en que se dedicaba demasiada atención a sopesar las consecuencias de los actos propios, de modo que lo que quedaba era una vida que despreciabas. ¿Y si Ellie mordía a Corey Allen? ¿Y si lo hacía? ¿Qué pasaría?

Esa noche, Ellie se puso su mejor pijama, encendió una vela y se sirvió un vaso de Cabernet. A continuación, le quitó la tapa a un bolígrafo, abrió su cuaderno favorito y buscó una página en blanco.

Razones para no morder a Corey Allen:

1. Está mal.
2. Podría meterme en un lío.

Mordisqueó la punta del bolígrafo y luego añadió dos puntos adicionales.

Razones para no morder a Corey Allen:

1. Está mal.
2. Podría meterme en un lío.
 - a) Podrían despedirme.
 - b) Podrían arrestarme/multarme.

Ellie pensó: Si eso significara que podría morder a Corey, no me importaría que me despidieran. Desde hacía un año y medio, casi todos los días había dedicado la mayor parte de la hora del almuerzo a mirar ofertas de trabajo por teléfono en Monster.com. Iba de un anuncio a otro. Estaba lista para un empezar en un nuevo puesto y se sentía totalmente cualificada para ello. Aun así, encontrar trabajo después de dejar el anterior no era lo mismo que encontrar trabajo después de que te hubieran despedido del anterior por morder. ¿Sería imposible conseguir trabajo en tales circunstancias? ¿O simplemente sería muy difícil? Era difícil saberlo.

Dio un sorbo a la copa de vino y dirigió su atención al punto b) *Podrían arrestarme/multarme*. Bueno, desde luego era una posibilidad. Pero la verdad es que si una mujer mordía a un hombre en un entorno de oficina, asomaría la sólida sospecha de que algo habría hecho el hombre para merecerlo. Si, por ejemplo, iba a ver a Corey, le mordía delante de todo el mundo en la reunión del lunes por la mañana y después, cuando le preguntaran por qué lo había hecho, respondía: «Satisfacción sexual», entonces sí, es probable que la arrestaran. Pero si en cambio mordía a Corey en privado, pongamos por caso que en la sala de la fotocopidora, y cuando le preguntaran por qué lo había hecho dijera: «Ha intentado tocarme de manera indebida» o, incluso, para no arruinar su reputación: «Apareció por detrás y me asustó. Le mordí de forma instintiva, lo siento muchísimo», entonces la gente probablemente le diera el beneficio de la duda. Llegados a este punto, como mujer joven blanca sin antecedentes penales, Ellie probablemente dispondría como mínimo de un comodín para librarse de ir a la cárcel. Siempre y cuando contara alguna historia semirrazonable, la creerían.

De hecho, pensó Ellie estirando las piernas y llenándose la copa de vino, existía otra posibilidad en todo aquel asunto. ¿Y si abordaba a Corey en privado, le mordía y la experiencia resultaba tan grotesca que no se lo contara a nadie porque hasta él tendría problemas para creerlo?

Imagináoslo. Última hora de la tarde, pasadas las cinco. Ya se ha hecho de

noche. La oficina está vacía. Todos se han marchado a casa, salvo Corey y Ellie. Corey está poniendo papel en la bandeja de la fotocopidora y de pronto Ellie entra en la sala. Se queda de pie tras él, tan cerca que no resulta apropiado. Él cree que sabe lo que va a pasar. Se tensa y se prepara para rechazarla amablemente, no porque tenga estándares relativos al decoro en el lugar de trabajo, sino porque ya está liado con Rachel, la de recursos humanos. «Ellie...», empieza a decir como disculpándose, y en ese momento ella le agarra el antebrazo y se lo lleva a la boca.

La cara bonita de Corey se retuerce, primero por la sorpresa y luego por el dolor. «¡Estate quieta, Ellie!», grita, pero nadie lo oye. Los tendones de su brazo se mueven y se parten bajo las fauces de Ellie. Corey finalmente recupera la suficiente cordura para apartarse de Ellie de un empujón. Ellie tropieza, aterriza sobre las pilas de papel y resbala hasta el suelo. Corey la mira con ojos de pánico mientras se agarra el brazo ensangrentado. Está esperando que le dé una explicación, pero ella no le ofrece ninguna. En su lugar, se pone de pie, se alisa la falda y se limpia la sangre de la boca antes de salir de la sala.

¿Qué hace Corey? Por supuesto, podría ir corriendo a recursos humanos y decir: «¡Ellie me ha mordido!», pero, al fin y al cabo, están en una oficina, no en una guardería. Toda la conversación resultaría ridícula. «Ellie, ¿has mordido a Corey?», preguntarían, y Ellie enarcaría las cejas y diría: «¿Eh?... Pues claro que no. Vaya pregunta.» En caso de que los de recursos humanos trataran de insistir y le dijeran: «Ellie, estas alegaciones son muy graves», Ellie no tendría más que decir: «Sí, gravemente descabelladas. Pues claro que no he mordido al director de la oficina y no sé por qué está diciendo que lo he hecho.»

Lo cierto es que había muchas probabilidades de que Corey no dijera nada. Se quedaría un rato en la sala de la fotocopidora sopesando la situación y, entonces, al día siguiente, llegaría a la conclusión de que lo más fácil sería pretender que nada de eso había sucedido. Iría a trabajar con una camisa de manga larga para cubrir el feo moratón del brazo, la pequeña media luna donde le había marcado con los dientes. Y entonces Corey Allen reservaría una parte de su cerebro para controlar la posición exacta de Ellie en todo momento. Lo descubriría mirándola en las reuniones, y cuando coincidieran en las fiestas de la oficina, él estaría continuamente yendo de un sitio a otro,

tratando de mantenerse lo más alejado posible de ella. En cierto sentido, sería como si siempre estuvieran bailando, incluso si él nunca le volvía a hablar. Al cabo de varios meses, cuando nadie más estuviera mirando, ella le sonreiría, chasquearía la mandíbula y él palidecería como un fantasma y saldría pitando de la habitación. La recordaría durante el resto de su vida; las hebras brillantes de su miedo los mantendrían unidos para siempre.

Aquella noche, con el sudor secándose en el cuerpo y las piernas enredadas en las sábanas, Ellie se obligó a volver al salón a por el cuaderno. Las fantasías eran fantasías, pero era importante mantener al menos un pie en la esfera de lo real. Volvió a meterse en la cama, abrió el cuaderno y reescribió la lista:

Razones para no morder a Corey Allen:

1. Está mal.
2. Está mal.
3. Está mal.
- . Está mal.

Se llevó el cuaderno al trabajo. Guardó la lista en el fondo del cajón y, cada vez que la tentación de morder a Corey Allen se hacía demasiado intensa, la sacaba para volver a leerla. Inventó un juego, un juego llamado Oportunidad. Ellie no iba a morder a Corey, aunque quisiera hacerlo, y pensó que eso merecía algo de reconocimiento. Así que cada vez que se encontraba en una situación en la que podría haberle mordido y no lo había hecho, se otorgaba a sí misma un punto, como premio. Registraba la hora y el lugar en su cuaderno, junto a una estrellita. Un punto por pasar a su lado en el hueco de la escalera cuando no había nadie más. Un punto por darse cuenta de cuándo entraba en un cuarto de baño para una sola persona y no cerraba inmediatamente la puerta. Un punto cuando, igual que en su fantasía, lo veía entrar en la sala de la fotocopidora, él solo, después de que todos se hubieran ido a casa. Cuando llegó a los diez puntos, se fue a tomar un helado, y, mientras se lo comía, se permitió fantasear con morder a Corey Allen hasta hartarse.

Al cabo de varias semanas, Ellie se dio cuenta de algo muy interesante sobre sus Oportunidades. Si dibujaba un gráfico que ilustrara el número de

Oportunidades que había tenido durante todo ese tiempo, al principio habría habido pocas y luego habrían ido aumentando de forma paulatina a medida que se fue aprendiendo el horario de Corey Allen e identificó los lugares privilegiados de la oficina donde era posible morder a alguien sin ser visto. Pero de repente, a mediados de diciembre, se produjo una caída drástica: el horario de Corey Allen se volvió impredecible, y cuando entraba en aquellos lugares privilegiados, rara vez estaban vacíos. Había cierto desbarajuste en los datos, y Ellie tardó un tiempo en darse cuenta de que la persona que más a menudo se encontraba en aquellos lugares era Michelle, la de contabilidad. Que estaba casada.

Hum.

Para cuando se celebró la fiesta anual de Fin de Año, jugar a Oportunidad había dejado de ser divertido. Ellie no quería fantasear con morder a Corey Allen: quería morderle, y no poder hacerlo la volvía loca. En efecto, a veces se quiere algo que no se puede tener. Pero también es cierto que a veces la gente sabe que lo que quiere es poco ético y aun así van a por ello y lo hacen de todos modos. Como acostarse con una persona casada: estaba mal, pero la gente lo hacía todos los días. Justo ahí, por ejemplo, estaba el pobre marido de Michelle, la de contabilidad, con un jersey navideño lleno de hojas de acebo. Imaginaos a ese tipo tumbado en la cama, despierto por la noche intentando entender a qué podía deberse el distanciamiento de su mujer. Imaginaos el dolor y la vergüenza que sentiría si echara un vistazo a los mensajes en el móvil de su mujer y descubriera una serie de intercambios románticos entre ella y Corey Allen, la misma persona a la que una vez había descrito como «un duende pequeño y espeluznante». Sin duda alguna, el dolor emocional que el marido de Michelle, la de contabilidad, sentiría en tales circunstancias eclipsaría el dolor físico de un mordisquito de nada. Sobre todo si Ellie mordía a Corey en alguna parte donde no hubiera muchas terminaciones nerviosas: en la espalda, por ejemplo, o en la parte superior del brazo.

Para el carro, Ellie, se dijo con firmeza. Dos errores nunca suman un acierto. Corey Allen es responsable de su propio comportamiento y tú eres responsable del tuyo.

Aun así, no podía evitar mirarlo mientras se mezclaba entre la gente coqueteando y distribuyendo copas de ponche. Realmente estaba manteniendo

un contacto visual de lo más intenso con Rachel, la de recursos humanos. Michelle, la de contabilidad, probablemente debía de estar muerta de celos en ese momento, aunque es muy posible que fuera Corey Allen el que sintiera celos del marido de Michelle, la de contabilidad, así que quizá ese era el objetivo. No era muy loable por parte de Corey ponerse a coquetear con Rachel de esa forma, solo para poner celosa a Michelle. Corey Allen era lo peor.

Ellie se quedó allí de pie preguntándose si Corey Allen repararía en ella. Llevaba un vestido ajustado de terciopelo negro que llegaba hasta el suelo. Nunca iba vestida así de sexy a la oficina, pero es posible que también resultara un tanto fúnebre, no era lo más adecuado para atraer la atención de una persona tan juguetona como Corey Allen. En ese momento, Corey Allen estaba al otro lado de la sala camelándose a alguien que Ellie no reconocía, probablemente la mujer de algún compañero. Tal vez jugara a su propia versión de Oportunidad y se concediera premios por cada mujer a la que fuera capaz de hacer reír y sonrojarse.

Ellie se sintió desesperadamente abrumada, próxima al suicidio. ¿Qué sentido tenía nada? Tal vez debería morder a Corey Allen y después tirarse por un barranco.

Vete a casa, Ellie, pensó. Estás borracha.

Dejó la copa vacía en la mesa que tenía al lado y se dirigió al cuarto de baño para una sola persona para echarse un poco de agua en la cara. Al salir, ahí estaba él, solo en un pasillo donde no había nadie más, esperándola: Corey Allen.

¡Un punto para Ellie! Ahí tenía una Oportunidad de oro. Eso quería decir que, si no quería hacer nada de lo que se arrepintiera, era imprescindible marcharse.

—¡Hola, Ellie! —la saludó alegremente Corey—. ¡Creía que te ibas! ¡No quería dejarte escapar sin decirte adiós!

—Solo he ido a hacer pis —dijo Ellie, que trató de rozarlo al pasar.

Corey Allen echó la cabeza hacia atrás y se rió, y Ellie imaginó que le clavaba los dientes en la nuez como si mordiera una manzana. Maldita sea, Corey Allen, pensó. Estoy intentando controlarme. Déjame pasar.

—Espera, Ellie —dijo Corey Allen, sujetándola del brazo—. ¿Ves lo que hay ahí arriba? ¿En el techo?

—¿Eh? —dijo Ellie, y miró hacia arriba sin pensar, como un acto reflejo. Al hacerlo, Corey Allen la agarró, selló sus labios sobre los de ella y le metió la lengua hasta el fondo. Ellie trató de apartarlo de un empujón, pero Corey fue capaz de inmovilizarla con una mano al tiempo que usaba la otra para agarrarle el culo. Para ser un duende, tenía una fuerza sorprendente.

Cuando por fin la soltó, después de lo que a Ellie le pareció una eternidad, se echó para atrás, le costaba respirar, estaba segura de que iba a vomitar.

—¿Qué cojones haces, Corey?

Corey Allen soltó una risita.

—¡Me había parecido ver muérdago! —gritó—. ¡Vaya! ¡Me he equivocado!

Ha sido espantoso, pensó Ellie. Peor que si te muerden. Absolutamente grotesco.

Pero entonces..., pensó, oh, claro. Aquí está mi oportunidad.

Aunque llevaba veinte años sin practicar, su temple era firme y su puntería no estaba oxidada. Abrió la boca como una lamprea y se abalanzó sobre el promontorio del pómulo de Corey, que crujió bajo de sus dientes. El mordisco era todo lo que ella había soñado. Corey pegó un alarido, dio una sacudida y la arañó, pero ella no lo soltó, sino que movió la cabeza de un lado a otro, tres veces, como un perro infligiendo una herida mortal, y le arrancó un trozo de la cara.

Corey Allen se derrumbó a sus pies, agarrándose y gritando.

Ellie escupió un pedazo de piel y se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano.

Ay, Dios.

Había ido demasiado lejos.

Estaba desfigurado.

Iba a ir a la cárcel.

Por lo menos podría atesorar este recuerdo para el resto de su vida. Usaría sus horas de encarcelamiento para esbozar dibujos preciosos de la cara contorsionada de Corey Allen en los segundos siguientes a que ella lo mordiera y las pegaría con celo en las paredes de su celda.

A sus espaldas oyó una voz acusadora:

—Yo he visto lo que ha pasado. Lo he visto todo.

Era Michelle, la de contabilidad. Antes de que Ellie pudiera decir nada, Michelle, la de contabilidad, la envolvió en un abrazo.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Lo siento muchísimo.

—¿Eh? —dijo Ellie.

—Eso ha sido agresión. Te ha agredido.

—Oh, ¡sí! —respondió Ellie, acordándose—. ¡Me ha agredido!

—A mí me hizo lo mismo. Me siguió hasta el hueco de la escalera y me agarró. Más de una vez. Es un depredador total. He venido para advertirte. Gracias a Dios que has sido capaz de defenderte. Eres una gran luchadora, Ellie. ¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy bien.

Y lo estaba.

Porque resultó que Corey Allen no había metido mano solo a Ellie, ni tampoco solo a Michelle, sino a otras mujeres. La respuesta de recursos humanos fue rápida y contundente. Corey se fue y el expediente de Ellie se quedó como estaba. De hecho, terminó teniendo más amigos de los que había tenido antes.

Aun así, se fue al cabo de seis meses, para empezar de cero, y después empezó a cambiar de trabajo todos los años. Porque, como Ellie no tardó en aprender, en cada oficina había uno: el hombre sobre el que todos susurraban. Lo único que tenía que hacer era escuchar y esperar, ofrecerle una Oportunidad y, más pronto que tarde, la encontraría.

AGRADECIMIENTOS

Lalise Melillo. Marc Shell. Biodun Jeyifo. Glenda Carpio. Bret Anthony Johnston. Jeff VanderMeer. Ann VanderMeer. Claire Vaye Watkins. Laura Kasischke. Peter Ho Davies. Eileen Pollack. Doug Trevor. Petra Kuppers. Helen Zell. The Hopwood Foundation. Clarion, clase de 2014. Michigan MFA, clase de 2017. Jenni Ferrari-Adler. Taylor Curtin. Sally Wofford-Girand. Deborah Treisman. Alison Callahan. Meagan Harris. Brita Lundberg. Jennifer Bergstrom. Jennifer Robinson. Carolyn Reidy. Jon Karp. Michal Shavit. Ana Fletcher. Emma Paterson. Joe Pickering. Carly Wray. Lila Byock. Michelle Kroes. Darian Lanzetta. Olivia Blaustein. Marion Grice. Jill Kenrick. Alison Grice. Carol Roupelian. Gary Gazzaniga. Armen Roupelian. Alex Roupelian. Elisa Roupelian Toha. Martin Toha. Vivian Toha. Jenn Liddiard. Melissa Urann Hilley. Liz Maynes-Aminzade. Lesley Goodman. Andrew Jacobs. James Brandt. Nick Donofrio. Schuyler Senft-Grupp. Christin Lee. Lucy Eazer. Ashley Whitaker. Ingrid Hammond. Callie Collins.

Gracias.

NOTAS

¹ Él dijo / Algo se sacude / en tu caja torácica / que no es un corazón / Es blanco como el intestino de una vaca / & fibroso & tiene branquias.

² En el texto original, el personaje dice: «*Don't be scared*», pero al tener acento escocés o irlandés arrastra la erre al pronunciar «*scared*», que suena como «*scarred*», es decir, la autora hace un juego de palabras entre «tener miedo» (*scared*) y «tener cicatrices» (*scarred*). El título original de este relato es «Scarred». (*N. de la T.*)